

HERTA MÜLLER

*Todo lo que tengo
lo llevo conmigo*



PREMIO NOBEL 2009

Lectulandia

Lectulandia

Herta Müller

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

ePUB v1.5

MayenCM 28.07.12

más libros en lectulandia.com

Rumanía, finales de la II Guerra Mundial. De las conversaciones con su compatriota y amigo el poeta Oskar Pastior (1927-2006) y con otros supervivientes, Herta Müller reunió el material con el que después escribió esta gran novela. Así, basándose en la historia profundamente individual de un hombre joven, consigue narrar un capítulo todavía casi desconocido de la historia europea y visualizarlo en imágenes inolvidables. La autora ha logrado plasmar la persecución sufrida por los alemanes rumanos en tiempos de Stalin centrándose en la historia de un solo individuo.

Título original: *Atemschaukel*
Herta Müller, 2010.
Traducción: Rosa Pilar Blanco
Diseño/retoque portada: María Pérez-Aguilera
Fotografía de cubierta: Getty Images

Editor original: MayenCM (v1.0 a v1.5)
ePub base v2.0

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

O: todo lo mío lo llevo conmigo.

He llevado todo lo que tenía. No era mío. Era o algo destinado a otras finalidades o de otra persona. La maleta de piel de cerdo era la caja de un gramófono. El guardapolvo era de mi padre. El abrigo de vestir con el ribete de terciopelo en el cuello, del abuelo. Los bombachos, de mi tío Edwin. Las polainas de cuero, del señor Carp, el vecino. Los guantes de lana verdes, de mi tía Fini. Sólo la bufanda de seda de color burdeos y el neceser eran míos, regalos de las últimas navidades.

En enero de 1945 la guerra continuaba. Temiendo que en pleno invierno los rusos me obligasen a ir quién sabe dónde, todos quisieron darme algo que quizá tuviera utilidad, aunque ya no sirviese de nada. Porque en el mundo nada servía. Como yo figuraba irremisiblemente en la lista de los rusos, todos me dieron algo y se reservaron su opinión. Y yo lo acepté, y a mis diecisiete años pensé que la partida venía en el momento adecuado. No debería ser la lista de los rusos, pero si las cosas no salen muy mal, será incluso buena para mí. Yo quería marcharme de ese pedacito de ciudad donde hasta las piedras tenían ojos. En lugar de miedo sentía una oculta impaciencia. Y mala conciencia, porque la lista que desesperaba a mis allegados era para mí una circunstancia aceptable. Ellos temían que me sucediera algo lejos. Yo quería ir a un lugar que no me conociera.

A mí ya me había sucedido algo. Algo prohibido. Era extraño, sucio, vergonzoso y hermoso. Sucedió en el Erlenpark, muy al fondo, al otro lado de la colina de hierba. De regreso a casa me dirigí al centro del parque, al templete redondo donde tocaban las orquestas los días festivos. Me quedé un rato sentado dentro. La luz pasaba a través de la madera finamente tallada. Vi el miedo de los círculos vacíos, cuadrados y trapecios, unidos por arabescos blancos con garras. Era la muestra de mi confusión y del espanto que reflejaba el rostro de mi madre. En ese pabellón me juré a mí mismo: Jamás volveré a este parque.

Cuanto más me alejaba, más deprisa regresaba: a los dos días. A la cita, así lo llamaban en el parque.

Fui a la segunda cita con el mismo hombre de la primera. Se llamaba *la golondrina*. El segundo fue uno nuevo, apelado *el abeto*. El tercero se llamaba *la oreja*. Después vino *el hilo*. Luego, *la oropéndola* y *la gorra*. Más tarde *la liebre*, *el gato*, *la gaviota*. Después, *la perla*. Sólo nosotros sabíamos a quién pertenecía cada apelativo. En el parque se practicaba un intercambio desenfrenado, y yo dejaba que me pasaran de uno a otro. Era verano y los abedules tenían la piel blanca; en la maleza de jazmines y saúcos crecía una pared verde de follaje impenetrable.

El amor tiene sus estaciones. El otoño ponía fin al parque. Los árboles se

quedaban desnudos. Las citas se trasladaban, junto con nosotros, a los baños Neptuno. Junto a la puerta de hierro colgaba su emblema ovalado con el cisne. Cada semana me encontraba con uno que me doblaba la edad. Era rumano. Estaba casado. No diré cómo se llamaba, ni tampoco cómo me llamaba yo. Acudíamos a diferentes horas; la cajera en la vidriera emplomada de su cubículo, el brillante suelo de piedra, la redonda columna central, los azulejos de la pared decorados con nenúfares, las escaleras de madera tallada no podían concebir la idea de que habíamos quedado. Íbamos a la piscina a nadar con los demás. Sólo nos encontrábamos en la sauna.

Por aquel entonces, poco antes del campo de trabajo y también después de mi regreso hasta 1968, cuando abandoné el país, me habrían condenado a pena de cárcel por cada cita. Cinco años como mínimo, si me hubieran pillado. A algunos los pillaron. Los llevaban directamente del parque o del baño público a la cárcel, tras unos interrogatorios brutales. Y de allí al campo de castigo emplazado junto al canal. Del canal no se volvía, hoy lo sé. Quien a pesar de todo regresaba lo hacía convertido en un cadáver ambulante. Envejecido y aniquilado, perdido ya para el amor en el mundo.

Y mientras estuve en el campo de trabajo..., si me hubieran pillado, me habría costado la vida.

Tras los cinco años en el campo de trabajo vagabundeaba día tras día por las tumultuosas calles ensayando mentalmente las mejores frases por si me detenían: *sorprendido en flagrante delito...* Preparé mil excusas y coartadas contra este veredicto de culpabilidad. Llevo un equipaje de silencio. Me he rodeado de un silencio tan hondo y duradero que nunca acierto a abrirme con las palabras. Cuando hablo, solamente me cierro de otra manera.

En el último verano de citas, para alargar el retorno a casa desde el Erlenpark, entré por casualidad en la iglesia de la Santísima Trinidad de Grosser Ring. Esta casualidad desempeñó el papel del destino. Vi el tiempo venidero. Junto al altar lateral, sobre una columna, estaba el santo con una capa gris y una oveja sobre los hombros a modo de cuello de la capa. Esa oveja sobre los hombros es el silencio. Hay cosas de las que no se habla. Pero sé de qué hablo cuando digo que el silencio en los hombros es distinto al silencio en la boca. Antes, durante y después de mi etapa en el campo de trabajo, a lo largo de veinticinco años, he vivido atemorizado por el Estado y la familia. Por la doble desgracia que supone que el Estado me encierre por delincuente y la familia me excluya por ser una deshonra. En medio del tráfico de las calles me miré en el espejo de los escaparates, en las ventanas de tranvías y edificios, en fuentes y charcos, preguntándome, incrédulo, si no sería transparente.

Mi padre era profesor de dibujo. Y yo, con los baños Neptuno en la cabeza, daba un respingo, como si me propinaran una patada, cuando él utilizaba la palabra *acuarela*. Esa palabra sabía lo lejos que yo había ido ya. Mi madre decía en la mesa:

No pinches la patata con el tenedor, se deshace, utiliza la cuchara, el tenedor se usa para la carne. Me latían las sienas. Por qué habla de carne cuando se trata de una patata y un tenedor. De qué carne habla. Las citas me habían vuelto la carne del revés. Yo era mi propio ladrón, las palabras se abatían de improviso y me atrapaban.

Mi madre, y sobre todo mi padre, igual que todos los alemanes de esa pequeña ciudad, creían en la belleza de las trenzas rubias y los calcetines blancos hasta la rodilla. En el cuadrado negro del bigote de Hitler y en nosotros, los sajones de Siebenbürgen, como raza aria. Mi secreto, considerado de manera puramente física, era la máxima atrocidad. Con un rumano, además, implicaba una profanación de la raza.

Yo quería alejarme de la familia, aunque fuera para ir a un campo de trabajo. Sólo me daba pena mi madre, que ignoraba lo poco que me conocía. Que cuando me haya ido pensará más en mí que en ella.

Además del santo con la oveja del silencio sobre los hombros, vi en la iglesia la hornacina blanca con la inscripción: *El cielo pone en marcha el tiempo*. Mientras hacía la maleta, pensaba: La hornacina blanca ha surtido efecto. El tiempo ya se ha puesto en marcha. También me alegraba no tener que ir a la guerra, a la nieve del frente. Comencé a preparar la maleta con docilidad y una valentía estúpida. No me defendí contra nada. Polainas de cuero con cordoncitos, pantalón bombacho, abrigo con ribete de terciopelo..., nada de eso me pegaba. Lo importante era que el tiempo ya se había puesto en marcha, no la ropa. Con esas prendas o con otras te haces adulto de todos modos. El mundo no es un baile de disfraces, pensaba, pero nadie que tenga que viajar a Rusia en lo más crudo del invierno es ridículo.

Una patrulla de dos policías, uno rumano y otro ruso, iba con la lista de casa en casa. Ya no recuerdo si la patrulla mencionó en nuestra casa las palabras *campo de trabajo*. Y si no, qué otra palabra además de *Rusia*. Si lo hizo, las palabras campo de trabajo no me asustaron. A pesar de que estábamos en guerra y del silencio de mis citas sobre los hombros, a mis diecisiete años aun vivía una infancia muy ingenua. Las palabras acuarela y carne me afectaban. Pero mí cerebro estaba sordo para la expresión *campo de trabajo*.

Por entonces, estando a la mesa con las patatas y el tenedor, cuando mi madre me sorprendió con la palabra carne, recordé también que siendo niño, mientras jugaba abajo en el patio, mi madre me gritó desde la ventana de la galería: Como no subas inmediatamente a la mesa, como tenga que llamarte otra vez, puedes quedarte dónde estás. Y como continué abajo un rato más, cuando subí me dijo: Ahora puedes hacer la mochila y salir a correr mundo y hacer lo que se te antoje. Al mismo tiempo me arrastró a la habitación, cogió la pequeña mochila y embutió dentro mi gorra de lana y la chaqueta. Pero adónde voy a ir, si soy tu hijo, le pregunté.

Sobre hacer la maleta

Mucha gente piensa que hacer la maleta es cuestión de entrenamiento, que lo aprendes espontáneamente como cantar o rezar. Nosotros no teníamos entrenamiento y tampoco maleta. Cuando mi padre tuvo que marchar al frente con los soldados rumanos, no hubo nada que empaquetar. En cuanto soldado, te lo dan todo, forma parte del uniforme. Aparte de para marcharse y para protegerse del frío, no sabíamos para qué hacíamos el equipaje. No tienes lo adecuado, improvisas. Lo erróneo se convierte en necesario. Lo necesario es lo único adecuado, sólo porque se tiene.

Mi madre trajo el gramófono del cuarto de estar y lo colocó sobre la mesa de la cocina. Con ayuda del destornillador convertí la caja del gramófono en una maleta. Desmonté primero el dispositivo giratorio y el plato. Después tapé con un corcho el agujero donde encajaba el manubrio. El forro quedó dentro, terciopelo rojizo. Tampoco desmonté la placa triangular *his masters voice* con el perro delante de la bocina. En el fondo de la maleta coloqué cuatro libros: Fausto, encuadernado en tela, Zaratustra, el delgado Weinheber y la antología poética de ocho siglos. Ni una sola novela, porque ésas sólo se leen una vez y basta. Sobre los libros puse el neceser, que contenía: 1 frasco de colonia, 1 frasco de loción de afeitar TARR, 1 jabón de afeitar, 1 maquinilla de afeitar, 1 brocha, 1 piedra de alumbre, 1 pastilla de jabón, 1 tijera de uñas. Junto al neceser coloqué 1 par de calcetines cortos de lana (marrones, ya zurcidos), 1 par de calcetines hasta la rodilla, 1 camisa de franela a cuadros blancos y rojos, 2 calzoncillos cortos de reps. Arriba del todo puse la bufanda nueva de seda para que no se aplastara. Era de color burdeos con cuadros en el mismo tono, a veces satinados, otras mate. Con eso la maleta quedó llena.

Después el hatillo: 1 colcha del diván (de lana, a cuadros azul claro y blancos, un envoltorio gigantesco, pero que no abrigaba). Y enrollado dentro: 1 guardapolvo (cheviot blanco y negro, ya muy usado) y 1 par de polainas de cuero (antiquísimas, de la Primera Guerra Mundial, de color amarillo melón con pequeñas correas).

Después la bolsa de comida con: 1 lata de jamón en conserva marca Scandia, 4 bocadillos, unas galletas que habían sobrado de Navidad, 1 cantimplora con vaso llena de agua.

Después mi abuela colocó cerca de la puerta la maleta del gramófono, el hatillo y la bolsa con la comida. Los dos policías habían comunicado que vendrían a buscarme a medianoche. El equipaje estaba preparado junto a la puerta.

Después me vestí: 1 calzoncillo largo, 1 camisa de franela (a cuadros beige y verdes), 1 pantalón bombacho (gris, del tío Edwin, como ya he dicho), 1 chaleco de paño con mangas de punto, 1 par de calcetines cortos de lana y 1 par de bokantschen, fuertes botas de invierno. Tenía a mano los calcetines verdes de la tía Fini, encima de

la mesa. Me ató las botas, y mientras lo hacía caí en la cuenta de que años atrás, durante las vacaciones de verano en el Wench, mi madre se puso un traje marinero confeccionado por ella misma. En mitad del paseo por un prado se dejó caer entre la hierba alta y se hizo la muerta. Yo tenía entonces ocho años. Qué susto, el cielo cayó sobre la hierba. Cerré los ojos para no ver cómo se me tragaba. Mi madre se levantó de un salto, me sacudió y dijo: Cuánto me quieres, aún estoy viva.

Ya me había atado las botas. Me senté a la mesa y esperé la medianoche. Y la medianoche llegó, pero la patrulla se retrasaba. Transcurrieron tres horas más, eso era casi imposible de aguantar. Por fin llegaron. Mi madre me sostuvo el abrigo con el ribete de terciopelo en el cuello. Me lo puse. Ella lloraba. Me enfundé los guantes verdes. En el pasillo de madera, justo al lado del contador del gas, la abuela dijo: *sé que volverás*.

No retuve esa frase en la memoria deliberadamente. Me la llevé al campo de trabajo sin darme cuenta. No tenía ni idea de que me acompañaba. Pero una frase así es libre. Ella actuó en mi interior más que todos los libros que me llevé. *sé que volverás* se convirtió en cómplice de la pala del corazón y en adversario del ángel del hambre. Yo, que he regresado, puedo decirlo: Una frase así te mantiene con vida.

Eran las tres de la madrugada del 15 de enero de 1945 cuando la patrulla vino a por mí. El frío encogía, estábamos a -15 °C. Atravesamos la ciudad vacía en el camión con toldo hacia el pabellón. Era el salón de celebraciones de los sajones. Y ahora el campo de agrupamiento. En el pabellón se apiñaban unas trescientas personas. Sobre el suelo se veían colchones y sacos de paja. Durante toda la noche llegaron coches, también de los pueblos circundantes, y descargaron a la gente recogida. Al amanecer eran casi quinientos. Esa noche fue imposible contar, no se tenía una visión de conjunto. La luz del pabellón permaneció encendida todo el tiempo. La gente iba de un lado a otro en busca de conocidos. Decían que en la estación habían reclutado a carpinteros que ahora se dedicaban a clavetear catres de madera verde en vagones de ganado. Otros artesanos montaban estufas de hierro en los trenes. Otros serraban agujeros en el suelo para que sirvieran de retrete. Se hablaba bajo y mucho con los ojos abiertos como platos, y se lloraba bajo y mucho con los ojos cerrados. El aire olía a lana vieja, al sudor del miedo y a carne grasienta asada, a pastas de vainilla y aguardiente. Una mujer se quitó el pañuelo. Seguro que era de pueblo, llevaba la trenza doblada dos veces en la parte posterior de la cabeza y prendida en medio de ésta con una peineta semicircular de asta. Los dientes de la peineta desaparecían en el pelo, de su borde arqueado sólo asomaban dos esquinas como orejitas puntiagudas. Con las orejas y la gruesa trenza, la cabeza parecía por detrás un gato sentado. Yo estaba sentado como un espectador entre gente de pie y montones de equipaje. Durante unos minutos se apoderó de mí el sueño y soñé:

Mi madre y yo estamos en el cementerio ante una tumba reciente. Encima de ella,

en el centro, la mitad de alta que yo, crece una planta de hojas peludas. En su tallo hay un folículo con un asa de cuero, una maleta pequeña. El folículo está abierto un dedo, acolchado por dentro con terciopelo rojizo. No sabemos quién ha muerto. Mi madre dice: Coge la tiza del bolsillo del abrigo. Pero si no tengo ninguna. Cuando meto la mano en el bolsillo, encuentro un trozo de jaboncillo de sastre. Mi madre dice: Tenemos que escribir un nombre corto en la maleta. Escribamos *ceya*, nadie que conozcamos se llama así. Yo escribo *yace*.

En el sueño comprendí con claridad que estaba muerto, pero no me apetecía decírselo a mi madre. Me desperté sobresaltado, porque un hombre mayor con un paraguas se sentó a mi lado en el saco de paja y dijo muy cerca de mi oído: Mi cuñado quiere venir, pero el pabellón está vigilado por los cuatro costados y no le dejan pasar. Todavía estamos en la ciudad y él no puede venir aquí ni yo ir a casa. En cada botón de plata de su chaqueta volaba un pájaro, un pato salvaje o más bien un albatros. Porque, cuando me incliné hacia delante, la cruz del escudo que llevaba en el pecho se transformó en un ancla. El paraguas estaba como un bastón entre él y yo. ¿Lo llevará con usted?, pregunté. Allí nieva todavía más que aquí, contestó.

No nos habían dicho cuándo y cómo teníamos que salir del pabellón hacia la estación. Cuándo podríamos, diría yo, porque quería partir de una vez hacia Rusia aunque fuera en el vagón de ganado con la caja del gramófono y el ribete de terciopelo en el cuello. Ya no sé cómo llegamos a la estación. Los vagones de ganado eran altos. También he olvidado el proceso de la subida, porque viajamos tantos días y tantas noches en el vagón de ganado que parecía que siempre habíamos estado dentro. Tampoco sé ya durante cuánto tiempo viajamos. Yo pensaba que viajar mucho tiempo significaba viajar lejos. Mientras viajemos, no puede pasarnos nada. Mientras viajemos, todo irá bien.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, con el equipaje en la cabecera del catre. Hablar y callar, comer y dormir. Circulaban las botellas de aguardiente. Cuando viajar se había convertido ya en una costumbre, comenzaron aquí y allá los intentos de caricias. Uno miraba con un ojo y apartaba el otro.

Yo iba sentado al lado de Trudi Pelikan y dije: Me siento igual que en la excursión a los Cárpatos para esquiar en la cabaña del lago Balea, donde un alud se tragó a media clase del instituto. A nosotros no puede sucedernos eso, repuso ella, no hemos traído equipo de esquí. Con una caja de gramófono se puede cabalgar, cabalgar, a través del día a través de la noche a través del día, conocerás a Rilke, dijo Trudi Pelikan con su abrigo de corte acampanado con puños de piel hasta los codos. Puños de piel marrón como dos medios perritos. A veces Trudi Pelikan se metía las manos cruzadas en las mangas, y los dos medios perritos se convertían en un perrito entero. Por aquel entonces yo todavía no había visto la estepa, pues de lo contrario habría pensado en ardillas de tierra. Trudi Pelikan olía todavía a melocotones

calientes, incluso su boca, incluso el tercer y el cuarto día en el vagón de ganado. Estaba sentada con su abrigo igual que una dama en el tranvía de camino a la oficina y me contó que durante cuatro días se había ocultado en un agujero excavado en el suelo del jardín vecino, detrás del cobertizo. Pero nevó, y las pisadas entre la casa, el cobertizo y el agujero en el suelo quedaron a la vista. Su madre ya no podía llevarle la comida a escondidas. Se veían las huellas por todo el jardín. La nieve la delató, tuvo que abandonar voluntariamente su escondrijo, voluntariamente obligada por la nieve. Nunca se lo perdonaré a la nieve, dijo. No se puede imitar la nieve recién caída, no se puede arreglar la nieve para que parezca intacta. Se puede arreglar la tierra, dijo, y la arena, e incluso la hierba, si uno se esfuerza. Y el agua se arregla por sí sola, porque se lo traga todo y se vuelve a cerrar enseguida una vez que ha tragado. Y el aire siempre está arreglado porque es invisible. Todos, salvo la nieve, habrían callado, dijo Trudi Pelikan. Añadió que una buena nevada era la principal culpable. Que cayó precisamente en la ciudad, como si supiera dónde estaba, como si estuviera en su casa. Pero que se puso inmediatamente al servicio de los rusos. Estoy aquí porque me ha delatado la nieve, concluyó Trudi Pelikan.

El tren viajó doce días o catorce, incontables horas, sin detenerse. Después se detuvo incontables horas, sin viajar. No sabíamos dónde nos encontrábamos en ese momento. Excepto cuando uno de las literas de arriba logró leer el letrero de una estación a través de la ranura de la ventanilla abatible: *Buzau*. La estufa de hierro retumbaba en el centro del vagón. Las botellas de aguardiente pasaban de mano en mano. Todos estaban achispados, algunos por la bebida, otros por la incertidumbre. O por ambas cosas a la vez.

Te pasaba por la cabeza lo que podían entrañar las palabras *deportado por los rusos*, pero eso no afectaba a tu estado de ánimo. Sólo pueden llevarnos al paredón cuando lleguemos, aún estamos de viaje. Que no nos hubieran llevado al paredón y fusilado hacía mucho, tal como sabíamos por la propaganda nazi de nuestra tierra, nos volvía casi despreocupados. En el vagón de ganado los hombres aprendieron a beber al buen tuntún. Las mujeres aprendieron a cantar al buen tuntún:

*En el bosque florece el torvisco
La zanja aún tiene nieve
Y la cartita que me has escrito
Esa cartita, mucho me duele.*

Siempre la misma canción, hasta que ya no sabías si de verdad cantaban o no, porque cantaba el aire. La canción se agitaba en tu mente y se adaptaba a la marcha: un blues de vagón de ganado y una canción kilométrica del tiempo puesto en marcha. Fue la canción más larga de mi vida, las mujeres la cantaron durante cinco años, contagiándole la nostalgia que todos nosotros padecíamos. La puerta del vagón estaba

precintada por fuera. Fue abierta cuatro veces, una puerta corrediza sobre ruedas. Todavía estábamos en territorio rumano cuando en dos ocasiones arrojaron al interior del vagón media cabra despellejada serrada a lo largo. Estaba congelada y cayó al suelo con estrépito. La primera cabra la utilizamos como combustible. Tras trocearla, la quemamos. Estaba tan flaca que ni siquiera apestó, ardió bien. Con la segunda circuló la palabra *pastrami*, carne secada al aire. También quemamos nuestra segunda cabra y reímos. Estaba tan tiesa y lívida como la primera, una osamenta espantosa. Reímos demasiado pronto, fuimos tan arrogantes como para despreciar a las dos caritativas cabras rumanas.

La familiaridad creció conforme transcurría el tiempo. En ese espacio reducido sucedían acontecimientos banales, sentarse, levantarse. Rebuscar en la maleta, vaciar, llenar. Ir al agujero del retrete, detrás de dos mantas colgadas. Cada banalidad acarrea otra. En un vagón de ganado toda individualidad se atrofia. Uno está más entre otros que consigo mismo. No eran necesarias las deferencias. Había un apoyo mutuo, como en casa. A lo mejor sólo hablo de mí cuando hoy relato esto. A lo mejor ni siquiera de mí. A lo mejor la estrechez del vagón de ganado me amansaba, porque de todos modos deseaba marcharme y aún conservaba bastante comida en la maleta. No intuíamos con qué rapidez se abatiría sobre nosotros el hambre salvaje. Con cuánta frecuencia, en los cinco años venideros, nos asemejaríamos, cuando nos visitara el ángel del hambre, a esas tiesas y lívidas cabras. Y con cuánta frecuencia las lloraríamos.

La noche rusa se abatió sobre nosotros, Rumanía había quedado atrás. Durante una parada de horas sentimos fuertes sacudidas. En los ejes de los vagones adaptaban las ruedas al mayor ancho de vía ruso, al ancho de la estepa. En el exterior, tanta nieve iluminaba la noche. Esa noche hicimos la tercera parada en campo abierto. Los centinelas rusos gritaron *ubórnaya*. Todas las puertas de los vagones se abrieron. Caímos dando traspiés unos detrás de otros al terreno nevado situado a un nivel inferior y nos hundimos hasta las rodillas. Comprendimos, sin entender, que *ubórnaya* significaba hacer nuestras necesidades todos juntos. Arriba, muy arriba, la luna redonda. Ante nuestros rostros, el aliento volaba blanco y brillante como la nieve bajo los pies. A nuestro alrededor, las ametralladoras listas para disparar. Y ahora: abajo los pantalones.

Qué situación tan embarazosa, tan vergonzosa para todo el mundo. Por suerte, ese territorio nevado estaba tan sólo con nosotros, nadie miraba cuando nos obligaron a hacer lo mismo tan cerca unos de otros. Yo no necesitaba ir al baño, pero me bajé los pantalones y me puse en cuclillas. Qué malvado y silencioso era ese territorio nocturno, cómo nos ridiculizaba al hacer nuestras necesidades. A mi izquierda, Trudi Pelikan se remangó el abrigo acampanado hasta los sobacos y se bajó los pantalones hasta los tobillos, se oyó el siseo entre sus zapatos. A mis espaldas Paul Gast, el

abogado, gemía al apretar, y cómo gruñían los intestinos de su mujer, la señora Heidrun Gast, a causa de la diarrea. A nuestro alrededor el cálido vapor pestilente se congeló al instante brillando en el aire. Ese territorio nevado nos propinó, una cura de caballo haciendo que nos sintiéramos solos con nuestros culos al aire en medio de los ruidos del bajo vientre. Qué mezquinos se tornaron nuestros intestinos en esa situación solidaria.

A lo mejor esa noche no crecí yo de repente, sino el miedo, en mi interior. A lo mejor la solidaridad sólo cobra realidad de ese modo. Porque todos, todos sin excepción, nos situamos para hacer nuestras necesidades automáticamente con la cara hacia el terraplén de la vía. Todos teníamos la luna a la espalda, ya no apartamos los ojos de la puerta abierta del vagón de ganado, dependíamos de ella como si fuese la puerta de una habitación. Nos embargaba ya el miedo loco a que la puerta se cerrase y el tren partiese sin nosotros.

Uno gritó en medio de la vasta noche: He aquí al pueblo sajón cagando, todos juntos. Cuando todo hace aguas, no son sólo aguas menores. A todos vosotros os gusta vivir, ¿verdad? Soltó una risa hueca, metálica. Todos se apartaron un poco de él. Entonces tuvo sitio, se inclinó ante nosotros como un actor y repitió con tono alto y solemne: A todos vosotros os gusta vivir, ¿verdad?

En su voz resonó un eco. Algunos empezaron a llorar, el aire estaba vidrioso. Su rostro se había sumergido en la locura. La saliva había cristalizado en su chaqueta. Entonces vi el emblema en el pecho, era el hombre de los botones de albatros. Estaba completamente solo y sollozaba con voz infantil. Junto a él sólo había quedado la nieve emporcada. Y detrás de él, el mundo helado con la luna como una radiografía.

La locomotora soltó un pitido ahogado. El *uuuh* más bajo que he oído jamás. Todos nos apresuramos hacia la puerta. Subimos y continuamos el viaje.

Al hombre también lo habría reconocido sin el emblema. Nunca lo vi en el campo de trabajo.

Armuelle

Nada de lo que nos proporcionaron en el campo de trabajo tenía botones. Las camisetas, los calzoncillos largos tenían dos cintitas para anudarlos. La almohada, cuatro. Por la noche la almohada era una almohada. De día se convertía en un saco de tela que llevabas contigo para cualquier eventualidad, es decir para robar y mendigar.

Robábamos antes del trabajo, durante el trabajo y después del trabajo, excepto durante el limosneo, que nosotros denominábamos buhonear, pero nunca robábamos al vecino de barracón. Tampoco se consideraba robar cuando después del trabajo, en el trayecto de regreso, acudíamos a las escombreras a recoger hierbas hasta que el almohadón estaba repleto. Ya en marzo las mujeres del pueblo habían averiguado que la mala hierba de hojas dentadas se llamaba *lebedá*; que en primavera también se comía en casa como espinaca silvestre, que se llamaba *armuelle*. También recolectábamos una planta de hojas plumadas, eneldo silvestre. La condición era disponer de sal, había que procurársela en el bazar mediante trueque. Era gris y basta como el cascajo, por lo que había que triturarla. La sal valía una fortuna. Teníamos dos recetas de cocina para el armuelle:

Las hojas de armuelle, saladas como es natural, podían comerse crudas, igual que una ensalada. Se desmenuzaba finamente el eneldo silvestre y se esparcía por encima. O se cocían en agua salada tallos enteros de armuelle. Al pescarlos del agua con la cuchara, salían convertidos en unas exquisitas espinacas falsas. El caldo también se bebe, es una especie de sopa clara o té verde.

En primavera el armuelle es tierno, la planta entera sólo alcanza la altura de un dedo y es de color verde plateado. A principios del verano te llega por la rodilla, sus hojas parecen tener dedos. Cada hoja puede ofrecer un aspecto diferente, como guantes distintos, y abajo del todo siempre hay un pulgar. El armuelle verde plateado es una planta fresca, un alimento de primavera. En verano había que prescindir de ella, pues en esa época el armuelle crece muy deprisa, se ramifica densamente y sus tallos se vuelven duros y leñosos. Amarga como la arcilla. La planta crece hasta la altura de la cadera, y alrededor de su grueso tallo central se forma una mata suelta. En pleno verano, las hojas y los tallos se colorean, empiezan a ponerse rosados, después rojo sangre, más tarde azul rojizo, hasta que en otoño se oscurecen hasta el índigo intenso. En todas las puntas de las ramas brotan cadenas de flores en espiga formadas por bolitas, igual que en las ortigas. Sólo que las flores en espiga del armuelle, en lugar de colgar, se yerguen oblicuas hacia arriba. También atraviesan una gama cromática que va del rosa al índigo.

Curiosamente, cuando el armuelle comienza a colorearse y ya no se puede comer es cuando está bonito de verdad. Entonces permanece al borde del camino protegido

por su belleza. La época de comer armuelle ha pasado. Pero no el hambre, que siempre es superior a ti.

Qué decir del hambre crónica... Se puede afirmar que existe un hambre que te hace enfermar de hambre. Que añade más hambre a la que ya padeces. El hambre siempre renovada que crece insaciable y salta al interior del hambre eternamente vieja, reprimida con esfuerzo. Cómo vas a correr mundo cuando lo único que sabes decir de ti mismo es que tienes hambre. Cuando no puedes pensar en nada más. El paladar es más grande que la cabeza, una cúpula alta y permeable al ruido que llega hasta el cráneo. Cuando el hambre se te antoja insoportable, sientes tirones en el paladar, como si hubieran tensado una piel de conejo fresca para secarla detrás de tu cara. Las mejillas se marchitan y se cubren de una pelusilla pálida.

Yo nunca supe si hay que reprochar al armuelle amargo que ya no se pueda comer, porque se vuelve leñoso y levantisco. El armuelle sabe que ya no nos sirve a nosotros y al hambre, sino al ángel del hambre. Las cadenas de flores rojas en espiga son joyas que adornan el cuello del ángel del hambre. A partir de comienzos de otoño, cuando llegó la primera helada, el armuelle fue engalanándose cada día más, hasta que se heló. Sus colores, de una belleza letal, herían el globo ocular. Las espigas, incontables hileras de collares rojos a lo largo de todo el camino, embellecían al ángel del hambre. Él llevaba su adorno, y nosotros, un paladar tan alto que, al caminar, el eco de los pasos se encabritaba en la boca. Una transparencia en el cráneo, como si te hubieras empachado de una luz deslumbrante. Una luz tal que se contempla ella misma en la boca y se desliza dulzona hacia la campanilla, hasta que se hincha e invade tu cerebro. Hasta que en la cabeza ya no tienes cerebro, sino únicamente el eco del hambre. No existen palabras adecuadas para describir el hambre. Todavía hoy tengo que demostrarle al hambre que me he librado de ella. Desde que ya no tengo que pasar hambre, me como literalmente la vida misma. Cuando como, me encierro en el placer de la comida. Desde mi regreso del campo de trabajo, hace sesenta años, como para combatir la muerte por inanición.

Al ver el armuelle, ya incomestible, intenté pensar en otra cosa. En los últimos calores cansinos de las postrimerías del verano, antes de la llegada del gélido invierno. Pero en lugar de eso pensé en las patatas que brillaban por su ausencia. Y en las mujeres que vivían en el *koljós* y que seguramente ya tomarían patatas nuevas en la sopa cotidiana de col. Por lo demás, no se las envidiaba: vivían en agujeros en el suelo y tenían que trabajar mucho todos los días, desde las primeras luces del alba hasta el ocaso.

En el campo de trabajo la primavera significaba para nosotros, los buscadores de armuelle de las escombreras, cocer armuelle. El nombre *armuelle* te sobrepasa y en sí nada dice. Para nosotros AR era una palabra sin matices, una palabra que nos dejaba en paz. Porque AR no era una hierba de pasar revista, sino una palabra del borde del

camino. En cualquier caso era una palabra *posrecuentonocturno...*, una hierba *posrevista*, en modo alguno una hierba de revista. A menudo esperabas con impaciencia a cocer el armuelle porque el recuento era inminente y duraba una eternidad porque no cuadraba.

En nuestro campo había cinco *RB*, *rabóchiy batalión*, cinco batallones de trabajo. Cada uno de ellos se llamaba *ORB*, *Otdelnýi Rabóchiy Batalión*, y constaba de 500 a 800 internos. Mi batallón era el 1009; mi número el 756.

Nos colocábamos en fila, qué expresión para esos cinco regimientos de miserables de ojos hinchados, narices enormes, mejillas hundidas. Barrigas y piernas estaban hinchadas por el agua distrófica. Hiciera un frío de muerte o un calor abrasador, pasábamos tardes enteras en posición de firmes. Sólo los piojos podían moverse sobre nosotros. Durante el interminable recuento podían chupar hasta reventar y desfilar por nuestra carne miserable, arrastrarse durante horas desde nuestra cabeza hasta el vello púbico. Los piojos casi siempre se saciaban y se echaban a dormir en los respaldos de los trajes de algodón mientras nosotros aún continuábamos en posición de firmes. El comandante del campo, Schischtvanionov, seguía voceando. No conocíamos su nombre. Él sólo se llamaba Tovarisch Schischtvanionov. Era lo bastante largo como para tartamudear de miedo al pronunciarlo. El nombre de Tovarisch Schischtvanionov evocaba siempre en mí el ruido de la locomotora de la deportación. Y la hornacina de la iglesia, en casa, *El cielo pone en marcha el tiempo*. A lo mejor nos obligaban a formar durante horas frente a la hornacina blanca. Los huesos se abultaban como hierros. Cuando la carne ha desaparecido del cuerpo, arrastrar tus huesos se convierte en una carga, te empuja hacia el interior del suelo.

Durante el recuento, mientras permanecíamos en posición de firmes, yo me ejercitaba en el olvido y en no diferenciar el aliento entre inspiración y expiración. Y en girar los ojos hacia arriba sin levantar la cabeza. Y en buscar en el cielo la esquina de una nube de la que poder colgar mis huesos. Cuando lograba olvidar y encontraba el gancho celestial, éste me sujetaba. Muchas veces no había nube alguna, sólo el azul uniforme del mar abierto.

Muchas veces no había más que un techo cerrado de nubes, de un gris uniforme.

Muchas veces las nubes corrían y no había gancho que se quedase quieto.

Muchas veces la lluvia escocía en los ojos y pegaba la ropa a mi piel.

Muchas veces el frío me rompía las entrañas a dentelladas.

En días así, el cielo tiraba de mis ojos hacia arriba y el recuento los arrastraba hacia abajo; los huesos colgaban sin asidero de mi soledad.

El kapo Tur Prikulitsch caminaba a grandes zancadas entre nosotros y el comandante Schischtvanionov, las listas resbalaban entre sus dedos, arrugadas de tanto hojearlas. Cada vez que gritaba un número, su pecho oscilaba igual que el de un

gallo. Aún tenía manos infantiles. Las mías habían crecido en el campo, cuadradas, duras y planas como dos tablas.

Si después de la revista alguien, haciendo acopio de todo su valor, preguntaba a uno de los *nachálniks* o incluso a Schischtvanionov, el comandante del campo, cuándo podríamos regresar a casa, nos daban esta escueta respuesta: *skóro domóy*, o lo que es lo mismo: Iréis pronto.

Ese *pronto* ruso nos robaba el tiempo más largo del mundo. Tur Prikulitsch también se cortaba los pelos de la nariz y las uñas con el barbero Oswald Enyeter. El barbero y Tur Prikulitsch eran paisanos del rincón de los tres países de los Cárpatos ucranianos. Pregunté si en esa región de los Cárpatos donde confluían Rumanía, Hungría y Rusia era habitual que a los mejores clientes les cortaran las uñas en la barbería. El barbero respondió: No, en el rincón de los tres países no es así. Eso es cosa de Tur, no de mi casa. De casa viene el quinto después del noveno. Qué significa eso, pregunté. El barbero respondió: Un poco de *balamuk*. Qué significa eso, pregunté. Un poco de barullo, me contestó.

Tur Prikulitsch no era ruso como Schischtvanionov. Hablaba alemán y ruso, pero era uno de los rusos, no de los nuestros. Aunque interno, era ayudante de la dirección del campo. Él nos dividía sobre el papel en escuadrones de trabajo y traducía las órdenes rusas. Y añadía las suyas en alemán. Adscribía al número de escuadrón nuestros nombres y números para el recuento general. Cada uno tenía que recordar su número día y noche y saber que éramos un simple número y no personas con nombres y apellidos.

Tur Prikulitsch escribía junto a nuestros nombres, formando columnas, *koljós*, fábrica, escombreras, transporte de arena, línea férrea, obra, transporte de carbón, cochera, batería de coque, escorias, sótano. De lo que figurara junto al nombre dependía que acabásemos cansados, muy cansados o extenuados; que después de trabajar nos quedaran tiempo y fuerzas para buhonear; o que pudiéramos rebuscar sin ser vistos entre los desperdicios de la cocina detrás de la cantina.

Tur Prikulitsch no trabaja, en ningún escuadrón, en ninguna brigada, en ningún turno. Él manda, por eso es ágil y despectivo. Su sonrisa es una asechanza. Si se la devuelves, gesto obligado, te expones al ridículo. Él sonrío, porque junto al nombre ha anotado en la columna algo nuevo, aún peor. En la calle principal del campo le evito entre los barracones, prefiero mantenerme a una distancia que impida la conversación. Él camina levantando mucho sus zapatos, que brillan como dos bolsitas de charol, como si el tiempo vacío saliera de él a través de las suelas. Nada se le pasa por alto. Se dice que incluso lo que olvida se convierte en una orden.

En la barbería, Tur Prikulitsch es superior a mí. Dice lo que le da la gana, no corre ningún riesgo. Incluso es mejor si nos ofende. Sabe que tiene que humillarnos para seguir así. Estira el cuello y habla siempre hacia abajo. Tiene todo el día para

gustarse. A mí también me gusta. Es de constitución atlética, con ojos de color amarillo latón y mirada untuosa, dos pequeñas orejas pegadas como dos broches, mentón de porcelana, aletas de la nariz rosadas como flores de tabaco y cuello cual cera de vela. Su suerte es que nunca se mancha. Su suerte lo hace más guapo de lo que se merece. Quien no conoce al ángel del hambre puede dar órdenes en el patio del recuento, recorrer a grandes zancadas la calle principal del campo, esbozar una sonrisa furtiva en la barbería. Pero no puede tomar parte en la conversación. Sé de Tur Prikulitsch más de lo que a él le gustaría, porque conozco bien a Bea Zakel, que es su amante.

Las órdenes rusas sonaban como el nombre del comandante del campo, Tovarisch Schischtvanionov, un chirrido y graznido compuesto de ch, sch, tsch, schtsch. De todos modos no entendíamos el contenido de la orden, pero sí el desprecio que encerraba. Uno se acostumbra al desprecio. Con el tiempo las órdenes parecían un constante carraspear, toser, estornudar, sonarse los mocos, escupir..., expulsar mucosidades. Trudi Pelikan decía: El ruso es un idioma acatarrado.

Mientras todos los demás sufrían en posición de firmes durante el recuento vespertino, los que trabajaban por turnos, exentos del recuento, habían encendido ya su hoguerita en el rincón del campo situado detrás de la fuente. Ya tenían encima la cazuela con armuelle u otras cosas extrañas que precisaban tapa para no ser vistas. Zanahorias, patatas, incluso mijo, si se había sabido aprovechar un astuto trueque: diez pequeñas zanahorias por una chaqueta, tres medidas de mijo por un jersey, media medida de azúcar o sal por un par de calcetines de lana de oveja.

Para preparar la comida extra, la cazuela requería un utensilio imprescindible: la tapa. Pero no había tapas. Quizá un trozo de chapa, y eso a lo mejor sólo en la imaginación. No importaba cómo, en cada ocasión se inventaba la tapa de la cazuela con algo. Y se decía con obstinación: Hace falta una tapa. A pesar de que nunca había tapa, sino una frase sobre la tapa. Puede que el recuerdo se desvanezca si uno no sabe ya de qué material era la tapa y si hubo o no hubo tapa, fuese de lo que fuese.

En cualquier caso, al anochecer, en el rincón del campo situado detrás de la fuente, llameaban unas quince o veinte hogueritas entre dos ladrillos. Los demás no tenían nada para cocinar en privado aparte de la bazofia de la cantina. El carbón producía humo, los propietarios de las cazuelas vigilaban cuchara en mano. El carbón no escaseaba. Las cazuelas eran de la cantina, míseros cacharros de cocina de la industria local. Recipientes de hojalata esmaltados en un pardo grisáceo llenos de costras y abolladuras. En el fuego del patio se utilizaban como cazuelas, en la mesa de la cantina eran platos. Cuando unos terminaban de preparar su comida, otra gente con platos esperaba a tomar posesión del fuego.

Cuando yo no tenía nada para cocinar, el humo serpenteaba por mi boca. Encogía la lengua y masticaba el vacío. Comía saliva con humo nocturno imaginando que

eran salchichas. Cuando no tenía nada para cocinar, me acercaba a las cazuelas y fingía que iba a lavarme los dientes en la fuente antes de acostarme. Pero antes de meterme en la boca el cepillo de dientes comía dos veces: con el hambre del ojo engullía el fuego amarillo, y con el hambre del paladar, el humo. Mientras comía, todo a mi alrededor permanecía en silencio, y desde la zona fabril del otro lado llegaba atravesando la penumbra el traqueteo de las baterías de coque. Cuanto más deprisa deseaba alejarme de la fuente, más lento me volvía. Tenía que apartarme de las hogueritas. En medio del traqueteo de las baterías de coque escuchaba el gruñido de mi estómago, todo el panorama nocturno estaba hambriento. El cielo se inclinaba, negro, sobre la tierra, y yo caminaba con paso inseguro hacia el barracón a la luz amarillenta y reglamentaria de la bombilla.

También era posible lavarse los dientes sin pasta de dientes. La que había traído de casa se había terminado hacía tiempo. Y la sal era demasiado valiosa, no la habría escupido, valía una fortuna. De la sal y su valor me acuerdo; del cepillito de dientes no. Llevaba uno en el neceser, pero es imposible que durase cuatro años. Y no compré un cepillo nuevo, si es que lo hice, hasta el quinto y último año, cuando nos daban dinero en mano, en efectivo, por nuestro trabajo. Pero tampoco consigo acordarme de mi cepillo de dientes nuevo, si es que lo tuve. A lo mejor con el dinero en efectivo preferí comprar ropa nueva en lugar de un cepillo de dientes. Mi primera pasta de dientes la traje de casa y se llamaba *clorodont*. Este nombre se acuerda de mí. Los cepillos de dientes, tanto el seguro primero como el hipotético segundo, me han olvidado. Lo mismo sucede con el peine. Debí de tener uno. Recuerdo la palabra *baquelita*. Hacia el final de la guerra, en nuestra casa todos los peines eran de baquelita.

Es posible que haya olvidado antes las cosas que traje de casa que las que adquirí en el campo de trabajo. Si es así, se debe a que las traje conmigo. A que las poseía y las seguí utilizando hasta que se deterioraron y aún más, como si no hubiera estado con ellas en otro lugar, sino en casa. Quizá consiga recordar los objetos de los demás porque tenía que pedirlos prestados.

Recuerdo bien los peines de chapa del campo. Aparecían en la temporada de los piojos. Los hacían los torneros y cerrajeros en la fábrica y se los regalaban a las mujeres. Eran de chapa de aluminio con dientes mellados, y se notaba su humedad en la mano y en la piel de la cabeza, pues tenían un hálito frío. Cuando los manipulabas, captaban enseguida el calor corporal; entonces emanaban un olor amargo a rábano, un olor que permanecía en la mano mucho después de haber dejado el peine. Con los peines de chapa, los pelos formaban gurrúños, había que arrancar y estirar. En los peines quedaban más cabellos que piojos.

Para despiojarse también había unos peines de asta cuadrados, con dientes a ambos lados. Las chicas de pueblo los habían traído de casa. Por un lado, dientes

gruesos para hacer la raya y dividir el pelo; por el otro muy finos, para eliminar las liendres. Los peines de asta eran muy sólidos y pesaban en la mano. Los cabellos se podían desenredar y quedaban lisos. Esos peines se podían pedir prestados a las chicas de pueblo.

Desde hace sesenta años intento recordar por las noches los objetos del campo de trabajo. Son el contenido de mi maleta nocturna. Desde el regreso del campo, la noche insomne es una maleta de piel negra. Y esa maleta está dentro de mi frente. Sólo que desde hace sesenta años no sé si no logro conciliar el sueño porque quiero recordar los objetos, o viceversa; si me peleo con ellos porque de todos modos no puedo dormir. Sea como fuere, la noche empaqueta su maleta negra contra mi voluntad, esto debo resaltarlo. He de recordar contra mi voluntad. Pero incluso cuando no es una obligación sino un deseo, preferiría no tener que desearlo.

A veces los objetos del campo no me asaltan de manera sucesiva, sino en tropel. Por eso sé que los objetos que me visitan no pretenden, al menos en exclusiva, que los recuerde, sino atribularme. Nada más pensar que llevaba útiles de costura en el neceser, se inmiscuye el pañuelo cuyo aspecto ignoro. A ello se añade un cepillo de uñas, que no sé si tuve, un espejo de bolsillo que pudo existir o no y un reloj de bolsillo cuyo paradero desconozco, suponiendo que lo llevase conmigo. Objetos que quizá no tuvieron nada que ver conmigo me buscan. Quieren deportarme durante la noche, devolverme al campo de trabajo, eso es lo que quieren. Acuden en tropel, y por eso no permanecen únicamente en la cabeza. Siento una pesadez, de estómago que me sube hasta el paladar. El columpio del aliento hace una pirueta, obligándome a jadear. Semejante *cepillodedientespeineagujatijeraespejo* es un monstruo, y el hambre es otro monstruo. Y no existiría el azote de los objetos sin la existencia del hambre como objeto.

Cuando los objetos me agobian por la noche y estrangulan mi garganta cortándome la respiración, abro la ventana de golpe y saco la cabeza fuera. En el cielo, una luna como un vaso de leche fría me lava los ojos. Mi aliento recupera su ritmo. Trago el aire frío hasta que ya no estoy en el campo. Después cierro la ventana y me acuesto de nuevo. La ropa de cama no sabe nada y abriga. El aire de la habitación me mira y huele a harina caliente.

Cemento

El cemento nunca bastaba. Carbón había de sobra. También había bloques de escoria, cascajo y arena suficientes. Pero el cemento siempre se terminaba. Disminuía espontáneamente. Había que andarse con cuidado con el cemento, podía convertirse en una pesadilla. El cemento no sólo podía desaparecer por sí mismo, sino incluso en sí mismo. Entonces todo quedaba lleno de cemento, y ya no había cemento alguno.

El brigadier gritaba: Hay que tener cuidado con el cemento.

El capataz vociferaba: Hay que ahorrar cemento.

Y cuando corría viento: No dejéis que se vuele el cemento.

Y cuando llovía o nevaba: Que no se moje el cemento.

Los sacos de cemento son de papel. El papel del saco es demasiado frágil para un saco lleno. Ya acarree el saco una persona sola o entre dos, cogido por la panza o por sus cuatro esquinas..., se rompe. Con un saco roto es imposible ahorrar cemento. Cuando un saco de cemento seco se rompe, la mitad se cae al suelo. Cuando un saco de cemento mojado se rompe, la mitad se queda pegada al papel. No se puede evitar: cuanto más cemento se ahorra, más cemento se gasta. El cemento es un engaño como el polvo de la carretera, la niebla y el humo; vuela por el aire, se arrastra por el suelo, se adhiere a la piel. Se ve por todas partes y en ninguna se puede coger.

Hay que ahorrar cemento, pero con el cemento hay que vigilarse uno mismo. Transportas el saco con la sensación de que, a pesar de todo, el cemento disminuye poco a poco. Te reprenden tildándote de parásito de la economía, de fascista, saboteador y ladrón de cemento. Tropiezas con los gritos y te haces el sordo. Hay que empujar la carretilla de mortero andamio arriba, por una tabla inclinada, hasta los albañiles. La tabla oscila, te agarras a la carretilla. Y con la oscilación podrías volar al cielo, porque el estómago vacío se te sube a la cabeza.

Qué pretenderán los vigilantes del cemento difundiendo esas sospechas. Como trabajador forzoso, uno sólo posee una *fufáika*, un traje de algodón, en el cuerpo, y una maleta y un catre en el barracón. Para qué ibas a robar cemento. No te lo puedes llevar como mercancía robada, sólo como una incómoda suciedad. Todos los días padeces un hambre ciega, pero el cemento no es comestible. Tienes frío o sudas, pero el cemento no calienta ni refresca. El cemento atiza las sospechas porque vuela y se desliza y se adhiere, porque, gris liebre, aterciopelado y amorfo, desaparece sin motivo.

La obra estaba detrás del campo, junto a las caballerizas en las que sólo había pesebres y desde hacía mucho ni un solo caballo. Se construyeron seis viviendas para rusos, seis casas para dos familias cada una. Cada vivienda disponía de tres

habitaciones. Pero en cada una de ellas vivirían al menos cinco familias, pensábamos nosotros, porque al buhonear veíamos la pobreza de la gente y a numerosos escolares flacos. Todas las niñas con el pelo rapado al cero, igual que los niños, todas con vestiditos ligeros azul claro. Siempre de dos en dos, cogidas de la mano, caminando en fila por el barro, junto a la obra, mientras entonaban canciones heroicas. Por detrás y por delante marchaba con paso firme una madame oronda y silenciosa, de mirada agria, que balanceaba la popa como un barco.

En la obra había ocho brigadas. Éstas cavaban cimientos, arrastraban bloques de escoria y sacos de cemento, removían la lechada y la mezcla de hormigón, rellenaban los cimientos, preparaban el mortero para los albañiles, lo transportaban en angarillas, lo empujaban con la carretilla hasta el andamio y hacían el enfoscado para las paredes. Las seis casas se construyeron al mismo tiempo, corriendo de acá para allá, menudo trajín, sin que se notase apenas. Veías a los albañiles, el mortero y las tejas encima del andamio, pero no veías crecer los muros. Es lo malo de la construcción: si te pasas todo el día mirando, no ves cómo crecen los muros. Al cabo de tres semanas de repente están altos, por tanto tienen que haber crecido. A lo mejor durante la noche, a su aire, como la luna. De la misma forma incomprensible en que desaparece el cemento, crecen también los muros. Te dan órdenes, empiezas a hacer algo y te echan de allí. Te abofetean y patean. Por dentro te vuelves terco y triste y por fuera servil y cobarde. El cemento corroe las encías. Cuando abres la boca, los labios se rajan como el papel del saco de cemento. Mantienes la boca cerrada y obedeces.

La desconfianza crece más que cualquier muro. En esta pesadumbre de la obra, todos sospechan que el otro agarra el saco de cemento por el extremo más ligero, que se aprovecha de ti y se da la gran vida. Todos son humillados por los gritos, burlados por el cemento, engañados por la obra. A lo sumo, cuando alguno muere dice el capataz: Zhálko, ochen zhálko, qué lástima. Acto seguido, cambiando de tono, añade: Vnimanie, atención.

Trabajas como una bestia y oyes los latidos de tu corazón y: hay que ahorrar cemento, hay que tener cuidado con el cemento, el cemento no puede mojarse, que no se vuele el cemento. Pero el cemento se dispersa, es un derrochador, y con nosotros avaricioso hasta decir basta. Vivimos tal como quiere el cemento. Es un ladrón, es él el que nos ha robado, no nosotros a él. Pero, además, el cemento te vuelve odioso. El cemento siembra la desconfianza al dispersarse, el cemento es un conspirador.

Cada tarde durante el regreso a casa, a la necesaria distancia del cemento, dando la espalda a la obra, yo sabía que nosotros no nos engañábamos mutuamente, sino que eran los rusos y su cemento los que nos engañaban. Pero al día siguiente retornaba la sospecha, contra mi convicción y contra todos. Y todos se daban cuenta. Y todos contra mí. Y yo me daba cuenta. El cemento y el ángel del hambre son cómplices. El hambre te abre bruscamente los poros y se desliza en tu interior.

Cuando está dentro, el cemento los cierra, te quedas encementado.

En la torre del cemento, el cemento puede ser mortal. Tiene 40 metros de altura, carece de ventanas, está vacía. Bueno, casi, pero dentro te puedes ahogar. Considerando la altura de la torre, son restos pequeños, pero están diseminados, no envasados en sacos. Los raspamos con las manos desnudas para echarlos en cubos. Es cemento viejo, pero asqueroso y alerta. Está vivito y coleando y nos acecha, se precipita hacia nosotros, gris y mudo, antes de que demos un respingo y escapemos corriendo. El cemento puede fluir, y entonces corre más deprisa que el agua, y más liso. El cemento puede apoderarse de ti y ahogarte.

Yo caí enfermo por el cemento. Durante semanas estuve viendo cemento por doquier: el cielo claro era cemento alisado, el cielo nublado estaba lleno de montones de cemento. La lluvia anudaba sus cuerdas de cemento del cielo a la tierra. Mi escudilla de hojalata moteada de gris era de cemento. Los perros guardianes tenían el pelo de cemento, al igual que las ratas entre los desperdicios de la cocina detrás de la cantina. Los luciones se arrastraban entre los barracones en un calcetín de cemento. Las moreras, entretejidas de nidos de orugas, eran embudos de seda y cemento. Cuando lucía un sol deslumbrante, yo quería quitármelas de los ojos, pero no estaban allí. Y en el patio donde se hacía el recuento, al borde de la fuente, se posaba de noche un pájaro de cemento. Su canto era rasposo, una canción de cemento. El abogado Paul Gast ya conocía al pájaro en su tierra, una calandria. Las nuestras también son de cemento, pregunté. Él vaciló antes de responder: Las nuestras proceden del sur.

Lo otro no lo preguntaba porque se veía en las fotos colgadas en las oficinas y se oía por el altavoz: los pómulos de Stalin y su voz eran de hierro fundido, pero su bigote era de cemento puro. En el campo siempre estabas sucio debido al trabajo. Pero ninguna suciedad era tan pegajosa como la del cemento. El cemento es inevitable como el polvo de la tierra, no se ve de dónde viene porque ya está ahí. Aparte del hambre, en la mente de las personas sólo la nostalgia es tan veloz como el cemento. Y también te roba de la misma manera, y en ella también puedes ahogarte de la misma manera. Creo que en la mente de las personas sólo hay una cosa más rápida que el cemento: el miedo. Sólo así acierto a explicarme por qué a comienzos del verano, en la obra, anoté a escondidas sobre un trozo del delgado papel pardo de los sacos de cemento:

*Sol alto velado
maíz amarillo, no hay tiempo.*

No escribí más, porque hay que ahorrar cemento. En el fondo me apetecía anotar algo muy distinto:

*Acechando, baja, oblicua y rojiza,
está la media luna en el cielo
ya poniéndose.*

Eso me lo regalé luego, lo pronuncié en silencio en mi boca. Se rompió enseguida, el cemento me chirrió entre los dientes. Después enmudecí.

También hay que ahorrar papel. Y esconderlo bien. Si te sorprenden con papeles escritos vas a parar al calabozo, un pozo de hormigón once escalones por debajo del suelo, tan estrecho que sólo permite estar de pie. Apesta a excrementos y está repleto de insectos. Cerrado por arriba con una reja de hierro.

Por la noche, mientras regresaba arrastrando los pies, solía decirme: El cemento disminuye cada vez más, puede desaparecer espontáneamente. Yo también soy de cemento y disminuyo cada vez más. Por qué no puedo desaparecer.

Las mujeres de la cal

Las mujeres de la cal forman una de las ocho brigadas de la obra. Ellas arrastran el carro de caballos con los trozos de cal por la escarpada pendiente situada junto a las caballerizas, después bajan hasta el borde de la obra, donde se encuentra la fosa de descarga. El carro es un enorme cajón trapezoidal de madera. A cada lado de la lanza van uncidas cinco mujeres con correas de cuero alrededor de los hombros y las caderas. Las escolta un guardia que camina a su lado. Mientras tiran, tienen los ojos hinchados y húmedos y la boca entreabierta por el esfuerzo.

Una de las mujeres de la cal es Trudi Pelikan.

Cuando la lluvia olvida durante semanas la estepa y el barro que rodea la fosa de descarga se seca como las algodonosas silvestres, las moscas del lodo se tornan molestas. Trudi Pelikan dice que las moscas del barro huelen la sal en los ojos y el dulzor en el paladar. Y cuanto más débil estás, más te lloran los ojos y más se endulza tu saliva. A Trudi Pelikan la uncían atrás del todo, porque ya estaba muy débil para ir delante. Las moscas del barro ya no se le posaban en el rabillo del ojo ni en los labios, sino en la pupila y en el interior de la boca. Trudi Pelikan empezó a tambalearse. Cuando cayó, el carro le pasó por encima de los dedos de los pies.

Sociedad intérlope

Trudi Pelikan y yo, Leopold Auberg, éramos de Hermannstadt. Antes de que nos obligaran a subir al vagón de ganado, no nos conocíamos. Artur Prikulitsch y Beatrice es decir Tur y Bea, se conocían desde la infancia. Procedían de Lugi, un pueblo de montaña situado en el rincón de los tres países de los Cárpatos ucranianos. De la misma zona, de Rajiv, procedía el barbero Oswald Enyeter. También el acordeonista Konrad Fonn venía del rincón, de los tres países, de la pequeña ciudad de Sucholol. Mi compañero de camión Karli Halmen era de Kleinbetschkerek, y Albert Gion, con el que estuve más tarde en el sótano de la escoria, de Arad. Sarah Kaunz, la del sedoso vello en las manos, había nacido en Wurmloch; Sarah Wandschneider, la de la verruga en el anular, en Kastenholz. Ellas no se conocían antes del campo de trabajo, pero parecían hermanas. En el campo las llamaban las dos Siris. Irma Pfeifer procedía de la pequeña ciudad de Deta; la sorda Mitzi, es decir, Annamarie Berg, de Mediasch. El abogado Paul Gast y su esposa, la señora Heidrun Gast, eran de Oberwischau. El tamborilero Kowatsch Anton provenía de la región montañosa del Banato, de la pequeña localidad de Karansebesch. Katharina Seidel, a la que llamábamos Imaginaria-Kati, venía de Bakowa. Era deficiente y durante los cinco años no supo dónde estaba. El mecánico Peter Schiel, muerto por beber aguardiente de hulla, era de Bogarosch. La cantarina Loni, Ilona Mich, de Lugosch. El señor Reusch, el sastre, de Guttenbrun. Etc. Todos nosotros éramos alemanes y nos fueron a buscar a casa. Salvo Corina Marcu, que llegó al campo de trabajo con tirabuzones, abrigo de piel, zapatos de charol y un broche con un gato en el vestido de terciopelo. Era rumana, y los soldados de guardia de nuestro transporte, tras capturarla de noche en la estación de Buzău, la metieron en el vagón de ganado. Seguramente tenía que llenar un hueco en la lista, sustituir a alguna fallecida durante el trayecto. Murió de frío el tercer año paleando nieve en un tramo de la vía férrea. Y David Lommer, llamado Cítara-Lommer porque tocaba ese instrumento, era judío. Cuando le expropiaron su taller de sastrería, recorrió el país ofreciendo sus servicios de maestro sastre y entrando en las mejores casas. No le cabía en la cabeza que hubiese ido a parar a la lista de los rusos por ser alemán. Era oriundo de Dorohoi, en la Bucovina. Sus padres y su esposa habían huido de los fascistas en compañía de sus cuatro hijos. Él no sabía adónde y ellos ignoraban su paradero desde antes de su deportación. Estaba en Grosspold, cosiendo un traje de chaqueta de lana para la mujer de un oficial, cuando fueron a buscarlo.

Ninguno de nosotros luchó en ninguna guerra, pero para los rusos éramos culpables de los crímenes de Hitler por nuestra condición de alemanes. También Cítara-Lommer, que pasó tres años y medio en el campo de trabajo. Una mañana se

detuvo delante de la obra un automóvil negro. Descendieron dos desconocidos con lujosos gorros de astracán y hablaron con el capataz. Después se llevaron en el coche a Cítara-Lommer. A partir de ese día la cama de Cítara-Lommer en el barracón permaneció vacía. Bea Zakel y Tur Prikulitsch debieron de vender su maleta y su cítara en el bazar.

Bea Zakel dijo que los de los gorros de astracán eran miembros de alto rango del partido en Kiev. Habían trasladado a Odessa a Cítara-Lommer y desde allí lo habían embarcado hacia Rumanía.

En su calidad de paisano, el barbero Oswald Enyeter se permitió el lujo de preguntar a Tur Prikulitsch por qué a Odessa. Tur contestó que a Lommer no se le había perdido nada aquí, que desde Odessa podría ir adonde quisiera. Yo le dije al barbero en lugar de a Tur: Adonde va a querer ir, ya no tiene a nadie en su tierra. Tur Prikulitsch contenía la respiración para no moverse. El barbero le estaba recortando los pelos de la nariz con unas tijeras oxidadas. Cuando terminó con la segunda fosa nasal, le cepilló de la barbilla los pelos recortados como hormigas y se giró a medias, apartándose del espejo, para que Prikulitsch no se diera cuenta de que me guiñaba el ojo. Estás satisfecho, preguntó. Tur respondió: Con mi nariz sí.

Fuera, en el patio, la lluvia había cesado. El carro del pan traqueteaba por los charcos de la entrada. Todos los días el mismo hombre tiraba del carro con el pan de molde y cruzaba la puerta del campo de trabajo hasta llegar al patio trasero de la cantina. El pan iba siempre tapado con un paño blanco, como si fuera un montón de cadáveres. Pregunté qué grado tenía el hombre del pan. El barbero repuso que ninguno, el uniforme lo había heredado o robado. Con tanto pan y tanta hambre necesitaba el uniforme para inspirar respeto.

El carro tenía dos ruedas altas y dos largos brazos de madera. Se parecía al gran carretón con el que en casa recorrían las carreteras los afiladores, de localidad en localidad, durante todo el verano. El hombre del pan cojeaba cuando se apartaba del carro. Una de sus piernas era una pata de palo hecha de mangos de pala unidos con clavos, informó el barbero. Yo envidiaba al hombre del pan, tenía una pierna de menos, pero mucho pan. También el barbero seguía con la vista el carro. Él sólo conocía el hambre a medias, seguramente hacía negocios ocasionales con el hombre del pan. También Tur Prikulitsch, que tenía el estómago harto, seguía con los ojos al hombre del pan, quizá para controlarlo o de manera inconsciente. Yo no sabía por qué, pero me pareció que el barbero quería apartar la atención de Tur Prikulitsch del carro del pan. De otro modo no podía explicarme por qué, justo cuando me senté en la banqueta, dijo: Menuda sociedad intérllope formamos aquí, en el campo de trabajo. Gente de todas partes, como en un hotel en el que resides una temporada.

Fue en la época de la obra. Qué tendrían que ver con nosotros expresiones como *Sociedad Intérllope*, *Hotel* y *temporada*. El barbero no era cómplice de la dirección

del campo, pero sí un privilegiado. Le permitían vivir y dormir en su barbería. Nosotros, con nuestros barracones y el cemento, ya no teníamos ningún chiste en la cabeza. Aunque ese día Oswald Enyeter no tenía la barbería para él, nosotros entrábamos y salíamos. Él no paraba de cortar el pelo y de afeitarse. Algunos hombres lloraban al mirarse al espejo. Mes tras mes, debió de ver cómo entrábamos por su puerta cada vez más depauperados. Durante los cinco años, él supo exactamente quién seguía acudiendo aunque estuviera ya medio céreo. Y quién había dejado de acudir porque estaba cansado de trabajar y enfermo de nostalgia o muerto. Me habría gustado no soportar todo aquello. Por su parte, Oswald Enyeter no tenía que soportar ninguna brigada ni un maldito día de cemento. Ni turnos de noche en el sótano. Nuestra depauperación lo agobiaba, pero el cemento no lo sometía a un engaño desmedido. Él se veía obligado a consolarnos y nosotros nos aprovechábamos porque no podíamos hacer otra cosa. Porque estábamos muertos de hambre y enfermos de nostalgia, porque nos habíamos apartado del tiempo y de nosotros mismos y habíamos acabado con el mundo. Mejor dicho, el mundo con nosotros.

Aquel día me levanté de un salto de la silla y grité que, a diferencia de él, yo sólo tenía sacos de cemento, no un hotel. Y entonces di una patada a la banqueta, que casi se volcó, y dije: Aquí usted, señor Enyeter, forma parte de los propietarios del hotel, yo no.

Siéntate, Leo, repuso, yo creía que nos tuteábamos. Te equivocas, aquí el propietario se llama Tur Prikulitsch. Y éste, asomando la punta rosácea de la lengua por la comisura de los labios, asintió. Era tan estúpido que se sintió halagado, se peinó ante el espejo y sopló el peine. Depositó éste sobre la mesa y las tijeras encima, y a continuación colocó las tijeras junto al peine y éste sobre las tijeras. Acto seguido, se marchó. Cuando Tur Prikulitsch salió, Oswald Enyeter dijo: Has visto, el propietario es él, él nos tiene en jaque, no yo. Vuelve a sentarte, puedes callar sobre los sacos de cemento, yo tengo que hablar con todo el mundo. Alégrate de saber todavía lo que es un hotel. Lo que todavía sabe la mayoría, hace mucho que ha cambiado. Todo, salvo el campo de trabajo, repuse.

Aquel día no me senté en la banqueta. Me mantuve en mis trece y me fui. Entonces no lo habría reconocido, yo era tan vanidoso como Tur Prikulitsch. Me halagó que Enyeter se mostrase conciliador, aunque no tenía necesidad de ello. Cuanto más me rogaba, más decidido estaba a marcharme sin afeitarse. Con cañones de barba en la cara, el cemento resultaba aún más molesto. A los cuatro días regresé para sentarme en la banqueta como si nada hubiera pasado. Estaba tan cansado de la obra que su hotel me daba igual. Tampoco el barbero volvió a mencionar el asunto.

Semanas más tarde, cuando el hombre del pan tiraba del carro vacío hacia la puerta del campo, volví a recordar el *hotel*. Entonces me gustó. Lo necesitaba contra el hastío. Regresé al trote de descargar cemento en el turno de noche, como el ternero

que sale al frescor de la mañana. En el barracón todavía dormían tres. Me tumbé en la cama sucio como estaba y me dije: Aquí en el hotel nadie necesita llave. Sin recepción, la morada abierta, condiciones como en Suecia. Mi barracón y mi maleta permanecen siempre abiertos. Mis objetos de valor son el azúcar y la sal. Debajo de la almohada está mi pan seco, ahorrado a base de quitármelo de la boca. Es una fortuna y se vigila él mismo. Soy un ternero en Suecia, y un ternero se comporta igual cada vez que entra en la habitación de su hotel: mira primero debajo de su almohada para comprobar si el pan sigue en su sitio.

La mitad del verano estuve en el cemento y fui un ternero en Suecia, volvía del turno diurno o nocturno y jugaba en el hotel de la mente. Algunos días tenía que reírme para mis adentros. Otros el *hotel* se desplomaba sobre sí, es decir sobre mí, y se me saltaban las lágrimas. Deseaba animarme, pero ya no me conocía. La maldita palabra *hotel*. Los cinco años enteros vivimos muy cerca..., en el recuento.

Madera y algodón

Había dos tipos de calzado: los chanclos de goma eran un lujo. Los zapatos de madera, una catástrofe, pues sólo la suela era de madera, una tablita de dos dedos de grosor. La parte de arriba era una tela de arpillera gris con una estrecha tira de cuero alrededor. El paño estaba fijado con clavos a la suela a lo largo de la tira de cuero. Como la tela de saco era demasiado endeble para aguantar los clavos, se rompía siempre, primero por los talones. Los zapatos de madera eran cerrados, tenían ojetes para atarlos, pero no había cordones. Se enhebraba un alambre fino al que se daba vueltas en los extremos, retorciéndolo sobre sí mismo. En los ojetes, la tela de saco también se hacía trizas al cabo de pocos días.

Los zapatos de madera impiden doblar los dedos. No levantas los pies del suelo, deslizas las piernas. De tanto arrastrar los pies, se te ponen tiesas hasta la rodilla. Cuando las suelas de madera se abrían por los talones, era un alivio, los dedos recobraban en parte la libertad y podías doblar mejor la rodilla.

En los zapatos de madera no había derecho ni izquierdo y sólo tres tallas, diminuta, gigantesca y muy raramente mediana. En el lavadero escogías del montón dos zapatos de madera con lona del mismo tamaño. Bea Zakel, la amante de Tur Prikulitsch, era la dueña de nuestra ropa. A algunos les ayudaba a rebuscar para encontrar dos piezas bien clavadas. Con otros se limitaba a acercar un poco su silla, sin agacharse, al montón de zapatos y vigilaba para que no robasen nada. Ella misma calzaba buenos zapatos bajos de cuero, y cuando hacía un frío glacial, botas de fieltro. Si tenía que caminar por el barro, se ponía chanclos de goma encima.

Según el plan de la dirección del campo de trabajo, los zapatos de madera tenían que durar medio año. Pero al cabo de tres o cuatro días el tejido se había roto por los talones. A través del trueque, todos intentaban agenciarse unos chanclos de goma adicionales, flexibles y ligeros, un palmo más grandes que el pie. Así había sitio suficiente para superponer varios paños que usábamos en lugar de calcetines. Para que los pies no se salieran de los chanclos al andar, se sujetaban por debajo de la suela con un trozo de alambre atado al empeine, tras enrollarlo bien. El lugar del empeine donde quedaba el nudo de alambre era el punto neurálgico, en ese sitio siempre se desollaban los pies. Y en la herida te salía el primer sabañón. Tanto los zapatos de madera como los chanclos se pasaban todo el invierno helados y adheridos a los trapos por el frío. Y los trapos a la piel. Los chanclos de goma eran aún más fríos que los zapatos de madera, pero duraban meses.

La ropa de trabajo, la única que había, o sea la ropa del campo, el uniforme de los internos, se repartía semestralmente. No había diferencias entre la ropa de hombres y mujeres. Además de los zapatos de madera y los chanclos de goma, la ropa de trabajo

incluía ropa interior, un traje de algodón, guantes de trabajo, paños para los pies, una toalla y un trozo de jabón cortado de una barra que desprendía un intenso olor a sodio. Escocía la piel, era mejor mantenerlo lejos de las heridas.

La ropa interior era de lienzo crudo: 1 calzoncillo largo, con cordones en los tobillos y delante, en la tripa, 1 calzoncillo corto con cordones, 1 camiseta con cordones, y todo junto era *camisetacamisadedíaydenochedeveranoydeinvierno*.

El traje de algodón se llamaba *fufáika*, un traje guateado con abombamientos longitudinales. El pantalón *fufáika* tenía un corte en cuña para barrigas gordas, y estrechas trabas con cuerdas en los tobillos. En la tripa llevaba un botón y a derecha e izquierda dos bolsillos. La chaqueta *fufáika*, en forma de saco, tenía un cuello alto llamado cuello rubáshka y puños con un botón en el brazo, una hilera de botones delante, y a los lados dos bolsillos de plastrón cuadrados. Como tocado, hombres y mujeres llevaban gorros *fufáika* con orejeras, y en ellas, cordones.

Los colores *fufáika* eran azul grisáceo o verde grisáceo, según el resultado del tinte. De todos modos, al cabo de una semana el traje estaba tieso por la mugre y marrón por el trabajo. Las *fufáikas* eran una buena cosa, la ropa más abrigada para la intemperie durante el seco invierno, cuando brillaba la helada y el aliento se te congelaba en la cara. Y en el ardiente verano las *fufáikas* eran lo bastante anchas como para permitir que el aire circulara y se secara el sudor. Sin embargo, en tiempo lluvioso las *fufáikas* eran un tormento. El algodón se empapaba de lluvia y nieve y se mantenía mojado semanas enteras. Te castañeteaban los dientes, te quedabas helado hasta la noche. En el barracón, con los 68 catres y 68 internos con sus 68 uniformes de algodón, 68 gorros, 68 pares de trapos para los pies y 68 pares de zapatos, el aire viciado humeaba. Y nosotros yacíamos despiertos contemplando la luz amarilla reglamentaria, como si llevara en su seno el deshielo. Y en el deshielo el hedor de la noche, que nos cubría con tierra del bosque y hojas podridas.

Tiempos emocionantes

Después de trabajar, en lugar de mendigar por el campo de trabajo, me fui al pueblo ruso. La puerta del almacén *univermag* estaba abierta y la tienda, vacía. La vendedora, inclinada sobre un espejo para el afeitado colocado sobre el mostrador, se examinaba la cabeza en busca de piojos. Al lado del espejo para el afeitado estaba en marcha el tocadiscos, tatatataaa. Eso lo conocía de casa, de la radio, Beethoven y los partes bélicos extraordinarios.

En 1936, mi padre había comprado para los juegos olímpicos de Berlín el Blaupunkt con el reflector verde. En estos tiempos emocionantes, dijo. El Blaupunkt salió rentable, más tarde los tiempos se volverían más emocionantes todavía. Ocurrió tres años después, a comienzos de septiembre, de nuevo en la época de la ensalada fría de pepinos en la galería. El Blaupunkt reposaba sobre la mesita del rincón; al lado, en la pared, colgaba el gran mapa de Europa. Del Blaupunkt salió el tatatataaa, parte extraordinario. Mi padre echó hacia atrás la silla, hasta que su brazo llegó al botón de la radio, y subió el volumen. Todos dejaron de hablar y de hacer ruido con los cubiertos. Hasta el viento escuchaba por la ventana de la galería. Mi padre denominó guerra relámpago lo que había comenzado el 1 de septiembre. Mi madre, campaña de Polonia. Mi abuelo, que en su día había dado la vuelta al mundo desde Pula como grumete, era un escéptico. A él le interesaba siempre lo que decían los ingleses al respecto. Con Polonia prefirió servirse una cucharada más de ensalada de pepinos y callar. Mi abuela dijo que la comida era un asunto familiar y que no pegaba ni con cola con la política de la radio.

En el cenicero situado junto al Blaupunkt, mi padre, profesor de dibujo, había dejado alfileres con cabezas de colores en los que había colocado banderines triangulares rojos de victoria. Durante dieciocho días movió hacia el este sus banderines en el mapa. Después, dijo el abuelo, se acabó Polonia. Y los banderines. Y el verano. La abuela retiró las banderitas del mapa de Europa y de los alfileres, que volvió a guardar en su costurero. El Blaupunkt fue trasladado al dormitorio de mis padres. A través de tres paredes, yo oía muy temprano la señal de despertar de Radio Múnich. El programa se llamaba Gimnasia matinal, y el suelo comenzaba a vibrar rítmicamente. Mis padres hacían gimnasia dirigidos por el profesor del Blaupunkt. Y a mí, por ser demasiado regordete y porque tenía que volverme más marcial, me mandaban una vez por semana a clases particulares de gimnasia, la gimnasia para lisiados.

Ayer, un oficial venido ex profeso, con una gorra verde grande como un plato de servir tartas, pronunció un discurso en la plaza del recuento. Fue un discurso sobre la paz y la educación *del pie*. Tur Prikulitsch no pudo interrumpirle, se mantenía a su

lado con la devoción de un monaguillo y resumió después el contenido: La educación *piédica* fortalece nuestros corazones. Y en nuestros corazones late el corazón de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. La educación *piédica* robustece la fuerza de la clase obrera. Con la *educación piédica*, la Unión Soviética florece gracias a la fuerza del Partido Comunista, a la felicidad del pueblo y a la paz. Konrad Fonn, el acordeonista, compatriota de Tur Prikulitsch, me explicó que el alfabeto ruso era diferente y que en cirílico se refería a la *educación física*. Y que el oficial debió de utilizar erróneamente la palabra y Tur no se atrevió a corregirle.

Yo conocía la *educación piédica* por la gimnasia para lisiados y los jueves patrióticos en el colegio. Como estudiantes de segunda enseñanza teníamos que presentarnos todos los jueves a la tarde patriótica. En el patio del colegio nos hacían sudar la gota gorda: cuerpo a tierra, en pie, trepar a la valla, agacharse, cuerpo a tierra, flexión de brazos, en pie. Izquierda, derecha, marchen, cantar canciones. Odín, vikingos, baladas germánicas. Los sábados o los domingos salíamos de la ciudad en columna a paso de marcha. Entre la maleza de las colinas aprendíamos a camuflarnos con ramas en la cabeza, a orientarnos imitando al mochuelo y al perro, y a jugar a la guerra con hilos de lana rojos y azules en el brazo. Quien arrancaba el hilo al enemigo lo había matado. El que conseguía más hilos era condecorado como héroe con un escaramujo rojo sangre.

Un día, sencillamente no asistí al jueves patriótico. Sencillo no fue. La noche antes se desencadenó un gran terremoto. En Bucarest se había derrumbado un edificio enterrando a numerosos vecinos. En nuestra ciudad sólo se habían desplomado chimeneas, y en nuestra casa únicamente cayeron al suelo dos tubos de estufa. Utilicé ese pretexto. El profesor de gimnasia no preguntó, pero en mi mente la gimnasia para lisiados ya había surtido efecto. Esa insumisión me demostró que era realmente un lisiado.

En aquellos tiempos emocionantes mi padre fotografiaba a niñas vestidas con el traje regional sajón y a gimnastas sajonas. Para ello se compró una Leica y se convirtió en cazador dominguero. Los lunes lo miraba despellejar a las liebres abatidas. Tan desnudas y desolladas, azuladas, tiasas y estiradas, las liebres se parecían a las gimnastas sajonas en la barra. Las liebres se comían. Las pieles colgaban en la pared del cobertizo, y una vez secas se depositaban en un arcón metálico del desván. El señor Fränkel venía a buscarlas cada medio año. Un buen día ya no volvió. Nadie quiso saber nada. Era judío, rubicundo, alto, casi tan delgado como una liebre. También el pequeño Ferdi Reich y su madre, que vivían en nuestro edificio, abajo en el patio, desaparecieron. Nadie quiso saber nada.

Era fácil no saber nada. Venían refugiados de Besarabia y Transnistria, se los alojaba, se quedaban una temporada y volvían a irse. Venían soldados alemanes del Reich, se los alojaba, se quedaban una temporada y volvían a irse. Y vecinos y

parientes y maestros marchaban a la guerra con los fascistas rumanos o con Hitler. Algunos venían de permiso del frente y otros no. Y había provocadores que rehuían el frente, pero en casa azuzaban y acudían de uniforme al baile y al café.

También el profesor de ciencias naturales llevaba botas y uniforme cuando nos explicó que el zapatito de Venus dorado era una especie de musgo. Y el edelweiss. El edelweiss, más que una planta, era una moda. Todos llevaban emblemas e insignias con distintos tipos de aviones y de tanques, armas, edelweiss y genciana como talismán. Yo coleccionaba insignias, las cambiaba y me aprendí de memoria la jerarquía. Mis favoritas eran las de cabo y cabo primero. Yo creía que los cabos eran pretendientes, galanes inferiores y superiores. Porque en nuestra casa se alojaba Dietrich, cabo primero del Reich. Mi madre tomaba baños de sol en el tejado del cobertizo, y Dietrich la contemplaba con los prismáticos desde la claraboya del tejado. Mi padre, al darse cuenta desde la galería, lo arrastró al patio y destrozó sus prismáticos a martillazos sobre los adoquines, junto al cobertizo. Mi madre se trasladó dos días a casa de mi tía Fini con una bolsa de ropa bajo el brazo. Una semana antes, Dietrich le había regalado dos tazas de café por su cumpleaños. Fue culpa mía, yo le conté que ella coleccionaba tazas de café y lo acompañé a la tienda de porcelanas. Allí le recomendé a Dietrich dos tacitas que con toda seguridad gustarían a mi madre. Eran rosa pálido como la ternilla más delicada, tenían el borde plateado y una lágrima de plata en el asa. Mi segunda insignia favorita era de baquelita, un edelweiss con fósforo que de noche brillaba igual que el despertador.

El profesor de ciencias naturales se marchó a la guerra y no regresó. El profesor de latín volvió del frente con un permiso y se pasó por el colegio a vernos. Tras sentarse en su cátedra, impartió una clase de latín. Ésta terminó pronto y fue muy diferente a como él pensaba. Un alumno que había sido condecorado con frecuencia con escaramujos dijo nada más empezar: Señor profesor, cuéntenos cómo es el frente. El profesor se mordió los labios y contestó: No es como vosotros creéis. Y en su rostro se dibujó tal expresión de terror, y las manos le temblaban tanto que nos resultaba desconocido. No es como creéis, repitió. Y a continuación colocó la cabeza sobre la mesa, dejó los brazos colgando de la silla como un muñeco de trapo y se echó a llorar.

El pueblo ruso es pequeño. Cuando vas a pedir limosna, esperas no encontrarte con otro mendigo del campo de trabajo. Todos mendigan con carbón. Cuando uno es un auténtico mendigo, esconde sus manos. Llevas tu trozo de carbón envuelto en harapos como un niño dormido en brazos. Llamas a una puerta, y cuando se abre, levantas ligeramente el andrajo y muestras lo que llevas. A partir de mayo y hasta septiembre, un trozo de carbón no ofrece buenas perspectivas. Pero sólo tenemos carbón.

Vi petunias en el jardín de una casa, una vitrina entera llena de tacitas de color

rosa pálido con el borde plateado. Al continuar mi camino cerré los ojos y murmuré *taza de café*, y conté mentalmente las letras: diez. A continuación conté diez pasos, luego veinte por las dos tazas. Pero donde me detuve no había ninguna casa. Conté hasta cien por las diez tazas de café que mi madre guardaba en la vitrina del hogar, y había avanzado tres casas. En el jardín no había petunias. Llamé a la primera puerta.

Sobre los viajes

Viajar siempre era una suerte.

Primero: mientras viajas, aún no has llegado. Y si no has llegado, no tienes que trabajar. Viajar es tiempo de veda.

Segundo: cuando viajas, llegas a una región a la que no le importas nada. No puedes recibir gritos ni golpes de un árbol. Debajo de un árbol sí, pero él no tiene la culpa.

El único dato que conocimos al llegar al campo de trabajo fue *Novo-Gorlovka*. Eso podía ser el nombre del campo o de una ciudad, o quizá de la región. No podía ser el nombre de la fábrica, porque ésta se llamaba *Koksokhim Zavod*. Y en el patio del campo de trabajo, junto al grifo de agua, había una tapa de alcantarilla de hierro fundido con letras cirílicas. Recurriendo a mi griego del colegio descifré *Dnipropetrovsk*, y eso podía ser una ciudad cercana o una simple fundición en la otra punta de Rusia. Cuando salías del campo de trabajo, en vez de letras divisabas la vasta estepa y localidades habitadas en ella. También por eso era una suerte viajar.

El personal del transporte era asignado todas las mañanas, casi siempre de dos en dos, a los vehículos del garaje situado detrás del campo de trabajo. A Karli Halmen y a mí nos destinaron a un *Lancia* de cuatro toneladas, un modelo de los años treinta. Nosotros conocíamos los cinco vehículos del garaje, sus ventajas e inconvenientes. El *Lancia* era bueno, no muy alto y todo de chapa, ni pizca de madera. Peor era el *Man* de cinco toneladas, cuyas ruedas te llegaban al pecho. Y al mejor *Lancia* estaba también asignado el chófer *Kobelian*, de boca torcida. Era bondadoso.

Cuando *Kobelian* decía *Kirpích*, nosotros entendíamos: Hoy iremos a buscar ladrillos rojos y viajaremos por la estepa sin fin. Si había llovido durante la noche, los restos de coches quemados y la chatarra de los tanques se reflejaban en las hondonadas. Las ardillas de tierra huían de las ruedas. Karli Halmen se sentaba en la cabina junto a *Kobelian*. Yo prefería ir arriba, en la caja, sujetándome al techo de la cabina. De lejos se veía un edificio de siete pisos de ladrillo rojo con los agujeros vacíos de las ventanas y sin tejado. Una media ruina, completamente sola en el paraje pero muy moderna. A lo mejor era el primer bloque de viviendas de una colonia de nueva construcción que se había paralizado de la noche a la mañana. A lo mejor la guerra llegó antes que el tejado.

La carretera estaba llena de baches, el *Lancia* traqueteaba al pasar frente a las granjas diseminadas. En algunas crecían ortigas hasta la cadera, y había catres de hierro sobre los que se posaban gallinas blancas, flacas como jirones de nubes. Las ortigas sólo crecen donde habitan personas, decía mi abuela, y la bardana, donde hay ovejas.

Jamás vi gente en las granjas. Yo quería ver gente que no viviese en el campo, que tuviera un hogar, una valla, un patio, una habitación con una alfombra, tal vez incluso un sacudidor de alfombras. Donde se sacuden alfombras, me decía, se puede confiar en la paz, allí la vida es cívica, allí dejan en paz a la gente.

En el primer viaje con *Kobelian* había visto en una granja una barra para sacudir alfombras. Tenía un rodillo con el que se podía tirar de la alfombra de un lado a otro al sacudirla. Y al lado de la barra para sacudir alfombras había una enorme jarra de agua, esmaltada en blanco. Parecía un cisne con su pico, su cuello esbelto y su pesada barriga. Tan bonita que en cada viaje, incluso en el viento vacío en mitad de la estepa, yo buscaba una barra para sacudir alfombras. Nunca más vi una barra para sacudir alfombras ni un cisne.

Detrás de las granjas de las afueras comenzaba una ciudad pequeña de casas de color amarillo ocre con el estuco desmoronado y tejados de chapa herrumbrosos. Entre los restos de asfalto se ocultaban algunas vías de tranvía. De vez en cuando, los caballos arrastraban carretas de dos ruedas de la panificadora por encima de las vías. Todas iban cubiertas con un lienzo blanco, como el carro de mano del campo de trabajo. Pero los caballos medio muertos de hambre me obligaban a preguntarme si debajo de los lienzos había pan y no muertos de hambre.

Kobelian dijo: La ciudad se llama Novo-Gorlovka. La ciudad se llama como el campo de trabajo, pregunté. No, es el campo el que se llama como la ciudad. No había un solo cartel con el nombre de la localidad. El que viajaba y llegaba, es decir, *Kobelian* y el Lancia, conocía el nombre del lugar. Y los forasteros, como Karli Halmen y yo, preguntaban. Y el que no tenía a quien preguntar no encontraba nada, y tampoco se le había perdido nada allí.

Recogíamos los ladrillos cocidos detrás de la ciudad. La carga, cuando éramos dos y podíamos acercarnos bastante a los ladrillos con el Lancia, duraba hora y media. Cogías cuatro a la vez, los llevabas apretados como un acordeón. Tres eran pocos y cinco demasiados. Se podían llevar cinco, pero entonces se te resbalaba el del medio. Se habría necesitado una mano adicional para sujetarlo. Los ladrillos se apilan muy juntos unos al lado de otros sobre la caja, a tres o cuatro alturas. Tienen una resonancia clara, cada uno suena ligeramente distinto. El polvo rojo siempre es igual y se deposita sobre la ropa, pero seco. El polvo de ladrillo no te envuelve como el polvo de cemento, ni se adhiere, grasiento, como el polvo de carbón. El polvo de ladrillo evocaba en mí el pimentón dulce, a pesar de que no huele.

Durante el viaje de regreso el Lancia no traqueteaba, pesaba demasiado. Volvíamos a cruzar la pequeña ciudad de Novo-Gorlovka por la vía del tranvía, pasábamos de nuevo ante las granjas de las afueras, y regresábamos por la carretera bajo los jirones de nubes de la estepa hasta el campo de trabajo. Luego, pasábamos por delante de él hasta llegar a la obra.

La descarga era más rápida que la carga. Aunque había que apilar los ladrillos, no hacía falta ser muy minucioso, porque en muchas ocasiones serían transportados al andamio al día siguiente para que los utilizaran los albañiles.

Contando la ida y la vuelta, la carga y la descarga, hacíamos dos transportes al día. Después caía la noche. A veces *Kobelian* salía nuevamente de viaje, sin decir nada. Karli y yo sabíamos que se trataba de un viaje privado. Cargábamos sólo una capa de ladrillos sobre la mitad de la caja. Y en el camino de regreso torcíamos por detrás del edificio de siete pisos en ruinas hacia una hondonada. Allí crecían filas de álamos alrededor de las casas. A esa hora también las nubes presentaban la tonalidad rojo ladrillo del atardecer. Pasábamos entre la valla y el cobertizo de madera y entrábamos en la granja de *Kobelian*. El auto se detenía con una sacudida, y yo me encontraba sumergido hasta las caderas en un frutal desnudo, seguramente seco, lleno de bolas arrugadas del último o del penúltimo verano. Karli trepaba hasta mí. Esa última luz diurna nos colgaba fruta delante de la cara, y *Kobelian* nos permitía cogerla antes de descargar.

Las bolas estaban secas como madera, había que chuparlas y absorberlas hasta que sabían a guindas. Si masticabas bien, el hueso se quedaba muy liso y caliente en la lengua. Esas guindas nocturnas eran una suerte, pero únicamente aumentaban el hambre.

En el viaje de regreso la noche era de tinta. Llegar tarde al campo de trabajo era bueno. Había terminado el recuento, la cena había comenzado hacía rato. De la perola ya se habían repartido las primeras raciones de la sopa aguada. La posibilidad de que te tocara una más espesa del fondo aumentaba.

Pero llegar al campo de trabajo demasiado tarde era malo, porque se había acabado la sopa y ya no te quedaba nada salvo esa gran noche vacía en compañía de los piojos.

Sobre las personas severas

Bea Zakel se ha lavado las manos en la fuente y ahora viene por la calle principal. Se sienta a mi lado en el banco con respaldo. Sus ojos miran de soslayo y revelan un asomo de estrabismo. Pero no es bizca, ella incorpora a su giro de ojos una cierta demora porque sabe que eso la convierte en especial. Tan especial que me siento confundido. Ella empieza a hablar, eso es todo. Y lo hace a la misma velocidad que Tur Prikulitsch, aunque no tan caprichosamente. Tuerce su mirada huidiza hacia la fábrica, sigue con la vista la nube de la torre de refrigeración y habla de las montañas del rincón de los tres países, donde confluyen Ucrania, Besarabia y Eslovaquia.

Enumera más despacio las montañas de su tierra, el Bajo Tatra, los Beskides que desembocan en la Selva de los Cárpatos, en el curso superior del Theiss. Mi pueblo se llama Lugi, refiere, un pueblo pobre y escondido cerca de Kaschau. Allí las montañas nos miran desde arriba a través de la cabeza, hasta que morimos. El que se queda allí se vuelve melancólico, muchos se marchan. Por eso yo también me fui a Praga, al conservatorio.

La gran torre de refrigeración es una matrona, lleva su oscuro revestimiento de madera sobre las caderas, a modo de corsé. Así apretada, por la boca de la matrona brotan día y noche nubes blancas. Y éstas también se van, como la gente de las montañas de Bea Zakel.

Le hablo a Bea de las montañas de Siebenbürgen, todavía Cárpatos, preciso. Sólo que en mi tierra las montañas albergan lagos redondos y profundos. Se dice que son los ojos del mar, tan hondos que por el fondo se comunican con el Mar Negro. Cuando contemplas un lago de montaña, estás con las plantas de los pies sobre la montaña y con los ojos junto al mar. Mi abuelo afirma que los Cárpatos llevan al Mar Negro en sus brazos subterráneos.

Entonces Bea habla de Artur Prikulitsch, dice que forma parte de su infancia. Que es de su mismo pueblo y que vivía en la misma calle, incluso que se sentó con ella en el mismo banco de la escuela. Cuando jugaba con Tur, ella tenía que ser el caballo y Tur iba en coche. Cuando ella se cayó y se rompió el pie, cosa que sólo se averiguó más tarde, Tur la zurró con el látigo aduciendo que fingía porque ya no quería ser el caballo. La calle era empinada, rememora, cuando jugaba con Tur, él siempre era un sádico. Yo le hablo del juego del ciempiés. Los niños se dividen en dos ciempiés. Uno tiene que arrastrar al otro a su zona por encima de una línea de tiza, porque quiere comérselo. Los niños de cada uno de los dos ciempiés tienen que agarrarse por la cintura y tirar con toda su fuerza. Casi te despedazan, yo sufrí contusiones en las caderas y una luxación en el hombro.

Ni yo soy un caballo ni tú eres un ciempiés, dice Bea. Si eres aquello a lo que

juegas, te castigan por ello como por ley. Y de la ley no te escapabas aunque te traslades a Praga. O al campo de trabajo, puntualizo. Sí, porque Tur va contigo, afirma Bea. Él también fue a estudiar, quería hacerse misionero y no lo consiguió. Pero se quedó en Praga, se pasó al comercio. Ya sabes, las leyes del pueblo pequeño e incluso las de Praga son severas, dice Bea, por eso no puedes escapar de ellas, están hechas por personas severas.

Entonces Bea vuelve a mostrar cierta demora en la mirada huidiza y dice: A mí me gustan las personas severas.

Te gusta una, pienso yo, y tengo que contenerme, porque ella vive de esa severidad y tiene un buen puesto en el lavadero gracias a su única persona severa, a diferencia de mí. Ella se queja de Tur Prikulitsch, quiere ser de los nuestros pero vivir como él. Cuando habla deprisa, a veces está a punto de negar la diferencia entre nosotros y ella. Pero poco antes de que suceda, se refugia de nuevo en su seguridad. Puede que sus ojos se vuelvan tan alargados por la seguridad de su mirada huidiza. Puede que mientras habla conmigo le preocupe el provecho que saca. Y que hable tanto porque, aparte de su persona severa, quiere tener un poco de libertad de la que él nada sepa. Puede ser que intente arrancarme de mi reserva, que le confiese todo lo que habla con nosotros.

Bea, le digo, la canción de mi infancia dice así:

*Sol alto velado,
maíz amarillo,
no hay tiempo.*

Porque el olor más poderoso de mi infancia es el hedor a podrido de los granos de maíz germinando. Nos fuimos de vacaciones al Wench y permanecimos allí ocho semanas. A nuestro regreso, el maíz había germinado en el montón de arena del patio. Cuando lo arranqué de la arena, había hilos de raíces blancas con el apestoso y viejo grano amarillo colgando a un lado.

Bea repite: Maíz amarillo, no hay tiempo. Después se chupa el dedo y añade: Es bueno crecer.

Bea Zskel me pasa media cabeza. Se enrolla las trenzas alrededor de la cabeza, una soga de seda del grosor de un brazo. A lo mejor su cabeza tiene un aire tan orgulloso no sólo por estar en el lavadero, sino por tener que sostener esos pesados cabellos. Seguramente ya de niña tenía esos cabellos tan pesados, para que en el pobre pueblo escondido las montañas no la mirasen desde arriba a través de la cabeza hasta su muerte.

Pero aquí, en el campo de trabajo, no morirá. Tur Prikulitsch se encargará de eso.

Una gota de suerte de más para Irma Pfeifer

A finales de octubre llovían clavos de hielo. El guardia de escolta y el supervisor nos dieron instrucciones y regresaron enseguida a sus despachos calientes del campo de trabajo. En la obra comenzó un día tranquilo sin miedo a los gritos de los mandos.

Pero en medio de ese día tranquilo, Irma Pfeifer gritó. A lo mejor *socorrosocorro* o *yanopuedomás*, no lo escuchamos con claridad. Corrimos con palas y tablas de madera hacia la fosa del mortero, no con la suficiente rapidez, el jefe de obra ya estaba allí. Tuvimos que dejar caer todo lo que llevábamos en las manos. Ruki nazád, manos atrás: con la pala levantada, nos obligó a contemplar inmóviles el mortero.

Irma Pfeifer yacía boca abajo, el mortero burbujeaba y se tragó primero sus brazos, después la manta gris trepó por encima de las corvas. Durante unos segundos que se nos hicieron eternos, el mortero esperó con volantes rizados. Después, de repente, con un chapoteo, ascendió hasta la cadera. La masa se bamboleaba entre la cabeza y el gorro. La cabeza se hundió y el gorro ascendió. Con las orejas abiertas, fue arrastrado despacio hasta el borde como una paloma hinchada. La parte posterior de la cabeza, rapada y llena de costras de las picaduras de los piojos, se mantuvo en la superficie como medio melón. Cuando también fue engullida y sólo asomaba la espalda, el jefe de obra dijo: Zhálko, óchen zhálko.

Después nos empujó con la pala hasta el borde de la obra, hacia las mujeres de la cal, y cuando nos juntamos gritó: Vnimanie liudéy. El acordeonista Konrad Fonn tuvo que traducir: Atención, si un saboteador quiere morir, que muera. Ella saltó dentro. Los albañiles lo han presenciado desde el andamio.

Tuvimos que formar y marchar al patio del campo. Aquella mañana temprano hubo recuento. Aún llovían clavos de hielo, y nosotros estábamos por fuera y por dentro monstruosamente serenos en nuestro horror. Schischtvanionov vino corriendo desde su despacho y empezó a vociferar. Echaba espumarajos por la boca como un caballo acalorado. Arrojó sus guantes de cuero entre nosotros. Cuando caían, alguien tenía que agacharse y devolvérselos. Así una y otra vez. Después nos dejó a cargo de Tur Prikulitsch. Éste vestía un impermeable y botas de goma. Mandó contar, avanzar, retroceder, contar, avanzar, retroceder, hasta la hora del crepúsculo.

Nadie sabe cuándo sacaron a Irma Pfeifer de la fosa del mortero ni dónde la enterraron. A la mañana siguiente el sol brillaba, frío y desnudo. Había mortero fresco en la fosa, como siempre. Nadie mencionó lo sucedido el día anterior. Seguro que algunos pensaron en Irma Pfeifer, en su buen gorro y en el estupendo traje de algodón, porque probablemente Irma Pfeifer fue a parar vestida bajo tierra, y los muertos no necesitan ropa cuando los vivos se mueren de frío.

Irma Pfeifer quiso tomar un atajo y, cargada con el saco de cemento delante de la

barriga, no vio dónde pisaba. El saco, empapado por la lluvia helada, se hundió primero. Por eso no pudimos verlo cuando llegamos a la fosa del mortero. Eso opinó el acordeonista Konrad Fonn. Se puede opinar lo que se quiera, saberlo con certeza no.

Álamos negros

Era la noche del 31 de diciembre al 1 de enero, la noche de San Silvestre, del segundo año. A medianoche, el altavoz nos ordenó presentarnos en el patio del recuento. Flanqueados por ocho soldados de guardia con sus fusiles y sus perros, nos condujeron por la calle del campo. Un camión circulaba detrás. En la nieve alta de la parte trasera de la fábrica, donde empezaba la tierra yerma, tuvimos que colocarnos en filas delante de la tapia y esperar. Es la noche de nuestro fusilamiento, pensamos.

Yo me abrí paso hasta la primera fila, para estar entre los primeros y no tener encima que cargar cadáveres, porque el camión aguardaba al borde de la carretera. Schischtvanionov y Tur Prikulitsch se habían metido en la cabina con el motor encendido para no pasar frío. Los centinelas caminaban de un lado a otro. Los perros se mantenían juntos, el hielo los obligaba a cerrar los ojos. De vez en cuando levantaban las patas para no congelarse.

Allí estábamos, con los rostros envejecidos y cejas de escarcha. A algunas mujeres les temblaban los labios de frío, murmuraban plegarias. Se acabó lo que se daba, me dije. La despedida de mi abuela fue: Sé que volverás. Eso ciertamente también había acontecido en plena noche, pero en el centro del mundo. Ahora en casa habrán celebrado el año nuevo, a medianoche quizá hayan brindado por mí, para que viva. Ojalá hayan pensado en mí durante las primeras horas del nuevo año y se hayan acostado luego en la cama caliente. Sobre la mesilla de la abuela reposará ya su alianza, que se quita todas las noches porque le aprieta. Y yo estoy aquí, esperando a que me fusilen. Nos veía a todos nosotros de pie en una caja gigantesca. Su tapa de cielo estaba lacada en negro y adornada con estrellas nítidamente talladas. El suelo de la caja estaba cubierto de algodón hasta la altura de la rodilla, para que cayéramos en blando. Y las paredes de la caja estaban drapeadas con un tieso brocado de hielo, una maraña infinita de encajes y flecos. Enfrente, sobre el muro del campo, entre las torres de vigilancia, la nieve era un catafalco. Encima, una litera se alzaba hacia el cielo, alta como una torre, un sarcófago de varios pisos en el que cabíamos todos, superpuestos de cuerpo presente como en los catres de los barracones. Sobre el piso superior, la tapa lacada en negro. En las torres de vigilancia, a la cabecera y a los pies del catafalco, dos miembros de la guardia de honor vestidos de negro velaban a los muertos. En la cabecera, orientada hacia la puerta del campo, la luz de vigilancia del patio brillaba a modo de candelabros. A los pies, más en la oscuridad, se erguía la copa de la morera cubierta de nieve, como un espléndido ramo de flores con todos los nombres escritos en innumerables cintas de papel. La nieve amortigua, pensé, apenas se oirán los disparos. Nuestros deudos duermen en el centro del mundo achispados, sin recelos y cansados de la fiesta de nochevieja. Quizá sueñan con nuestro entierro

encantado de año nuevo.

Yo no quería salir de la caja con el sarcófago de varios pisos. Cuando uno quiere domeñar su miedo a la muerte pero no puede librarse de él, lo truca en aturdimiento. También el frío del hielo, que te impide moverte, mitiga las cavilaciones sobre el horror. En el trance de la congelación me resigné al fusilamiento.

Pero en ese momento dos rusos embozados nos tiraron a los pies unas palas desde el remolque del camión. Tur Prikulitsch y uno de los embozados tendieron entre la oscuridad y la claridad de la nieve cuatro sogas anudadas en paralelo al muro de la fábrica. El comandante Schischtvanionov se había quedado dormido sentado en la cabina. A lo mejor estaba borracho. Dormía con la barbilla apoyada en el pecho, como un viajero olvidado en el compartimiento del tren en la última estación. Dormía mientras nosotros paleábamos. No, nosotros paleábamos mientras él dormía, porque Tur Prikulitsch tenía que esperar sus indicaciones. Él dormía mientras nosotros limpiábamos de nieve entre las cuerdas dos corredores para nuestro fusilamiento. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que el cielo se puso gris. Y mientras tanto el ritmo de la pala me repetía: Sé que volverás. Palear me había devuelto la serenidad y prefería seguir pasando hambre, frío, y matarme a trabajar para los rusos antes que ser fusilado. Le di la razón a la abuela: Volveré, aunque maticé: Sí, pero ya sabes lo difícil que es.

Después Schischtvanionov salió de la cabina frotándose el mentón y sacudió las piernas, quizá porque se le habían entumecido. Hizo una seña para que se acercasen los embozados. Éstos abrieron el portón trasero del camión y arrojaron al sucio picos y barretas. Schischtvanionov, gesticulando con el índice, hablaba de manera inusualmente escueta y baja. Volvió a subir a la cabina y el camión vacío se alejó con él.

Tur tuvo que imprimir un tono de mando al murmullo y gritó: A cavar agujeros para árboles.

Buscamos las herramientas entre la nieve como si fueran regalos. La tierra helada tenía la dureza del hueso. Los picos rebotaban, las barretas resonaban como si golpearan sobre hierro. Terrones del tamaño de una nuez nos saltaron a la cara. Yo sudaba en medio de la helada y al sudar me helaba. Me dividí en una mitad ardiente y una mitad helada. El tronco estaba consumido, se agachaba mecánicamente y ardía por miedo a la norma. Tenía el abdomen congelado, las piernas se encogían muertas de frío hasta los intestinos.

Por la tarde las manos nos sangraban, pero los agujeros de los árboles apenas alcanzaban un palmo de profundidad. Así se quedaron.

Terminamos de cavar los agujeros a finales de la primavera, y plantaron dos largas filas de árboles. La alameda creció deprisa. Esos árboles no existían ni en la estepa, ni en el pueblo ruso, ni en ninguna localidad de los alrededores. Durante todos

esos años, nadie en el campo supo cómo se llamaban. Cuanto más crecían, más blanquecinos se tornaban el tronco y las ramas. No poseían la transparencia de la filigrana, eran de un blanco cerúleo como los abedules, un porte imponente y corteza áspera como pasta de yeso.

El primer verano en casa después de salir del campo, vi esos árboles del campo de trabajo blancos como el yeso en el Erlenpark, añosos y gigantescos. En la guía de árboles de mi tío Edwin se leía: Este árbol de crecimiento rápido se dispara hasta los 35 metros de altura. El árbol, con un tronco que puede alcanzar los 2 metros de grosor y una edad de 200 años, testimonia firmeza.

Mi tío Edwin no imaginaba qué cierta, mejor dicho, qué certera era la descripción cuando leyó en alto la palabra DISPARA. El dijo: Es un árbol modesto y muy bello. Pero es un majestuoso embustero. A quién se le ocurre llamar álamo negro a un árbol de tronco blanco.

Yo no le contradije. Sólo pensé para mí: Cuando has esperado la mitad de la noche a que te fusilen bajo un cielo lacado en negro, el nombre ya no es embustero.

Pañuelo y ratones

En el campo de trabajo abundaban los paños. La vida iba de paño en paño. Del paño para envolverse los pies a la toalla, al paño del pan, al paño de la almohada de armuelle, al paño para buhonear y pedir limosna e incluso al pañuelo, si es que lo tenías.

Los rusos del campo no necesitaban pañuelo. Se apretaban una de las fosas nasales con el índice y expulsaban los mocos al suelo por la otra como una masa. Luego, se apretaban la fosa nasal limpia y los mocos brotaban por la otra. Practiqué, pero mis mocos no salían proyectados. Nadie en el campo utilizaba pañuelo para limpiarse la nariz. El que disponía de él lo usaba como bolsa para el azúcar y la sal. Cuando estaba completamente roto, como papel higiénico. En cierta ocasión una rusa me regaló un pañuelo. Hacía mucho frío. Me impulsaba el hambre. Después de trabajar volví a buhonear al pueblo ruso con un trozo de carbón de antracita que en esa época se utilizaba para calentar. Llamé a una puerta. Me abrió una rusa vieja, que aceptó el carbón y me dejó entrar. La habitación era baja, en la pared la ventana quedaba a la altura de mi rodilla. Encima de un taburete se veían dos gallinas flacas, con plumas a manchas grises y blancas. A una de ellas le colgaba la cresta por encima de los ojos, sacudía la cabeza igual que una persona sin manos cuyo pelo le cae sobre la cara.

La anciana llevaba un rato hablando. Yo sólo entendía alguna palabra suelta, pero sabía a qué se refería. A que tenía miedo de los vecinos, a que hacía mucho que estaba sola con las gallinas, pero que prefería hablar con las gallinas antes que con los vecinos. A que tiene un hijo de mi edad llamado Boris y que está tan lejos de casa como yo, en la otra dirección, en un campo de trabajo en Siberia, en un batallón de castigo, porque lo denunció un vecino. A lo mejor tenéis suerte, tú y mi hijo Boris, dijo, y podéis regresar pronto a casa. Señaló la silla, y me senté en una esquina de la mesa. Ella me quitó el gorro de la cabeza y lo depositó sobre la mesa. Colocó una cuchara de madera al lado del gorro. Después, acercándose al fogón, sacó de la cazuela una sopa de patatas en un cuenco de hojalata. Era de cierto un litro de sopa. La comía a cucharadas, mientras ella, de pie junto a mi hombro, me observaba. La sopa estaba caliente, yo sorbía y la miraba de reojo. Ella asentía. Me apetecía comer despacio, porque deseaba disfrutar más tiempo de la sopa. Sin embargo, mi hambre, sentada como un perro delante del plato, era voraz. Las dos gallinas habían recogido las patas, y dormían sentadas sobre la tripa. La sopa me calentó hasta los dedos de los pies. Me goteaba la nariz. Obozhdí, espera, dijo la rusa, y trajo de la habitación contigua un pañuelo blanco como la nieve. Me lo puso en la mano y me apretó los dedos, como señal de que debía conservarlo. Ella me lo regaló. Y yo no me atrevía a

sonarme. Lo que sucedió allí trascendía con creces el aspecto comercial del buhonear, y a mí y a ella y al pañuelo. Concernía a su hijo. Y a mí me hacía bien y no me lo hacía, ella o yo o ambos habíamos ido demasiado lejos. Ella tenía que hacer algo por su hijo, porque yo estaba allí y él se encontraba tan lejos de casa como yo. A mí me resultaba penoso estar allí y no ser él y que ella se diese cuenta y tuviese que sobreponerse, porque ya no soportaba más tantas preocupaciones por él. Pero yo tampoco lo soportaba más, ser dos personas, dos deportados, me sobrepasaba, no era tan sencillo como dos gallinas juntas encima de un taburete. Porque yo me había convertido ya en una carga para mí mismo.

Más tarde usé como pañuelo, fuera, en la calle, mi paño del carbón, basto y sucio. Después de sonarme me lo puse alrededor del cuello, y me sirvió de bufanda. Me limpié los ojos brevemente con los extremos en numerosas ocasiones mientras caminaba, para no llamar la atención. Aunque nadie me observaba, yo no quería darme por enterado. Sabía de sobra que existe una ley interna según la cual no se debe llorar nunca si tienes demasiados motivos. Me convencí de que las lágrimas se debían al frío, y me lo creí.

El pañuelo blanco como la nieve, de una batista finísima, era antiguo, una pieza espléndida de la época zarista. Tenía un borde de encaje de aguja hecho a mano, festones de hilo de seda. Los huecos entre los festones estaban cosidos con esmero, y en las esquinas había pequeñas rosetas de seda. Hacía tiempo que no veía nada tan hermoso. En mi tierra la belleza de los objetos de uso corriente era un detalle insignificante. En el campo de trabajo es mejor olvidarla. En el pañuelo, me atrapó. Esa belleza me hacía daño. Volvería alguna vez a casa el hijo de la vieja rusa, que era él y yo en uno. Empecé a cantar para refrenar mis pensamientos. Canté por ambos el blues del vagón de ganado:

*En el bosque florece el torvisco
La zanja aún tiene nieve
Y la cartita que me has escrito
Esa cartita, mucho me duele.*

El cielo corría, nubes con sus almohadas atiborradas. Después la temprana luna miró con la cara de mi madre. Las nubes le pusieron una almohada bajo la barbilla y otra detrás de la mejilla derecha. Y la almohada volvió a salir a través de la mejilla izquierda. Y pregunté a la luna: Está tan débil mi madre. Está enferma. Existe todavía nuestra casa. Sigue viviendo allí o está también en un campo. Vive aún. Sabe que todavía estoy vivo, o llora por un muerto cuando piensa en mí.

Transcurría el segundo invierno en el campo, pero no podíamos escribir cartas a casa, ni dar señales de vida. En el pueblo ruso los abedules se habían quedado desnudos; debajo, techos nevados como camas torcidas en barracones de aire. En ese

temprano anochecer la corteza de los abedules mostraba una palidez distinta a la del día y una blancura diferente a la de la nieve. Vi nadar al viento flexible entre las ramas. Por el camino trillado, junto a las vallas de mimbre entrelazado, se me acercó un perrito de color madera. Tenía una cabeza triangular, patas largas y delgadas como palillos de tambor. Un aliento blanco le salía del morro, como si estuviera comiéndose mi pañuelo mientras tamborileaba con las patas. El perrito pasó a mi lado como si yo fuera la sombra de la valla. Tenía razón, durante el camino de regreso al campo yo no era más que un objeto corriente ruso en medio de la penumbra.

Nadie había utilizado todavía el pañuelo blanco de batista. Tampoco yo lo utilicé nunca, pero lo guardé en la maleta hasta el último día como una especie de reliquia de una madre y un hijo. Y acabé trayéndolo a casa.

En el campo un pañuelo así sobraba. Habría podido cambiarlo todos esos años en el bazar por algo comestible. Habría obtenido azúcar o sal por él, incluso mijo. La tentación estaba ahí, el hambre era tan ciega... Pero algo me detuvo: yo creía que el pañuelo era mi destino. Y cuando te desprendes de tu destino, estás perdido. Estaba seguro de que la frase de despedida de mi abuela, *sé que volverás*, se había transformado en un pañuelo. No me avergüenzo al decir que el pañuelo fue la única persona que se ocupó de mí en el campo de trabajo. Estoy seguro, y lo sigo estando todavía hoy.

A veces los objetos adquieren una suerte de delicadeza monstruosa que no se espera de ellos.

La maleta está en la cabecera, detrás de la almohada, y debajo de ésta, dentro del paño, el pan de valor incalculable que he ahorrado quitándomelo de la boca. Y en el lugar donde reposa la oreja sobre la almohada, una mañana se oye piar. Levantas la cabeza y te asombras, entre el paño del pan y la almohada se agita una maraña de color rosa pálido, del tamaño de tu propia oreja. Seis ratones sin ojos, cada uno más pequeño que el dedo de un niño. Y piel como medias de seda, que se estremecen porque son de carne. Ratones nacidos de la nada, un regalo inmotivado. Entonces, de pronto, me sentí orgulloso de ellos, como si ellos también estuvieran orgullosos de mí. Orgulloso porque mi oreja había tenido hijos, porque a pesar de que en el barracón había 68 camas, habían nacido en la mía y quisieron tenerme por padre precisamente a mí. Estaban allí solos, nunca vi a su madre. Yo me avergonzaba en su presencia, por la enorme confianza que depositaban en mí. Me di cuenta en el acto de que los amaba y tenía que librarlos de ellos, y además sin tardanza, antes de que se comieran el pan y de que los demás se despertasen y vieran algo.

Levanté el ovillo de ratones sobre el paño del pan, coloqué los dedos a modo de nido para no hacerles daño. Salí del barracón, trasladé el nido a través del patio, con los pies temblorosos por la prisa, no fuera a verme algún centinela o a olerme algún perro guardián. Mis ojos, sin embargo, no se apartaban del paño, por miedo a que se

cayera algún ratón al andar. Cuando llegué a la letrina, sacudí el paño en el agujero. Los ratones cayeron al hoyo. No se oyó ni pío. Respiré hondo una sola vez, hecho.

Cuando contaba nueve años, encontré en el último rincón del lavadero, encima de una vieja alfombra, un gatito recién nacido gris verdoso con los ojos cerrados. Lo cogí y acaricié su tripa. Él bufó y me mordió el dedo meñique, no me soltaba. Entonces vi sangre y apreté con el índice y el pulgar..., creo que con toda mi fuerza, y además en el cuello. Me latía el corazón como después de un duelo. El gatito me había sorprendido matando, porque estaba muerto. Que no hubiera sido intencionado sólo empeoró las cosas. La ternura monstruosa incurre en otra culpa distinta a la crueldad deliberada. Más profunda. Y más duradera.

Lo que tiene en común el gatito con los ratones:

No decir ni pío.

Y lo que diferencia al gatito de los ratones:

En el caso de los ratones fue un acto deliberado de compasión. En el del gatito, el enfado de que intentes acariciar y te muerdan. Eso es una cosa. Obligación, la otra. Cuando empiezas a apretar, ya no te puedes volver atrás.

Sobre la pala del corazón

Hay muchas palas. Pero mi preferida es la pala del corazón. Sólo a ella le he dado nombre. Con la pala del corazón sólo se puede cargar o descargar carbón, y únicamente carbón suelto.

La pala del corazón tiene una hoja del tamaño de dos cabezas juntas, tiene forma de corazón y está muy abombada, en ella cabrían casi cinco kilos de carbón o el trasero entero del ángel del hambre. La hoja de la pala tiene un cuello largo con una soldadura. En comparación con esta hoja grande, la pala del corazón tiene un mango corto terminado en una traviesa.

Con una mano agarras el cuello y con la otra la traviesa de arriba, del mango. Pero yo diría de abajo del mango. Porque para mí la pala del corazón está arriba, y el mango es lo secundario, es decir está a un lado o abajo. Así que agarro la hoja del corazón por arriba, por el cuello, y la traviesa por abajo, por el mango. Guardo el equilibrio, la pala del corazón se convierte en mi mano en un columpio, como el columpio del aliento dentro del pecho.

Hay que adiestrarse en el manejo de la pala del corazón hasta que la hoja de la pala esté muy brillante, hasta que la soldadura parezca una cicatriz en tu mano... y la pala entera un segundo equilibrio exterior.

Y es que descargar carbón con la pala del corazón es diferente a cargar ladrillos cocidos. Al cargar ladrillos sólo cuentas con tus manos, lo importante es la logística. Pero al descargar carbón, la herramienta, la pala del corazón, convierte la logística en arte. Descargar carbón es el deporte más distinguido, más que la equitación, más que los saltos en natación, más que el elegante tenis. Como el patinaje artístico. La pala y yo somos una pareja de patinadores, cabría decir. Quien ha tenido alguna vez su pala del corazón es arrastrado por ella.

La descarga de carbón comienza así: cuando el costado del camión ha caído con estrépito, te sitúas arriba a la izquierda y clavas el canto inclinado hasta el suelo de la caja, pisando con el pie la hoja del corazón como si fuera una laya. Cuando te has procurado un espacio de dos pies al borde del camión, de manera que pisas ya el suelo de madera, empiezas a palear. Todos los músculos intervienen con un ritmo brioso y balanceante. Con la mano izquierda agarras la traviesa, y con la derecha el largo cuello, de forma que los dedos reposen sobre el nudito de la soldadura. Después hay que coger el carbón desde arriba y bajarlo hasta el borde haciendo una curva, y con el mismo impulso tirarlo de golpe hacia abajo, más allá del bordillo de la acera. Dejas entonces que la mano derecha se deslice hacia arriba por el mango de madera, casi hasta el asidero transversal, con lo que el peso del cuerpo se desplaza a la pantorrilla derecha y corre hasta las puntas de los dedos de los pies. Luego hay que

retroceder la pala vacía, subirla a la izquierda. Otro impulso y después, con la pala nuevamente cargada, abajo a la derecha.

Cuando se ha descargado la mayor parte del carbón y la distancia hasta el bordillo se ha hecho demasiado grande, es imposible trabajar con un solo movimiento de giro. Ahora es necesaria una postura de esgrima: pie derecho graciosamente hacia delante, pie izquierdo como eje de apoyo estable hacia atrás, dedos del pie con un leve giro hacia fuera. Después la mano izquierda en la traviesa, la derecha esta vez no baja hasta el cuello, sino que, muy floja, se desliza continuamente arriba y abajo por el mango equilibrando la carga. Ahora hundes la pala con ayuda de la rodilla derecha, tiras hacia atrás y, mediante un giro hábil, desplazas el peso hacia el pie izquierdo, de forma que ningún trocito de carbón se caiga de la hoja del corazón, y haces otro giro más, es decir un paso hacia atrás con el pie derecho, con lo que el torso y la cara giran al mismo tiempo. Luego desplazas el peso a un tercer y nuevo punto de apoyo del pie, atrás a la derecha, el pie izquierdo se apoya ahora con gracia, el talón ligeramente levantado como si estuvieras bailando, ya sólo el borde exterior del dedo gordo está fijo en el suelo..., y acto seguido expulsas el carbón con mucho brío fuera de la hoja del corazón, hacia las nubes, de forma que la pala quede horizontal en el aire, es decir, sostenida por la traviesa con la mano izquierda. Es bello como un tango, girando en ángulo agudo sin variar el ritmo. Y desde la postura de esgrima, el carbón tiene que seguir yéndose volando, la descarga se efectúa de manera fluida con impulsos de vals, transcurriendo el desplazamiento del peso en un gran triángulo; la inclinación del cuerpo es de hasta 45 grados, y en la distancia de lanzamiento el carbón vuela como una bandada de pájaros. Y el ángel del hambre vuela con él. Está en el carbón, en la pala del corazón, en las articulaciones. Él sabe que nada calienta más el cuerpo que palear, pues moviliza el cuerpo entero. Pero también sabe que el hambre devora casi todo el efecto artístico.

Nosotros descargábamos siempre de dos en dos o de tres en tres. Sin contar al ángel del hambre, porque uno no estaba seguro de si existía un ángel del hambre para todos nosotros o cada cual tenía el suyo. Él se aproximaba desmesuradamente a todos. Sabía que donde se descarga, también se puede cargar. Desarrollando matemáticamente esta idea, el final sería espantoso: si todos tienen su propio ángel del hambre, cada vez que uno muere queda libre un ángel del hambre. Así que más tarde ya sólo habría ángeles del hambre abandonados, palas del corazón abandonadas, carbón abandonado.

Sobre el ángel del hambre

El hambre siempre está ahí.

Como está ahí, viene cuando quiere y como quiere.

El principio causal es la obra chapucera del ángel del hambre.

Cuando él viene, viene fuerte.

La precisión es enorme:

1 palada = 1 gramo de pan.

Yo no necesitaría la pala del corazón. Pero mi hambre depende de ella. Yo desearía que la pala del corazón fuera mi herramienta. Pero es mi dueña. La herramienta soy yo. Ella manda y yo me someto. Y sin embargo es mi pala preferida. Me he obligado a quererla. Soy sumiso, porque ella es para mí una dueña mejor si soy dócil y no la odio. Tengo que estarle agradecido, porque cuando paleo por el pan, me distraigo del hambre. Como el hambre no desaparece, ella se encarga de que el palear se sitúe por delante del hambre. Cuando se palea, palear es lo primero, porque si no el cuerpo no se hace con el trabajo.

El carbón es retirado a paladas, pero nunca disminuye. Viene, por suerte, todos los días de Jasinovataia, eso pone en los vagones. Todos los días el cuerpo se enfrasca en la labor de palear. El cuerpo entero, dirigido desde la cabeza, es la herramienta de la pala. Nada más.

Palear es duro. Tener que palear y no poder es una cosa. Querer palear y no poder es una doble desesperación, doblarse a modo de reverencia ante el carbón. Yo no tengo miedo de palear, sino de mí mismo. Es decir, de que al palear piense en algo distinto a que estoy paleando. En los primeros tiempos me sucedía eso a veces. Consume las fuerzas que necesitas para palear. La pala del corazón se percata en el acto cuando no estoy completamente concentrado en ella. Entonces un pánico sutil me oprime la garganta. El desnudo compás binario golpea las sienes y se toma el pulso, que es una jauría de claxons. Estoy a punto de desplomarme, en el paladar dulce se me hincha la campanilla. Y el ángel del hambre se cuelga completamente dentro de mi boca, de mi velo del paladar. Es su balanza. Él ajusta mis ojos, y la pala del corazón se marea, el carbón se desvanece. El ángel del hambre pone mis mejillas sobre su mentón. Hace columpiarse a mi aliento. El columpio del aliento es un delirio, y menudo delirio. Alzo la vista: ahí arriba, sereno algodón veraniego, el bordado de las nubes. Mi cerebro se estremece fijado en el cielo con la punta de una aguja, ya sólo posee ese único anclaje. Y fantasea con la comida. Ya veo en el aire las mesas cubiertas con manteles blancos, y la grava chirría bajo mis pies. Y el sol me alumbra luminoso atravesando por el centro la glándula pineal. El ángel del hambre

mira su balanza y dice: Todavía no me resultas lo bastante ligero, cómo es que no aflojas.

Yo respondo: Tú me engañas con mi carne. Ha sucumbido ante ti. Pero yo no soy mi carne. Soy otra cosa y no cejo. Ya no se puede hablar de quién soy yo, pero no te digo lo que soy. Lo que soy engaña a tu balanza.

Esto acontecía a menudo durante el segundo invierno en el campo de trabajo. Llego por la mañana temprano muerto de cansancio del turno de noche. Ahora libro, debería dormir, pero me tumbo y no puedo hacerlo. En el barracón, las 68 camas están vacías, todos los demás están trabajando. Siento ganas de salir a la tarde *patiovacía*. El viento lanza su nieve fina que crepita en la nuca. Con un hambre tan notoria, el ángel me acompaña al montón de desperdicios emplazado tras la cantina. Yo le sigo tambaleándome un poco, cuelgo, inclinado, del velo de mi paladar. Sigo, paso a paso, a mis pies, suponiendo que no sean los suyos. El hambre es mi dirección, si no es la suya. El ángel me cede el paso. No es que sienta timidez, es que no quiere ser visto en mi compañía. Entonces agacho la espalda, si no es la suya. Mi avidez es brutal, mis manos salvajes. Sí, son las mías, el ángel no toca los desperdicios. Me meto en la boca mondas de patata y cierro los ojos, así saboreo mejor las mondas heladas de patata, dulces y vidriosas.

El ángel del hambre busca huellas imborrables, y borra huellas perdurables. Por mi mente pasan los sembrados de patatas, las parcelas inclinadas entre los prados de heno en el Wench, patatas de la montaña de mi tierra. Las primeras patatas tempranas, redondas y pálidas, las patatas tardías irregulares de color azul cristal, las patatas harinosas del tamaño de un puño, de cáscara correosa y dulcemente amarillas, las patatas rosadas, esbeltas, lisas, ovaladas, que no se deshacen al hervir. Y cómo florecen en verano con haces encerados de un blanco amarillento, gris rosado o lila, sobre una planta de verdor intenso y tallos angulosos.

Qué deprisa me comí con el labio levantado todas las mondas heladas de patata. Metiéndome en la boca una tras otra, sin huecos como el hambre. Sin interrupción, todas juntas son una única y larga cinta de monda de patata.

Todas, todas, todas.

Y llega la noche. Y todos regresan del trabajo. Y todos se meten en el hambre. Cuando un hambriento mira a los demás hambrientos, el hambre es un catre. Pero eso engaña, percibo en mi propia carne que el hambre se introduce en nosotros. Nosotros somos el catre para el hambre. Todos comemos con los ojos cerrados. Alimentamos al hambre durante toda la noche. La cebamos alta en la pala.

Yo como un corto sueño, después despierto y engullo el siguiente, igual de corto. Un sueño es igual al otro, se come. Existe una compasión para la pulsión de comer en sueños, y es una tortura. Yo como sopa de bodas y pan, pimiento relleno y pan, y tronco de navidad. Después despierto, miro a la luz mortecina, amarilla y

reglamentaria del barracón, vuelvo a dormirme y como sopa de colinabo y pan, guiso de liebre y pan, helado de fresa en copa de plata. Después, pastas de nueces y medias lunas. Y a continuación, arroz con chucrut y pan, tarta de ron. Luego, guiso de cabeza de cerdo con rabanitos picantes y pan. Por último me esperaba una pierna de corzo con pan y compota de albaricoque, pero el altavoz se entromete y comienza a berrear, porque es de día. El sueño se queda corto cuanto más como, y el hambre nunca se cansa.

Yo sabía exactamente quiénes fueron los tres primeros de nosotros que murieron de hambre y en qué orden. Durante unos días interminables recordé a cada uno de ellos. Pero el número tres nunca se queda en el primer número tres. Todo número se deriva. Y se endurece. Cuando estás hecho un saco de huesos y físicamente ya no te encuentras bien, mantienes a los muertos lo más lejos posible. Porque rastreando las matemáticas, en marzo, en el cuarto año, se contabilizaban ya trescientos treinta muertos. En esa situación no puedes permitirte los sentimientos explícitos y piensas poco en ellos.

Abandonas el ánimo medroso. Ahuyentas el asomo de una insulsa tristeza poco antes de que llegue. La muerte se engrandece y añora a todos. No hay que tratar con ella. Hay que ahuyentarla, igual que a un perro molesto.

Nunca más mostré tanta decisión contra la muerte como en esos cinco largos años en el campo. Para luchar contra la muerte no se necesita una vida propia, sino una vida que no haya terminado del todo.

Los tres primeros muertos del campo son:

La sorda Mitzi, aplastada por dos vagones.

Kati Meyer, sepultada en la torre del cemento.

Irma Pfeifer, asfixiada en el mortero.

Y en mi barracón el primer muerto es el mecánico Peter Schiel, envenenado con aguardiente de hulla.

La causa de la muerte tuvo un diagnóstico diferente en cada uno de los casos, pero en los tres estuvo presente el hambre.

Rastreando las matemáticas, un día, estando con el barbero Oswald Enyeter, dije mirando al espejo: Todo lo fácil es mero resultado, y velo del paladar tienen todos. El ángel del hambre pesa a todos, y con los que aflojan salta desde la pala del corazón. Ese es su principio causal y su ley del equilibrio.

Ambas cosas no son desdeñables, aunque tampoco comestibles, dijo el barbero. También esto es una ley.

Callé en el espejo.

Tienes el cuero cabelludo lleno de florecitas de pus, anunció el barbero, por lo que hay que cortar al cero.

Qué florecitas, pregunté.

Empezar a raparme fue una buena obra.

Una cosa es segura, pensé, el ángel del hambre conoce a sus cómplices. Los mima, luego los abandona a su suerte. Entonces se quiebran. Y él con ellos. Él es de la misma carne a la que engaña. También ésta es su ley del equilibrio. Y qué voy a decir ahora al respecto. Siempre sucede lo fácil. Su orden tiene un principio, cuando dura. Pero cuando dura cinco años, se torna impenetrable y deja de prestársele atención. Y me parece que cuando se quiere contar más tarde no hay nada que impida añadidos: el ángel del hambre piensa bien, nunca yerra, no se va, pero retorna, tiene su rumbo y conoce mis límites, mi origen y su influjo, camina exclusivamente a su aire, con los ojos abiertos, siempre reconoce su existencia, es asquerosamente personal, tiene un sueño transparente, es experto en armuelle, azúcar y sal, piojos y nostalgia, lleva agua en la tripa y en las piernas. Lo único que se puede hacer es enumerar.

Si no aflojas, piensas que es sólo la mitad de malo. Por tu boca habla hasta hoy el ángel del hambre. Da igual lo que diga, la claridad sigue siendo meridiana:

1 palada = 1 gramo de pan.

Únicamente no se debe hablar del hambre cuando se tiene hambre. El hambre no es un catre, pues entonces sería mensurable. El hambre no es un objeto.

Aguardiente de hulla

En una noche revuelta en la que dormir era impensable, en la que ni siquiera acudía la compasión de la pulsión de comer porque el tormento de los piojos no cesaba, en una noche así Peter Schiel observó que yo tampoco dormía. Me había sentado en mi cama y él hizo lo mismo en la suya, casi enfrente de mí, y me preguntó: Qué significa dar y tomar.

Duerme, contesté.

Después volví a tumbarme. Él se quedó sentado, y le oí deglutir. En el bazar, Bea Zakel le había cambiado su jersey de lana por aguardiente de hulla. Se lo bebió. No preguntó nada más. A la mañana siguiente, Karli Halmen dijo que aún preguntó un par de veces más qué significaba dar y tomar. Tú dormías como un tronco.

Zepelín

Donde no hay baterías de coque, ventiladores y tubos humeantes, donde sólo la nube blanca de la torre de refrigeración ve desde muy arriba, cuando vuela ya muy lejos, hacia la estepa, dónde terminan las últimas vías y nosotros, mientras descargamos carbón, contemplamos desde la *yáma* plantas en flor que crecen sobre los escombros, es decir, detrás de la fábrica, donde la tierra, antes de convertirse en despoblado, está desnuda y misérrima, y se cruzan caminos trillados. Y conducen hasta un gigantesco tubo oxidado, un tubo Mannesmann de antes de la guerra, inservible ya. Mide de 7 a 8 metros de largo y 2 de alto. En un extremo, en la cabecera en dirección a la *yáma*, está soldado igual que una cisterna. En el otro, a los pies, mirando a la tierra baldía, está abierto. Un tubo tremendo, nadie sabe cómo llegó hasta aquí. Desde nuestra llegada al campo de concentración, sabemos al menos para qué sirve. Todos lo llaman *zepelín*.

Este zepelín no vuela, plateado, por el cielo, pero da alas a la razón. Es un hotel por horas, tolerado por la dirección del campo y los *nachálniks*. Las mujeres de nuestro campo de trabajo se reúnen en el zepelín con los prisioneros de guerra alemanes que retiran escombros cerca, en la tierra baldía o en las fábricas bombardeadas. Kowatsch Anton dice que vienen a celebrar bodas apresuradas con nuestras mujeres. Cuando estés paleando carbón, abre bien los ojos.

Todavía en el verano de Stalingrado, ese último verano en la galería de casa, la voz sedienta de amor de una mujer alemana del Reich dijo por la radio: Toda mujer alemana regalará un hijo al Führer.

Mi tía Fini preguntó a mi madre: Cómo lo haremos, vendrá el Führer cada noche a Siebenbürgen a acostarse con una de nosotras, o viajaremos todas por turno al Reich para encontrarnos con él.

Había guiso de liebre, mi madre chupó la salsa de una hoja de laurel, deslizándola por la boca con lentitud. Cuando la dejó limpia, se la metió en el ojal. Pensé que ellas se burlaban de él sólo en apariencia. Pero sus ojos brillantes decían que lo deseaban y no poco. Mi padre, al darse cuenta, frunció el ceño y olvidó masticar durante un instante. Creía que no os gustaban los hombres con bigote, dijo mi abuela. Enviad un telegrama al Führer pidiéndole que se afeite antes.

Como la *yáma* estaba desierta después del trabajo y el sol aún alumbraba con fuerza por encima de la hierba, me encaminé por un sendero hacia el zepelín e inspeccioné el interior. El tubo estaba sombreado a la entrada, en el centro en penumbra y al fondo oscurísimo. Al día siguiente, mientras paleaba carbón, abrí bien los ojos. A última hora de la tarde vi llegar a los hombres de tres en tres o de cuatro en cuatro atravesando la maleza. Llevaban chaquetas *fufáika* distintas de las nuestras,

a rayas. Poco antes de llegar al zepelín, se sentaron en medio de la hierba, que les llegaba hasta el cuello. Pronto, a la entrada del tubo colgó de una vara una funda de almohada, señal de ocupado. Algo más tarde, la banderita desapareció. Pero reapareció enseguida y volvió a desaparecer. En cuanto los primeros hombres se marcharon, llegaron otros tres o cuatro y se sentaron en la hierba.

Vi también cómo brigadas enteras de mujeres encubrían las bodas apresuradas. Mientras tres o cuatro mujeres se dirigían hacia la maleza, las otras enzarzaban en la conversación al *nachálnik*. Si a pesar de todo éste preguntaba después por las que se habían ido, ellas le explicaban que las mujeres tenían que perderse entre la maleza debido a los retortijones y la diarrea. Eso también era cierto en algunos casos, aunque no podía comprobar en cuántos. El *nachálnik* se mordía los labios, escuchaba con atención durante un rato, y luego giraba la cabeza cada vez más hacia el zepelín. Desde ese momento me di cuenta de que las mujeres tenían que intervenir, que cuchicheaban con nuestra cantora Loni Mich y que ésta empezaba a silbar con zumbido cristalino, superando el estruendo de las palas:

*El silencio del crepúsculo se extiende por doquier
sólo roto en el valle por el canto del ruiseñor.*

Y entonces las desaparecidas retornaban enseguida. Se abrían paso entre nosotros y paleaban como si nada hubiera ocurrido.

A mí el nombre de zepelín me gustaba, estaba en consonancia con el olvido plateado de nuestras penas, con la apresurada coyunda. Yo comprendía que esos alemanes desconocidos tenían todo lo que les faltaba a nuestros hombres. El Führer los había enviado al mundo a ser soldados, y estaban en la edad adecuada, no eran tan jóvenes ni tan maduros como nuestros hombres. También ellos eran miserables y estaban degradados, pero antes habían luchado en la guerra. Para nuestras mujeres eran héroes, algo mejor que el amor nocturno con un trabajador forzado en la cama del barracón detrás de la manta. En lo sucesivo, el amor nocturno continuó siendo irrenunciable. Pero para nuestras mujeres olía a sus propias fatigas, al mismo carbón, a idéntica nostalgia, y nos llevaba siempre al cotidiano toma y daca. El hombre tenía que ocuparse de la comida, la mujer de la ropa y el consuelo. En el zepelín, el amor, aparte de izar y arriar la banderita blanca, estaba exento de preocupaciones.

Kowatsch Anton no me creía capaz de no envidiar el zepelín de las mujeres. En mi cabeza seguía las mismas pautas que, como iniciado, ya conocía: la excitación de quitarse la ropa, el deseo callejero y la felicidad jadeante en el Erlenpark y en los baños Neptuno. Ahora repasaba con más frecuencia las citas, de eso nadie me creía capaz. *golondrina, abeto, oreja, hilo, oropéndola, gorra, liebre, gato, gaviota*. Después, *perla*. Aquí nadie me creía capaz de guardar esos supuestos nombres en mi mente y tanto silencio en la cerviz.

El amor también tenía sus estaciones en el zepelín. El invierno del segundo año puso fin al mismo. Más tarde, el hambre. Cuando el ángel del hambre correteaba históricamente con nosotros, cuando llegó la época de *pielyhuesos*, cuando machos y hembras ya no se diferenciaban entre sí, en la *yáma* seguía descargándose carbón. Pero los caminos trillados en la maleza se cerraron. La arveja trepaba, lila, entre la milenrama blanca y el armuelle rojo, y florecían las bardanas azules y los cardos. El zepelín dormía y era pasto de la herrumbre, igual que el campo de concentración del carbón, la estepa de las hierbas y nosotros del hambre.

Sobre los dolores fantasmas del reloj de cuco

Una noche del verano del segundo año vimos colgado de la pared, encima del cubo de hojalata del agua potable, justo al lado de la puerta, un reloj de cuco. No conseguimos averiguar cómo había llegado hasta allí. Así que pertenecía al barracón y al clavo del que pendía, a nadie más. Pero nos molestaba a todos y a cada uno de nosotros. En la tarde vacía se oía el tictac, ya fueses, vinieses, durmieses en tu cama o te limitases a permanecer tumbado, enfrascado en ti mismo o esperando porque estabas demasiado hambriento para quedarte dormido y demasiado débil para levantarte. Pero la espera no traía nada, salvo el tictac en la úvula, duplicado por el tictac del reloj.

Para qué necesitábamos allí un reloj de cuco. Para medir el tiempo, no nos hacía falta. No teníamos nada que medir: por las mañanas, el himno que sonaba por el altavoz del patio nos despertaba, y por la noche, nos mandaba a la cama. Siempre que nos necesitaban iban a buscarnos y nos sacaban del patio, de la cantina, del sueño. Las sirenas de la fábrica eran un reloj, al igual que la nube blanca de la torre de refrigeración y las campanitas de las baterías de coque.

Seguramente el reloj de cuco lo había traído Kowatsch Anton, el tamborilero. A pesar de que juraba que no tenía nada que ver con el asunto, le daba cuerda a diario. Si está colgado debe de funcionar, aducía.

Era un reloj de cuco normal y corriente, pero lo que no era normal era el cuco. Salía a menos cuarto y daba la media hora, y a los cuartos, la hora entera. A la hora en punto lo olvidaba todo o se equivocaba, duplicando la hora o dividiéndola por dos. Kowatsch Anton aseguraba que el cuco funcionaba perfectamente con respecto al horario de otras zonas del mundo. A Kowatsch Anton le enloquecía el reloj entero: el cuco, sus dos férreas pesas en forma de piña y el ágil péndulo. Le habría encantado hacer anunciar al cuco durante toda la noche sus otras zonas del mundo. Pero el resto del barracón no quería permanecer en vela ni dormir en las zonas del mundo del cuco.

Kowatsch Anton era tornero en la fábrica, y en la orquesta del campo, percusionista y tamborilero de la Paloma, que se bailaba plegado. Se había fabricado sus instrumentos en el torno del taller de cerrajería, era un manitas. Quería regular el cuco cosmopolita adaptándolo a la disciplina diurna y nocturna rusa. Estrechando la glotis en el mecanismo del cuco, pretendía incorporar a éste una voz nocturna breve y sorda, una octava más baja, y un canto diurno más prolongado y agudo. Sin embargo, antes de que llegase a dominar las costumbres del cuco, alguien lo arrancó del reloj. La puertecita del cuco colgaba, torcida, de su bisagra. Y cuando el mecanismo de relojería quería animar al pájaro a cantar, la puertecita se abría a medias, pero en

lugar del cuco salía de la casita un trocito de goma que parecía una lombriz de tierra. El trozo de goma vibraba y se oía un cencerreo lamentable similar a las toses, carraspeos, ronquidos, pedos, suspiros que se producían durante el sueño. Así la lombriz de goma protegió nuestro descanso nocturno.

A Kowatsch Anton le entusiasmó tanto la lombriz de tierra como el cuco. Él no era solamente un manitas, también sufría por no tener en la orquesta del campo ningún compañero de swing, como antes en Karansebesch, en su Big Band. Por la noche, cuando el himno que brotaba del altavoz nos conducía hacia el barracón, Kowatsch Anton, con un alambre doblado, adaptaba el trocito de goma al cencerreo nocturno. Siempre se quedaba un rato junto al reloj, observando su rostro en el cubo de agua y esperando como hipnotizado el primer cencerreo. En cuanto se abría la puertecita, se agachaba un poco y su ojo izquierdo, algo más pequeño que el derecho, brillaba con absoluta precisión. Una vez, después del cencerreo, dijo más para sí que para mí: Uy, la lombriz ha heredado del cuco bastantes dolores fantasmas.

A mí el reloj me gustaba.

Pero no el cuco loco, ni la lombriz, ni el péndulo ágil. Sin embargo, me encantaban las dos pesas, las piñas de abeto. Eran lento hierro pesado, y a pesar de ello me recordaban los bosques de abetos de las montañas de mi tierra. Altas, por encima de la cabeza, muy juntas, las capas de pinocha de un negro verdoso; por debajo, en rigurosa disposición hasta donde alcanza la vista, las piernas de madera de los troncos, que se detienen cuando estás parado, caminan cuando caminas y corren cuando corres. Pero de un modo completamente distinto al tuyo, como un ejército. Entonces, cuando el corazón se te sube a la garganta de miedo, sientes bajo tus pies la brillante piel de pinocha, esa calma luminosa con piñas diseminadas. Te agachas y coges dos: te guardas una en el bolsillo del pantalón y conservas la otra en la mano, y ya no estás solo. Ella te devuelve la cordura: el ejército no es más que un bosque y la soledad dentro de él, un simple paseo.

Mi padre se esforzó mucho, quiso enseñarme a silbar y a interpretar la procedencia del eco cuando silba alguien que se ha perdido en el bosque. Y cómo encontrarlo silbando a tu vez. Entendí la utilidad del silbido, pero no aprendí a expulsar el aire de la boca a través de los labios fruncidos. Yo los fruncía equivocadamente hacia dentro, de forma que se me hinchaba el pecho en lugar del tono en los labios. Nunca aprendí a silbar. Por más que intentaba enseñarme, yo sólo pensaba en lo que veía, que en los hombres los labios brillan por dentro, como cuarzo rosa. Él me decía que ya lo comprobaría, que comprendería su utilidad. Se refería a los silbidos. Pero yo pensaba en la piel cristalina de los labios.

En realidad el reloj de cuco pertenecía al ángel del hambre. Porque en el campo lo que importaba no era nuestro tiempo, sino la pregunta: Cuco, cuánto viviré todavía.

Imaginaria-Kati

Katharina Seidel, Imaginaria-Kati, procedía del Banato, de Bakowa. O alguien de su pueblo se pagó el rescate de la lista y un canalla la cogió como sustituta. O el canalla era un sádico y ella figuró en la lista desde el principio. Era deficiente mental de nacimiento y durante esos cinco años no supo dónde estaba. Era una mujer corpulenta en miniatura, una niña a medias que no había crecido en altura, sino únicamente en anchura. Tenía una larga trenza castaña y una corona de pelos rizados alrededor de la frente y en la nuca. Al principio las mujeres la peinaban a diario, y cuando comenzó la plaga de piojos, cada pocos días.

Imaginaria-Kati no servía para ningún trabajo. No entendía lo que era una norma, una orden o un castigo. Ella trastocaba el desarrollo de la jornada de trabajo. Para ocuparla en algo, en el segundo invierno inventaron para ella el servicio de imaginaria. Por la noche tenía que montar guardia por turnos en los barracones.

Durante una temporada venía a nuestro barracón, se sentaba a la mesa pequeña, cruzaba los brazos, entornaba los ojos y miraba a la punzante luz reglamentaria de la bombilla. La silla era demasiado alta, sus pies no llegaban al suelo. Cuando el aburrimiento se apoderaba de ella, se sujetaba con las manos al borde de la mesa y se columpiaba en la silla hacia atrás y hacia delante. Apenas lo soportaba una hora, después se iba a otro barracón.

En el verano ya sólo venía a nuestro barracón, donde se quedaba toda la noche porque le gustaba el reloj de cuco. No sabía leer la hora. Se sentaba debajo de la luz reglamentaria, cruzaba los brazos y esperaba a que la lombriz de goma saliera por la puertecita. Cuando rechinaba, ella abría la boca como si acompañase esos sonidos, pero permanecía muda. Cuando la lombriz de goma aparecía por segunda vez, ella ya se había dormido con el rostro encima de la mesita. Antes de quedarse dormida se retiraba su trenza de la espalda, la ponía sobre la mesa y la mantenía agarrada con la mano toda la noche mientras dormía. A lo mejor así no se encontraba tan sola. A lo mejor tenía miedo en el bosque de esas 68 camas masculinas. A lo mejor la trenza la ayudaba, como a mí la piña en el bosque. O quizá, con la trenza en la mano, sólo pretendía asegurarse de que no se la robaban.

Le robaron la trenza, pero no fuimos nosotros. Como castigo por dormirse, Tur Prikulitsch condujo a Imaginaria-Kati al barracón de los enfermos. La auxiliar sanitaria tenía que raparle el pelo. Esa noche Imaginaria-Kati llegó a la cantina con la trenza cortada alrededor del cuello y la colocó sobre la mesa como si fuera una serpiente. Hundía en la sopa un extremo de la trenza y lo sostenía junto a su cabeza pelada para que volviera a crecer. También daba de comer al otro extremo de la trenza y lloraba. Heidrun Gast le arrebató la trenza aduciendo que era mejor que se olvidase

de ella. Después de cenar la arrojó a una de las pequeñas hogueras del patio, e Imaginaria-Kati contempló cómo se quemaba sin decir palabra.

A Imaginaria-Kati le gustaba el reloj de cuco incluso pelada al rape, y seguía quedándose dormida al primer chirrido de la lombriz de goma, con la mano doblada como si agarrara la trenza. Cuando volvió a crecerle el pelo, también se quedaba dormida manteniendo la mano doblada, a pesar de que el pelo apenas tenía un dedo de largo: Imaginaria-Kati se durmió durante meses, hasta que le raparon nuevamente la cabeza y los cabellos volvieron a crecer tan ralos que se veían más picaduras de piojos que pelos. Se durmió durante mucho tiempo, hasta que Tur Prikulitsch comprendió que con dureza se puede adiestrar a cualquier ser humano depauperado, pero no se puede doblegar la debilidad mental. El servicio de imaginaria fue eliminado.

Antes de que la rapasen, Imaginaria-Kati se sentaba durante el recuento en medio de la fila en la nieve sobre su gorro de guata. Schischtvanionov gritaba: En pie, fascista. Tur Prikulitsch la levantaba de golpe por la trenza, pero en cuanto la soltaba, ella se volvía a sentar. Le pateaba los riñones hasta que se quedaba tirada, encorvada, apretando su trenza en el puño y el puño en la boca. Fuera colgaba el extremo de la trenza, como si ella ya se hubiera comido la mitad de un pajarillo pardo. Permanecía tendida hasta que alguno de nosotros, después del recuento, la ayudaba a levantarse y la llevaba a la cantina.

Tur Prikulitsch podía disponer de nosotros, pero con Imaginaria-Kati sólo mostraba uno de sus puntos flacos: la brutalidad. Y cuando también ésta le falló, recurrió a otro punto flaco: la compasión. Incorregible y desvalida, Imaginaria-Kati privaba de sentido a su autoridad. Para no ponerse en ridículo, Tur Prikulitsch se apaciguó. Entonces, durante el recuento, Imaginaria-Kati podía sentarse delante, en el suelo, a su lado. Se acomodaba encima de su gorra de guata durante horas y lo miraba asombrada, como a una marioneta. Después del recuento su gorra helada se quedaba adherida a la nieve y había que arrancarla del suelo.

Durante tres tardes de verano sucesivas Imaginaria-Kati perturbó el recuento. Permanecía un rato sentada al lado de Prikulitsch, después se acercaba a sus pies y le limpiaba la bota con su gorro. Él le pisó la mano. Ella la apartó y sacó brillo a la otra bota. Él también le pisó la mano con la segunda. Cuando levantó el pie, ella se incorporó de un salto y recorrió las filas de los que formaban para el recuento agitando los brazos y zureando como una paloma. Todos contuvieron la respiración, y Tur soltó una risa hueca, parecida a los chillidos de los pavos grandes. Tres veces consiguió Imaginaria-Kati limpiar sus botas y ser una paloma. Después ya no volvió a aparecer durante el recuento. Mientras tanto, debía fregar el suelo de los barracones. Cogía agua de la fuente con el cubo, escurría la bayeta, la enrollaba alrededor de la escoba, y después de cada barracón cambiaba el agua sucia en la fuente. En su cabeza

no surgió ninguna inseguridad que alterase el proceso. El suelo estaba más limpio que nunca. Ella fregaba a fondo y sin prisas, quizá había tenido esa costumbre en su casa.

Tampoco estaba tan loca. Al recuento lo llamaba *recuelo*. Cuando tintineaba una campanita en las baterías de coque, decía que estaba a punto de empezar la misa en la iglesia. No necesitaba inventarse la ilusión porque su cabeza no estaba ahí. Su conducta no se adaptaba al orden del campo de concentración, pero sí a las circunstancias. En ella habitaba algo elemental que nosotros envidiábamos. Ni siquiera el ángel del hambre conocía a fondo sus instintos. Él la asediaba, como a todos, pero no invadía su cerebro. Ella hacía lo más sencillo a la buena de Dios, se abandonaba al azar. Sobrevivió al campo sin necesidad de buhonear. Nunca se la vio detrás de la cantina, junto a los desperdicios de la cocina. Comía lo que se encontraba en el patio del campo y en el terreno de la fábrica. Flores, hojas y semillas en la maleza. Y todo tipo de animales, gusanos y orugas, larvas y escarabajos, caracoles y arañas. Y en el patio nevado del campo, los excrementos helados de los perros guardianes. Era asombrosa la confianza que habían depositado en ella los perros guardianes, como si esa persona bamboleante con el gorro de orejeras fuese uno de ellos.

La locura de Imaginaria-Kati se mantuvo siempre dentro de unos límites disculpables. No era ni cariñosa ni reservada. Durante todos esos años conservó la naturalidad de un animal doméstico del campo. No tenía absolutamente nada de raro. La queríamos.

Una tarde de septiembre terminó mi turno, el sol aún alumbraba ardiente, y me perdí por los senderos trillados detrás de la *yáma*. Entre el armuelle de color fuego que desde hacía tiempo no se podía comer se mecía, abrasada por el verano, la avena silvestre. Sus espinas brillaban como raspas de pez. En las cáscaras duras, los granos aún eran lechosos. Comí. Durante el trayecto de regreso no quise nadar más entre la maleza y recorrí el camino sin vegetación. Imaginaria-Kati estaba sentada junto al zepelín. Sus manos, colocadas sobre un hormiguero, eran un hervidero negro. Ella se las lamía y comía. Qué haces, Kati, le pregunté.

Me hago guantes, hacen cosquillas, contestó.

Tienes frío, pregunté.

Ella respondió: Hoy no, mañana. Mi madre me ha hecho panecillos con semillas de amapola, aún están calientes. No pises por encima, podrás esperar, no eres un cazador. Cuando se hayan acabado los panecillos, contarán a los soldados en el recuento. Después se irán a casa.

Sus manos volvían a ser un bullicio negro. Antes de chupar las hormigas, preguntó: Cuándo terminará la guerra. La guerra ha terminado hace ya dos años, contesté. Anda, vámonos al campo.

Ella repuso: No ves que ahora no tengo tiempo.

El crimen del pan

Fenja nunca se ponía una chaqueta *fufáika*, sino una bata blanca de trabajo, y encima sus rebecas de ganchillo, siempre una distinta. Una era de color nogal, otra de un lila sucio, como remolachas sin pelar, la tercera de un amarillo fangoso y la última jaspeada en blanco y gris. Todas tenían mangas demasiado holgadas y le apretaban en la tripa. Nunca se sabía qué rebeca tocaba cada día, ni por qué se las ponía, y además encima de la bata. No podían abrigar, tenían demasiados agujeros y poca lana. Lana de antes de la guerra, tejida y destejida muchas veces, que aún servía para hacer ganchillo. A lo mejor la lana de las chaquetas jubiladas de toda una familia numerosa entera o de las chaquetas heredadas de los fallecidos de esa familia. Nosotros no sabíamos nada de la familia de Fenja, ni siquiera si la tuvo antes o después de la guerra. A ninguno de nosotros le interesaba personalmente Fenja. Sin embargo, todos nos mostrábamos sumisos ante ella, porque era la que repartía el pan. Ella era el pan, el ama de cuya mano comíamos a diario.

Nuestros ojos no se apartaban de ella, como si inventase el pan para nosotros. Nuestra hambre observaba a Fenja con suma atención. Sus cejas como dos cepillos de dientes, el rostro de mentón poderoso, sus labios de caballo demasiado cortos que no cubrían del todo la encía, las uñas grises de los dedos sobre el cuchillo grande para cortar con precisión las raciones, su balanza de cocina con los dos platillos. Sobre todo sus ojos pesados, exánimes como las bolas de madera de su ábaco, que apenas utilizaba. Fenja era horrorosamente fea, pero eso no podías confesártelo ni a ti mismo. Tenías miedo de que ella adivinara tus pensamientos.

En cuanto los platillos de su balanza se movían arriba y abajo, yo los seguía con los ojos. La lengua subía y bajaba en mi boca como los platillos, yo apretaba los dientes. Mantenía la boca abierta, para que Fenja viera sonreír a mis dientes. Uno sonreía obligado por la necesidad y por principio, era una sonrisa verdadera y falsa a la vez, indefensa y alevosa, para no hacer peligrar la justicia de Fenja, sino estimularla, si era posible, a aumentar unos gramos la justicia.

No servía de nada, a pesar de todo Fenja seguía de mal humor. Y tenía el pie derecho demasiado corto. Cojeaba tanto al dirigirse al estante del pan que decíamos que era tullida. El pie era tan corto que también tiraba hacia abajo de las comisuras de su boca, de la izquierda continuamente, de la derecha de vez en cuando. Y siempre como si el mal humor se debiera al pan oscuro, no al pie corto. Debido a la contracción de la boca, la mitad derecha de su cara, sobre todo, mostraba un rictus atormentado.

Y como nos entregaba el pan a todos, su cojera y el tormento de su rostro nos parecían una fatalidad, como el curso zigzagueante de la historia. Fenja tenía un

punto de santidad comunista. Sin duda era un cuadro leal de la dirección del campo, una oficial del pan, de lo contrario jamás habría logrado ascender al rango de dueña y señora del pan y cómplice del ángel del hambre.

Estaba completamente sola en su cámara encalada en blanco, con el enorme cuchillo detrás del mostrador, entre la balanza de cocina y el ábaco. Debía de tener las listas en su cabeza. Sabía exactamente a quién le correspondía la ración de 600, de 800 y de 1.000 gramos.

Yo había sucumbido a la fealdad de Fenja. Con el tiempo vi en ella una belleza trastornada que desembocó en adoración. La aversión me habría endurecido y habría sido arriesgada ante los platillos de la balanza. Yo me humillaba y solía sentirme repulsivo al hacerlo, pero esto acontecía después de haber paladeado su pan y sentirme más o menos saciado durante unos minutos.

Hoy creo que Fenja repartía las tres variedades de pan que yo conocía entonces. La primera era el pan cotidiano de Siebenbürgen, el del Dios evangélico, ácido, hecho desde siempre con el sudor de su frente. La segunda era el pan integral pardo de las espigas doradas de Hitler, el del Reich alemán. Y la tercera era la ración de jleb en la balanza rusa. Creo que el ángel del hambre conocía esa trinidad del pan, y la aprovechaba. La panificadora suministraba el primer envío al amanecer. Cuando llegábamos a la cantina entre las seis y las siete de la mañana, Fenja ya había terminado de pesar las raciones. Delante de cada uno de nosotros colocaba de nuevo cada trozo en la balanza, la equilibraba, añadía un recorte o cortaba una esquina. A continuación señalaba los platillos con la punta del cuchillo, y ladeaba su barbilla de caballo con una mirada extraña, como si cada mañana me viera por primera vez después de cuatrocientos días.

Medio año antes, cuando aconteció el crimen del pan, yo pensaba que éramos capaces de matar por hambre, porque la fría santidad de Fenja se había metido dentro del pan.

Con el meticuloso repeso del pan, Fenja nos demostraba que era justa. Las raciones recién pesadas yacían cubiertas con paños blancos sobre los estantes. En cada ración, destapaba un poco el pan y volvía a taparlo, igual que hacían los mendigos experimentados con los trozos de carbón al salir a buhonear. En la blanca estancia encalada, con la bata blanca y los paños blancos, Fenja celebraba la higiene del pan como cultura del campo de trabajo. Como cultura universal. Las moscas tenían que posarse sobre los paños en lugar de sobre el pan. No tocaban el pan hasta que pasaba a nuestras manos. Si no se alejaban volando con rapidez, nos comíamos también su hambre junto con el pan. Nunca he meditado sobre el hambre de las moscas, y menos sobre la higiene escenificada con los paños blancos.

La justicia de Fenja, ese emparejamiento de boca torcida y precisión en la báscula, me esclavizaba por completo. En Fenja lo horroroso era una perfección.

Fenja no era ni buena ni mala, no era una persona, sino una ley con rebecas de ganchillo. Jamás se me habría ocurrido compararla con otras mujeres, porque ninguna otra exhibía una disciplina tan torturadora y una fealdad tan inmaculada. Era igual que el codiciado, horriblemente húmedo, pegajoso, escandalosamente nutritivo y racionado pan de molde.

Por la mañana nos entregaban la ración de pan para toda la jornada. Como la mayoría, yo formaba parte de los candidatos a los 800 gramos, era la ración normal. 600 gramos se asignaban a quienes desempeñaban trabajos ligeros en el campo de trabajo: llenar cisternas con los excrementos de las letrinas, quitar nieve, realizar la limpieza de otoño y primavera, blanquear los bordillos del paseo principal. Y 1.000 gramos los recibían pocos, era la excepción para los trabajos más duros. 600 gramos parece ya mucho. Pero el pan pesaba tanto que 800 gramos apenas daban para una rebanada del grosor de un pulgar si la cortaban del centro del pan. Si tenías suerte y te tocaba el corrusco con la corteza seca, la rebanada alcanzaba dos pulgares de grosor.

La primera decisión del día era: Resistiré y hoy no me comeré en el desayuno la ración entera con la sopa de col. A pesar del hambre, reservaré un trocito para la cena. Comida no había, estabas trabajando y no había nada que decidir. Por la noche, después de trabajar, en caso de que hubieras permanecido firme en el desayuno, llegaba la segunda decisión: Resistiré la tentación de meter la mano debajo de la almohada para comprobar si el pan que he ahorrado sigue ahí. Puedo esperar a que haya pasado el recuento nocturno y no comérmelo hasta estar en la cantina. Eso podía demorarse dos horas. Si el recuento no salía bien, más aún.

Si no había resistido por la mañana, por la noche no tenía un mendrugo de pan, ni nada que decidir. Llenaba la cuchara hasta la mitad y sorbía a fondo. Había aprendido a comer despacio, a tragar saliva después de cada cucharada de sopa. El ángel del hambre decía: La saliva alarga la sopa, y acostarse pronto acorta el hambre.

Yo me acostaba pronto, pero me despertaba continuamente porque mi úvula se hinchaba y latía. Cerrase los ojos o los mantuviese abiertos, diera vueltas en la cama o mirase fijamente la luz reglamentaria, roncase alguien como si estuviera a punto de ahogarse o la lombriz de goma rechinase fuera de la casita..., la noche era inconmensurable, y en ella los paños de Fenja ofrecían una blancura infinita, y debajo ocultaban el pan, abundante e inalcanzable.

Por la mañana, después del himno, el hambre corría conmigo al desayuno, hacia Fenja. Para tomar esa primera decisión sobrehumana: Hoy resistiré y guardaré un trocito de pan para la noche..., etcétera etcétera.

Hasta cuándo.

Día tras día, el ángel del hambre me sorbía el seso. Y un buen día levantó mi mano. Y con esa mano a punto estuve de matar a Karli Halmen... Fue el crimen del pan.

Karli Halmen libraba un día entero, y ya en el desayuno se había comido todo su pan. Todos estaban trabajando. Karli Halmen tenía el barracón para él solo durante toda la jornada. Por la noche, el pan que había ahorrado Albert Gion había desaparecido. Albert Gion había resistido cinco días seguidos, había conseguido ahorrar cinco trocitos de pan, el equivalente a una ración diaria. Había permanecido todo el día con nosotros en el tajo y, como todos los que tenían pan ahorrado, se había pasado todo ese tiempo pensando en la sopa con pan de la noche. Al regresar del tajo, como todos, miró primero debajo de su almohada. El pan ya no estaba allí.

El pan había desaparecido, y Karli Halmen estaba sentado en su cama en ropa interior. Albert Gion se plantó delante de él y, sin decir palabra, le sacudió tres puñetazos en la boca. Karli Halmen escupió dos dientes encima de la cama sin decir palabra. El acordeonista condujo a Karli cogido por el pescuezo hasta el cubo de agua y le hundió la cabeza en el líquido. Brotaron burbujas de boca y nariz, luego un estertor, después se hizo el silencio. El tamborilero sacó la cabeza del agua y le apretó el cuello hasta que la boca de Karli se contrajo en un rictus tan horrible como el de Fenja. Yo aparté al tamborilero de un empujón y me quité uno de los zapatos de madera. Y se me levantó de tal manera la mano que estuve a punto de matar a golpes al ladrón de pan. El abogado Paul Gast, que hasta entonces se había limitado a contemplar la escena desde su camastro, saltó sobre mi espalda, me arrebató el zapato y lo arrojó contra la pared. Karli Halmen yacía meado junto al cubo, vomitando babas con pan.

El ansia de matar me había arrebatado el juicio. No sólo a mí, éramos una jauría. Arrastramos fuera a Karli, en plena noche, con su ropa interior ensangrentada y meada, junto al barracón. Corría el mes de febrero. Tras apoyarlo en la pared del barracón, se tambaleó y se desplomó. Sin habernos puesto de acuerdo, el tamborilero y yo nos abrimos los pantalones y a continuación Albert Gion y todos los demás nos secundaron. Y como ya estábamos a punto de irnos a dormir, orinamos uno detrás de otro sobre el rostro de Karli Halmen. Hasta el abogado Paul Gast participó. Dos perros guardianes ladraron, detrás de ellos vino corriendo un centinela. Los perros olieron la sangre y gruñeron, el guardia mascullaba maldiciones. El abogado y el centinela trasladaron a Karli al barracón de los enfermos. Los seguimos con la mirada mientras nos limpiábamos la sangre de las manos con nieve. Todos regresamos mudos al barracón y nos metimos en la cama. Yo tenía una mancha de sangre en la muñeca, la expuse a la luz y pensé en lo clara que era la sangre de Karli, parecía lacre, gracias a Dios procedía de la arteria, no de la vena. En el barracón reinaba un silencio sepulcral, y escuché resonar a la lombriz de goma en el reloj de cuco, tan cerca como si saliera de mi propia cabeza. Ya no pensaba en Karli Halmen, ni en el interminable paño blanco de Fenja, ni siquiera en el pan inalcanzable. Caí en un sueño profundo y sin sobresaltos.

A la mañana siguiente, la cama de Karli Halmen estaba vacía. Nos dirigimos a la cantina, como de costumbre. También la nieve estaba limpia, sin manchas rojas, había nevado. Karli Halmen pasó dos días en el barracón de los enfermos. Después, con heridas purulentas, ojos hinchados y labios morados, volvió a sentarse entre nosotros en la cantina. El asunto del pan estaba resuelto, todos se comportaban como siempre. No echamos en cara el robo a Karli Halmen. Y él jamás nos reprochó el castigo. Sabía que se lo había merecido. El tribunal del pan no delibera, castiga. La tolerancia cero no conoce artículos, no necesita leyes. Ella misma es una ley, porque el ángel del hambre también es un ladrón que roba el seso. La justicia del pan no tiene prólogo ni epílogo, es sólo presente. Totalmente transparente o totalmente misteriosa. En cualquier caso, la justicia del pan desata una violencia diferente a la violencia sin hambre. Al tribunal del pan no se puede acudir con la moral corriente.

Lo del tribunal del pan sucedió en febrero. En abril, Karli Halmen estaba sentado en una silla al lado de Oswald Enyeter en la barbería; sus heridas habían sanado, su barba, crecido como hierba pisoteada. A mí me tocaba después de él, y esperaba a su espalda en el espejo, como otras veces hacía Tur Prikulitsch detrás de mí. El barbero colocó sus manos peludas sobre los hombros de Karli y preguntó: Desde cuándo nos faltan dos dientes delanteros. Karli Halmen, dirigiéndose no a mí, ni al barbero, sino a las manos peludas, contestó: Desde el crimen del pan.

Apenas le afeitaron la barba, me senté en la silla. Fue la única vez que Oswald Enyeter silbó una especie de serenata mientras me afeitaba, y de la espuma brotó una manchita de sangre. No roja clara como el lacre, sino oscura, como una frambuesa en medio de la nieve.

La Madona de la Media Luna

Cuando el hambre aprieta, hablamos de la infancia y de comida, las mujeres con más detalle que los hombres. Pero son las mujeres de los pueblos las que refieren más pormenores. Para ellas cada receta de cocina se compone como mínimo de tres actos, igual que una obra de teatro. Las diferentes opiniones sobre los ingredientes aumentan la emoción, que se incrementa vertiginosamente cuando el relleno de tocino, pan y huevo exige no media cebolla, sino una entera, y seis dientes de ajo en lugar de cuatro, amén de que las cebollas y el ajo no deben picarse, sino rallarse. O cuando los panecillos desmigajados son mejores que el pan, y el comino superior a la pimienta, y la mejorana sin duda lo más excelso, mejor incluso que el estragón, que le va bien al pescado, no al pato. Cuando se discute si el relleno ha de introducirse entre la piel y la carne para que pueda absorber la grasa de la piel durante el asado, o forzosamente en la cavidad abdominal para que pueda chupar la grasa de la piel al asarse, la obra de teatro ha alcanzado el punto culminante. A veces tiene razón el pato con relleno evangélico, otras el del relleno católico.

Y cuando las mujeres de pueblo preparan verbalmente pasta para la sopa, seguro que dura media hora debatir el número de huevos y si se remueve con la cuchara o se amasa con la mano hasta que la masa de la pasta se estira y adquiere la delgadez del cristal sin romperse, y reposa seca sobre la tabla de hacer pasta. Hasta que se enrolla y se corta, pasa de la tabla a la sopa, hierva lenta y tranquilamente o brevemente y a borbotones, se sirve y se espolvorea encima un buen puñado o tan sólo una pizca de perejil recién picado, ha transcurrido otro cuarto de hora.

Las mujeres de ciudad nunca discuten cuántos huevos se utilizan para la masa de la pasta, sino cuántos se pueden ahorrar. Y como ahorran de todo continuamente, sus recetas de cocina no valen ni como introducción a una obra de teatro.

Contar recetas de cocina es un arte aún mayor que contar chistes. La chispa tiene que ser acertada aunque no sea graciosa. Aquí, en el campo, el chiste empieza con: *Tómese*. Que no se tiene nada, ésa es la chispa. Pero nadie la explica. Las recetas de cocina son chistes del ángel del hambre. Hasta que te sientas en el barracón de las mujeres, es una carrera de baquetas. Al entrar, antes de que te pregunten, tienes que revelar a quién buscas. Lo mejor es preguntar uno mismo: Está Trudi. Y mientras se pregunta, lo mejor es dirigirse hacia la izquierda, tercera fila, hacia la cama de Trudi Pelikan. Las camas son catres de hierro de un piso como los de los barracones de los hombres. Algunas camas están tapadas con mantas colgadas para el amor nocturno. A mí nunca me apetece meterme detrás de la manta, sólo busco recetas de cocina. Las mujeres creen que soy demasiado tímido, porque una vez tuve libros. Piensan que leer te convierte en un hombre delicado.

Nunca leí en el campo de trabajo los libros que me llevé. El papel estaba rigurosamente prohibido; a mediados del primer verano escondí mis libros detrás del barracón, debajo de unos ladrillos. Después trapicheé con ellos. Por 50 páginas de papel de fumar de Zaratustra me dieron 1 medida de sal, por 70 páginas incluso 1 de azúcar. Peter Schiel me fabricó mi propia lendra de hojalata a cambio de un Fausto entero encuadernado en tela. La antología lírica de ocho siglos me la comí en forma de harina de maíz y manteca de cerdo, y transformé el delgado Weinheber en mijo. Eso no te convierte en un hombre delicado, sólo discreto.

Después del trabajo observo con discreción a los jóvenes rusos de servicio mientras se duchan. Con tanta discreción que yo mismo ya no sé por qué. Ellos me matarían a golpes sí yo lo supiera.

Cedí de nuevo. Me comí todo mi pan en el desayuno. Estoy sentado otra vez en el barracón de las mujeres, junto a Trudi Pelikan, al borde de la cama. Se han sumado las dos Siris, que se sientan frente a frente en la cama de Corina Marcu. Ella lleva semanas en el *koljós*. Observo los pelitos dorados y la verruga oscura en los dedos flacos de las dos Siris y, para no hablar enseguida de comida, saco a colación la niñez.

Nosotros, es decir mi madre, yo y Lodo, la criada, nos trasladábamos todos los veranos de la ciudad al campo a pasar las vacaciones. Nuestra casa de verano estaba en el Wench, y la montaña de enfrente era el Schnürleibl. Permanecíamos allí ocho semanas. En esas ocho semanas hacíamos siempre una excursión de un día a Schässburg, la ciudad vecina. Teníamos que tomar el tren abajo, en el valle. La estación se llamaba Hétur en húngaro y Siebenmänner en alemán. En el tejado de la garita del guardabarrera repiqueteaba la campanilla, porque el tren salía en ese instante de Danesch. Llegaría al cabo de cinco minutos. No había andén. Cuando entraba el tren, la escalera me llegaba al pecho. Antes de subir, yo inspeccionaba el vagón por debajo, las ruedas negras de contorno brillante, las cadenas, ganchos y topes. Después pasábamos por delante de la zona de baños, de la casa de Toma y del campo del viejo Zacharias. Éste recibía todos los meses dos paquetitos de tabaco a modo de peaje, pues teníamos que atravesar su cebada cuando íbamos a bañarnos. Luego aparecía el puente de hierro, por debajo corría el agua amarilla. Detrás estaba la erosionada roca arenosa sobre la que está situada la localidad de Villa Franca. A esas alturas estábamos ya en Schässburg. Lo primero que hacíamos era ir enseguida a la plaza del mercado, al elegante Café Martini. Llamábamos un poco la atención entre los clientes porque llevábamos un atuendo demasiado informal, mi madre falda pantalón y yo pantalones cortos y calcetines grises hasta la rodilla, que tardaban más en ensuciarse. Sólo Lodo vestía su ropa de domingo, la blusa blanca de campesina y el pañuelo negro a la cabeza con una orla de rosas y flecos de color verde. Rosas matizadas en rojo, del tamaño de manzanas, mayores que las auténticas. Ese día

podíamos comer todo lo que nos apetecía hasta hartarnos. Podíamos elegir entre trufas de mazapán, negritos y borrachos, pasteles de crema, rollo de nuez, rollo de nata y pastas de mermelada, buñuelos de avellana, tarta de ron, pasteles Napoleón, turrón de chocolate y tarta Dobosch. Después, además, helado: de fresa en copa de plata, de vainilla en copa de cristal o de chocolate en platitos de porcelana, siempre con nata montada. Y para terminar, si aún éramos capaces, bizcocho de guindas con jalea. Yo notaba en los brazos el mármol frío del tablero de la mesa y en las corvas el tapizado blando de la silla. Y arriba, encima del mostrador negro, con un largo vestido rojo y la punta del pie sobre una luna muy muy fina, se balanceaba, al aire del ventilador, la Madona de la Media Luna. Cuando terminaba de contarles esto a todos los que estaban al borde de la cama, se nos balanceaba el estómago. Trudi Pelikan metía el brazo detrás de mí, bajo la almohada, y sacaba el pan que había ahorrado. Todos cogían su escudilla de hojalata y se guardaban la cuchara en la chaqueta. Yo ya llevaba conmigo mis útiles de comer, nos marchábamos juntos a cenar y nos colocábamos en fila delante de la cazuela de sopa. Luego nos sentábamos ante las largas mesas. Cada uno daba cucharadas a su estilo, para alargar la sopa. Todos callaban. Trudi Pelikan, en medio del tintineo de la vajilla de hojalata, preguntó desde el final de la mesa: Leo, cómo se llama el café.

Café Martini, respondí a gritos.

Dos, tres cucharadas después, ella volvió a la carga: Y cómo se llama la mujer que está de puntillas. Yo grité: La Madona de la Media Luna.

Del pan propio al pan de mejilla

Todos caen en la trampa del pan.

En la trampa de resistir en el desayuno, en la trampa de intercambiarlo en la cena, en la trampa de la noche con el pan ahorrado bajo la cabeza. La peor trampa del ángel del hambre es la trampa de la resistencia: tener hambre y tener pan, pero no comerlo. Ser más duro con uno mismo que la tierra congelada. El ángel del hambre dice todas las mañanas: Piensa en la noche.

Por la noche, delante de la sopa de col, se intercambia pan, porque el pan propio parece siempre más pequeño que el ajeno. Y a los demás les sucede lo mismo.

Antes del intercambio se produce en el cerebro un momento de vértigo, e inmediatamente después del cambio, otro de duda. Después del cambio, en la mano del otro, el pan del que acabo de deshacerme es más grande que el que yo poseía. Y lo que he recibido se ha encogido en mi mano. Qué deprisa se vuelve el otro, tiene mejor vista que yo, ha salido ganando. Tengo que volver a cambiar. Pero al otro le sucede lo mismo, cree que he salido ganando yo y se dispone a efectuar el segundo cambio. Y el pan se encoge de nuevo en mi mano. Me busco a un tercero y cambio. Otros comen ya. Si el hambre lo soporta un rato más, llegará el cuarto trueque, el quinto. Y cuando ya no se puede remediar se produce el cambio de regreso. Entonces vuelvo a tener mi propio pan.

El intercambio de pan siempre es necesario. Se hace deprisa y siempre fracasa. El pan te engaña, igual que el cemento. Del mismo modo que enfermas por el cemento, también puedes enfermar por cambiar el pan. El intercambio de pan es el alboroto de la noche, un negocio brillante para los ojos y tembloroso para los dedos. Por la mañana, los platillos palpan la balanza del pan, por la noche los ojos. Para el intercambio de pan buscas el pan adecuado, pero también el rostro adecuado. En el otro se valora la ranura de la boca. Lo mejor es que sea estrecha y larga como un trozo de guadaña. Se evalúa el pelo del hambre en sus mejillas hundidas, si los finos pelos blancos son largos y lo bastante espesos. Antes de morir de hambre, una liebre te crece en la cara. Entonces piensas que con ése se desperdicia el pan, que en su caso alimentarse ya no compensa porque pronto la liebre blanca habrá crecido del todo. Por eso el pan intercambiado con los de la liebre blanca se llama pan de mejilla.

Por la mañana no hay tiempo, pero tampoco nada que cambiar. El pan recién cortado parece igual. Para la noche cada rebanada se habrá secado de forma distinta, angulosa y recta o tripuda y curvada. La óptica del secado suscita la sensación de que tu pan te engaña. Esa sensación la tienen todos aunque no se engañen. Y el intercambio estimula la sensación. Se intercambia un engaño óptico por otro. Después, siempre sigues engañado, pero estás cansado. El cambio del pan propio por

el pan de mejilla termina como ha comenzado, de repente. El alboroto se disuelve, la mirada se dirige a la sopa. En una mano sostienes el pan, en la otra la cuchara.

Solos en la manada, todos empiezan a estirar su sopa. También las cucharas son manada, y los platos de hojalata, y el sorber y el arrastrar de pies debajo de las mesas. La sopa caliente, vive en el cuello. Yo sorbo ruidosamente en alto, necesito oír la sopa. Me obligo a no contar las cucharadas. A ojo serán más de 16 ó 19. Tengo que olvidar estas cifras.

Una noche el acordeonista Konrad Fonn hizo un trueque con Imaginaria-Kati. Ella le entregó su propio pan, pero él le puso en la mano un trocito cuadrado de madera. Ella lo mordió, se asombró mucho y tragó saliva. Nadie rió, salvo el acordeonista. Karli Halmen le arrebató la tablita a Imaginaria-Kati y la hundió en la sopa de col del acordeonista. A Imaginaria-Kati le devolvió su pan.

Todos caen en la trampa del pan. Pero nadie puede convertir el pan de mejilla de Imaginaria-Kati en su propio pan. Esta ley también forma parte del tribunal del pan. En el campo hemos aprendido a retirar los cadáveres sin horrorizarnos. Los desvestimos antes de que llegue el *rigor mortis*, necesitamos sus ropas para no helarnos, y nos comemos el pan que el muerto ha ahorrado. Tras exhalar el último aliento, la muerte es un beneficio para nosotros. Pero Imaginaria-Kati vive, aunque no sepa dónde está. Nosotros lo sabemos y la tratamos como si fuera propiedad nuestra. En ella podemos reparar lo que nos hacemos entre nosotros. Mientras ella viva entre nosotros, se podrá decir que somos capaces de muchas cosas, pero no de todo. Este hecho seguramente es más valioso que la misma Imaginaria-Kati.

Sobre el carbón

El carbón abunda tanto como la tierra.

El carbón graso viene de Petrovka. Está lleno de piedra gris, es pesado, húmedo, y pegajoso. Desprende un olor ácido a quemado, sus pedazos son laminados como el grafito. Cuando se muelen en la molina y se lavan en la moika, sobra mucha ganga.

El carbón sulfuroso viene de Kramatorsk, casi siempre a mediodía. Debajo de la *yáma* está el silo del carbón, un gigantesco agujero subterráneo con una reja encima. Los vagones se sitúan uno a uno encima de la reja. Todos los vagones son modelo Pullman, pesan 60 toneladas y tienen cinco trampillas en su vientre. Cuando funciona a la primera, se abren con martillos, suena cinco veces como el gong del cine. En ese caso no hay que subir al vagón, el carbón cae ruidosamente de golpe. El polvo oscurece la vista; el sol, en el cielo gris, parece un plato de hojalata. Intentas respirar y tragas más polvo que aire, los dientes te chirrían. En un cuarto de hora se han descargado 60 toneladas. Sobre la *yáma* sólo quedan unos trozos demasiado gruesos. El carbón sulfuroso es ligero, quebradizo y seco. Desprende un brillo cristalino como la mica, se compone de fragmentos y polvo. No tiene grano. Su nombre proviene del azufre, pero no huele. El azufre del carbón se encuentra mucho más tarde, son los depósitos amarillos que hay en los charcos del patio de la fábrica. O de noche, en la zona de los bloques de escoria cuando la escombrera pone los ojos amarillos y brilla como si albergara en su interior la luna desmenuzada.

El carbón marca K viene de la mina Rudnij, muy cerca de aquí. No es ni graso, ni seco, ni pedregoso, ni arenoso, ni con grano. Es todo y nada al mismo tiempo, y desde luego miserable. Es rico en antracita, seguro, pero carece de carácter. Se dice que es el carbón más valioso. El carbón de antracita nunca fue mi amigo, ni siquiera un amigo pelma. Era traicionero, difícil de descargar, como si tropezarás con la pala en trapos o raíces enmarañadas.

La *yáma* es una especie de estación, techada a medias y expuesta a las corrientes de aire. Viento cortante, hielo mordiente, días cortos, luz eléctrica desde mediodía. Polvo de carbón y de nieve mezclados. O viento de refilón y lluvia en la cara y gotas aún más gordas a través del tejado. O calor abrasador y largos días de sol y carbón hasta que te desplomas. El nombre de este carbón es tan difícil como su descarga. Carbón marca K sólo puede tartamudarse, no susurrarse como el nombré del carbón rico en gases: *asové*.

El carbón rico en gases es ágil. Viene de Jasinovataia. El *nachálnik* llama al carbón rico en gases, casi en susurros, *asové*. Suena a *aymé*. Por eso me gusta. Cada vagón contiene nueces, avellanas, granos de maíz y guisantes. Las cinco trampillas se abren con facilidad, como un guante, por así decirlo, y funciona. El *asové* suelta

cinco murmullos, suelto, gris apizarrado, únicamente él mismo, sin ganga. Miras y piensas: El asové tiene el corazón blando. El asové está descargado, la reja tan vacía como si no hubiera pasado nada a través de ella. Nosotros estamos encima de la reja. Abajo, en la panza de la *yáma*, tiene que haber cadenas montañosas y simas de carbón. Aquí también está el depósito del asové.

También en la cabeza hay un depósito. Por encima de la *yáma*, el aire de verano tiembla como en casa, y el cielo es sedoso igual que en casa. Pero allí nadie sabe que aún vivo. En casa, el abuelo estará comiendo ahora ensalada de pepino en la galería y creerá que estoy muerto. Y la abuela atraerá a las gallinas con sonidos cloqueantes hacia la sombra grande como una habitación, junto al cobertizo, esparcirá comida y pensará que estoy muerto. Y mi madre y mi padre quizás estén en el Wench. Mi madre yacerá entre la hierba alta del prado de montaña con el traje marinero que se confeccionó ella misma y creerá que ya estoy en el cielo. Y yo no puedo sacudirla y decirle: Me quieres, todavía vivo. Y mi padre, sentado a la mesa de la cocina, llenará despacio los cartuchos de perdigones, las bolitas de plomo templado para cazar liebres en el otoño que se avecina. ¡Ay, dolor, *aymé!*

Cómo se alargan los segundos

Salí de caza.

Kobelian se había marchado, y yo maté con mi pala en la estepa, en el segundo cercano otoño, una ardilla de tierra, que soltó un silbido corto parecido al del tranvía. Cómo se alargan los segundos cuando la frente está hendida en diagonal por encima del hocico. *Aymé*.

Yo deseaba comérmela.

Aquí sólo hay hierba. Y con hierba no se puede clavar nada, ni se puede despellejar con la pala. No tenía herramienta, ni corazón. Ni tiempo, *Kobelian* había regresado y la vio. La dejé allí tirada, igual que se alargan los segundos cuando la frente está hendida en diagonal por encima del hocico. *Aymé*.

Padre, un día quisiste enseñarme cómo hay que silbar cuando alguien se pierde.

Sobre la arena amarilla

La arena amarilla puede tener todas las tonalidades: desde el rubio oxigenado hasta el amarillo canario, e incluso tender al rosado. Es delicada; cuando la mezclan con el cemento gris, te da pena.

Muy entrada la noche, *Kobelian* volvió a transportar con Karli Halmen y conmigo otro cargamento privado de arena amarilla. En esta ocasión dijo: Vamos a mi casa. No estoy construyendo nada, pero se aproxima el día de fiesta, al fin y al cabo uno tiene cultura.

Karli Halmen y yo entendimos que la arena amarilla era cultura. La arena amarilla también se esparcía sobre los caminos para embellecerlos después de la limpieza de primavera y de otoño en el patio del campo y en la fábrica. Era un ornato primaveral por el fin de la guerra y otoñal por la revolución de Octubre. El 9 de mayo se cumplió el primer aniversario de la paz. Mas tampoco nos sirvió de nada, fue nuestro segundo año en el campo de trabajo. Y llegó octubre. El ornato primaveral de arena amarilla había desaparecido hacía mucho, arrastrado por el viento de los días secos y las lluvias. Ahora la arena amarilla nueva, decoración otoñal del patio del campo, parecía azúcar granulada. Era una arena estética para el gran octubre, mas no una señal de que pudiéramos regresar a casa.

Tampoco nosotros la transportábamos por su belleza. Traíamos toneladas de arena amarilla para que las obras la devorasen. La cantera de donde procedía se llamaba *Caryér*. Era inagotable, como mínimo de 300 metros de longitud y entre 20 y 30 metros de profundidad, arena y sólo arena por doquier. Un ruedo de arena en una explotación a cielo abierto de arena. Capaz de abastecer a toda la región. Y cuanta más arena se extraía, más grandioso se tornaba el ruedo, más se hundía en el suelo.

Si uno era *khítryi*, astuto, dirigía el camión muy adentro de la pendiente de arena, para que no hubiera que palear hacia arriba, sino a la misma altura o incluso hacia abajo, con comodidad.

La *caryér* era fascinante como la huella de un dedo gordo del pie. Arena pura, sin un gramo de tierra. Estratos rectilíneos, horizontales, blancos como la cera, pálidos como la piel, amarillentos, amarillo fuerte, ocre y rosados. La arena se volvía escamosa al palearla, se secaba al volar por el aire. La pala entraba sola. El camión se llenaba deprisa. Y se descargaba automáticamente, era un volquete. Karli Halmen y yo esperábamos en la cantera el regreso de *Kobelian*.

Kobelian se dejaba caer en la arena y esperaba tumbado mientras cargábamos. Cerraba los ojos, a lo mejor dormía. Cuando el camión estaba lleno, golpeábamos suavemente su zapato con la punta de la pala. Tras levantarse de un salto, se encaminaba hacia la cabina a grandes zancadas como un manojito de músculos. Y en

la arena quedaba la impronta de su cuerpo, como si *Kobelian* estuviera presente dos veces, una tumbado en aquella huella cóncava y otra parado delante de la cabina con los fondillos del pantalón húmedos. Antes de montar, escupía dos veces en la arena, sujetaba el volante con una mano y con la otra se frotaba los ojos. Después arrancaba.

Entonces Karli y yo nos dejábamos caer en la arena y la oíamos deslizarse para adaptarse al cuerpo, no hacíamos nada más. Arriba se curvaba el cielo. Entre el cielo y la arena se extendía una cicatriz de hierba a modo de línea cero. El tiempo silencioso y liso, un centelleo microscópico alrededor. La lejanía se adentraba en tu cabeza, como si te hubieras largado y formases parte de la arena de cualquier lugar del mundo y no de los trabajos forzados de aquí. Era como huir tumbado. Yo giraba los ojos, había escapado bajo el horizonte, sin peligro ni consecuencias. La arena me sujetaba la espalda por debajo, y el cielo alzaba mi rostro hacia él. Pronto el cielo se quedó ciego, y mis ojos tiraron de él hacia abajo; los globos oculares y los senos frontales estaban repletos de cielo, completamente inmóviles y azules. Tapado por el cielo, nadie conocía mi paradero. Ni siquiera la nostalgia. En la arena, el cielo no ponía en marcha el tiempo, pero tampoco podía hacerlo retroceder, del mismo modo que la arena amarilla no podía cambiar la paz, ni la tercera, ni la cuarta. Tras la cuarta paz, continuábamos en el campo de trabajo.

Karli Halmen yacía boca abajo en su cóncava impronta. Las cicatrices curadas de su robo de pan relucían cual rasguños cerúleos a través de su pelo corto. En su pabellón auditivo brillaba la seda roja de las venitas. Recordé mi última cita en el Erlenpark y en los baños Neptuno con aquel rumano casado que me doblaba la edad. Cuánto tiempo me habría esperado la primera vez que no acudí. Y cuántas veces más hasta comprender que tampoco volvería en lo sucesivo. *Kobelian* tardaría en regresar al menos media hora.

Y mi mano se levantó de nuevo, con la intención de acariciar a Karli Halmen. Por fortuna, él me ayudó a vencer la tentación. Apartó la cara de la arena, había comido arena. La masticaba y chirriaba en su boca, y sollozaba. Me quedé paralizado, y él se llenó la boca por segunda vez. Los granos de arena se desprendían de sus mejillas al masticar y su huella era un cedazo sobre las mejillas, la nariz y la frente. Y las lágrimas en ambas mejillas, un cordón marrón claro.

De niño yo mordía los melocotones y los dejaba caer con el mordisco hacia abajo. Luego los recogía, mordía en el lugar manchado de arena y volvía a tirarlos. Hasta que sólo quedaba el hueso. Mi padre me llevó al médico, porque no era normal que me gustase la arena. Ahora tengo arena de sobra, pero he olvidado por completo el aspecto de un melocotón.

Dije: Amarillo, con una suave pelusilla y una pizca de seda roja alrededor del hueso.

Al oír la llegada del camión, nos levantamos.

Karli Halmen comenzó a palear. Llenó la pala mientras se deshacía en lágrimas. Cuando hizo volar la arena, las lágrimas se le metieron por el lado izquierdo en la boca y por el derecho en la oreja.

Los rusos también tienen sus recursos

Karli Halmen y yo volvimos a viajar en el Lancia por la estepa. Las ardillas de tierra corrían en todas direcciones. Por todas partes se veían huellas de ruedas, manojos de hierba aplastados y barnizados de marrón rojizo con sangre reseca. Por todas partes, una procesión de nubes de moscas sobre la piel reventada con los intestinos asomando. Muchos todavía despedían brillos muy frescos, blanco-azulados, enroscados como un montón de collares de nácar. Otros eran azul rojizo y estaban medio podridos, o ya agostados como flores secas. Y más allá de las huellas de las ruedas yacían las ardillas de tierra que habían sido lanzadas lejos, como si las ruedas no les hubieran hecho nada y estuvieran dormidas. Karli Halmen dijo: Muertas parecen planchas. Mira que pensar algo así, yo ya había olvidado esa palabra.

Había días en que a las ardillas de tierra les asustaban muy poco las ruedas. Quizá en esos días el rugido del viento se asemejaba al estruendo del camión y confundía sus instintos. Cuando las ruedas se acercaban a ellas, corrían, pero obnubiladas y en modo alguno para salvar su vida. Yo estaba seguro de que *Kobelian* jamás se molestaba en esquivar a una ardilla de tierra. Y también tenía la certeza de que todavía no había atropellado a ninguna, de que ninguna había chillado aún bajo sus ruedas. Su agudo silbido tampoco se habría oído, porque el Lancia era demasiado ruidoso.

A pesar de todo, sé cómo chilla una ardilla debajo de un automóvil, porque resuena en mi cabeza en cada viaje. Es un chillido breve, de una tristeza desgarradora, compuesto de dos sílabas sucesivas: *Aymé*. Como cuando la matas con la pala, igual, porque sucede con idéntica rapidez. Y sé también cómo en ese lugar se asusta la tierra y vibra en círculo, como cuando cae al agua una piedra grande. Sé también cómo te arde el labio justo después, porque te lo muerdes cuando la has alcanzado con un golpe asestado con toda tu fuerza.

Desde que la dejé tirada me he convencido de que las ardillas de tierra no se comen, aunque no se siente el menor asomo de compasión por las vivas ni de asco por las muertas. Si yo lo sintiera, la compasión y el asco no se preocuparían por las ardillas, sino por mí. Sólo me asquearía mi vacilación compasiva, no la ardilla de tierra.

Ojalá Karli y yo tuviéramos tiempo la próxima vez, ojalá pudiéramos bajar hasta que *Kobelian* hubiera llenado los tres o cuatro sacos de hierba tierna para sus cabras, ojalá dispusiéramos de ese tiempo. Creo que Karli Halmen no participaría, porque yo estoy presente. Tendría que perder el tiempo y tratar de persuadirle, y seguramente se haría demasiado tarde; ojalá tuviéramos tiempo la próxima vez. No hay que avergonzarse de una ardilla de tierra, me sentiría obligado a decir, ni tampoco de la

estepa. Creo que él se avergonzaría más de sí mismo que yo de mí. Y más que yo de *Kobelian*. Probablemente tendría que preguntarle por qué convierte a *Kobelian* en norma. Estoy convencido de que si *Kobelian* estuviera tan lejos de casa como nosotros, comería ardillas de tierra, me sentiría obligado a decir.

Algunos días en la estepa, de la noche a la mañana, sólo se veían manojos de hierba aplastados y barnizados de marrón. Y de la noche a la mañana se habían derretido todas las nubes. Sólo quedaban las escuálidas grullas en lo alto del cielo y las salvajes y gordas moscardas a ras de tierra. Pero sobre la hierba no se veía ni una sola ardilla de tierra muerta.

Dónde se han metido, le preguntaría a Karli. Mira a los rusos, por qué van tantos a pie por la estepa, y se agachan. Se quedan sentados un rato. Crees que descansan, que todos están cansados. Ésos también tienen un nido en el cráneo como nosotros y la barriga tan vacía como la nuestra. Los rusos también tienen sus recursos. Y más tiempo que nosotros, están en su tierra, en la estepa. *Kobelian* no tiene nada que objetar. Por qué hay siempre en la cabina, junto al freno, una pala de mango corto, si él arranca la hierba con la mano. Cuando no estamos presentes, él no baja únicamente a recoger hierba para las cabras, le diría a Karli, y no necesitaría mentir, porque desconozco la verdad. Pero aunque la conociera, sólo sería una de las verdades, pues lo opuesto sería la otra. También tú y yo somos distintos con *Kobelian* que sin él, aduciría yo. Yo también soy distinto sin ti. Sólo tú te imaginas que nunca eres distinto. Pero cuando el robo del pan fuiste distinto y yo fui distinto y todos los demás también..., aunque esto yo nunca lo diría, porque sería un reproche.

La piel apesta al quemarse. Yo despellejo la carne, tú enciende deprisa el fuego, diría si Karli Halmen se decidiese finalmente a tomar parte.

Karli Halmen y yo viajábamos una y otra vez con *Kobelian* a través de la estepa. Una semana después también estábamos subidos al Lancia. El aire era pálido, la hierba naranja, el sol trastocaba la estepa a finales de otoño. La helada nocturna había espolvoreado de azúcar a las ardillas atropelladas. Pasamos ante un hombre viejo. Estaba en medio del remolino de polvo y nos saludó con una pala. De mango corto. De su hombro colgaba un saco, lleno en su cuarta parte y pesado. Karli dijo: Ese no está recogiendo hierba. Ojalá la próxima vez nos diera tiempo a bajar. *Kobelian* no tendría nada que objetar, pero tú quieres ser sensible y nunca participarás.

No en vano la llaman hambre ciega. Karli Halmen y yo no sabíamos mucho el uno del otro. Pasábamos demasiado tiempo juntos. Y *Kobelian* no sabía nada de nosotros ni nosotros de él. Todos éramos distintos de cómo somos.

Sobre los abetos

Poco antes de Navidad estaba sentado en la cabina con *Kobelian*. A pesar de que había oscurecido, emprendimos un viaje clandestino a casa de su hermano. Con un cargamento de carbón.

La estación en ruinas y el adoquinado de piedras abombadas nos indicó que comenzaba una pequeña ciudad. Doblamos para adentrarnos en una sinuosa calle periférica llena de baches. En el cielo aún persistía una franja de claridad, detrás de una valla de hierro fundido se veían abetos..., negros como la noche, esbeltos y puntiagudos, que crecían a gran altura, por encima de todo. *Kobelian* se detuvo tres casas más allá.

Cuando comencé a descargar, él agitó la mano con indolencia, lo que quería decir: No hace falta que os apresuréis, tenemos tiempo. Se dirigió a una casa probablemente blanca, pero amarilla a la luz de los faros.

Tras colocar el abrigo encima del techo de la cabina, paleé tan despacio como podía. Pero la pala era mi ama y determinaba el tiempo, yo tenía que continuar. Después ella se sentía orgullosa de mí. Desde hacía años, palear era lo único en lo que aún conservaba un vestigio de orgullo. Pronto el camión quedó vacío y *Kobelian* seguía en casa de su hermano.

En ocasiones un plan madura lentamente, pero cuando tomas una rápida decisión y, antes de confiar en ella, te ves arrastrado por su brusquedad, es electrizante. Yo ya me había puesto el abrigo. Cuando me decía que el robo lleva aparejada la pena de cárcel, mis pies se dirigían más deprisa aún hacia los abetos. La puerta de la reja no estaba cerrada. Debía de haber sido un parque descuidado o un cementerio. Partí todas las ramas inferiores, después me quité el abrigo y las envolví con él. Tras dejar la puerta abierta, me apresuré a retornar a la casa del hermano de *Kobelian*. Ahora estaba blanca y al acecho en la profunda oscuridad, los faros ya no estaban encendidos y *Kobelian* había cerrado también el portón de carga. Mi fardo desprendía un olor intenso a resina y otro acre a miedo cuando lo lancé al camión por encima de mi cabeza. *Kobelian* estaba en la cabina yapestaba a vodka. Esto lo digo hoy, pero entonces pensé que olía a vodka. No es un bebedor, sólo toma vodka con comidas grasientas, me dije. Él también podría haberse acordado un poco de mí.

Cuando se hace tan tarde, nunca sabes lo que pasará en la puerta del campo. Ladraron tres perros guardianes. El guardia, de un empujón, me quitó el fardo de los brazos con el cañón del fusil. Las ramas cayeron al suelo, sobre el abrigo de vestir con el ribete de terciopelo. Los perros olfatearon las ramas y después el abrigo. El más fuerte, quizás el macho dominante, se llevó el abrigo en el hocico como un cadáver a través de medio patio hasta el lugar del recuento. Corrí tras él y logré salvar

el abrigo, pero sólo porque él lo soltó.

Dos días después el hombre del pan pasó a mi lado tirando de su carro. Sobre el paño blanco llevaba una escoba nueva, fabricada con un mango de pala y mis ramas de abeto. Faltaban tres días para Navidad, palabra que coloca abetos verdes en las habitaciones. Yo sólo guardaba en la maleta los guantes rotos de lana verde de mi tía Fini. El abogado Paul Gast trabajaba desde hacía dos semanas como mecánico en una fábrica. Le encargué alambre, y me trajo un manojo de trozos cortados de un palmo de largo, unidos en un extremo como una brocha. Construí un árbol de alambre, deshice los guantes y anudé a las ramas hilos de lana verde tan tupidos como la pinocha.

El árbol de Navidad estaba encima de la mesita situada debajo del reloj de cuco. El abogado Paul Gast colgó de él dos bolas pardas de pan. Yo no me pregunté entonces cómo le sobraba pan para adornar, porque estaba seguro de que él se comería las bolas al día siguiente, y porque al amasarlas me contó cosas de su casa.

Durante la época de Adviento, en nuestro instituto de Oberwischau, todas las mañanas antes de la primera clase se encendía la corona de adviento. Colgaba encima de la mesa del profesor. Nuestro profesor de geografía se llamaba Leonida y estaba calvo. Las velas ardían y nosotros cantábamos, *h, Tannenbaum, oh, Tannenbaum, wie grün sind deine Blätter...* Y dejamos de cantar en el acto, porque Leonida gritó *ay*. Le había goteado cera rosa en la calva. Leonida gritó: Apagad las velas. Saltó hacia el respaldo de la silla y sacó de la chaqueta un cuchillo plegable de hojalata, era un pez plateado. Ven, llamó Leonida, y abriendo el cuchillo se inclinó y le rasqué con él la cera de la calva. No le corté. Pero cuando volví a sentarme en mi sitio en el pupitre, él se me acercó con paso decidido y me soltó una bofetada. Cuando intenté limpiarme las lágrimas de los ojos, gritó: Las manos a la espalda.

10 rublos

Bea Zakel me había proporcionado un própusk, un pase, de Tur Prikulitsch para el bazar. No hay que hablar a ningún hambriento de la perspectiva de dar un paseo al aire libre. No se lo dije a nadie. Cogí mi almohada y las polainas de cuero del señor Carp, se trataba como siempre de maniobras de distracción para las calorías. A las 11 horas me puse en camino, mejor dicho, nos pusimos en camino, mi hambre y yo.

Aún persistía la neblina ocasionada por la lluvia. En el barro había vendedores de tornillos oxidados y ruedas dentadas y mujeres arrugadas con cacharros de hojalata y montoncitos de pintura azul para las casas. Alrededor de la pintura, los charcos estaban azules. Y al lado había montones de azúcar y sal, ciruelas pasas, harina de maíz, mijo, cebada y guisantes. Incluso pastel de maíz con puré de remolacha sobre hojas verdes de rábanos picantes. Mujeres desdentadas con espesa leche agria en bidones de hojalata y un chico con una sola pierna, una muleta y un cubo lleno de aguardiente de frambuesa. Ágiles vagabundos deambulaban por allí con cuchillos doblados, tenedores y cañas de pescar. Pececitos plateados pasaban a toda velocidad en latas de conserva americanas como imperdibles vivientes.

Me metí entre el gentío con mis polainas de cuero al brazo. Delante de un viejo uniformado con calvas en el pelo y un coselete de docenas de condecoraciones de guerra se veían dos libros, uno sobre el Popocatépetl y otro con dos pulgas gordas en la tapa. Hojeé el libro de las pulgas porque tenía abundantes ilustraciones. Dos pulgas en un columpio, y al lado la mano del domador con un látigo diminuto; una pulga encima del respaldo de una mecedora; una pulga uncida a una carroza de boda hecha con una cáscara de nuez; el pecho de un chico con dos pulgas entre las tetillas, y bajando simétricamente hasta el ombligo, dos cadenas igual de largas de picaduras de pulga.

El uniformado me arrebató del brazo las polainas de cuero y las sostuvo delante de su pecho, luego se las puso al hombro. Le indiqué que eran para las piernas. Él soltó de la barriga una risa hueca parecida a los ladridos de los pavos grandes, como hacía a veces Tur Prikulitsch durante el recuento. Su labio superior se quedaba siempre enganchado en un raigón. El vendedor que estaba a su lado se acercó, frotando entre sus dedos los cordoncitos de cuero de las polainas. Después vino uno con cuchillos en la mano, guardó su mercancía en el bolsillo de la chaqueta y se puso las polainas de izquierda a derecha sobre las caderas, y luego en el trasero, mientras saltaba como un payaso. El uniformado del raigón lo secundaba simulando pedos con la boca. Luego llegó otro con el cuello muy abrigado y una muleta, cuyo brazo era una guadaña rota envuelta en trapos. Metió la muleta dentro de una polaina y la lanzó al aire. Corrí a recogerla. Un poco más allá vino volando mi segunda polaina. Y

cuando me agachaba para recogerla, en el barro, junto a la polaina, yacía un billete arrugado.

Alguien lo ha perdido, pensé, ojalá no lo eche en falta. A lo mejor ya lo está buscando, a lo mejor alguno de esa chusma ha visto ya el billete mientras se burlaban, o precisamente ahora, al agacharme, y está esperando mi reacción. La chusma todavía se reía de mí y mis polainas, pero yo ya tenía el dinero dentro del puño.

Tenía que desaparecer a toda velocidad, me perdí en medio del gentío. Apreté las polainas debajo del brazo y alisé el billete, era de diez rublos.

Diez rublos era una fortuna. No hacer cálculos, sólo correr, pensé, y lo que no me pueda comer irá al almohadón. Ya no tenía tiempo para polainas de cuero, esa mercancía penosa de otro mundo sólo me hacía llamar la atención. Las dejé caer al suelo desde el sobaco y me largué a toda prisa en dirección contraria como un pececito plateado.

Tenía el corazón en la garganta, y, bañado en sudor por el miedo, adquirí por dos rublos dos vasos de aguardiente de frambuesa y me los bebí de un trago. Después compré dos pasteles de maíz con puré de remolacha, y me comí también las hojas de los rábanos picantes; amargaban, seguro que para el estómago eran tan sanas como una medicina. Luego compré cuatro creps rusos rellenos de queso. Dos para el almohadón, los otros me los comí. A continuación me tomé una jarrita de espesa leche cuajada. Además compré dos trozos de pastel de girasol y me los comí. Después volví a ver al chico con una sola pierna y me tomé otro vaso de rojo aguardiente de frambuesa. Conté mi dinero: 1 rublo y 6 copecs. Eso ya no alcanzaba para azúcar, ni siquiera para sal. Mientras contaba, la mujer de las ciruelas pasas me había mirado con un ojo pardo y otro muy blanco, sin pupila, como una alubia. Le mostré mi dinero en la mano. Ella lo apartó de un empujón, dijo que no y agitó los brazos como si espantara moscas. Yo me quedé clavado y seguí enseñándole mi dinero. Empecé a temblar y me santigué y murmuré como si rezase: Padre nuestro, ayúdame ante esta horrorosa tortuga dejada de la mano de Dios. Hazla caer en la tentación, Señor, y líbrame del mal, murmuré, y pensé en la fría santidad de Fenja, pronunciando al final del murmullo un duro y claro *amén*, para dar forma a mis preces. La mujer se quedó conmovida y me miró fijamente con su ojo de alubia. Después tomó mi dinero y llenó de ciruelas pasas un viejo gorro cosaco de color verde. Vacié la mitad en mi almohadón, el resto en mi gorra de guata para comérmelas enseguida. Cuando se acabaron las ciruelas de la gorra, me comí los dos creps restantes. Aparte de las ciruelas pasas que habían sobrado, dentro de la funda de la almohada ya no quedaba nada.

El viento soplaba, cálido, entre las acacias, el barro se secaba y se descascarillaba en los charcos como si fueran tazas grises. En el sendero, junto a la carretera que conducía al campo de trabajo, una cabra se movía en círculos. Se había excoriado el

cuello de tanto tirar de la cuerda. Ésta se había enrollado de tal manera al poste que el animal ya no llegaba a la hierba. Tenía la mirada huidiza, alargada y verdosa de Bea Zakel y el aire atormentado de Fenja. Quería seguirme. Recordé las cabras azules congeladas, partidas por la mitad, que quemamos en el vagón de ganado para calentarnos. Sólo había recorrido la mitad del camino de regreso, se había hecho muy tarde y además estaba a punto de aparecer con ciruelas pasas en la puerta del campo. Para ponerlas a salvo del centinela, metí la mano en el almohadón y comí. A través de los álamos de detrás del pueblo ruso se divisaba la torre de refrigeración de la fábrica. Por encima de su nube blanca, el sol se volvió cuadrado y se deslizó dentro de mi boca. Mi paladar estaba como tapiado, jadeaba. Sentía punzadas en el estómago, los intestinos daban sacudidas y giraban como cimitarras en mi barriga. Se me iba la vista, la torre de refrigeración comenzó a girar. Al apoyarme en una morera, el suelo a mis pies empezó a dar vueltas. Un camión se puso a traquetear por la carretera. En el sendero, tres perros vagabundos comenzaron a difuminarse. Vomité junto al árbol, y sentí tal pena por una comida tan cara que volví a vomitar y lloré.

Después todo yació allí, brillante, junto a la morera.

Todo, todo, todo.

Apoyé la cabeza en el tronco y miré el centelleo desmenuzado con los dientes como si pudiera volver a comerlo con los ojos. Luego pasé por debajo de la primera torreta de vigilancia con el almohadón y el estómago vacíos. Era el mismo de antes, sólo que sin polainas de cuero. Polainas de vida. Desde la torreta, el centinela escupía cáscaras de pipas que volaban por el aire como moscas. El vacío en mi interior era amargo como la hiel, me sentía fatal. Pero durante los primeros pasos por el patio del campo de trabajo pensaba de nuevo si quedaría aún sopa de col en la cantina. La cantina ya había cerrado. Al compás tableteante de mis zapatos de madera, me dije: Existe la matrona con su nube blanca. Mi pala existe, y un sitio en el barracón, y seguro que también hay un espacio intermedio entre estar hambriento y dañarla. Sólo tengo que encontrarlo, porque la comida es superior a mí. La fría santidad de la paralizante Fenja piensa correctamente. Ella es justa y me distribuye la comida. Para qué ir al bazar, el campo me tiene encerrado por mi bien, sólo pueden ponerme en ridículo en lugares que me resultan ajenos. En el campo estoy en casa, el centinela de la mañana me ha conocido, me ha hecho una seña para que entrase por la puerta. Y su perro guardián se ha quedado tumbado sobre el pavimento caliente, él también me conoce. Y el patio del recuento me conoce, encuentro el camino a mi barracón incluso con los ojos cerrados. No necesito ningún pase, tengo el campo y el campo me tiene a mí. Sólo necesito un catre y el pan de Fenja y mi escudilla de hojalata. No necesito siquiera a Leo Auberg.

Sobre el ángel del hambre

El hambre es un objeto.

El ángel se ha metido en el cerebro.

El ángel del hambre no piensa. Piensa correctamente.

Él nunca falla.

Conoce mis límites y sabe su dirección.

Sabe mi procedencia y conoce su acción.

Lo sabía antes de encontrarme, y conoce mi futuro.

Está adherido como mercurio a todos los capilares. Un dulzor en el paladar. Ahí la presión atmosférica ha comprimido estómago y tórax. Miedo es demasiado.

Todo se ha vuelto ligero.

El ángel del hambre camina, por un lado, con un ojo abierto. Vacilante, describe círculos estrechos y se balancea en el columpio del aliento. Conoce la nostalgia en el cerebro y callejones sin salida en el aire.

Por otro, el ángel del hambre camina con el hambre abierta.

Se susurra y me susurra al oído: Donde se carga también se puede descargar. Está hecho de la misma carne a la que engaña. A la que habrá engañado.

Conoce el pan propio y el pan de mejilla y envía por delante a la liebre blanca.

Dice que volverá, pero se queda.

Cuando viene, lo hace con fuerza.

La claridad es meridiana:

1 palada = 1 gramo de pan.

El hambre es un objeto.

Los secretos latinos

Después de tomar la bazofia de la cantina, arrimamos a la pared los largos bancos y las mesas de madera. De vez en cuando, los sábados nos permiten bailar hasta las doce menos cuarto de la noche. Después volvemos a colocarlo todo en su sitio. A las doce en punto el himno ruso brota por el altavoz del patio, a esa hora todos deben estar ya en su barracón. Los sábados, el aguardiente de remolacha pone de buen humor a los guardias y es fácil que se les escape un tiro. Cuando el domingo por la mañana aparece alguien tendido en el patio, aducen: Intento de fuga. Que el finado se viera obligado a atravesar el patio a la carrera y en calzoncillos hacia las letrinas, debido a las dolencias estomacales causadas por la sopa de col, no es una disculpa. No obstante, de vez en cuando el sábado ponemos un tango en la cantina. Cuando bailas, vives de puntillas, como la *Madona de la Media Luna* del Café Martini en el mundo del que procedes. Es una sala de baile con guirnaldas y farolillos, trajes de noche, broches, corbatas, pañuelos en el bolsillo de la pechera y gemelos. Mi madre, con dos bucles en la mejilla y un moño como una cestita de mimbre, baila con sus sandalias beige de tacón alto y tiras finas como mondas de pera en el talón. Lleva un vestido verde de raso, y justo encima del corazón, un broche con cuatro esmeraldas, el trébol de la suerte. Y mi padre, el traje de color gris arena con un pañuelo blanco en el bolsillo de la pechera y un clavel blanco en el ojal.

Yo, sin embargo, bailo como trabajador forzoso que soy y llevo piojos en la *fufáika* y paños hediondos para los pies en los chanclos de goma, y la sala de baile de mi tierra y el vacío en el estómago me provocan mareos. Bailo con una de las dos Siris, con Siri Kaunz, la de la pelusilla sedosa en las manos. La otra, la de la verruga del tamaño de una aceituna debajo del dedo anular, se llama Siri Wandschneider. Mientras bailamos, Siri Kaunz me asegura que es oriunda de Kastenholz, no de Wurmloch como la otra; que su madre se crió en Agneteln y su padre en Wolkendorf; que, antes de que ella viniera al mundo, sus progenitores se trasladaron a Kastenholz, donde su padre compró una viña muy grande. También existe un pueblo llamado Liebling, explicó, y una ciudad llamada Großscham, pero no en Siebenbürgen, sino en el Banato. Del Banato no sé nada, dice Siri, no lo conozco. Yo tampoco, replico, girando con mi *fufáika* sudada alrededor de Siri, cuya *fufáika* sudada gira alrededor de mí. La cantina entera gira. Cuando todo gira, no es preciso entender nada. Tampoco hay que entender las casas de madera situadas detrás del campo, digo, se llaman casas finlandesas, pero en ellas habitan rusos ucranianos.

Después de la pausa suena el tango. Bailo con la otra Siri. Nuestra cantante, Loni Mich, se sitúa medio paso por delante de los músicos. En la Paloma avanza otro medio paso más, porque quiere tener la canción toda para ella. Mantiene rígidos

brazos y piernas, pone los ojos en blanco, balancea la cabeza. Su bocio tiembla, su voz se enronquece como la resaca de aguas profundas:

*Si a tu ventana llega una paloma,
trátala con cariño que es mi persona.
Cuéntale tus amores, bien de mi vida,
corónala de flores, que es cosa mía.*

Con la Paloma, que se baila plegado, todos enmudecen. Uno se queda sin habla y piensa en lo que tiene que hacer aunque no quiera. En ese sentido todos empujan su nostalgia como si fuera una pesada caja. Sin arrastrar los pies, yo le aprieto la mano en los riñones hasta que recupera el ritmo. Desde hace un rato mantiene la cabeza ladeada para que no le vea la cara. Su espalda tiembla, noto sus sollozos. Al arrastrar los pies se produce bastante ruido, no digo nada. Qué podría decir, salvo que no lllore.

Como no se puede bailar sin dedos en los pies, Trudi Pelikan se sienta en el borde del banco y me acomodo a su lado. El primer invierno se le congelaron los dedos. En verano se los aplastó el carro de la cal. En otoño se los amputaron porque aparecieron gusanos bajo el vendaje. Desde entonces, Trudi Pelikan camina sobre los talones, echa los hombros hacia delante y se inclina hacia atrás. Eso encorva su espalda y estira sus brazos como si fueran mangos de pala. Como ya no servía para trabajar en la obra, ni en la fábrica, ni como ayudante en el garaje, en el segundo invierno se convirtió en auxiliar en el barracón de los enfermos.

Hablamos del barracón de los enfermos, de que es una simple habitación para diñarla, Trudi Pelikan relata: No disponemos de ningún remedio, sólo ictiol para dar friegas. Porque la auxiliar sanitaria es rusa y opina que los alemanes mueren en oleadas. La más nutrida es la oleada de invierno. Le sigue la de verano, por las epidemias. En otoño, cuando madura el tabaco, llega otra oleada y se envenenan con tisanas de tabaco, es más barato que el aguardiente de hulla. Seccionarse las venas con fragmentos de cristal es tan inútil como cortarse la mano o el pie. Estrellar la cabeza contra el muro de ladrillos hasta desplomarse es asimismo inútil, aunque más duro, dice Trudi Pelikan.

A la mayoría sólo los conocía de vista, del recuento o de la cantina. Yo ya sabía que muchos no vivían. Pero si no se desplomaban ante mis ojos, no los consideraba muertos. Me guardaba de preguntar dónde estaban ahora. Cuando hay tanto material ilustrativo de otros que tiran la toalla antes que uno mismo, el miedo se vuelve poderoso. Con el tiempo demasiado poderoso, es decir, cobra un sorprendente parecido con la indiferencia. Qué vivo hay que ser cuando eres el primero en descubrir al fallecido. Hay que desnudarlo rápidamente, mientras mantiene la flexibilidad y antes de que otro se lleve su ropa. Hay que sacar del almohadón el pan ahorrado antes de que aparezca otro. La recolección es nuestra forma de duelo.

Cuando la camilla llega al barracón, la dirección del campo no debe tener nada que llevarse, salvo el cadáver.

Si el fallecido no es un conocido personal, sólo se ve la ganancia. La recolección no es mala; en el caso inverso el cadáver haría lo mismo contigo y no se lo tomarías a mal. El campo de concentración es un mundo práctico. Uno no puede permitirse sentir vergüenza u horror. Se actúa con una indiferencia estable, quizá con acobardada satisfacción. Ésta no tiene nada que ver con la alegría por el mal ajeno. Creo que cuanto más disminuye el temor a los muertos, más apego se tiene a la vida. Más aumenta la disponibilidad para cualquier mentira. Uno se convence de que los ausentes han sido trasladados a otro campo. Lo que sabes no vale, crees lo contrario. Igual que el tribunal del pan, la recolección sólo conoce el presente, pero no actúa con violencia. Transcurre de manera objetiva y tranquila.

*Delante de mi casa paterna hay un tilo
Delante de mi casa paterna hay un banco
Y si alguna vez los encuentro de nuevo
Me quedaré allí toda la vida.*

Loni Mich, nuestra cantante, canta con gotas de sudor en la frente. Y Cítara-Lommer tiene su instrumento sobre las rodillas, su anillo metálico en el pulgar. Tras cada verso de la canción, toca otro acorde y se suma al canto. Y Kowatsch Anton empuja el tambor un par de veces hacia delante, hasta que consigue observar de reojo la cara de Loni entre los palillos de su tambor. Las parejas bailan y saltan como los pájaros al posarse cuando sopla un viento fuerte. Trudi Pelikan dice que nosotros de todos modos ya no podemos andar y sólo podemos bailar, que somos algodón grueso con agua que se balancea y huesos maltrechos, más débiles que los redobles de tambor. Como razones para ello enumera sus secretos latinos del barracón de los enfermos.

Poliartritis. Miocarditis. Dermatitis. Hepatitis. Encefalitis. Pelagra. Distrofia con la boca torcida, llamada cara de monito muerto. Distrofia con manos frías y rígidas, llamada garra de gallo. Demencia. Tétanos. Tifus. Eccema. Ciática. Tuberculosis. Añádase disentería con sangre clara al evacuar, forúnculos, úlceras, atrofia muscular, piel reseca y agrietada, periodontitis con caída de los dientes, caries. Trudi Pelikan no menciona las congelaciones. Ni siquiera las faciales, con la piel rojo ladrillo y manchas blancas y angulosas que adquieren una tonalidad parda oscura con los primeros calores de la primavera, como las que ahora tiñen las caras de los bailarines. Y como no digo ni pregunto nada, lo que se dice nada, Trudi Pelikan me propina un fuerte pellizco en el brazo y me suelta: Leo, te lo digo en serio, no te mueras en invierno.

Y el tamborilero canta a dúo con Loni:

*Ay, chinita, que sí;
ay, que dame tu amor.*

Trudi añade a esta canción que durante todo el invierno los muertos permanecen unas cuantas noches apilados y cubiertos con la nieve que se amontona en el patio trasero hasta que se endurecen lo suficiente. Que los enterradores son unos haraganes, que se limitan a partir los cadáveres en trozos para no tener que cavar una tumba, sino un simple agujero.

He escuchado con atención a Trudi Pelikan y advierto en mi interior un atisbo de los secretos latinos. La música anima a la muerte, ésta sabe mecerse a su compás.

Escapo de la música hacia mi barracón. En las dos torres de vigilancia ubicadas en la fachada del patio del campo, los centinelas permanecen enjutos e inmóviles como si hubieran bajado de la luna. De los focos de vigilancia fluye leche, del cuarto de guardia situado a la entrada del campo salen, risas que llegan hasta el patio, están emborrachándose de nuevo con aguardiente de remolacha. Y en el paseo principal del campo hay un perro guardián sentado. Tiene fuego verde en los ojos y un hueso entre sus patas. Creo que es un hueso de pollo, le envidio. Él lo intuye y gruñe. Tengo que hacer algo para que no se me abalance y le digo: Vania.

Seguro que no se llama así, pero me mira como si también fuese capaz de pronunciar mi nombre con sólo desearlo. Debo irme antes de que lo haga, camino a grandes zancadas y giro la cabeza un par de veces para comprobar que no me sigue. Una vez en la puerta del barracón, veo que todavía no se ha agachado a por el hueso. Aún me sigue con la mirada mientras evoca mi voz y el Vania. También un perro guardián pierde y recobra la memoria. Pero no se pierde y se recobra el hambre. Y la soledad es como ésta. A lo mejor la soledad rusa se llama Vania.

Me meto en mi catre vestido. Como siempre, por encima de la mesita de madera luce la luz reglamentaria. Como siempre que no puedo conciliar el sueño, miro fijamente el tubo de la estufa, con sus pliegues negros en la rodilla, y las dos piñas de hierro del reloj de cuco. Pero después recuerdo mi infancia.

Estoy en casa en la puerta del mirador, tengo el cabello negro y rizado y ni siquiera llego al picaporte. Llevo en brazos a mi animal de peluche, un perro de color marrón. Se llama Mopi. A través de la galería de madera, mis padres regresan de la ciudad. Mi madre ha enrollado la cadena de su bolsito rojo de charol alrededor de su mano para que no haga ruido al subir las escaleras. Mi padre, con el sombrero de paja blanco en la mano, se dirige a la habitación. Mi madre se detiene, me retira el pelo de la frente y me quita mi peluche. Lo coloca sobre la mesa del mirador, la cadena del bolsito de charol tintinea, y le digo: Dame a Mopi, o estaré solo.

Ella ríe: Me tienes a mí.

Tú puedes morirte, Mopi no, replico.

Escucho mi voz infantil entre los suaves ronquidos de los débiles que ya no van al

baile. Es tan aterciopelada que me produce escalofríos. *Pelushito*, menuda palabra para un perro de trapo relleno de serrín. Y ahora en el campo todo es *shist*, o como se llame callar por miedo. Comida en ruso se dice *kushat*. Ahora no me apetece ponerme a pensar en comida. Me quedo dormido y sueño.

Cabalgo hacia mi casa atravesando el cielo a lomos de un cerdo blanco. Desde el aire se aprecia bien la tierra, los contornos coinciden, incluso se ven los cercados. Pero en la tierra hay maletas sin dueño desperdigadas entre las cuales pastan ovejas sin dueño. De sus cuellos cuelgan piñas, pero suenan como campanitas. Digo: Esto es un gran aprisco con maletas o una gran estación con ovejas. Ahí ya no vive nadie, adonde iré ahora.

El ángel del hambre me mira desde el cielo y dice: Regresa cabalgando.

Entonces me moriré, contesto.

Si te mueres, lo haré todo naranja, y no te dolerá, replica.

Regreso, pues, cabalgando, y él mantiene su palabra. Mientras muero, el cielo por encima de las torres de vigilancia es naranja, y no duele.

En ese instante me despierto y me limpio las comisuras de los labios con la almohada. Por la noche, a las chinches les encanta ese sitio.

Bloques de escoria

Los bloques de escoria son sillares de mampostería hechos con escoria, cemento y lechada de cal. Se mezclaban en una hormigonera y se prensaban en una prensa compactadora accionada manualmente mediante una palanca. La fábrica de ladrillos se ubicaba detrás de la planta de coque, al otro lado de la *yáma*, junto a las escombreras. Allí había espacio suficiente para secar millares de bloques recién prensados. Se depositaban en el suelo unos al lado de otros, en apretadas hileras, cual lápidas sepulcrales de un cementerio militar. Donde el terreno mostraba abombamientos y oquedades, las hileras se ondulaban. Además, cada uno depositaba el bloque a su manera. Todos lo transportaban con las manos encima de una tablita. Debido a los numerosos bloques mojados, las tablitas estaban hinchadas, agrietadas y agujereadas.

Cargarlas era un lento acto de equilibrio, 40 metros de trayecto desde la prensa a la zona de secado. Como cada cual mantenía el equilibrio a su modo, las hileras se torcían, entre otras razones porque el camino cambiaba con cada bloque depositado, desplazándose hacia delante, hacia atrás o hacia el centro de la hilera, o porque había que sustituir un bloque malogrado o no se había aprovechado bien el sitio en la hilera de secado del día anterior.

Un bloque recién prensado pesaba 10 kilos y se deshacía como arena mojada. Había que llevar la tablita bailoteando delante de la barriga, coordinando lengua, hombros, codos, caderas, abdomen y rodillas con la flexión de los dedos de los pies. Los 10 kilos aún no se habían endurecido, no debían notar que estaban siendo trasladados. Había que engañarlos, mecerlos con movimientos regulares, sin que se bambolearan, y depositarlos en la zona de secado dando un empujón a la tablita, con un gesto rápido y regular, para que cayeran al suelo con un suave sobresalto, sin sacudidas. Había que ponerse en cuclillas, manteniendo las rodillas dobladas hasta que la tablita llegaba debajo de la barbilla, abrir luego los codos como si fuesen alas y dejar que el bloque resbalase con precisión. Era la única manera de emplazarlo junto a otro sin dañar sus bordes ni los del bloque colindante. Un movimiento equivocado durante el bailoteo y el bloque se deshacía como si fuera barro.

La cara se contraía al cargarlos, y sobre todo al depositarlos. Había que mantener la lengua recta y los ojos fijos. Cuando salía mal, ni siquiera podías maldecir de furia. Tras cada turno con los bloques de escoria, nuestros ojos y labios acababan tan cuadrados como ellos de tanto mantenerlos inmóviles. Además, aquí también entraba en juego el cemento: se escapaba volando por el aire. Había más cemento adherido a nosotros, a la hormigonera y a la prensa que en los ladrillos. Al prensar cada bloque, lo primero que se introducía en el molde era la tablita. Después se vertía la mezcla

con la pala, y se prensaba con la palanca hasta que el bloque junto con la tablita presionaba hacia arriba en el molde. Entonces había que coger la tablita por los dos lados y transportarla, contoneándose y manteniendo el equilibrio, hasta la zona de secado.

Se fabricaban bloques de escoria día y noche. En las horas matinales el molde de prensado aún estaba frío y empañado, los pies ligeros, y sobre la zona aún no caía el sol, que ya ardía sobre las cimas de las escombreras. A mediodía el calor era insoportable. Los pies perdían el paso acompasado, en las pantorrillas cada nervio se cocía a fuego lento, las rodillas temblaban. Los dedos perdían la sensibilidad. Ya no podías mantener la lengua derecha al depositar los bloques. Se estropeaban muchos y recibías muchos palos en la espalda. Por la noche el loco proyectaba un cono de luz sobre el escenario. A la luz deslumbrante, la hormigonera y la prensa se semejaban a máquinas peludas mientras las mariposas nocturnas revoloteaban a su alrededor. No sólo buscaban la luz, el olor húmedo de la mezcla las atraía como flores nocturnas. Se posaban y tocaban ligeramente los bloques con sus trompas y sus patas de alambre, a pesar de que la zona de secado estaba medio a oscuras. También se posaban sobre el bloque que transportabas y te distraían a la hora de mantener el equilibrio. Veías sus pelitos en la cabeza, los anillos que adornaban su abdomen, y oías el crujir de sus alas, como si el bloque estuviera vivo. A veces llegaban dos, tres a la vez, y permanecían allí como si hubieran salido del interior del bloque. Como si la mezcla húmeda encima de la tablita no fuera escoria, cemento y lechada de cal, sino un pedazo cuadrado de larvas prensadas del que surgían mariposas nocturnas. Ellas se dejaban llevar desde la prensa hasta el área de secado, desde la luz del foco hasta las sombras desiguales. Esas sombras, irregulares y peligrosas, deformaban los contornos de los bloques y descentraban las proporciones de las hileras. El propio bloque sobre la tablita dejaba de saber qué aspecto tenía. Te volvías inseguro, no podías confundir sus bordes con los bordes de las sombras. También de las escombreras de enfrente llegaban sacudidas desordenadas y engañosas. Ardían en innumerables puntos y exhibían sus ojos amarillos, como animales nocturnos que generan su propia luz e iluminan o queman su falta de sueño. Los ojos ardientes de las escombreras olían intensamente a azufre.

Al amanecer refrescaba, un cielo de vidrio opalino. Los pies mostraban mayor ligereza, al menos en la imaginación, porque se acercaba el cambio de turno y deseabas olvidar tu cansancio. Hasta el loco estaba cansado, deslucido por la luz del día y pálido. Sobre nuestro irreal cementerio militar se depositaba el aire azul, idéntico sobre todas las hileras, sobre todas las lápidas. Se extendía una callada justicia, la única que había allí.

El bloque de escoria estaba contento, nuestros muertos no tenían ni hileras ni lápidas. No había que pensar en eso, o los días y noches posteriores no habrías

podido contonearte y guardar el equilibrio. Cuando pensabas un poco en ello, contabilizabas muchos desechos y recibías muchos palos en la espalda.

El frasco crédulo y el frasco escéptico

Era la época de *pielyhuesos*, de la eterna sopa de col. *Kapústa* por la mañana al levantarse, *Kapústa* por la noche después del recuento. *Kapústa* significa col en ruso, y la sopa de col rusa implica que a menudo no haya ni una gota de col. *Kapústa* sin ruso y sin sopa es una palabra formada por dos cosas que no tienen nada en común salvo esa palabra. *Cap* es la cabeza rumana, *Pusta* la llanura húngara. Uno se imagina esto en alemán, y el campo de trabajo es ruso como la sopa de col. Con semejantes insensateces pretendes dártelas de listo. Pero la palabra fraccionada *kapústa* no sirve como palabra del hambre. El vocabulario del hambre es un mapa, en lugar de nombres de países uno enumera en su mente nombres de platos. Sopa de bodas, chuletas, codillo, asado de liebre, albóndigas de hígado, pierna de corzo, liebre agria, etc.

Cada palabra del hambre es una palabra de comida, tienes la imagen de la comida ante los ojos y el sabor en el paladar. Las palabras de hambre de comida alimentan la fantasía. Se comen a sí mismas, y les gusta. Uno no se sacia, pero al menos está presente mientras comen. Todo hambriento crónico tiene sus propias preferencias, palabras de comida raras, frecuentes y continuas. A cada uno le gusta más una palabra que otra. Al igual que *Kapústa*, tampoco armuelle era una palabra de comida, porque se comía de verdad. O porque había que comérselo.

Yo creo que, en el hambre, ceguera y visión son la misma cosa: el hambre ciega es la que mejor ve la comida. Hay palabras de hambre mudas y ruidosas, al igual que en la propia hambre existe lo secreto y lo público. Las palabras de hambre, es decir, las palabras de comida, dominan las conversaciones, y sin embargo uno continúa solo. Cada uno se come sus propias palabras. Los demás, que participan en la comida, también hacen lo mismo. La participación en el hambre ajena es nula, no se puede participar en el hambre. Como comida principal, la sopa de col era la causa de perder la carne en el cuerpo y la razón en la mente. El ángel del hambre corría históricamente de un lado a otro. El perdía toda medida, crecía en un día más que cualquier planta en todo el verano, más que la nieve en todo el invierno. A lo mejor lo que un árbol alto y esbelto crece en toda su vida. Creo que el ángel del hambre no sólo aumentaba, también se multiplicaba. Proporcionaba a cada uno su tormento particular, a pesar de que todos nosotros nos parecíamos. Porque en la trinidad de piel, huesos y agua distrófica no se pueden diferenciar hombres y mujeres, ya que se mantienen sexualmente inactivos. Aunque se siga diciendo *él* o *ella*, como se dice peine o barracón. Y al igual que éstos, tampoco los medio muertos de hambre son masculinos o femeninos, sino objetivamente neutrales en cuanto objetos..., seguramente neutros.

Daba igual donde estuviera yo, en mi catre, entre los barracones, en el turno diurno o nocturno en la *yáma*, con *Kobelian* en la estepa, junto a la torre de refrigeración o después del turno en la *bánya* o buhoneando, todo lo que hacía tema hambre. Cada objeto se asemejaba en longitud, anchura, altura y color a la medida de mi hambre. Entre el techo del cielo arriba y el polvo de la tierra, cualquier lugar olía a un plato diferente. El paseo principal del campo de concentración olía a caramelo, la entrada del campo a pan recién horneado, el cruce entre la carretera del campo y la fábrica a albaricoques calientes, la valla de madera de la fábrica a nueces garrapiñadas, la entrada de la fábrica a huevos revueltos, la *yáma* a pimientos estofados, la escoria de las escombreras a sopa de tomate, la torre de refrigeración a berenjenas asadas, el laberinto de tubos humeantes a pastel de hojaldre relleno de crema. Los trozos de alquitrán en medio de la maleza olían a compota de membrillo, y las baterías de coque, a melones. Era magia y tormento. Hasta el viento alimentaba el hambre, mecía la comida visible, en modo alguno de manera abstracta.

Desde que en calidad de hombrecillos de huesos y mujercillas de huesos éramos asexuados unos para otros, el ángel del hambre se apareaba con cualquiera, él también engañaba a la carne que ya nos había robado, y arrastraba cada vez más piojos y chinches a nuestras camas. La época de *pielyhuesos* era la temporada de las grandes inspecciones semanales de despiojamiento en el patio del campo después del trabajo. Había que sacar todos, absolutamente todos nuestros objetos para ser despiojados, las maletas, las ropas, los catres y nosotros.

Corría el tercer verano, las acacias estaban en flor, el viento nocturno olía a café con leche caliente. Yo había colocado todo fuera. Entonces llegó Tur Prikulitsch con el Tovarisch Schischtvanionov de dientes verdes. Llevaba una varita de mimbre recién descortezada, el doble de larga que una flauta, lo suficientemente flexible para golpear y afilada en el extremo para registrar. Asqueado por nuestra miseria, ensartaba con su palito los objetos de la maleta y los arrojaba al suelo.

Me situé lo mejor que pude en el centro de la inspección de despiojamiento, porque al principio y al final los registros eran implacables. Pero esta vez a Schischtvanionov le entraron ganas de mostrarse minucioso en el centro de la formación. Su varita sondeó mi gramófono maleta y, entre las ropas, topó con mi neceser. Entonces dejó la varita, abrió el neceser y descubrió mi sopa de col secreta. Desde hacía tres semanas guardaba sopa de col en dos bonitos frascos que no podía tirar únicamente porque estuvieran vacíos. Como lo estaban, los llené de sopa de col. Uno era de cristal estriado, con la tripa redonda y un cierre de rosca; para el otro, plano y de cuello más ancho, había tallado incluso un ajustado tapón de madera. Para que la sopa de col no se echase a perder, la sellé herméticamente como hacían en casa con las conservas de fruta. Vertí estearina gota a gota alrededor del tapón; Trudi Pelikan me había prestado una vela del barracón de los enfermos.

Shtó eto, preguntó Schischtvanionov.

Sopa de col.

Para qué.

Agitó los frascos hasta que la sopa hizo espuma.

Pámyat, contesté.

Recuerdo, había aprendido el término de *Kobelian*, era una buena palabra entre los rusos, por eso la pronuncié. Pero seguramente Schischtvanionov se preguntaba para quién guardaba yo ese recuerdo. Quién podía ser tan tonto como para guardar sopa de col en frascos para acordarse de la sopa de col, aquí, donde te daban sopa de col dos veces al día. Para casa, me preguntó.

Asentí. Eso fue lo peor, que quisiera llevarme a casa sopa de col en frascos. Los golpes no me habrían importado, pero él se encontraba a la mitad de la inspección y no perdió el tiempo en golpearme. Confiscó mis frascos y me ordenó presentarme ante él.

A la mañana siguiente, Tur Prikulitsch me condujo desde la cantina a la sala de oficiales. Tur caminaba frenético por el paseo y yo tras él como un condenado. Le pregunté qué debía decir. Sin volverse, hizo un ademán desdeñoso, no pienso inmiscuirme en eso. Schischtvanionov vociferaba. Tur podría haberse ahorrado la traducción, todo eso ya me lo sabía de memoria: yo era un fascista, un espía, un saboteador y un parásito, un inculto que, al robar sopa de col, estaba traicionando al campo, al poder soviético y al pueblo soviético.

La sopa de col del campo estaba aguada, pero la de los frascos, con un cuello tan estrecho, era un aguachirle. El par de hebras de col dentro de los frascos constituía para Schischtvanionov una clara denuncia. Me encontraba en una situación precaria. En ese momento Tur estiró su dedo meñique y se le ocurrió una idea: Medicina. Medicina sólo era una palabra medio buena entre los rusos. Tur, al darse cuenta a tiempo, giró el dedo índice sobre su sien, como si quisiera perforar un agujero, y dijo con malicia: Obskurantizm.

Era convincente. Yo sólo llevaba tres años en el campo y aún no estaba reeducado, aún creía en bebedizos contra las enfermedades. Tur explicó que el frasco con el tapón de rosca era para combatir la diarrea y el del tapón de madera para el estreñimiento. Schischtvanionov, meditabundo, no sólo creyó la explicación de Tur, también admitió que el obskurantizm en el campo no era bueno, aunque en la vida tampoco fuera tan malo. Tras observar de nuevo ambos frascos, los sacudió hasta que la espuma llegó al cuello, después deslizó hacia la derecha el de cierre de rosca y hacia la izquierda el del tapón de madera, de forma que los frascos quedaron muy cerca y se rozaban. Schischtvanionov, de tanto mirar los frascos, tenía los labios temblorosos y la mirada tierna. Tur volvió a sentir un pálpito y me espetó: Ahora vete, lárgate.

Seguramente Schischtvanionov no tiró después los frascos por motivos inexplicables o incluso explicables.

Qué son motivos. Ni siquiera hoy sé por qué llené los frascos con sopa de col. Me pregunté si guardaría relación con la frase de la abuela: Sé que volverás. Fui realmente tan cándido como para creer que regresaba y ofrecía a la familia mi sopa de col como dos frasquitos de vida en el campo traídos por mí, o, a pesar del ángel del hambre, aún tenía metida en la cabeza la idea de que uno vuelve con un souvenir de un viaje. De su único viaje en barco desde Constantinopla, mi abuela me trajo una babucha turca de color celeste y del tamaño de un pulgar. Pero ésa fue la otra abuela, que no dijo nada de volver, vivía en otra casa y ni siquiera estuvo presente en la despedida. Serían los frascos mis testigos en casa. Ya poseía un frasco crédulo y otro escéptico. A lo mejor bajo el cierre de rosca había embotellado el viaje de regreso a casa, y bajo el tapón de madera sellado herméticamente, el permanecer aquí para siempre. Sería quizá la misma antinomia que diarrea y estreñimiento... Sabría Tur Prikulitsch demasiado sobre mí. Fue útil haber entablado conversaciones con Bea Zakel.

Eran siquiera antinomias regresar a casa y quedarse allí. Seguramente quería estar a la altura de ambas, si los acontecimientos se desarrollaban así. Seguramente desde entonces no quise hacer depender por más tiempo la vida de aquí, la vida en general, del deseo de pretender ir diariamente a casa y no poder hacerlo nunca. Cuanto más anhelaba el regreso, más intentaba no desearlo con una fuerza que me destrozaría si no lo conseguía nunca. Nunca te librabas del deseo de volver a casa, pero para tener algo más que eso, me decía, si nos mantienen aquí para siempre, mi vida será eso. Los rusos también viven. No quiero resistirme a asentarme aquí, sólo tengo que mantenerme tal como estoy ahora, a medias con el frasco sellado herméticamente. Puedo reeducarme, aún ignoro cómo, pero ya se encargará de ello la estepa. El ángel del hambre se había adueñado de tal modo de mí que mi cuero cabelludo ondeaba; me acababan de pelar al rape por los piojos.

El verano anterior, bajo el vasto cielo, *Kobelian* se había desabrochado una vez la camisa, y cuando ésta comenzó a ondear, dijo algo sobre el alma de hierba de la estepa y sus sentimientos por los Urales. En mi pecho eso también es posible, me dije para mis adentros.

Sobre el envenenamiento por luz diurna

El sol salió esa mañana muy temprano, un globo rojo tan hinchado que encima de la planta de coque el cielo estaba demasiado plano.

Cuando comenzó el turno era de noche. Estábamos bajo el cono de luz del foco en el depósito *Pek*, un pozo de 2 metros de profundidad, la longitud y la anchura de dos barracones. El depósito estaba revestido con una capa antiquísima de pez petrificada de un metro de grosor. Nosotros teníamos que limpiarlo con palancas y picos, retirar la pez picándola y cargarla en carretillas. A continuación, empujar la carretilla fuera del depósito por encima de un puente de tablonces bamboleante, transportarla hasta las vías, subirla al vagón por otro tablón y, una vez allí, volcar la pez.

Picábamos cristal negro; pedazos estriados, abombados y picudos volaban alrededor de nuestras cabezas. No se veía una mota de polvo. Cuando regresé con la última carretilla por el puente bamboleante desde la noche negra hasta el cono de luz, en el aire brillaba una pelerina de organza de polvo de cristal. En cuanto el foco oscilaba al viento, la pelerina desaparecía para reaparecer un instante después flotando nuevamente en el mismo lugar como una pajarera cromada.

El turno terminaba a las 6 horas, y desde una hora antes era pleno día. El sol estaba encogido, pero furioso, su esfera compacta como una calabaza. Mis ojos ardían, todas las suturas de los huesos de la cabeza palpitaban. En el camino de regreso al campo, todo me deslumbraba. Las venas del cuello me latían a punto de estallar, los globos oculares hervían dentro de la frente, el corazón tamborileaba en el pecho, mis orejas crepitaban. El cuello se me hinchaba como masa caliente hasta ponerse rígido. Cabeza y cuello se hacían uno. La hinchazón se extendía a los hombros, cuello y tronco se hacían uno. La luz me atravesaba, tenía que refugiarme de prisa en la oscuridad del barracón. Pero habría necesitado que estuviera oscuro como boca de lobo, hasta la luz de la ventana era letal. Me puse la almohada encima de la cabeza. Al anochecer llegó el alivio, pero también el turno de noche. En cuanto oscureciera, tendría que volver bajo el foco al depósito *Pek*. En el segundo turno de noche llegó el *nachálnik* con un cubo que contenía una pasta grumosa de color rosa grisáceo. Antes de meternos en el depósito, nos embadurnamos con ella la cara y el cuello. Se secó enseguida y volvió a descamarse.

Por la mañana, al salir el sol, el alquitrán hacía estragos aún peores en mi cabeza. Caminé pesadamente hasta el campo como un gato achacoso, esta vez fui directo al barracón de los enfermos. Trudi Pelikan me acarició la frente. La auxiliar sanitaria dibujó en el aire una cabeza todavía más grande con las manos y dijo *sóntse y svet y bolit*. Trudi Pelikan lloraba y me explicó algo sobre las reacciones fotoquímicas de

las mucosas.

Eso qué es.

Envenenamiento por luz diurna.

Sobre una hoja de rábano picante me puso un pegote de unguento preparado por ella misma con caléndula y manteca de cerdo, para embadurnarme y que no reventase la piel herida. La auxiliar sanitaria afirmó que yo era demasiado sensible para trabajar en el depósito *Pek*, que me daría tres días de baja y quizá hablaría con Tur Prikulitsch.

Permanecí tres días en la cama. Medio dormido, medio despierto, las oleadas de fiebre me arrastraban a mi tierra, al frescor veraniego en el Wench. El sol sale muy temprano por detrás de los abetos, como un globo rojo. Atisbo a través de la rendija de la puerta, mis padres aún duermen. Voy a la cocina, sobre la mesa hay un espejo de afeitar apoyado en la jarra de la leche. Mi tía Fini, delgada como un cascanueces, va y viene con las tenacillas de la cocina de gas al espejo. Con su vestido blanco de organza puesto, se ondula el pelo. Después me peina con los dedos y doma con saliva mis cabellos, antes de punta. Me toma de la mano y salimos a recoger margaritas para la mesa del desayuno.

La hierba, húmeda por el rocío, me llega a las axilas, se oyen crujidos y zumbidos, el prado está repleto de margaritas blancas y campanillas azules. Yo sólo cojo llantén menor, que aquí llaman hierba ballesta porque se puede hacer un lazo con el tallo y disparar lejos la cápsula de las semillas. Yo disparo contra el vestido de organza de deslumbrante blancura. Pero entonces, entre la organza y la enagua igualmente blanca que rodea el vientre de tía Fini, aparece de pronto un tubo pardo formado por saltamontes aferrados con las garras. Ella deja caer su ramo de margaritas, abre los brazos estirándolos y se queda paralizada. Yo me deslizo debajo de su vestido y retiro los saltamontes a manotazos cada vez más apresurados. Están fríos y pesan como tornillos mojados. Muerden, siento horror. Por encima de mí ya no está la tía Fini con su pelo ondulado, sino un saltamontes colosal sobre dos patas delgadas.

Era la primera vez que tenía que manotear desesperadamente debajo de un vestido de organza. Ahora yacía en mi barracón, y durante tres días me froté con el unguento de caléndula. Todos los demás siguieron yendo al depósito *Pek*. A partir de entonces, por ser demasiado sensible, Tur Prikulitsch me destinó al sótano de la escoria.

Allí me quedé.

Cada turno es una obra de arte

Albert Gion y yo somos dos trabajadores del sótano situado debajo de las calderas de vapor de la fábrica. En el barracón, Albert Gion se deja llevar por la cólera. En el sótano oscuro se comporta con prudencia, pero también con determinación, como los melancólicos. A lo mejor no siempre ha sido así y en el sótano se ha vuelto igual que el sótano. Lleva mucho tiempo trabajando aquí. Apenas hablamos, sólo lo justo.

Albert Gion dice: Yo vuelco tres vagonetas y tú otras tres.

Y después limpio la ganga, añado.

Y él: Sí, y después vas a empujar.

Entre volcar y empujar transcurre el turno. Cuando llevamos la mitad, Albert Gion dice: Dormiremos media hora debajo del tablón, del séptimo, allí se está tranquilo.

Luego viene la segunda mitad.

Albert Gion dice: Yo vuelco tres vagonetas y tú otras tres.

Y después limpio la ganga, añado.

Y él: Sí, y después vas a empujar.

Yo digo: Cuando esté lleno el noveno, iré y empujaré.

Y él: No, ahora te toca volcar a ti, yo iré a empujar, la tolva también está llena.

Al finalizar la jornada decimos uno de los dos: Ahora a limpiar, tenemos que dejar el sótano en condiciones.

Después de haber trabajado una semana en el sótano, Tur Prikulitsch volvió a colocarse detrás de mí en el espejo de la barbería. Yo estaba afeitado a medias, y él, levantando la mirada untuosa y los dedos limpios, preguntó: Qué tal os va en el sótano.

Tan ricamente, contesté, cada turno es una obra de arte.

Sonrió por encima del hombro del barbero, pero no se figuraba que era verdad. Su tono traslucía un odio sutil, las aletas de su nariz brillaban rosáceas, sus sienes mostraban vetas de mármol.

Qué sucia tenías la cara ayer, exclamó, y cómo te asomaban las entrañas por todos los agujeros de la gorra.

No importa, repuse, el polvo de carbón es afelpado y tiene un dedo de grueso. Pero después de cada turno el sótano queda limpio, porque cada turno es una obra de arte.

Cuando canta un cisne

Después de mi primer día en el sótano, Trudi dijo en la cantina: Ahora ya no volverás a tener mala suerte, a que se está mejor bajo tierra.

Luego me contó con cuánta frecuencia durante su primer año en el campo había cerrado los ojos en la obra mientras tiraba del carro de la cal para entregarse a sus ensoñaciones. Y cómo ahora depositaba a los muertos desnudos de la cámara mortuoria en el suelo del patio trasero, como leña recién partida. Añadió que ahora, cuando saca a los muertos a la puerta, suele cerrar los ojos y se entrega a las mismas ensoñaciones que antes junto al carro de la cal con los arreos puestos.

Cuáles, le pregunté.

Que un rico, guapo y joven fabricante americano de carne de cerdo en conserva.

—No es necesario que sea guapo y joven, —dijo ella— se enamora de mí.

—No es necesario que esté enamorado, pero es tan rico que puede pagar mi rescate y sacarme de aquí para casarse conmigo. Eso sí que sería una suerte, exclamó. Y más si además tuviera una hermana para ti.

No es necesario que sea guapa y joven, no es necesario que esté enamorada, repetí. Trudi Pelikan soltó una risita nerviosa. Y la comisura derecha de su boca empezó a aletear y abandonó su rostro, como si se hubiera roto el hilo que ata la risa a la piel.

Por eso le conté a Trudi Pelikan a grandes rasgos el sueño recurrente de mi regreso a casa cabalgando a lomos de un cerdo blanco. Sólo en una frase y sin el cerdo blanco: Imagínate, le informé, muchas veces sueño que atravieso el cielo hacía mi casa cabalgando a lomos de un perro gris.

Es uno de los perros guardianes, preguntó.

No, un perro del pueblo, contesté.

Trudi dijo: Por qué tienes que cabalgar, volar es más rápido. Yo sólo sueño cuando estoy despierta. Cuando deposito los cadáveres en el patio trasero, me gustaría salir volando de aquí, como un cisne, hasta llegar a América.

A lo mejor Trudi también conocía el cisne del escudo ovalado de los baños Neptuno. No se lo pregunté, pero le dije: Cuando canta un cisne, siempre está ronco, se oye su úvula hinchada.

Sobre la escoria

En el verano vi en medio de la estepa un terraplén de escoria blanca que me recordó las cumbres nevadas de los Cárpatos. *Kobelian* comentó que el terraplén se convertiría algún día en una carretera. La escoria blanca estaba apisonada, tenía una textura granulosa, como burbujas de cal y arena de conchas. En lugares dispersos lo blanco se teñía de rosa, a veces tan intensamente que se tornaba gris en los bordes. No sé por qué el rosa grisáceo posee una belleza tan acariciadora y posesiva, ya no mineral, sino triste y cansada como las personas. No sé si tendrá color la nostalgia.

La otra escoria blanca yacía en montones de la altura de un hombre, como una cadena de colinas, al lado de la *yáma*. En este caso no estaba apisonada, la hierba crecía en los bordes. Cuando diluviaba mientras paleábamos carbón, nos refugiábamos allí. Excavábamos agujeros en la escoria blanca, que volvía a gotear y nos envolvía. Y en invierno la nieve humeaba por encima de ella, y nosotros nos calentábamos en los agujeros, escondidos tres veces: en el techo de nieve, en la escoria y en el uniforme *fufáika*. Se percibía un olor familiar a azufre, el vapor lo traspasaba todo. Estábamos metidos en los agujeros hasta más arriba del cuello, con la nariz encima de la tierra, cual bulbos que han germinado prematuramente, y la capa de nieve se fundía junto a la boca. Cuando salíamos de la escoria, nuestras ropas estaban agujereadas por los trocitos de brasa, la guata asomaba por todas partes.

Conozco la escoria pulverizada rojo oscuro de los altos hornos por las tareas de carga y descarga. No tiene nada que ver con la escoria blanca. Es un polvo bermejo que a cada palada vaga por el aire como un fantasma y va aterrizando despacio, igual que un paño que cae formando pliegues. Al estar tan seca como los calores del estío y ser completamente aséptica, la escoria rojo oscuro de los hornos no habla a la nostalgia.

También está la escoria verde parduzca, apisonada sobre la pradera silvestre en la tierra baldía de detrás de la fábrica. Yacía debajo de la maleza como trozos de sal lamidos. No teníamos nada que ver, ella me dejaba pasar de largo y no suscitaba en mí pensamiento alguno.

Pero mi único bien, mi escoria de cada día, ya me tocara el turno diurno o el nocturno, era la escoria de caldera de vapor de los hornos de carbón, la escoria caliente del sótano y la fría. Los cinco hornos estaban en el mundo de arriba, uno a continuación del otro, y tenían la altura de un edificio de varios pisos. Los hornos calentaban cinco calderas, producían vapor para toda la factoría, y para nosotros, la escoria caliente y fría en el sótano. Y todo el trabajo: la fase caliente y la fase fría de cada turno.

La escoria fría se origina a partir de la caliente, no es más que el polvo frío de la

escoria caliente. La escoria fría ha de vaciarse una sola vez en cada turno; la caliente, de continuo. Hay que palearla al compás de los hornos en innumerables vagonetas, empujarla monte arriba y volcarla al final de la vía de la montaña.

La escoria caliente puede ser distinta cada día. El resultado depende de la mezcla de carbón. Se puede hablar de la bondad y de la perfidia de la mezcla. Cuando la mezcla de carbón es buena, a la parrilla de transporte llegan placas candentes de 4 a 5 cm de grosor que, tras desprender su calor, se han vuelto quebradizas, y se resquebrajan en fragmentos que caen sueltos por la trampilla como pan tostado. El ángel del hambre se asombra; aunque flojees al palear, la vagoneta se llena muy deprisa. Pero si la mezcla es mala, la escoria llega viscosa cual lava, incandescente y pegajosa. No cae por sí misma a través de la parrilla, se amontona entre las trampillas de los hornos. Con el atizador, arrancas pedazos que se estiran como si fueran una masa. No consigues vaciar el horno, la vagoneta no se llena. Es un trabajo agotador que requiere mucho tiempo.

Y cuando la mezcla es catastrófica, el horno sufre una diarrea galopante. La diarrea de escoria no espera a que la trampilla esté abierta, fluye por la trampilla entreabierta como si cagara granos de maíz. Es roja e incandescente, pero uno preferiría no mirar. Es peligrosa, se te puede meter en cualquier agujero de la ropa. Como es imposible detenerla, la vagoneta se desborda y queda enterrada bajo la escoria. Hay que cerrar la trampilla, el diablo sabrá cómo, proteger las piernas, los chanclos y los paños de los pies de la inundación de brasas, apagar éstas con la manguera de agua, liberar con la pala la vagoneta, subirla monte arriba y limpiar el lugar del desaguisado, todo ello a la vez. Cuando además esto sucede hacia el final del turno, es el peor de los desastres. Hay que perder un tiempo interminable, y los otros cuatro hornos no esperan, tendrían que haber sido vaciados hace tiempo. El trajín aumenta de forma vertiginosa, los ojos nadan, las manos vuelan, los pies se tambalean. Todavía hoy odio la diarrea de escoria.

Sin embargo, amo la escoria fría, la escoria-de-una-vez-por-turno. Es decente con uno, paciente y previsible. Albert Gion y yo sólo nos necesitábamos mutuamente para la escoria caliente. La fría preferíamos disfrutarla a solas. La escoria fría es dócil y confiada, casi necesitada de cercanía, un polvo arenoso de color violeta con el que puedes estar solo con absoluta tranquilidad. Estaba en la fila de hornos del fondo del sótano, tenía sus propias trampillas y sus propias vagonetas con panza de hojalata, sin reja.

El ángel del hambre sabía que me encantaba estar a solas con la escoria fría. Que no estaba nada fría, sino templada, y desprendía un leve olor a lilas o a melocotones de secano con pelusilla y a albaricoques de verano tardíos. Pero la escoria fría olía sobre todo a fin del trabajo, porque faltaba un cuarto de hora para terminar el turno y cualquier desastre era ya imposible. Olía a regreso desde el sótano, a sopa en la

cantina y a descanso. Incluso a vida civil, y me ponía loco de alegría. Me imaginaba que no salía del sótano con el traje de guata para ir al barracón, sino que iba hecho un pincel con un sombrero borsalino, un abrigo de pelo de camello y una bufanda de seda color burdeos hacia un café de Bucarest o de Viena, donde me sentaba ante una mesita de mármol. Así de desprendida era la escoria fría, te regalaba el autoengaño gracias al cual podías regresar en secreto a la vida. Borracho de veneno, uno podía sentirse feliz con la escoria fría, plenamente feliz.

Tur Prikulitsch esperaba que yo me quejase, pero en vano. Únicamente por eso preguntaba cada pocos días en la barbería: Qué tal en el sótano.

Cómo va el sótano.

Qué hace el sótano.

Todo bien en el sótano.

O simplemente: Y en el sótano.

Y como yo quería desanimarlo, siempre le daba la misma respuesta: Cada turno es una obra de arte.

Si él hubiera tenido una idea, por vaga que fuera, de la mezcla de gases de carbón y hambre, habría preguntado dónde me metía yo en el sótano. Y yo le habría contestado que en la ceniza volante. Porque también la ceniza volante es una especie de escoria fría, deambula por doquier y recubre todo el sótano de piel. Con la ceniza volante también puedes sentirte feliz. No es venenosa y hace malabarismos. Es de color ceniciento, aterciopelada e inodora, se compone de laminillas, de escamas diminutas. Va sin cesar de un lado a otro con agilidad y se adhiere a todo como cristales de escarcha. Forra de piel cualquier superficie. A la luz, la ceniza volante convierte el protector metálico de la bombilla en una jaula de circo llena de piojos, chinches, pulgas y termitas. Las termitas tienen alas nupciales, lo aprendí en la escuela. Me enseñaron incluso que las termitas viven en campos de trabajo. Tienen un rey, una reina y soldados. Y los soldados poseen grandes cabezas. Hay soldados con poderosas mandíbulas, soldados nariz y soldados secretores. Todos son alimentados por los obreros. La reina es treinta veces mayor que los obreros. Creo que ésta es también la diferencia entre el ángel del hambre y yo, o entre Bea Zakel y yo. O entre Tur Prikulitsch y yo.

En combinación con el agua, no es el agua la que fluye, sino la ceniza volante, puesto que bebe agua. Se hincha hasta crear estalactitas y estalagmitas y mucho más, hasta formar niños de hormigón que comen manzanas grises. En colaboración con el agua, la ceniza volante puede convertirse en una maga.

Sin luz y sin agua se deposita, muerta, por doquier. En las paredes del sótano como genuina piel, sobre el gorro de guata como piel sintética, en las fosas nasales como tapones de goma. El rostro de Albert Gion, tan negro como el sótano, no se ve, sólo el blanco de sus ojos y sus dientes flota en el aire. En el caso de Albert Gion

nunca sé si está huraño o triste. Cuando le pregunto, contesta: Eso nunca lo pienso. Somos dos cochinitas de sótano, lo digo en serio.

Cuando termina el turno vamos a ducharnos a la *bánya*, junto a la puerta de la fábrica. Enjabonamos tres veces cabeza, cuello y manos, pero la ceniza volante sigue gris y la escoria fría, violeta. Los colores del sótano se quedan incrustados en la piel. A mí no me molestaba, incluso me sentía un poco orgulloso, pues también eran los colores del autoengaño.

Bea Zakel me compadecía, meditó un instante antes de formularlo sin ser desconsiderada, pero supo que me ofendía cuando comentó: Pareces salido de una película muda, te pareces a Valentino.

Ella se acababa de lavar el pelo, su trenza de seda estaba apretada, todavía húmeda. Sus mejillas, bien alimentadas, enrojecieron como fresas.

De pequeño, mientras mi madre y tía Fini tomaban café, yo correteaba por el jardín. Al ver por primera vez en mi vida una gruesa fresa madura, grité: Venid, aquí hay una rana ardiendo y brilla.

Del campo de trabajo me llevé a casa un trocito de escoria abrasadora del sótano, en la espinilla derecha. Se enfrió en mí convirtiéndose en escoria fría. Brilla a través de la piel como un tatuaje.

La bufanda de seda burdeos

Mi compañero del sótano, Albert Gion, había dicho al regresar del turno de noche: Ahora que hace calor, si no tienes nada que comer, al menos puedes calentar el hambre al sol. Yo no tenía nada que comer, de modo que me fui al patio del campo a calentar mi hambre. La hierba aún estaba parda, aplastada y quemada por la helada. El sol de marzo mostraba franjas pálidas. Por encima del pueblo ruso, el cielo era de agua ondulada, y el sol se dejaba arrastrar. A mí el ángel del hambre me arrastró hasta los desperdicios de detrás de la cantina. Allí seguramente habría mondas de patata si no había pasado alguien antes que yo, la mayoría seguía trabajando. Cuando divisé a Fenja conversando con Bea Zakel junto a la cantina, me saqué las manos de los bolsillos y aminoré el paso. Ahora no podía ir hasta los desperdicios. En esta ocasión Fenja vestía su rebeca de ganchillo lila, y recordé mi bufanda de seda color burdeos. Después del fiasco de las polainas ya no me apetecía volver al bazar. Quien era capaz de hablar tan bien como Bea Zakel también podría negociar bien y cambiar mi bufanda por azúcar y sal. Fenja, cojeando con gesto atormentado, se dirigió a la cantina a recoger su pan. Apenas llegué junto a Bea, pregunté: Cuándo irás al bazar. Ella respondió: Mañana tal vez.

Bea podía salir cuando se le antojaba, porque los pases, suponiendo que los necesitase, se los proporcionaba Tur. Aguardó en el banco del paseo principal del campo y yo fui a buscar la bufanda. Estaba en el fondo de la maleta, al lado de mi pañuelo blanco de batista. Llevaba meses sin tocarla, tenía la delicadeza de la piel. Me sentí molesto, me avergonzaba de sus cuadros difusos, porque yo estaba totalmente abandonado y ella seguía suavemente adaptable con sus dados mates y brillantes alternando. Ella no había cambiado en el campo, su dibujo a cuadros conservaba el tranquilo orden de antes. Ya no era para mí, por tanto yo tampoco era para ella.

Cuando se la entregué a Bea, sus ojos evidenciaron de nuevo ese giro titubeante que era una suerte de bizqueo. Sus ojos eran enigmáticos, lo único hermoso en ella. Se ciñó la bufanda alrededor del cuello y no pudo evitar cruzar los brazos y acariciarla con ambas manos. Sus hombros eran estrechos, sus brazos delgadas varillas. Pero poseía unas caderas y un trasero poderosos, unos cimientos de huesos fuertes. Con un tronco grácil y un vientre macizo, Bea Zakel se componía de dos figuras.

Bea se llevó la bufanda burdeos para cambiarla. Pero al día siguiente, en el recuento, rodeaba el cuello de Tur Prikulitsch. Y toda la semana siguiente. Había convertido mi bufanda de seda burdeos en un harapo de recuento. Desde entonces, cada recuento incluyó la pantomima de mi bufanda. Y le sentaba bien. Los huesos me

pesaban como el plomo; inspirar y expirar continuamente, girar los ojos hacia arriba y encontrar un gancho al borde de una nube no funcionaba. Mi bufanda rodeando el cuello de Tur Prikulitsch lo impedía.

Haciendo de tripas corazón, después del recuento pregunté a Tur Prikulitsch dónde había conseguido la bufanda. Él respondió sin vacilar: Estaba en casa, siempre la he tenido.

No mencionó a Bea, habían transcurrido dos semanas. Yo aún no había recibido de Bea Zakel ni una migaja de azúcar o de sal. Sabrían esos dos hartos de comida el grave engaño que habían infligido a mi hambre. No me habrían empobrecido hasta el punto de que mi propia bufanda ya no me servía. No sabrían que mientras no me dieran algo por ella seguía siendo mía. Transcurrió un mes entero, el sol no calentaba poco. Volvieron a crecer el armuelle verde plateado y el eneldo silvestre con sus hojas pinnadas. Al salir del sótano, llenaba el almohadón. Al agacharme, la luz desaparecía con un vuelco, ya sólo veía un sol negro ante mis ojos. Cocía mi armuelle, que sabía a barro, pero seguía sin disponer de sal. Tur Prikulitsch, sin embargo, continuaba llevando mi bufanda, y yo continuaba en el turno de noche en el sótano y después, durante las tardes vacías, detrás de la cantina, en los desperdicios, que sabían mejor que mis espinacas falsas sin sal o la insípida sopa de armuelle.

De camino hacia los desperdicios volví a encontrarme con Bea Zakel, y en esta ocasión también comenzó a hablar sin más de los Beskides, que desembocan en los Cárpatos Selváticos. Y cuando había llegado a Praga desde Lugi, su pequeño pueblo, y Tur había cambiado las misiones por el comercio, la interrumpí y pregunté: Bea, le regalaste a Tur mi bufanda.

Ella contestó: La cogió por las buenas. Así es él.

Cómo, le pregunté.

Pues así, repuso. Seguro que te dará algo a cambio, a lo mejor un día libre.

En sus ojos no brillaba el sol, sino el miedo. Pero no de mí, sino de Tur.

Bea, de qué me sirve a mí un día libre, repliqué. Lo que necesito es azúcar y sal.

Sobre las sustancias químicas

Con las sustancias químicas sucede lo mismo que con la escoria. Quién sabe lo que exhalan las escombreras, la madera podrida, la herrumbre y los cascotes de ladrillo. No me refiero sólo a los olores. Cuando llegamos al campo, nuestros ojos se quedaron horrorizados, la planta de coque estaba destruida por completo. No nos cabía en la cabeza que semejante destrucción hubiera sido causada exclusivamente por la guerra. La putrefacción, el óxido, el moho, el desmoronamiento eran más antiguos que la guerra. Tan antiguos como la indiferencia de las personas y el veneno de las sustancias químicas. Se veía que eran las propias sustancias químicas las que habían contribuido a provocar la ruina de la fábrica. Debían de haberse desencadenado averías y explosiones en los tubos de hierro y en las máquinas. La fábrica fue muy moderna en su día, el último grito de la técnica de los años veinte y treinta, industria alemana. En los restos de chatarra aún se leían nombres como *Foerster y Mannesmann*.

Había que buscar nombres en la chatarra, y hallar en la mente palabras agradables contra el veneno, porque sentías que esas sustancias proseguían sus ataques y dirigían su complot también contra nosotros, los internos. Y contra nuestro trabajo forzado. Para el trabajo forzado, los rusos y los rumanos también habían encontrado en su patria una palabra agradable de la lista: *reconstrucción*. Esa palabra estaba limpia de veneno. Puesto que era *construcción*, entonces debería llamarse *construcción forzada*.

Dado que no podía eludir las sustancias químicas, que estaba a su merced — corroían nuestros zapatos, nuestras ropas, nuestras manos y nuestras mucosas—, decidí reinterpretar en mi favor los olores de la fábrica. Fabriqué en mi mente calles de aromas y me acostumbé a inventar una tentación para cada camino de la zona: naftalina, betún, cera para muebles, crisantemos, jabón de glicerina, alcanfor, resina de abeto, alumbre, flores de limonero. Me creé una agradable adicción negándome a permitir a las sustancias que dispusieran letalmente de mí. Eso no significa que me reconciliase con ellas. Al igual que existía un vocabulario del hambre y de la comida, era agradable que también existieran palabras para huir de las sustancias químicas. Y esas palabras me eran esenciales y necesarias. Necesarias y torturadoras, porque creía en ellas, a pesar de saber para qué las necesitaba.

De camino a la *yáma*, el agua corría por el exterior de la cuadrada torre de refrigeración, era una torre-cascada. La bauticé como *pagoda*. Abajo había un depósito que incluso en verano olía a abrigo de invierno, a naftalina. Un olor blanco y redondo como las bolas antipolillas del armario de mi casa. En la pagoda, la naftalina desprendía un olor negro y anguloso que, cuando había pasado ante ella, se

tornaba de nuevo redondo y blanco. Recordé mi niñez. Íbamos en tren a pasar las vacaciones de verano en el Wench. En Kleinkopisch, veo por la ventanilla del tren la sonda de gas natural ardiendo. Desprende una llama de color cobrizo, y me asombro de su pequeñez y de que, a pesar de ello, marchite en todo el valle los campos de maíz, grises como la ceniza, igual que en las postrimerías del otoño. Eran campos ancianos en pleno verano. Se sabía por la prensa: era la sonda. Una palabra mala, significaba que la sonda volvía a arder y nadie conseguía apagarla. Mi madre asegura que ahora pretenden traer sangre de búfalo del matadero, cinco mil litros. Confían en que se coagule deprisa y lo tapone. La sonda huele como nuestros abrigos de invierno en el armario, preciso. Y mi madre lo corrobora: Sí, sí, a naftalina.

Grasa de la tierra, los rusos lo llaman *neft*. A veces se puede leer la palabra en los vagones cisterna. Es petróleo, y yo pienso inmediatamente en la naftalina. En ninguna parte abrasa el sol tanto como aquí, en el rincón de la moika, en la ruina de ocho pisos del lavadero de carbón. El sol absorbe la grasa de la tierra del asfalto, flota en el ambiente un olor punzante y grasiento, amargo y salado, como una gigantesca caja de crema de zapatos. En las horas calurosas del mediodía, mi padre se tumbaba a dormir la siesta en el diván, y mientras tanto mi madre le limpiaba los zapatos. En la ruina de ocho pisos de la moika, todos los días, siempre que paso por delante, es precisamente mediodía en casa.

Las 58 baterías de coque están numeradas y se yerguen verticales en una larga fila, igual que ataúdes abiertos. Por fuera son de ladrillo, por dentro están revestidas de arcilla refractaria que se desmenuza. Pienso en *vergonzosas ardillas revestidas*. En el suelo brillan los charcos de aceite, la arcilla desmenuzada cristaliza como una costra amarilla. Huele a los arbustos de crisantemos amarillos del patio del señor Carp. Pero aquí la hierba que crece es de una lividez tóxica. El mediodía se esconde en el viento caliente, la escasa hierba está subalimentada como nosotros, soporta su propio peso y exhibe tallos ondulados.

A Albert Gion y a mí nos toca el turno de noche. Al oscurecer, voy al sótano y paso ante los tubos, algunos envueltos en fibra de vidrio, otros desnudos y herrumbrosos. Unos a la altura de la rodilla, otros por encima de mi cabeza. Tendría que recorrer un tubo al menos una vez, en ambas direcciones. Tendría que saber al menos una vez de dónde viene un tubo y adonde va. Entonces seguiría sin saber lo que transporta, suponiendo que transporte algo. Tendría que recorrer al menos una vez un tubo que desprenda vapor blanco, porque ése al menos transporta vapor blanco, vapor de naftalina. Tendría que haber alguien que me explicara al menos una vez el funcionamiento de la planta de coque. Por un lado me gustaría saber qué ocurre aquí. Por otro, no sé si el progreso de la técnica, que también tiene su vocabulario, no perturbaría mis palabras de huida. Si debería recordar siquiera los nombres de todos los esqueletos en los cortafuegos y calveros. Por las válvulas sale

siseando el vapor blanco, se percibe una vibración subterránea. Enfrente, repica la campana que da los cuartos de hora en la batería 1, y pronto repicará la de la 2. Los ventiladores exhiben sus costillas de hierro saliendo de escaleras y escalas. Y por detrás de los ventiladores, la luna se encamina hacia la estepa. En esas noches recuerdo los pináculos de la pequeña ciudad de mi tierra, el puente de las mentiras, la escalera diminuta y, al lado, el monte de piedad *joyero*. También recuerdo a Muspilli, el profesor de química.

En la maraña de tubos, las válvulas son *fuentes de naftalina*, gotean. Por la noche se nota lo calientes que están las espitas de las válvulas. Distintas de la nieve, de un blanco fluido. Y las torres son de una negrura diferente a la de la noche, de una negrura punzante. La luna vive aquí una vida, y otra en casa, sobre los pináculos de la pequeña ciudad. Y tanto aquí como allí posee un patio en el que la luz permanece encendida toda la noche, iluminando su antiquísimo inventario: un sillón afelpado y una máquina de coser. El sillón afelpado huele a flores de limonero, la máquina de coser, a cera para muebles.

La torre parabólica, la *matrona*, la grandiosa torre de refrigeración, sin duda de 100 metros de altura, merecía toda mi admiración. Su corsé impermeabilizado en negro olía a resina de abeto. Su blanca nube de torre de refrigeración, siempre idéntica, era de vapor de agua. El vapor de agua no huele, pero estimula las mucosas nasales y potencia todos los olores existentes y la invención del vocabulario de la huida. Sólo el ángel del hambre era capaz de engaños tan refinados como la matrona. Al lado de la torre parabólica yacía una montaña de fertilizante químico de antes de la guerra. El fertilizante químico, había dicho *Kobelian*, también es un derivado del carbón. *Derivado* sonaba consolador. Desde lejos, el fertilizante químico de antes de la guerra brillaba como jabón de glicerina envuelto en celofán. Me vi a los once años en el Bucarest veraniego, 1938, en la Calea Victoriei, por primera vez en unos grandes almacenes modernos, en el departamento de caramelos, largo como una calle. Aliento dulce en la nariz, celofán crujiendo entre los dedos. Siento escalofríos y el calor me inunda por fuera y por dentro. Tuve mi primera erección. Los grandes almacenes todavía se llamaban Sora, hermana. El fertilizante químico de antes de la guerra se aglomeraba en capas, era amarillo transparente, verde mostaza y gris. Desde muy cerca, exhalaba un olor amargo parecido al del alumbre. En la piedra de alumbre había que confiar, era antihemorrágica. Aquí crecían algunas plantas que sólo comían alumbre, producían flores lilas como la sangre restañada, y más tarde bayas lacadas en marrón como la sangre seca de las ardillas de tierra en la hierba de la estepa.

El antraceno es otra de las sustancias químicas. Yacía en todos los caminos y corroía los chanclos de goma. El antraceno es arena oleosa o aceite cristalizado en arena. Cuando se pisa, vuelve a convertirse enseguida en aceite, de color azul tinta, verde plateado, como setas pisoteadas. El antraceno olía a alcanfor.

Y a veces, a pesar de las calles aromáticas y el vocabulario de la huida, me asaltaba el olor del depósito *Pek* con su alquitrán de hulla. Desde mi envenenamiento de luz diurna, lo temía y me alegraba de que existiera el sótano.

Pero en el sótano tiene que haber sustancias invisibles, inodoras e insípidas. Son las más alevosas. Como no se notan, no puedo darles ningún nombre de huida. Se ocultan de mí y envían por delante la leche saludable. Una vez al mes, a Albert Gion y a mí, después del turno, nos dan leche, saludable contra las sustancias invisibles, para que nos envenenemos más lentamente que Yuri, el ruso, con el que Albert Gion trabajó en el sótano antes de mi envenenamiento por luz diurna. Para que resistiéramos más tiempo, una vez al mes nos entregaban en la casita del portero de la fábrica medio litro de leche saludable en un cacharro de hojalata. Es una ofrenda de otro mundo. Sabe al que uno habría podido seguir siendo de no estar con el ángel del hambre. Creo que ayuda a mis pulmones. Y cada trago destruye el veneno como nieve pura, superior a toda comparación.

A toda, toda, toda.

Y todos los días: confío en que actúe durante un mes entero, y me proteja. Aunque no me atrevo, lo digo: Confío en que la leche fresca sea la hermana desconocida de mi pañuelo blanco. Y el deseo fluido de mi abuela. Sé que volverás.

Quién ha cambiado el país

Durante tres noches seguidas me ha visitado el mismo sueño: cabalgaba de nuevo hacia mi casa a lomos de un cerdo blanco atravesando las nubes. Pero esta vez desde el aire el país tenía otra forma. Ya no lindaba con el mar. Ni en el centro había una cordillera, los Cárpatos no existían. Una tierra llana sin una sola localidad. Por doquier, sólo avena silvestre, amarilleada ya por el otoño.

Quién ha cambiado el país, pregunté.

El ángel del hambre, mirándome desde el cielo, respondió: América.

Y dónde está Siebenbürgen, pregunté.

En América, contestó.

Dónde se ha metido la gente, inquirí.

Él guardó silencio.

La segunda noche tampoco dijo dónde se había metido la gente. Ni la tercera. Eso no me dejó ni un momento de respiro durante toda la jornada siguiente. Después de terminar el turno, Albert Gion me envió al otro barracón de los hombres a ver a Cítara-Lommer, que sabía interpretar los sueños. Tras agitar trece gruesas alubias blancas en mi gorra de guata, las volcó sobre la tapa de la maleta y estudió las trece distancias que mediaban entre ellas. Después observó los agujeros de los gorgojos, las abolladuras y arañazos de cada una de las alubias. Entre la tercera y la novena había una calle, y la siete era mi madre, me comunicó. Y la dos, cuatro, seis y ocho eran ruedas, pero pequeñas. El vehículo era un cochecito de niño. Un cochecito blanco de niño. Argumenté que en casa no podíamos tener ese cochecito, porque en cuanto eché a andar mi padre lo transformó en un carrito para la compra. Cítara-Lommer preguntó si el cochecito transformado era blanco, y, señalando la nueve, dijo que el cochecito albergaba una cabeza con un gorro azul, seguramente un niño. Tras ponerme mi gorra, le pregunté qué más veía. Nada más, contestó. Yo llevaba un trozo de pan ahorrado en la chaqueta. No quería nada porque era la primera vez, informo. Pero creo que me dio esa respuesta por lo abatido que me vio.

Regresé a mi barracón. No me había dicho una palabra de Siebenbürgen, ni de América, ni de adónde había ido la gente. Tampoco sobre mí mismo. Lástima de alubias, pensé, tal vez se hayan estropeado de tanto soñar aquí, en el campo. Se podría preparar una sopa estupenda con ellas.

No me canso de repetirme que albergo pocos sentimientos. Cuando me tomo algo a pecho, sólo me afecta moderadamente. Casi nunca lloro. No soy más fuerte que los de los ojos húmedos, sino más débil. Ellos se atreven. Cuando no eres más que piel y huesos, los sentimientos son valientes. Yo prefiero ser cobarde. La diferencia es mínima, y aprovecho mi fuerza para contener el llanto. Si alguna vez me permito un

sentimiento, convierto ese punto débil en una historia que insista en la ausencia de nostalgia. Por ejemplo: el olor a castañas, o lo que es lo mismo, nostalgia en definitiva. Pero después son únicamente las castañas imperiales y reales con olor a cuero fresco de las que me hablaba mi abuelo. Siendo marinero en el puerto de Pula, peló y comió castañas antes de zarpar para dar la vuelta al mundo en el velero Donau. Por consiguiente, mi ausencia de nostalgia es la nostalgia relatada por mi abuelo, y con ella mantengo a raya la nostalgia de aquí. Es decir, si alguna vez tengo un sentimiento, es un olor. El olor de las palabras castaña o marinero. Con el tiempo, el olor de cada palabra se torna sordo como las alubias de Cítara-Lommer. Cuando uno ya no llora, puede convertirse en un monstruo. Lo que me lo impide, en caso de no serlo desde hace tiempo, no es mucho, una frase a lo sumo: Sé que volverás.

Hace tiempo que mi nostalgia se ha familiarizado con los ojos secos. Y ahora me gustaría, además, que mi nostalgia también dejase de tener dueño. Entonces ya no pensaría más en mi situación aquí ni me preguntaría por la de los de casa. Tampoco pasaría por mi mente una sola persona más de casa, únicamente objetos. Entonces los movería de un lado a otro sobre el punto débil, igual que se mueven los pies en la Paloma. Los objetos, grandes o pequeños, algunos acaso demasiado grandes, son mensurables.

Si consigo todo esto, mi nostalgia ya no será sensible al anhelo y únicamente será hambre del lugar donde antaño estuve hartado.

El hombre-patata

Durante dos meses, además de la bazofia de la cantina, he comido patatas en el campo de trabajo. Dos meses de patatas, cocidas con reparto riguroso, a veces de primero, otras como plato principal y en ocasiones de postre.

Si las tomaba de primero, eran patatas cocidas con sal y espolvoreadas con eneldo silvestre. Guardaba las mondas porque al día siguiente el plato principal se componía de dados de patata cocidos con pasta, hecha con las mondas de patata del día anterior y de las recién peladas. Y el tercer día comía de postre patatas sin pelar, cortadas en rodajas, asadas al fuego y espolvoreadas con granos tostados de avena silvestre y un poco de azúcar.

Yo le había pedido prestada a Trudi Pelikan media medida de azúcar y otra media de sal. Como todos nosotros, después de la tercera paz también Trudi Pelikan pensaba que pronto podríamos regresar a casa. Bea Zakel cambió en el bazar el abrigo de corte acampanado con bonitos puños de piel por cinco medidas de azúcar y otras tantas de sal. El negocio con el abrigo de señora salió mejor que el cambio de mi bufanda de seda, que seguía llevando Tur Prikulitsch durante el recuento. Pero no de continuo. Con los calores del verano desapareció, pero en otoño reapareció cada pocos días. Y cada pocos días yo preguntaba a Bea Zakel cuándo me darían algo a cambio ella o Tur.

Tras un recuento nocturno sin la bufanda de seda, Tur Prikulitsch nos mandó presentarnos en su oficina a mí, a mi compañero de sótano Albert Gion y al abogado Paul Gast. Tur apestaba a aguardiente de remolacha. Además de sus ojos, también su boca parecía lubricada. Tachó columnas en la lista, llenó otras con nuestros nombres y explicó que ni Albert Gion ni yo teníamos que ir al sótano al día siguiente, ni el abogado a la fábrica. En sus columnas acababa de anotar otra cosa. Todos nos sentíamos confundidos. Tur Prikulitsch empezó por el principio y explicó de nuevo que al día siguiente Albert Gion tenía que ir al sótano como siempre, pero no conmigo, sino con el abogado. Cuando pregunté por qué conmigo no, entornó los párpados y contestó: Porque, mañana a las seis en punto irás al *koljós*. Sin equipaje, regresarás por la noche. Cuando pregunté cómo, respondió: Cómo va a ser, a pie. A la derecha hay tres escombreras, bordéalas. El *koljós* empieza a mano izquierda.

Yo estaba seguro de que no sería sólo por un día. En el *koljós* la muerte llegaba antes, vivías en agujeros hechos en la tierra, cinco, seis escalones por debajo, con tejados de ramas secas y hierba. Por arriba se colaba la lluvia, por abajo se filtraba el agua subterránea. Disponías de un litro de agua diario para beber y lavarte. No se moría uno de hambre, sino de sed a causa del calor; la suciedad y los insectos provocaban heridas purulentas y tétanos. Todos en el campo temían el *koljós*. Yo

estaba seguro de que en lugar de pagarme la bufanda, Tur Prikulitsch me haría reventar en el *koljós* para heredarla.

A las seis de la mañana me puse en camino con mi funda de almohada dentro de la chaqueta, por si acaso podía robar algo en el *koljós*. El viento silbaba sobre los campos de coles y nabos, la hierba se mecía, anaranjada, el rocío brillaba en oleadas. En aquella zona crecía armuelle de fuego. El viento soplaba de frente, toda la estepa se adentraba en mí deseando que me desplomase, porque yo era flaco y ella ávida. Detrás de un campo de coles y una franja estrecha de bosque de acacias apareció la primera escombrera, después prados, más allá un maizal. Luego venía la segunda escombrera. Las ardillas de tierra acechaban por encima de la hierba, alzando sobre las patas traseras sus lomos de piel parda, con colas de un dedo de largo y barrigas pálidas. Con las cabezas inclinadas, sus patas delanteras estaban unidas como las manos humanas en actitud de plegaria. También sus orejas sobresalían de los laterales de la cabeza igual que en los seres humanos. Las cabezas se inclinaron un segundo más, después la hierba vacía se balanceó sobre sus madrigueras, pero de manera muy distinta a cuando la movía el viento.

Sólo entonces comprendí que las ardillas de tierra se dan cuenta de que voy por la estepa solo y sin vigilancia. Las ardillas de tierra poseen un instinto delicado, rezan por la huida, pensé. Ahora podría huir, pero adónde. A lo mejor quieren advertirme, a lo mejor llevo mucho tiempo huido. Escudriñé a mi alrededor para comprobar si me seguía alguien. Allá a lo lejos se veían dos figuras, parecían un hombre y un niño, portaban dos palas de mango corto, pero no fusil. El cielo era una red azul extendida sobre la estepa y unida a la tierra en lontananza sin una abertura por la que escurrirse.

En el campo ya había habido tres intentos de fuga. Los tres, ucranianos de los Cárpatos, compatriotas de Tur Prikulitsch. Aunque hablaban bien el ruso, los tres fueron capturados y presentados al recuento desfigurados por los golpes. Después ya no los vimos más, debieron de enviarlos a un campo especial o a la tumba.

En ese momento divisé a mano izquierda un chamizo de tablas y un centinela con pistola al cinto, un tipo joven, delgado, al que le pasaba media cabeza. Me estaba esperando y me hizo una seña. No pude detenerme, él tenía prisa, caminamos siguiendo los campos de coles. Él masticaba pipas de girasol, se lanzaba dos a la boca al mismo tiempo y, tras un movimiento brusco, escupía las cáscaras por una de las comisuras mientras atrapaba con la otra las siguientes y las cáscaras vacías volvían a salir volando. Caminábamos deprisa, al compás de su jadeo. A lo mejor es mudo, pensé. Él no hablaba, no sudaba, sus acrobacias bucales no perdían el ritmo. Caminaba como si el viento lo arrastrase sobre ruedas. Callaba y comía como una descascarilladora. Al fin me tiró del brazo y nos detuvimos. Había cerca de veinte mujeres desperdigadas por el sembrado. No tenían herramientas, desenterraban las patatas con las manos. El guardia me señaló una fila. El sol lucía en medio del cielo

como un trozo de brasa. Escarbé con las manos, el suelo estaba duro. La piel se abrió, las heridas escocían debido a la suciedad. Al levantar la cabeza, bandadas de puntos vibrantes volaban ante mis ojos. La sangre se congestionaba en el cerebro. En el sembrado estaba ese tipo joven con la pistola; además de guardián, *nachálnik*, jefe de brigada, capataz e inspector, todo en uno. Cuando sorprendía a las mujeres hablando, azotaba sus rostros con hojas de patata o les introducía patatas podridas en la boca. Y no era mudo. Yo no entendía lo que gritaba mientras tanto. No eran maldiciones de carbón, ni órdenes de obra, ni palabras de sótano.

Lentamente comprendí que Tur Prikulitsch había hecho un trato con él: obligarme a trabajar todo el día y no pegarme un tiro hasta el anochecer, por intento de fuga. O meterme por la noche en un agujero en la tierra, uno muy privado porque era el único hombre allí. Acaso no sólo esa noche, sino todas las noches a partir de ese día, para que jamás regresase al campo de trabajo.

Cuando anoheció, el tipo, además de guardia, *nachálnik*, jefe de brigada, capataz e inspector, era también comandante del campo. Las mujeres se pusieron en fila para el recuento, dijeron sus nombres y sus números, dieron la vuelta a los bolsillos de las *fufáikas* y mostraron dos patatas en cada mano. Podían quedarse con cuatro medianas. Si una era demasiado grande, la cambiaba. Yo era el último de la fila y enseñé la funda de mi almohada. Contenía 27 patatas, 7 medianas y 20 grandes. También me dejaron conservar 4 patatas medianas, las demás tuve que devolverlas. El hombre de la pistola preguntó cómo me llamaba. Leopold Auberg, respondí. Como si tuviera algo que ver con mi nombre, tomó una patata mediana y de una patada la proyectó por el aire por encima de mi hombro. Encogí la cabeza. La siguiente no la lanzará con el pie, me la tirará a la cabeza y mientras vuela le disparará con su pistola, haciéndola trizas junto con mi cerebro. Mientras pensaba en ello, él me veía guardar la funda de la almohada en el bolsillo del pantalón. Después me sacó de la fila tirando de mi brazo y, como si hubiera perdido el habla, señaló hacia la noche, hacia la estepa, en la dirección por donde yo había llegado esa misma mañana. Allí me dejó. Dio la orden de marcha a las mujeres y echó a andar detrás de la cuadrilla en dirección opuesta. Lo vi alejarse con las mujeres desde el borde del sembrado y me asaltó la certeza de que pronto dejaría sola a su brigada para regresar a mi lado. Ya sin testigos, se oiría un estampido que significaría: Tiroteado durante la huida.

La cuadrilla marchaba a lo lejos como una serpiente parda cada vez más pequeña. Yo permanecía inmóvil ante el enorme montón de patatas y comencé a vislumbrar que el trato no era entre Tur Prikulitsch y el guardia, sino entre Tur Prikulitsch y yo. Que el trato era el montón de patatas. Que Tur quería pagarme la bufanda de seda con patatas.

Me embutí patatas de todos los tamaños hasta debajo de la gorra. Conté 273. El ángel del hambre, ladrón notorio, me ayudó. Pero después de haberme ayudado,

volvió a convertirse en un verdugo notorio y me dejó solo con el largo camino de regreso.

Eché a andar. Pronto me picó todo el cuerpo, el piojo de la cabeza, el piojo del cuello y la nuca, el piojo de la axila, el piojo del pecho, la ladilla del vello púbico. Sentía unos picores tremendos entre los dedos de los pies, por dentro de los paños, en los chanclos. Para rascarme habría tenido que levantar el brazo, tarea imposible con las mangas repletas. Al andar habría tenido que doblar las rodillas, tarea imposible con las perneras del pantalón repletas. Pasé ante la primera escombrera arrastrando los pies. La segunda se retrasaba, o la había pasado por alto. Las patatas pesaban más que yo. Entretanto había oscurecido demasiado para la tercera escombrera. Se veían sartas de estrellas por todo el cielo. La Vía Láctea se extiende de sur a norte, había explicado el barbero Oswald Enyeter cuando el segundo de sus compatriotas fue presentado en la plaza del campo tras su fuga frustrada. Para alcanzar el oeste, había dicho, hay que cruzar la Vía Láctea y doblar a la derecha, después siempre adelante, es decir, manteniéndose siempre a la izquierda de la Osa Mayor. Pero yo no encontraba siquiera la segunda y la tercera escombrera, que ahora, en el camino de regreso, debía de estar a mano izquierda. Era preferible estar vigilado por todos lados antes que irremisiblemente perdido. Las acacias, el maíz, hasta mis pasos llevaban una capa negra. Los cogollos de col me seguían con la mirada cual cabezas humanas, luciendo los peinados y gorros más variopintos. Sólo la luna llevaba una cofia blanca y me palpaba la cara igual que una enfermera. Pensé que tal vez ya no necesitase las patatas, a lo mejor estoy envenenado de muerte por el sótano y todavía lo ignoro. Oí gritos entrecortados de pájaros procedentes de los árboles y un balbuceo quejumbroso a lo lejos. Las siluetas nocturnas podían fluir. No debo asustarme, pensé, o me ahogaré. Hablé conmigo mismo para no rezar.

Las cosas duraderas no se dilapidan, sólo necesitan una única relación con el mundo, idéntica durante toda la eternidad. La estepa se relaciona con el mundo mediante el acecho, la luna mediante el brillo, las ardillas de tierra mediante la huida, y la hierba mediante el balanceo. Y yo me relaciono con el mundo mediante la comida.

El viento murmuraba, oí la voz de mi madre. En el último verano en casa, a la mesa, mi madre no habría debido decir: No pinches la patata con el tenedor, se deshace, el tenedor se usa para la carne. Mi madre no pudo imaginar que la estepa conocería su voz, que las patatas me arrastrarían de noche en la estepa hacia la tierra y que todas las estrellas del cielo pinchan. Ninguno de los que estaban sentados a la mesa adivinó por entonces que me arrastraría como un armario a través de sembrados y hierbales hacia la puerta del campo. Que apenas tres años después, solo en la noche, soy un hombre-patata y llamo volver a casa al trayecto de regreso al campo de trabajo.

En la puerta del campo, los perros ladraron con esas voces nocturnas de soprano siempre tan parecidas al llanto. A lo mejor Tur Prikulitsch había llegado a un acuerdo con los centinelas, porque me hicieron pasar con una seña, sin registrarme. Los oí reír detrás de mí, zapateando sobre el suelo. Yo iba tan relleno que no pude volverme, seguramente alguien imitaba mi caminar envarado.

Al día siguiente, en el turno de noche, llevé a Albert Gion 3 patatas medianas. A lo mejor le apetece asarlas tranquilamente al fondo en el fuego, en el cestillo de hierro. No, no le apetece. Las mira una por una y las coloca en su gorra. Por qué precisamente 273 patatas, pregunta.

Porque el cero absoluto es a 273 grados bajo cero, le contesto, más frío es imposible.

Hoy te ha dado por la ciencia, comenta, seguro que te has equivocado al contar.

Imposible, replico, la cifra 273 se vigila a sí misma, es un postulado.

Postulado, repite Albert Gion, tendrías que haber pensado en otra cosa. Hombre, Leo, podrías haberte largado.

Entregué 20 patatas a Trudi Pelikan, pagando con ellas el azúcar y la sal. Dos meses después, poco antes de Navidad, las 273 patatas se habían acabado. A las últimas les salieron unos ojos escurridizos azul verdoso exactamente iguales que los de Bea Zakel. Me pregunté si debería decírselo algún día.

Cielo abajo tierra arriba

En la casa de verano en el Wench, en pleno huerto, de frutales, había un banco de madera sin respaldo. Se llamaba tío Hermann. Le habíamos dado ese nombre porque no conocíamos a nadie que se llamara así. Tío Hermann tenía clavadas en el suelo dos patas redondas hechas de troncos de árbol. El asiento se componía de una superficie pulcramente aserrada; en la parte inferior, la madera conservaba la corteza. A pleno sol, tío Hermann sudaba gotas de resina. Si tirabas de ellas para despegarlas, al día siguiente reaparecían.

Más arriba, sobre la colina de hierba, estaba tía Luia: tenía respaldo y cuatro patas y era más pequeña y esbelta que tío Hermann, y más añosa. Tío Hermann había llegado más tarde. Yo me dejaba caer rodando por la colina delante de tía Luia. Cielo abajo, tierra arriba, y en medio, hierba. La hierba siempre me sujetaba por los pies para que no me cayera al cielo. Yo siempre veía el bajo vientre gris de tía Luia.

Una noche, mi madre estaba sentada sobre tía Luia y yo yacía a sus pies, de espaldas en la hierba. Mirábamos hacia arriba, todas las estrellas estaban allí. Mi madre se subió el cuello de la chaqueta de punto por encima de la barbilla hasta que el cuello de la chaqueta tuvo labios. Y entonces el cuello, no ella, dijo: El cielo y la tierra forman el mundo. El cielo es tan grande porque en él cuelga un abrigo para cada persona. Y la tierra es tan grande debido a las distancias hasta los dedos de los pies del mundo. Pero están tan lejos que hay que dejar de pensarlo, porque sientes las distancias como un malestar vacío en el estómago.

Dónde están los confines del mundo, pregunté.

Donde termina.

En los dedos de los pies.

Sí.

También son diez.

Creo que sí.

Sabes qué abrigo te pertenece.

Sólo cuando esté en el cielo.

Pero allí están los muertos.

Sí.

Cómo llegan allí.

Caminando con el alma.

El alma también tiene pies.

No, alas.

Los abrigos tienen mangas.

Sí.

Las mangas son sus alas.

Sí.

Tío Hermann y tía Luia son pareja.

Si la madera se casa, sí.

Entonces mamá se levantó y se dirigió a casa. Yo me acomodé en tía Luia, justo donde ella había estado sentada. En el huerto de frutales tiritaba el viento negro.

Sobre las variantes del tedio

Hoy no tengo turno de mañana, ni de tarde, ni de noche. Al último turno de noche le sucede siempre el largo miércoles. Es mi domingo y no finaliza hasta el jueves a las dos del mediodía. Hay demasiado aire libre a mi alrededor. Tendría que cortarme las uñas, pero la última vez pensé que, en mis dedos, se las cortaba a otra persona. No supe a quién.

Por la ventana del barracón se divisa la calle principal hasta la cantina. Por ella vienen las dos Siris con un cubo, debe de contener carbón, pesa mucho. Tras pasar ante el primer banco, se sientan en el segundo porque tiene respaldo. Podría abrir la ventana para saludarlas o salir. Comienzo a calzarme los chanclos y luego me quedo sentado en la cama con ellos puestos.

Existe el tedioso delirio de grandeza del gusano de goma del reloj de cuco, el codo negro en el tubo de la estufa. La sombra de la mesita de madera deteriorada yace en el suelo. A medida que el sol gira, su sombra se renueva. Existe el tedio del espejo del agua en el cubo de hojalata y el agua en mis piernas hinchadas; el tedio de la costura rasgada de mi camisa y de la aguja de coser prestada y el tembloroso tedio de coserla, en el que el cerebro resbala por encima de mis ojos, y el tedio de partir el hilo con los dientes.

Entre los hombres existe el tedio de las depresiones disimuladas en medio de sus gruñones juegos de naipes sin el menor asomo de pasión. Con buenas cartas, hay que desear ganar, pero los hombres interrumpen el juego antes de que haya un ganador o un perdedor. Y entre las mujeres existe el tedio del canto, sus canciones nostálgicas al despiojarse con las tediosas y sólidas lendreras de asta y baquelita. Y existe el tedio de los peines de hojalata mellados que no sirven para nada, y el tedio de cortar el pelo al cero, y el tedio de los cráneos como tarros de porcelana, decorados con florecillas de pus y guirnalda de picaduras de piojos recientes que van difuminándose poco a poco. También existe el tedio mudo de Imaginaria-Kati. Imaginaria-Kati nunca canta. Kati, no sabes cantar, le pregunté. Ya me he peinado, me respondió. Ves, sin pelo, el peine araña.

El patio del campo es un pueblo vacío al sol, las puntas de las nubes son de fuego. Mi tía Fini, en un prado de la montaña, señaló el sol poniente. Un golpe de viento le había levantado el pelo, convirtiéndolo en un nido de pájaro y dividiendo la parte posterior de su cabeza con una blanca raya al medio. Y ella dijo: El Niño Jesús está horneando pastas. Ahora mismo, pregunté. Ahora mismo, repuso.

Existe el tedio de las conversaciones desperdiciadas, por no decir ocasiones. Por un deseo sencillo se gastan muchas palabras, y quizá ninguna perdure. A menudo evito las conversaciones, y cuando las busco me atemorizan, sobre todo las

conversaciones con Bea Zakel. Tal vez no espere nada de Bea Zakel cuando hablo con ella. Quizá me sumerja en sus ojos rasgados movido por el deseo de mendigar clemencia de Tur. En el fondo hablo con todos más de lo que deseo, para mitigar mi soledad. Como si se pudiera estar solo en el campo. No se puede, ni siquiera cuando el campo es un pueblo vacío al sol.

Siempre ocurre lo mismo, me tumbo porque más tarde ya no disfrutaré de la misma tranquilidad que ahora, pues los demás regresarán del trabajo. Los del turno de noche no duermen mucho tiempo seguido, tras cuatro horas de sueño obligatorio me despierto. Podría calcular cuánto tiempo falta para que llegue al campo otra primavera tediosa, con la consiguiente paz absurda y el rumor de que pronto podremos volver a casa. Y yazgo en esa nueva paz en medio de la hierba nueva y cargo roda la tierra a la espalda. Pero nos van a trasladar a otro campo más al este, a un campo de leñadores. Y empaqueto mis objetos del sótano en la maleta del gramófono, empaqueto y empaqueto y no acabo. Los otros esperan ya. La locomotora pita, y salto al estribo en el último momento. Viajamos de un bosque de abetos a otro. Los árboles se apartan de un salto y esquivan las vías, y en cuanto ha pasado el tren, retornan a su lugar de otro salto. Y llegamos y nos apeamos, primero el comandante Schischtvanionov. Yo me tomo mi tiempo y confío en que nadie advierta que en la maleta del gramófono no llevo ni una sierra ni un hacha, sólo objetos del sótano y mi pañuelo blanco. El comandante se ha cambiado de ropa nada más bajar, su uniforme lleva botones de asta y hombreras con hojas de roble a pesar de que estamos en un bosque de abetos. Se impacienta, *daváy*, *date prisa*, me dice, sierras y hachas tenemos de sobra. Me apeo y él me entrega un saco de papel pardo. Otra vez cemento, me pasa por la mente. Pero el saco está roto en una esquina, y se derrama harina blanca. Doy las gracias por el regalo, cojo el saco bajo el brazo izquierdo y con el derecho me cuadro. Schischtvanionov dice: Descanse, en estas montañas también hay que hacer voladuras. Al instante comprendo: la harina blanca es dinamita.

En lugar de entretenerme con estas ocurrencias, podría leer algo. Pero hace tiempo que vendí como papel de fumar, para calmar un poco el hambre, el terrible Zaratustra, el grueso Fausto y el Weinheber impreso en papel biblia. En mi anterior miércoles libre imaginé que no subíamos al tren. Que el barracón sin ruedas viaja con nosotros hacia el este y al viajar se estira como un acordeón. Que no traquetea, que en el exterior desfilan a la carrera las acacias arañando la ventanilla con sus ramas, y yo, sentado al lado de *Kobelian*, pregunto: Cómo viajamos si no tenemos ruedas. Y *Kobelian* contesta: Es que vamos sobre un cojinete.

Estoy cansado y no me apetece que se apodere de mí ningún tipo de nostalgia. Existen toda suerte de tedios, los que pasan corriendo y los que llegan tarde, rezagados. Si los trato bien, no me hacen nada y cada día me pertenecen. Durante todo el año, encima del pueblo ruso hay una tediosa luna delgada, su cuello parece

una flor de pepino o una trompeta con los pistones grises. Unos días después crece hasta convertirse en una medialuna similar a una gorra de visera colgada. Y en los días siguientes nos contempla desde el cielo una tediosa esfera lunar completa, llena hasta rebosar, todos los días existe el tedio del alambre de espino sobre el muro del campo, el tedio de los centinelas en las torretas, las puntas brillantes de los zapatos de Tur Prikulitsch y el tedio de los propios chanclos rotos. Y el tedio de la nube blanca de la torre de refrigeración, y el tedio de los paños blancos del pan. Y el tedio de las planchas de asbesto onduladas, de los vapores de alquitrán y de los viejos charcos de aceite.

Existe el tedio del sol cuando se seca la madera y la tierra se vuelve más fina que el juicio en la mente, cuando los perros guardianes duermen en vez de ladrar. Y antes de que la hierba acabe muriéndose de sed, el cielo se nubla, y entonces existe el tedio en las puntas de las cuerdas de lluvia, hasta que la madera se hincha y los zapatos se adhieren al barro y las ropas a la piel. El verano tortura al follaje, el otoño a los colores, el invierno a nosotros.

Existe el tedio de la nieve recién caída con polvo de carbón y de la nieve vieja con polvo de carbón, el tedio de la nieve vieja con mondas de patata y de la nieve recién caída sin mondas de patata. El tedio de la nieve con arrugas de cemento y manchas de alquitrán, la lana cubierta de harina de los perros guardianes y sus ladridos graves de chapa y agudos de soprano. Existe el tedio de los tubos que gotean, con carámbanos cual rábanos de cristal, y el tedio de la nieve, acolchada como un mueble, sobre las escaleras del sótano. También existe el hilo de hielo y su deshielo, como una redecilla del pelo sobre la arcilla desmigajada de las baterías de coque. También existe el tedio de la nieve pegajosa aferrada a las personas, que vidria nuestros ojos y abrasa nuestras mejillas.

Sobre las anchas vías rusas existe la nieve de los travesaños de madera, la corona de óxido de los tornillos, que están muy juntos, dos, tres o incluso cinco, como galones de distinto rango. Y en el terraplén de la vía, cuando alguien se desploma, existe el tedio de la nieve con el cadáver y su pala. Apenas retirado, ya has olvidado el cadáver, porque la nieve espesa impide ver el contorno de los enjutos cadáveres. Sólo el tedio de una pala abandonada. No hay que estar cerca de la pala. Cuando sopla un viento flojo, vuela un alma adornada con plumas. Si es fuerte, la arrastra en oleadas. No sólo a ella, con cada cadáver seguramente queda libre un ángel del hambre que busca un nuevo huésped. Sin embargo, ninguno de nosotros es capaz de alimentar a dos ángeles del hambre.

Trudi Pelikan me contó que ella y la auxiliar sanitaria rusa acompañaron a *Kobelian* al terraplén de la vía y cargaron en el camión a la congelada Corina Marcu. Trudi subió a la caja para desnudar el cadáver antes de enterrarlo, pero la auxiliar sanitaria dijo: Eso lo liaremos más tarde. La auxiliar sanitaria iba en la cabina con

Kobelian, y Trudi Pelikan, sentada arriba con el cadáver. *Kobelian* no fue al cementerio sino al campo, donde Bea Zakel esperaba en el barracón de los enfermos y, apenas oyó rugir al camión, salió a la puerta con su hijo en brazos. *Kobelian* se cargó al hombro a la difunta Corina Marcu y, por orden de la auxiliar sanitaria, no la llevó a la cámara mortuoria ni a la sala de curas, sino a la habitación privada de la auxiliar sanitaria. Allí no supo dónde ponerla, porque la auxiliar dijo: Espera. La muerta le pesaba mucho en los hombros y la dejó resbalar hasta el suelo. La apoyó contra él hasta que la auxiliar sanitaria metió apresuradamente en un cubo las latas de conservas y la mesa quedó despejada. *Kobelian* tendió a la muerta encima de la mesa sin decir palabra. Trudi Pelikan comenzó a desabrochar la chaqueta de la muerta, porque creía que Bea Zakel esperaba a las ropas. La auxiliar sanitaria dijo: Primero el pelo. Bea Zakel encerró a su hijo detrás del cobertizo de madera con los demás niños. El niño pateó la pared de madera y gritó hasta que también los demás niños empezaron a gritar más fuerte, igual que los perros cuando uno de ellos empieza a ladrar. Bea Zakel tiró de la cabeza de la muerta hasta que asomó por el borde de la mesa y sus cabellos quedaron colgando. Corina Marcu, de milagro, nunca había sido rapada, y la auxiliar sanitaria le cortó el pelo al cero. Bea Zakel colocó los cabellos con esmero en una cajita de madera. Trudi quiso saber para qué servían, y la auxiliar sanitaria respondió: Para hacer cojines para las ventanas. Trudi preguntó: Para quién, y Bea Zakel dijo: Para la sastrería, el señor Reusch nos cose cojines para las ventanas, el pelo no deja entrar las corrientes de aire. La auxiliar sanitaria se lavó las manos con jabón y dijo: Tengo miedo de aburrirme cuando esté muerta. Bea Zakel puntualizó entonces con voz inusualmente alta: Con razón. Bea Zakel arrancó luego dos hojas en blanco del registro de enfermos y tapó la cajita de madera. Con la cajita debajo del brazo, parecía que hubiera comprado en el pueblo ruso algún género perecedero. No esperó a la ropa, sino que desapareció con la cajita antes de que hubieran terminado de desvestir a la muerta. *Kobelian* volvió a su camión. Costó lo suyo desnudar a la muerta, porque Trudi no quería cortar el estupendo traje *fufáika*. A fuerza de tirones cayó al suelo, junto al cubo, desde el bolsillo de la chaqueta de la muerta, un broche con un gato. Trudi Pelikan se agachó a recogerlo y delectó en el cubo lo que estaba impreso en una de las brillantes latas de conserva: *corned beef*. No daba crédito a sus ojos. Mientras ella delectaba todavía, la auxiliar sanitaria recogió el broche. Durante todo el rato el camión rugió fuera, pero no se marchó. La auxiliar sanitaria salió con el broche del gato en la mano y regresó con la mano vacía, diciendo: *Kobelian*, sentado al volante, no para de decir Dios Santo y llorar.

El tedio es la paciencia del miedo. Porque no quiere exagerar. Sólo a veces, y por eso le interesa mucho, quiere saber qué tal me va.

Podría comerme un trozo del pan ahorrado del almohadón con una pizca de azúcar o de sal. O poner a secar mis paños mojados para los pies sobre el respaldo de

la silla, junto a la estufa. La mesita de madera proyecta una sombra alargada, el sol ha dado la vuelta. En primavera, en la próxima primavera, a lo mejor me agencio dos trozos de goma de la cinta transportadora de la fábrica o de un neumático del garaje y se los llevo al zapatero.

La primera del campo que llevó *balétki*, ya el verano pasado, fue Bea Zakel. Fui a verla al almacén de ropa, necesitaba otros zapatos de madera. Rebusqué en el montón, y Bea Zakel me advirtió: Sólo tengo muy grandes o muy pequeños, dedales o barcos, todos los medianos han desaparecido. Me probé muchos para quedarme más tiempo. Primero opté por unos pequeños, pero luego pregunté cuándo llegarían los medianos. Al final me quedé con dos grandes. Bea Zakel dijo: Póntelos enseguida y deja los viejos aquí. Mira lo que tengo, *balétki*.

De dónde, pregunté.

Ella dijo: Del zapatero. Fíjate, se doblan como si fueras descalza.

Cuánto cuestan, inquirí.

Eso tienes que preguntárselo a Tur, respondió.

A lo mejor *Kobelian* me da los trozos de goma de balde. Por lo menos deberían tener el tamaño de dos palas. Necesito dinero para el zapatero. Tendría que vender carbón mientras aún hace frío. En verano, en el próximo verano, a lo mejor el tedio se quita los paños de los pies y se pone *balétki*. Entonces correrá como si fuera descalzo.

Hermano sustituto

A principios de noviembre Tur Prikulitsch me llamó a su oficina.

Tengo correo de casa.

El paladar palpita de alegría, no logro cerrar la boca. Tur hurga en una caja dentro del armario entreabierto. En la mitad cerrada del armario hay una foto de Stalin pegada, altos pómulos grises como dos escombreras, nariz imponente como un puente de hierro, bigote como una golondrina. Al lado de la mesa brama la estufa de carbón, encima murmura una cazuela destapada con té negro. Junto a la estufa hay un cubo con carbón de antracita. Tur dice: Echa un poco más de carbón mientras encuentro tu carta.

Busco en el cubo tres trozos adecuados, la llama salta como una liebre blanca a través de una liebre amarilla. Después la amarilla salta atravesando a la blanca, y ambas se destrozan entre sí y silban a dos voces. *Aymé*. El fuego proyecta calor sobre mi cara, y la espera, miedo. Cierro la puertecilla de la estufa y Tur el armario. Me entrega una postal de la Cruz Roja.

A la postal va cosida con hilo blanco una foto, cuidadosamente respunteada con la máquina de coser. En la foto se ve a un niño. Tur me mira de hito en hito, yo miro la postal, y el niño cosido a la postal me mira a la cara, mientras desde la puerta del armario Stalin nos observa a todos.

Debajo de la foto se lee:

Robert, nac. el 17 de abril de 1947.

Es la letra de mi madre. El niño de la foto lleva un gorrito de ganchillo y un lazo debajo de la barbilla. Vuelvo a leer: Robert, nac. el 17 de abril de 1947. No pone nada más. La letra manuscrita me da una puñalada, el pensamiento práctico de mi madre, el ahorro de espacio con la abreviatura *NAC.* por nacido. Mi pulso late en la postal, no en la mano con la que la sostengo. Tur me pone sobre la mesa la lista de correo y un lápiz: he de buscar mi nombre y firmar. Tras acercarse a la estufa, estira las manos y escucha el borboteo del agua del té y los silbidos de las liebres del fuego. Primero se desvanecen las columnas ante los ojos, luego las letras. Entonces me arrodillo junto al borde de la mesa, dejo caer las manos sobre ella y, escondiendo la cara entre las manos, lloro.

Quieres té, pregunta Tur. Quieres aguardiente. Creí que te alegrarías.

Sí, contesto, me alegro porque en casa aún conservan la vieja máquina de coser.

Bebo con Tur Prikulitsch un vaso de aguardiente y luego otro. Para la gente *depielyhuesos* es demasiado. El aguardiente arde en el estómago y las lágrimas en el rostro. Hacía una eternidad que no lloraba, enseñé a mi nostalgia a mantener los ojos secos. He conseguido incluso que mi nostalgia no tenga amo. Tur me entrega el lápiz

y señala la columna correcta. Escribo tembloroso: Leopold. Necesito el nombre completo, dice Tur. Escríbelo tú, replico, yo no soy capaz.

Después salgo al exterior nevado con el niño cosido en la chaqueta *fufáika*. Desde fuera, veo en la ventana de la oficina el cojín contra las corrientes de aire del que me habló Trudi Pelikan. Está cosido y relleno con esmero. El pelo de Corina Marcu no pudo ser suficiente, seguro que contiene cabello de más gente. De las bombillas fluyen embudos blancos, la torreta de vigilancia del fondo oscila en el cielo. Las alubias blancas de Cítara-Lommer están diseminadas por el patio nevado. La nieve se desliza cada vez más lejos, con el muro del campo. Pero en el paseo principal, por donde voy, hasta mi cuello se alza. El viento tiene una guadaña afilada. Yo carezco de pies, camino sobre las mejillas y pronto no tendré ni mejillas. Lo único que tengo es un niño cosido, mi hermano sustituto. Mis padres han fabricado un niño porque ya no cuentan conmigo. Igual que mi madre abrevia nacido con *NAC.*, también abreviaría fallecido con *FALL*. Ya lo ha hecho. Mi madre no se avergüenza, con su esmerado pespunte de hilo blanco, de que yo tenga que leer bajo la línea:

Por mí puedes morirte donde estás, me ahorrarías sitio en casa.

En el espacio en blanco bajo la línea

La postal de la Cruz Roja de mi madre llegó al campo en noviembre. Un viaje de siete meses. En casa la enviaron en abril. Entonces el niño cosido ya llevaba nueve meses en el mundo.

He colocado la postal con el hermano sustituto en el fondo de la maleta, junto al pañuelo blanco. En la postal sólo había una línea, y en ella no figuraba una sola palabra sobre mí. Ni siquiera en el espacio en blanco bajo la línea.

En el pueblo ruso aprendí a mendigar comida. No quería mendigar a mi madre una alusión. En los dos años restantes me contuve para no contestar a la postal. El ángel del hambre me había enseñado a mendigar durante los dos años anteriores. En los dos restantes aprendí del ángel del hambre el orgullo puro y duro. Era tan brutal como resistir delante del pan. Era una tortura cruel. Cada día, el ángel del hambre me mostraba a mi madre alimentando a su hijo sustituto y pasando de largo junto a mi vida. Arreglada y saciada, vagaba por mi cabeza con su cochecito de niño de color blanco. Y yo la miraba desde todos los lugares donde yo no aparecía, ni siquiera en el espacio en blanco bajo la línea.

La cuerda de Minkowski

Aquí todo el mundo tiene su presente. Aquí todo el mundo toca el suelo con sus chanclos de goma o con sus zapatos de madera, ya sea en el sótano a doce metros bajo tierra, o en el tablón del silencio. Cuando Albert Gion y yo no estamos trabajando, nos sentamos en un banco hecho con dos piedras y un tablón. En la alambrada luce una bombilla, en el cestillo de hierro, un fuego de coque. Descansamos y callamos. Muchas veces me pregunto si todavía sé contar. Si ahora estamos en el cuarto año y en la tercera paz, aquí en el sótano también tiene que haber habido una primera y una segunda paz, y también una paz anterior, sin mí. Y aquí, en el sótano, tiene que haber tantos turnos de día y de noche como estratos. Y mis turnos con Albert Gion, habría debido contarlos, pero sabré contar todavía.

Sé leer todavía. En Navidad mi padre me regaló un libro: *Tú y la física*. En él se leía que toda persona y todo acontecimiento tienen su propia ubicación en el espacio y en el tiempo. Es una ley natural. Y por eso absolutamente todo tiene su propia legitimación en el mundo. Y todo lo existente, su propia cuerda, la *cuerda de Minkowski*. Mientras estoy aquí sentado, está por encima de mi cabeza, recta hacia arriba. Y cuando me muevo, se dobla como yo y secunda mi movimiento. Así pues, no estoy solo.

También todo rincón del sótano tiene su cuerda, y todos los del campo. Pero ninguna cuerda roza a otra. Hay un bosque de cuerdas minuciosamente ordenado por encima de todas las cabezas. Cada uno respira en su sitio con su cuerda. La torre de refrigeración incluso respira el doble, porque la nube de la torre de refrigeración seguramente tiene su propia cuerda. El libro no conoce muy a fondo la aplicación a un campo de trabajo. También el ángel del hambre tiene su cuerda de Minkowski. Pero en el libro no se decía si un ángel del hambre deja siempre con nosotros su cuerda de Minkowski y por eso no se marcha cuando dice que volverá. A lo mejor el ángel del hambre sentiría respeto por el libro, ojalá lo hubiese traído.

En el banco del sótano casi siempre permanezco callado, escudriñando el interior de mi mente como a través del nítido resquicio de una puerta. En el libro se leía también que todos, en todo tiempo y lugar, repasan su propia película. En cada mente la bobina proyecta 16 imágenes por segundo. *Probabilidad de presencia* era otra de las expresiones de *Tú y la física*. Como si no fuera evidente que estoy aquí y que no tendría que querer irme para no estar aquí. Y esto es así porque, en cuanto cuerpo en un lugar, es decir, en el sótano, soy una partícula, pero gracias a mi cuerda de Minkowski soy al mismo tiempo una onda. Y en cuanto onda, también puedo estar en otra parte, y alguien que no esté aquí puede estar conmigo. Puedo escoger quién. Personas no, mejor un objeto que no desentone con los estratos del sótano. Por

ejemplo, el *saurio*. El elegante autocar rojo oscuro con parachoques cromados que hacía el recorrido entre Hermannstadt y Salzburg se llamaba Saurio. En verano, mi madre y mi tía Fini viajaban en el Saurio al balneario de Ocna-Băi, ubicado a diez kilómetros de Hermannstadt. A su regreso, me dejaban lamerles los brazos desnudos para comprobar lo salados que eran los baños. Y me hablaban de las escamas nacaradas de las laminitas de sal entre los tallos de hierba de los prados. A través de la luminosa rendija de la puerta que había dentro de mi cabeza, puse en marcha el autocar Saurio entre el sótano y yo. El también tiene su luminosa rendija en la puerta y su cuerda de Minkowski. Nuestras cuerdas nunca se rozan, pero nuestras luminosas rendijas de la puerta se encuentran debajo de la bombilla, donde la ceniza volante remolinea con su cuerda de Minkowski. A mi lado, en el banco, Albert Gion guarda silencio con su cuerda de Minkowski. Y el banco es el tablón del silencio, porque Albert Gion no me puede decir en qué película está en este momento, al igual que yo tampoco puedo decirle que tengo aquí, en el sótano, un autocar de color rojo oscuro con parachoques cromados. Cada turno es una obra de arte. Pero su cuerda de Minkowski es sólo una cuerda de acero con vagonetas circulantes. Y cada vagoneta con su cuerda es un simple acarreo de escoria a doce metros bajo tierra.

A veces creo que morí hace cien años y las plantas de mis pies son transparentes. Cuando escudriño mi mente a través de la luminosa rendija de la puerta, en el fondo sólo me interesa esa terca y tímida esperanza de que alguien piense en mí en algún momento y en algún lugar. Aunque no pueda saber dónde estoy en ese momento. Tal vez yo sea el viejo de una foto de boda inexistente con un diente de arriba mellado, y al mismo tiempo un niño flaco en el patio de una escuela que tampoco existe. Soy asimismo el rival y el hermano de un hermano sustituto que es mi rival, porque ambos existimos sincrónicamente. Pero también diacrónicamente, porque todavía no nos hemos visto nunca, es decir, en ningún tiempo.

Al mismo tiempo sé que lo que el ángel del hambre considera mi muerte, de momento no me ha sucedido.

Perros negros

Salgo del sótano: la nieve de la mañana me deslumbra. En las torretas de vigilancia hay cuatro estatuas de escoria negra. Las estatuas no son soldados, sino cuatro perros negros. Pero la primera y la tercera estatua mueven la cabeza, la segunda y la cuarta permanecen inmóviles. Luego el primer perro mueve las piernas y el cuarto el fusil, mientras el segundo y el tercero se mantienen quietos.

Sobre el techo de la cantina, la nieve es un lienzo blanco. Por qué ha colocado Fenja el lienzo del pan sobre el tejado.

La nube de la torre de refrigeración es un cochecito blanco de niño, se dirige al pueblo ruso donde crecen los abedules blancos. Cuando mi pañuelo blanco de batista pasaba ya el tercer invierno en mi maleta, un día, mendigando, llamé a la puerta de la anciana rusa. Abrió un hombre de mi edad. Pregunté si se llamaba Boris. Él dijo: *niet*. Pregunté si vivía allí una anciana. El contestó: *niet*.

En la cantina estará a punto de llegar el pan. Un día, cuando esté solo en el despacho del pan, me atreveré y le preguntaré a Fenja: Cuándo viajaré a casa, ya soy casi una estatua de escoria negra. Fenja responderá: Tienes raíles en el sótano y una montaña. Las vagonetas viajan continuamente a casa, ve con ellas. Antes te encantaba viajar en tren a las montañas. Pero entonces aún estaba en casa, aduciré. Lo ves, dirá Fenja, así será de nuevo.

Pero ahora traspaso la puerta de la cantina y me pongo en fila delante del mostrador. El pan está cubierto con la nieve blanca del tejado. Podría ponerme el último para estar a solas con Fenja en el despacho cuando me entregue mi pan. Pero no me atrevo, porque Fenja, en su fría santidad, tiene como todos los días tres narices en la cara: dos de ellas son los platillos de la balanza.

Total, una cucharada más o menos...

Había llegado otro Adviento. Yo me sentía desconcertado, sobre la mesa pequeña del barracón se erguía mi arbolito de alambre con la lana de abeto verde. El abogado Paul Gast lo había guardado en su maleta y en esta ocasión lo había adornado con tres bolas de pan. Porque estamos en el tercer año, anunció. Él creía que no sabíamos que si dispone de bolas de pan es porque le roba el pan a su mujer.

Su esposa, Heidrun Gast, vivía en un barracón de mujeres, los matrimonios no podían vivir juntos. Heidrun Gast tenía ya cara de monito muerto: la boca una ranura de oreja a oreja, la liebre blanca en las concavidades de las mejillas, y los ojos hinchados. Estaba en el garaje desde el verano y su trabajo consistía en rellenar las baterías de los vehículos. Su cara mostraba aún más agujeros que su *fufáika*, debido a la causticidad del ácido sulfúrico.

En la cantina comprobábamos a diario en qué convierte el ángel del hambre a un matrimonio. El abogado buscaba a su mujer como un guardián. Si ella ya se había sentado a la mesa entre otras personas, tiraba de su brazo y colocaba la sopa de ella junto a la suya. En cuanto su mujer desviaba la vista un instante, él metía la cuchara en su plato. Cuando ella se daba cuenta, él aducía: Total, una cucharada más o menos...

El arbolito con las bolas de pan aún reposaba sobre la mesa del barracón cuando Heidrun Gast murió, apenas comenzado el mes de enero. Las bolas de pan colgaban todavía del árbol cuando Paul Gast se puso el abrigo de su mujer, de cuello redondo y con los bolsillos de piel de conejo raídos. Y acudía a afeitarse más a menudo que antes.

A mediados de enero era nuestra cantante, Ilona Mich, la que llevaba el abrigo. Y el abogado podía visitarla detrás de la manta. En esa época preguntó el barbero: Tenéis hijos en casa.

El abogado respondió: Yo, sí.

Cuántos, preguntó el barbero.

Tres, contestó el abogado.

Sus ojos helados, rodeados por la espuma de afeitar, miraban fijamente hacia la puerta. Allí colgaba de un gancho mi gorra de guata con orejeras, como si fuera un pato abatido de un tiro. El abogado soltó un profundo suspiro, y desde el dorso de la mano del barbero, un trozo de espuma cayó al suelo justo entre las patas de la silla, donde reposaban, casi de puntillas, los chanclos de goma del abogado. Los llevaba atados por debajo de la suela a los tobillos con alambre de cobre brillante, completamente nuevo.

Un día mi ángel del hambre fue abogado

No se lo cuentes nunca a mi marido, me advirtió Heidrun Gast. Ocurrió un día que pudo sentarse entre Trudi Pelikan y yo porque el abogado Paul Gast no vino a comer, le supuraban los dientes. Ese día Heidrun Gast pudo hablar.

Contó que en el techo, entre el taller de automóviles y la nave de la fábrica bombardeada, hay un agujero del tamaño de la copa de un árbol. Arriba, en la nave de la fábrica, llevan a cabo labores de desescombro. A veces abajo, en el suelo del taller, se ve una patata que un hombre arroja desde arriba para Heidrun Gast. Siempre es el mismo hombre, ella alza la vista hacia arriba y él mira hacia abajo. No pueden hablar, él está tan vigilado arriba como ella en el taller. El hombre viste una *fufáika* a rayas, es un prisionero de guerra alemán. La última vez, cayó una patata muy pequeña entre las cajas de herramientas. Es posible que Heidrun Gast no la encontrase en el acto y llevase allí uno o dos días. O el hombre tuvo que tirarla más rápido que de costumbre. O por ser tan pequeña se alejó rodando más lejos de lo habitual. O tal vez él la arrojó deliberadamente a otro lugar. En un primer momento Heidrun Gast no estaba segura de que procediese realmente del hombre de arriba y no la hubiese colocado el *nachálnik* para tenderle una trampa. Empujó la patata debajo de la escalera con la punta del zapato, de forma que sólo pudiera verse si se sabía que estaba allí. Ella prefirió esperar hasta cerciorarse de que el *nachálnik* no la espiaba. Poco antes de finalizar la jornada recogió la patata, y entonces se percató de que llevaba un hilo atado alrededor. Como de costumbre, también ese día Heidrun Gast miró cuanto pudo hacia arriba por el agujero, pero no vio al hombre. Cuando llegó por la noche a su barracón, rompió el hilo con sus dientes. La patata estaba partida por la mitad. Entre las dos mitades había un jirón de tela. En él ponía *Elfriede ro, call, ensbu* y, abajo del todo, *Alem*. Las demás letras habían, sido corroídas por la fécula. Después de la bazofia de la cantina, cuando el abogado se marchó a su barracón, Heidrun Gast arrojó el trapo a una tardía hoguerita del patio y asó las dos mitades de patata. Sé, refirió, que me comí una noticia, eso aconteció hace sesenta y un días. Seguro que él no pudo irse a casa, y sin duda no ha muerto, aún estaba sano. Ha desaparecido de la faz de la tierra, dijo, igual que esa patata en mi boca. Lo echo de menos.

En sus ojos palpité una fina piel de hielo. Las concavidades de sus mejillas con pelusilla blanca se adherían a los huesos. Para su ángel del hambre no era ningún secreto que en ella ya no había nada que rascar. Me sentí mal, como si su ángel del hambre estuviera dispuesto a llevársela con mayor rapidez cuanto más confianza depositase ella en mí. Como si él fuera a mudarse a mí.

Sólo el ángel del hambre podría prohibir a Paul Gast robarle comida a su mujer. Pero el propio ángel del hambre es un ladrón. Todos los ángeles del hambre se

conocen, pensé, igual que nos conocemos nosotros. Todos ejercen nuestras profesiones. El ángel del hambre de Paul Gast es abogado, como él. Y el de Heidrun Gast, cómplice del de su marido. También el mío es cómplice, a saber de quién.

Heidrun, cómete la sopa, la animé.

No puedo, respondió.

Yo cogí la sopa. También Trudi Pelikan la miraba de reojo. Y Albert Gion, sin el menor disimulo. Comencé a comer a cucharadas, pero no las conté. Ni siquiera sorbí para tardar más. Comía completamente ensimismado, haciendo caso omiso de Heidrun Gast, de Trudi Pelikan y de Albert Gion. Olvidé todo lo que me rodeaba, la camina entera. Absorbí la sopa en mi corazón. Ante ese plato, mi ángel del hambre no era cómplice, sino abogado.

Empujé el plato vacío hacia Heidrun Gast, junto a su mano izquierda, hasta que chocó con su meñique. Ella lamió su cuchara sin usar y se la secó en la chaqueta, como si hubiera comido ella, no yo. Acaso ya no supiera si comía o miraba. O quizá pretendía fingir que había comido. Sea como fuere, se veía a su ángel del hambre tendido en la ranura de su boca estirada, por fuera de una palidez clemente y por dentro azul oscura. No cabe descartar que estuviera incluso horizontal. Y era seguro que en el agua con hebras de la sopa de col contaba los días que le quedaban a ella. Pero también cabe la posibilidad de que olvidase a Heidrun Gast y ajustase con más precisión la balanza de mi úvula. Que al comer calculase cuánto podría llevarse de mí y en qué momento.

Tengo un plan

*Cuando el ángel del hambre me pese, engañaré a su balanza.
Seré tan ligero como el pan que he ahorrado.
E igual de difícil de morder.
Ya lo verás, me digo, es un plan breve que durará mucho.*

El beso de hojalata

Después de cenar me tocaba turno de noche en el sótano. En el cielo se observaba cierta claridad. Una bandada de pájaros similar a un collar gris volaba hacia el campo de trabajo desde el pueblo ruso. No sé si los pájaros piaban arriba, en la zona clara, o en mi boca, junto al velo del paladar. Tampoco sé si piaban con los picos, frotaban las patas una con otra o tenían en sus alas viejos huesos sin cartílago.

De pronto se rompió un trocito del collar, se dividió en bigotes. Tres de ellos volaron a la frente del soldado de la torreta de vigilancia del fondo por debajo de la gorra. Permanecieron allí un buen rato. Cuando me volví de nuevo, en la puerta de la fábrica de enfrente los vi salir volando por debajo de la gorra desde el cogote. Su fusil osciló, el soldado de guardia se mantuvo inmóvil. Está hecho de madera y el fusil de carne, pensé.

Yo no quería cambiarme por el soldado de guardia de la torre, ni por el collar de pájaros. Tampoco quería ser el trabajador de la escoria que, noche tras noche, bajaba los sempiternos 64 escalones hasta el sótano. Pero anhelaba el cambio. Creo que deseaba convertirme en el fusil.

En el turno de noche volqué, como de costumbre, una vagoneta detrás de otra, y Albert Gion se dedicó a empujar. Después nos alternamos. La escoria caliente nos envolvía en vapor. Los trozos incandescentes olían a resina de abeto y mi cuello sudoroso, a té con miel. A Albert Gion se le balanceaba el blanco de los ojos como dos huevos pelados, y sus dientes como una lendrera. Y su cara negra no estaba con él en el sótano.

Durante la pausa, en el tablón del silencio, el pequeño fuego de coque iluminaba nuestros zapatos hasta la rodilla. Albert Gion se abrochó la chaqueta y preguntó: Qué añorará Heidrun Gast más, el alemán o las patatas. Esa ya ha mordido más veces el hilo, quién sabe lo que había escrito en los otros trozos. Hace bien el abogado robándole la comida. El matrimonio añoso te convierte en un hambriento, la infidelidad te sacia. Albert Gion me dio unos suaves toques en la rodilla. Señal de que ha terminado la pausa, pensé. Pero él dijo: Mañana la sopa será para mí, qué dice a eso tu cuerda de Minkowski. Mi cuerda de Minkowski calló. Permanecemos sentados en silencio un instante más. En el banco no se veía mi mano negra. La suya tampoco.

Al día siguiente, Paul Gast, a pesar de los dientes purulentos, volvió a sentarse junto a su mujer en la cantina. Podía comer de nuevo y Heidrun Gast podía volver a callar. Mi cuerda de Minkowski opinó al respecto que me sentía decepcionado, como tantas veces. Y que Albert Gion se mostraba más odioso que nunca. Deseando amargarle la comida al abogado, buscaba pelea. Le echó en cara sus inaguantables y ruidosos ronquidos. Después me volví odioso yo y aseguré a Albert Gion que él

roncaba más fuerte que el abogado. Albert Gion se puso fuera de sí porque le había echado a perder la bronca. Levantó la mano contra mí y su cara huesuda se asemejó a la cabeza de un caballo. Mientras discutíamos, el abogado hacía rato que metía su cuchara en el plato de su mujer. La cuchara de ésta se hundía cada vez menos y la de él cada vez más. Él sorbía y su mujer empezó a toser, para hacer algo con la boca, mientras se la tapaba estirando como una dama su dedo meñique, corroído por el ácido sulfúrico y tan sucio por el aceite de engrasar como los dedos de todos los de la cantina. El barbero Oswald Enyeter era el único que llevaba las manos limpias, pero estaban tan oscuras como las nuestras por la mugre, porque eran tan velludas como si se las hubieran prestado las ardillas de tierra. También Trudi Pelikan tenía las manos limpias desde que era enfermera. Limpias sí, pero teñidas de un amarillo parduzco de tanto frotar a los enfermos con ictiol.

Mientras cavilaba sobre el dedo estirado de Heidrun Gast y el estado de nuestras manos, llegó Karli Halmen y quiso intercambiar pan conmigo. No tenía yo la mente para un trueque, de modo que lo rechacé, quedándome con mi propio pan. Después se lo cambió a Albert Gion y entonces lo lamenté: el trozo de pan que ahora mordía Albert Gion parecía un tercio mayor que el mío.

A mi alrededor, la hojalata tintineaba en todas las mesas. Cada cucharada de sopa es un beso de hojalata, pensé. Y la propia hambre ejerce sobre todos un poder desconocido. Qué bien lo supe en ese momento y qué deprisa lo olvidé.

Así eran las cosas

La verdad pura y dura es que el abogado Paul Gast robó la sopa de la escudilla de su mujer, Heidrun Gast, hasta que ella ya no volvió a levantarse y murió porque no pudo hacer otra cosa, al igual que le robó su sopa porque su hambre no podía hacer otra cosa, al igual que se puso su abrigo de cuello redondo y los bolsillos raídos de piel de conejo y no tuvo la culpa de que ella hubiera muerto, al igual que ella no tuvo la culpa de no levantarse más, al igual que después nuestra cantante Loni Mich llevó el abrigo y no tuvo la culpa de que la muerte de la mujer del abogado hubiera dejado libre un abrigo, al igual que el abogado no tuvo la culpa de haber quedado libre por la muerte de su mujer, al igual que no tuvo la culpa de querer sustituirla por Loni Mich, ni ésta tuvo tampoco la culpa de desear a un hombre detrás de la manta o un abrigo, o de que ambas cosas fueran inseparables, así como el invierno no tuvo la culpa de ser gélido, ni el abrigo tuvo la culpa de abrigar mucho, ni los días tuvieron la culpa de ser una concatenación de causas y efectos, ni las causas y efectos tuvieron la culpa de ser la verdad pura y dura a pesar de que se trataba de un abrigo.

Así eran las cosas: como nadie tuvo la culpa, nadie pudo evitarlo.

Liebre blanca

Padre, la liebre blanca nos expulsa de la vida. Cada vez crece en más rostros en las concavidades de las mejillas.

Aunque todavía no es adulta en mí, contempla mi carne desde dentro, porque también es la suya. *Aymé.*

Sus ojos son carbones; su hocico, una escudilla de hojalata; sus patas, atizadores; su tripa, una vagoneta en el sótano; su camino, una vía empinada que asciende hacia la montaña.

Todavía está dentro de mí, despellejada y rosácea, esperando con su propio cuchillo, que también es el cuchillo del pan de Fenja.

Nostalgia. Como si la necesitase

Siete años después de mi regreso llevaba siete años sin nostalgia. Pero cuando vi en el escaparate de la librería de Grosser Ring un libro titulado Magia y leí Nostalgia. Por eso compré un ejemplar y emprendí el camino de la nostalgia, del regreso.

Hay palabras que hacen conmigo lo que se les antoja. Son completamente distintas a mí y piensan de diferente manera a como son. Se me ocurren para que piense que hay primeras cosas que ya quieren lo segundo, aunque yo no lo quiera. Nostalgia. Como si la necesitase.

Hay palabras que me consideran su objetivo, como si sólo estuvieran hechas para la recaída en el campo de trabajo, excepto la propia palabra *recaída*. Esta palabra seguirá siendo desacertada cuando me sobrevenga la recaída. La palabra *recuerdo* es asimismo desacertada. Tampoco la palabra *deterioro* sirve para la recaída. Ni la *experiencia*. Cuando tengo que habérmelas con esas palabras desacertadas, debo fingir siempre que soy más tonto de lo que soy. Pero tras cada encuentro conmigo, ellas se muestran aún más duras que antes.

Tienes piojos en la cabeza, en las cejas, en la nuca, en las axilas, en el vello púbico. Y chinches en el catre. Y hambre. Pero no dices: Tengo piojos y chinches y tengo nostalgia. Como si la necesitases.

Algunos dicen y cantan y callan y andan y sientan y duermen su nostalgia, tan persistente como inútil. Algunos creen que la nostalgia pierde su contenido con el tiempo, que arde a fuego lento y se torna en verdad devoradora porque ya no guarda relación alguna con un hogar concreto. Yo soy de los que piensan así.

Sé que ya en el mundo de los piojos hay tres clases de nostalgia: el piojo de la cabeza, el piojo del pubis y el piojo de la ropa. El piojo de la cabeza se arrastra y pica en el cuero cabelludo, detrás de las orejas, en las cejas, en el arranque del pelo en la nuca. Cuando te pica la nuca, también puede deberse al piojo de la ropa en el cuello de la camisa.

El piojo de la ropa no se arrastra. Se acomoda en las costuras. Se llama piojo de la ropa, pero no se alimenta de tejido. El piojo del pubis se arrastra y pica en el vello púbico. Las palabras vello púbico no se pronunciaban. Se decía: Me pica abajo.

El tamaño de los piojos es diferente, pero todos son blancos y parecen cangrejos diminutos. Cuando los aplastas entre las uñas de los pulgares, producen un chasquido seco. En una uña queda la mancha acuosa del piojo, y en la otra una mancha de sangre pegajosa. Los huevos de los piojos se alinean, incoloros, como un rosario de cristal o guisantes transparentes en su vaina. Los piojos sólo son peligrosos cuando son portadores del tifus exantemático o las fiebres tifoideas. Si no, puedes vivir con ellos. Te acostumbras a que te pique todo. Se podría pensar que los piojos pasaban de

una cabeza a otra en la barbería, a través del peine. Pero no les hacía falta, se arrastraban en el barracón de una cama a otra. Nosotros introducíamos las patas de las camas en latas de conserva con agua, para cortar el paso a los piojos. Pero ellos, tan hambrientos como nosotros, hallaban vías alternativas. En el recuento, estando en fila ante la ventanilla de la comida, ante las largas mesas de la cantina, trabajando al cargar y descargar, acuclillados en la pausa para fumar, incluso al bailar tangos, nos repartíamos los piojos.

Nos cortaban el pelo al cero con la maquinilla: a los hombres, Oswald Enyeter en la barbería; a las mujeres, la auxiliar sanitaria rusa en un cobertizo de tablas junto al barracón de los enfermos. En su primer rapado, las mujeres podían llevarse las trenzas y guardarlas en la maleta como recuerdo.

No sé por qué los hombres no se despiojaban unos a otros. Las mujeres juntaban sus cabezas a diario, hablaban, cantaban y se quitaban los piojos unas a otras.

Cítara-Lommer aprendió el primer invierno a limpiar de piojos el jersey de lana. Al atardecer, a menos de cero grados centígrados, se cava en la tierra un agujero de 30 centímetros de profundidad, se mete el jersey en el hueco, dejando asomar una punta de un dedo de largo, y se tapa el agujero sin apretar la tierra. Durante la noche todos los piojos salen del jersey y con las primeras luces del alba se apelotonan en la punta formando grumos blancos. Entonces puedes aplastar con el pie a todos a la vez.

Cuando llegaba marzo y la tierra ya no estaba tan profundamente congelada, cavábamos agujeros entre los barracones. Las puntas de las prendas asomaban de la tierra todas las noches como un huerto de punto. Al amanecer florecían con una espuma blanca, similar a la coliflor. Pisoteábamos los piojos y sacábamos los jerséis de la tierra. Volvían a abrigarnos y Cítara-Lommer decía: La ropa no muere ni siquiera cuando se la entierra.

Siete años después de mi regreso llevaba siete años sin piojos. Pero desde hace sesenta años, cuando tengo coliflor en el plato me como los piojos de la punta del jersey en las primeras luces del alba. Tampoco la nata montada es hasta la fecha un copete de nata.

A partir del segundo año podíamos practicar el despiojamiento todos los sábados junto a las duchas en la *etuba*, una cámara de aire caliente a más de 100 grados centígrados. Colgábamos nuestras ropas de unos ganchos de hierro que se movían mediante poleas como los carritos de la cámara frigorífica de un matadero. Asar la ropa llevaba aproximadamente hora y media, más tiempo del que teníamos y del agua caliente de que disponíamos para ducharnos. De modo que, después de la ducha, esperábamos desnudos en la antesala. Sarnosas figuras encorvadas, sin ropa parecíamos animales de trabajo inservibles. Nadie se avergonzaba. De qué vas a avergonzarte cuando careces de cuerpo. Sin embargo, estábamos en el campo a causa del cuerpo, para realizar un trabajo físico. Cuanto menos cuerpo tenías, más te

castigaban a través de él. Estos despojos pertenecían a los rusos. Ante los demás no me avergoncé jamás, sólo ante mí mismo al recordar la suavidad de mi piel en los baños Neptuno, donde el vapor de lavanda y la felicidad jadeante me aturdían. Donde jamás pensé en animales de trabajo, bípedos e inservibles.

Cuando las ropas salían de la etuba, apestaban a calor y a sal. La tela se quedaba chamuscada y quebradiza. Pero tras dos o tres recorridos de despiojamiento, también las remolachas introducidas de contrabando se convertían en la etuba en frutas escarchadas. Yo nunca tuve remolachas en la etuba. Yo tenía una pala del corazón, carbón, cemento, arena, bloques de escoria y escoria del sótano. Yo tuve un día de terror en las patatas, pero nunca tuve un día en el campo con la remolacha azucarera. Sólo los hombres que cargaban y descargaban remolacha en el *koljós* tenían frutas escarchadas en la etuba. Recordaba de casa cómo eran las frutas escarchadas: verde botella, rojo frambuesa, amarillo limón. Escondidas en el roscón como piedrecitas finas, y entre los dientes cuando comías. Las remolachas escarchadas eran pardas como la tierra; peladas parecían puños glaseados. Cuando veía comer a los otros, la nostalgia comía roscón, y el estómago se contraía.

La noche de San Silvestre del cuarto año, en el barracón de las mujeres, también yo comí remolachas escarchadas: una tarta. No fue cocinada, sino edificada por Trudi Pelikan. En lugar de frutas escarchadas..., remolachas escarchadas; en lugar de nueces..., pipas de girasol; en lugar de harina..., maíz molido; en lugar de platitos de postre para servirla..., azulejos de la cámara mortuoria del barracón de los enfermos. Y además, para cada uno un cigarrillo *Lucky Strike* traído del bazar. Yo di dos caladas y me emborraché. La cabeza se separó, flotando, de mis hombros y se mezcló con los demás rostros, los catres daban vueltas. Cantamos y nos balanceamos cogidos de los brazos al compás del blues del vagón de ganado:

*En el bosque florece el torvisco
La zanja aún tiene nieve
Y la cartita que me has escrito
Esa cartita, mucho me duele.*

Imaginaria-Kati, con su pedacito de tarta sobre el azulejo, sentada ante la mesita bajo la lámpara reglamentaria, nos miraba impasible. Pero cuando finalizó la canción, se bamboleó en su silla e hizo: *uuuh, uuuh*.

Con ese profundo *uuuh*, imitó el tono sordo de la locomotora de la deportación durante la última parada de la noche nevada de cuatro años antes. Yo me quedé petrificado, algunos lloraban. Tampoco Trudi Pelikan pudo contenerse. Imaginaria-Kati contemplaba los llantos mientras se comía su tarta. Era obvio que le gustaba.

Hay palabras que hacen con nosotros lo que se les antoja. Ya no recuerdo si la palabra rusa *vosh* designa a las chinches o a los piojos. Al escribir *vosh*, me refiero

tanto a chinches como a piojos. A lo mejor la palabra no conoce a sus animales. Yo sí.

Las chinches trepan paredes arriba y desde el cielo raso se dejan caer sobre las camas en medio de la oscuridad. No sé si con luz no se dejan caer o si sencillamente no se las ve. En los barracones, la luz reglamentaria permanece encendida toda la noche, como protección contra las chinches entre otras razones.

Nuestros catres son de hierro. Barras herrumbrosas unidas por ásperas soldaduras. En ellas se multiplican las chinches, como en las tablas sin cepillar bajo el jergón de paja. Cuando las chinches proliferan demasiado nos obligan a sacar, casi siempre en fin de semana, las camas al patio. Los hombres de la fábrica se han construido cepillos de alambre. Bajo la acción de los cepillos, los catres y las tablas adquieren una tonalidad cobriza debido a la sangre de las chinches aplastadas. Ejecutamos a conciencia el exterminio de chinches prescrito. Deseamos limpiar nuestras camas y descansar por las noches. Nos gusta ver la sangre de las chinches, porque es la nuestra. Todo el odio sale de nosotros. Cepillamos las chinches hasta matarlas y nos sentimos orgullosos de hacerlo, como si fueran rusos.

Después, el agotamiento se apodera de nosotros, como un golpe en la cabeza. El orgullo cansado entristece. Se ha cepillado hasta encogerse, hasta la próxima vez. Conscientes de la inutilidad, volvemos a meter en los barracones las camas sin chinches. Con una modestia piojosa, en el sentido más literal del término, decimos: Ya puede caer la noche.

Sesenta años después sueño que me han deportado por segunda, por tercera, e incluso por séptima vez. Coloco mi maleta del gramófono junto a la fuente y vago de un lado a otro por la plaza del recuento. Aquí no hay ninguna brigada, ningún *nachálnik*. No tengo trabajo. Estoy olvidado del mundo y de la nueva dirección del campo. Apelo a mi experiencia como veterano. A fin de cuentas, tengo mi pala del corazón; mi turno de día y mi turno de noche fueron siempre una obra de arte, explico. Yo no soy un paria, algo sé. Soy experto en sótano y escoria. Desde mi primera deportación llevo un trozo de escoria azabache del tamaño de un escarabajo incrustado en la espinilla. Señalo el lugar de la espinilla como si fuese una condecoración al valor. No sé dónde debo dormir, aquí todo es nuevo. Dónde están los barracones, pregunto. Dónde está Bea Zakel, dónde está Tur Prikulitsch. La coja Fenja viste en cada sueño una rebeca de ganchillo diferente, y encima siempre el mismo chal de paño blanco del pan. Ella dice que en el campo no hay dirección. Me siento desamparado. Aquí nadie quiere acogerme, y no puedo marcharme en ningún caso.

A qué campo ha ido a parar el sueño. Le interesa siquiera al sueño la existencia real de la pala del corazón y del sótano de la escoria. Que me basten los cinco años preso. Quiere el sueño deportarme eternamente para luego no dejarme siquiera trabajar en el séptimo campo. Eso es una verdadera ofensa. Nunca puedo objetar nada

al sueño, da igual cuántas veces me deporte y en qué campo esté en ese momento.

En caso de que tuviera que ser deportado de nuevo en esta vida, lo sabría: hay cosas esenciales que quieren algo accidental, aunque uno no lo desee en absoluto. Qué me impulsa a ese apego. Por qué de noche quiero tener derecho a mi desgracia. Por qué no puedo ser libre. Por qué obligo al campo a pertenecerme. Nostalgia. Como si la necesitase.

Un momento de lucidez

Una tarde Imaginaria-Kati estaba sentada, quién sabe desde cuándo, ante la mesita de madera del barracón. Seguramente a causa del reloj de cuco. Cuando entré, me preguntó: Vives aquí.

Le dije: Sí.

Yo también, repuso ella, pero detrás de la iglesia. En primavera nos mudamos a la casa nueva. Entonces se murió mi hermano pequeño. Era viejo.

Pero si era más joven que tú, repliqué.

Estaba enfermo, y si estás enfermo eres viejo, adujo ella. Entonces me puse sus zapatos de gamuza y me fui a la casa vieja. Había un hombre en el patio que me preguntó por qué había ido allí. Le enseñé los zapatos de gamuza. Entonces él dijo: La próxima vez, ven con la cabeza.

Qué hiciste entonces, inquirí.

Irme a la iglesia, contestó.

Yo le pregunté: Cómo se llamaba tu hermano pequeño.

Piold, igual que tú, contestó.

Yo me llamo Leo, precisé.

A lo mejor en vuestra casa, pero aquí te llamas Piold, insistió ella.

Qué momento de lucidez, pensé, dentro de ese nombre hay un piojo. Piold se parece a Leopold.

Imaginaria-Kati se levantó, se encorvó y, antes de alcanzar la puerta, echó otro vistazo al reloj de cuco. Pero su ojo derecho me observaba de reojo, como cuando se da la vuelta a la seda vieja. Y, levantando el índice, advirtió: Sabes una cosa, no me vuelvas a saludar en la iglesia agitando la mano.

La ligereza del heno

En verano nos dejaban bailar fuera, en el patio del recuento. Las golondrinas volaban en pos de su hambre, poco antes de caer la noche, los árboles festoneados ya de oscuro, las nubes inyectadas en rojo. Más tarde, encima de la cantina colgaba una luna delgada como un dedo. El tamborileo de Kowatsch Anton atravesaba el viento, las parejas de bailarines se balanceaban cual arbustos en la plaza del recuento. La campanita de baterías de coque repiqueteaba a intervalos. Inmediatamente después, desde el terreno de la fábrica de enfrente llegaba el resplandor del fuego y relumbraba en el cielo hasta aquí. Y hasta que se extinguía el brillo, podían verse la cabeza temblorosa de Loni cantando y los ojos pesados del acordeonista Konrad Fonn, siempre desviados hacia un lado, donde no había nada ni nadie.

Había algo animal en la forma en que Konrad Fonn abría y cerraba el acordeón estirando y apretando sus costillas. Sus párpados habrían sido lo bastante pesados para la lascivia, pero el vacío en sus ojos era demasiado frío. A él la música no le llegaba al alma, pues ahuyentaba de su propio ser las canciones, que se deslizaban dentro de nosotros. Su acordeón sonaba bronco y forzado. Desde que Cítara-Lommer, según se decía, había sido embarcado en Odessa en dirección a casa, a la orquesta le faltaban los tonos cálidos y claros. A lo mejor el acordeón estaba tan desafinado como el músico, y se preguntaba si el balanceo de las parejas de deportados que se movían como matorrales en el patio del recuento era baile.

Imaginaria-Kati, sentada en el banco, balanceaba los pies siguiendo el compás. Si un hombre quería bailar con ella, salía corriendo hacia la oscuridad. De vez en cuando bailaba con una de las mujeres, estirando el cuello y mirando hacia el cielo. Al cambiar de paso no perdía el compás, lo que indicaba que antes debía de haber bailado con frecuencia. Cuando estaba sentada en el banco y notaba que las parejas se acercaban demasiado, les tiraba guijarros. No era un juego, lo hacía con expresión seria. Albert Gion decía que la mayoría olvida el patio del recuento y hasta dicen que bailamos en la glorieta. Él no volvería a bailar con Siri Wandschneider, porque se pegaba como una lapa y estaba empeñada en liarse con él. Pero que era la música la que seducía allí, en la oscuridad, no él. En la Paloma invernal los sentimientos permanecían plegados como las costillas del acordeón, encerrados en la cantina. El baile veraniego agitaba por encima de la tristeza una ligereza de heno. Las ventanas del barracón relucían tenues; más que ver a los demás, los presentías. Trudi Pelikan opinaba que en la plaza la nostalgia goteaba desde la cabeza a la tripa. El tipo de parejas variaba cada hora, eran parejas de nostalgia.

Creo que las diferentes mezclas de bondad y perfidia que denotaban los emparejamientos eran probablemente tan distintas y acaso tan miserables como las

mezclas de carbón. Pero sólo se podía mezclar lo que se tenía. No se podía, se debía. De la misma manera que yo debía mantenerme fuera de todas las mezclas y vigilar para que nadie sospechase el motivo.

El acordeonista probablemente lo sospechaba, y manifestaba un cierto recelo. Eso me ofendía, aunque yo le encontraba repelente. Tenía que mirarle a la cara siempre, tanto tiempo y con tanta frecuencia como el resplandor del fuego de la fábrica pasaba por el cielo. Cada cuarto de hora veía, por encima del acordeón, su cuello con la cabeza de perro y los pavorosos ojos blancos de piedra desviados. Luego, el cielo volvía a convertirse en una noche negra. Yo esperaba un cuarto de hora hasta que la cabeza de perro se afeaba nuevamente a la luz. Sucedió siempre lo mismo en la Paloma de verano en el patio del recuento. Sólo a finales de septiembre, en una de las últimas noches de baile al aire libre, ocurrió algo diferente.

Yo estaba sentado, como tantas veces, con los pies encima del banco de madera y ambas rodillas encogidas bajo la barbilla. El abogado Paul Gast hizo una pausa en el baile y se sentó cerca de las puntas de mis pies sin decir palabra. A lo mejor todavía recordaba de vez en cuando a su mujer muerta, a Heidrun Gast. Pero en el momento en que apoyó la espalda, cayó una estrella encima del pueblo ruso.

Leo, tienes que desear algo deprisa, dijo.

El pueblo ruso se tragó la estrella, mientras todas las demás titilaban como sal gorda.

No se me ha ocurrido nada, añadió, y a ti.

Que vivamos, le dije.

Fue una mentira ligera como el heno. Yo había pedido que mi hermano sustituto no viviera. Deseaba hacer daño a mi madre, a él no lo conocía.

Sobre la suerte del campo

La suerte es algo súbito.

Conozco la suerte de la boca y la suerte de la cabeza.

La suerte de la boca acontece al comer y es más breve que la boca, incluso que la palabra boca. Cuando se pronuncia no tiene tiempo de subir a la cabeza. La suerte de la boca no quiere que se hable de ella. Al hablar de la suerte de la boca tendría que decir *súbitamente* delante de cada frase. Y después de cada frase: *No se lo dices a nadie, porque todos tienen hambre.*

Lo diré sólo una vez: súbitamente, tiras de la rama hacia abajo, coges flores de acacia y te las comes. No se lo dices a nadie, porque todos tienen hambre. Coges acederas al borde del camino y te las comes. Coges tomillo silvestre entre los tubos y te lo comes. Coges manzanilla al lado de la puerta del sótano y te la comes. Coges ajo silvestre junto a la valla y te lo comes. Tiras de la rama hacia abajo, coges moras negras y te las comes. Coges avena silvestre en la tierra baldía y te la comes. No encuentras ni una sola monda de patata detrás de la cantina, pero sí un troncho de col, y te lo comes.

En invierno no coges nada. Recorres desde el tajo el trayecto de vuelta al barracón y no sabes en qué lugar sabrá mejor la nieve. Debes coger ahora mismo un puñado en la escalera del sótano o en el montón de carbón cubierto de nieve o en la puerta del campo. Sin decidirte, coges un puñado del copete blanco que cubre el poste de la valla y te refrescas el pulso y la boca y el cuello hasta bajar al corazón. Súbitamente, ya no sientes el cansancio. No se lo dices a nadie, porque todos están cansados.

Si nadie se desploma, un día es igual a otro. Deseas que un día sea como el otro. El quinto viene después del noveno, dice el barbero Oswald Enyeter; según sus normas, tener suerte es un poco *balamuk*. Yo tengo que tener suerte, porque mi abuela dijo: Sé que volverás. Tampoco eso se lo cuento a nadie, porque todos ansían el regreso. Para tener suerte hace falta un objetivo. Tengo que buscar un objetivo, aunque sólo sea la nieve sobre el poste de la valla.

De la suerte de la cabeza puede hablarse mejor que de la suerte de la boca.

La suerte de la boca desea estar sola, es muda y echa raíces por dentro. Pero la suerte de la cabeza es sociable y anhela a otras personas. Es una suerte errabunda, también rezagada. Dura más de lo que tú eres capaz de resistir. La suerte de la cabeza está despedazada y es difícil de clasificar, se mezcla como quiere y pasa deprisa de suerte clara a

oscura

borrosa

ciega
envidiosa
oculta
revoloteante
titubeante
impetuosa
impertinente
vacilante
caída
dejada caer
apilada
engarzada
engañada
deshilachada
desmigajada
enrevesada
acechante
espinosa
sospechosa
regresada
descarada
robada
tirada
sobrante
fallida por un pelo.

La suerte de la cabeza puede tener los ojos húmedos, el cuello torcido o los dedos temblorosos. Pero todas ellas alborotan dentro de la frente como una rana en una lata.

El último golpe de suerte es un agotado de suerte además. Sucede al morir. Todavía recuerdo que, cuando Irma Pfeifer falleció en la fosa del mortero, Trudi Pelikan chasqueó la boca poniendo los labios como un cero enorme y dijo en una palabra: Un agotado de suerte además.

Yo le di la razón, porque al retirar a los muertos se les veía aliviados de que en la cabeza se hubiera calmado al fin el nido rígido, en el aliento el columpio mareante, en el pecho la bomba obsesionada por el compás, en la barriga la sala de espera vacía.

La pura suerte de la cabeza nunca existió, porque en la boca de todos habitaba el hambre.

Para mí la comida, incluso sesenta años después del campo de trabajo, conlleva una gran excitación. Yo como con todos los poros. Cuando como con otras personas, me pongo desagradable. Como con tenacidad. Los demás no conocen la suerte de la

boca, comen de manera sociable y educada. Pero a mí, precisamente al comer me pasa por la cabeza unagotadesuertedemás, que tarde o temprano nos alcanzará a todos, tal como estamos aquí sentados, y habrá que devolver el nido a la cabeza, el columpio al aliento, la bomba al pecho, la sala de espera a la tripa. Me gusta tanto comer que no quiero morir, porque entonces ya no podré comer. Desde hace sesenta años sé que mi regreso no podía refrenar la suerte del campo. Ésta, con su hambre, arranca todavía hoy de un mordisco la mitad de cualquier otro sentimiento. En el centro de mí hay un vacío.

Desde mi regreso, todo sentimiento trae cada día su propia hambre y plantea pretensiones de reciprocidad que no satisfago. A mí ya no puede agarrarse nadie más. He sido aleccionado por el hambre y soy inalcanzable por humildad, no por orgullo.

Se vive. Pero sólo una vez

En la época de *pielyhuesos* yo no tenía otra cosa en la cabeza que la eterna cantilena machacona que repetía día y noche: el frío corta, el hambre engaña, el cansancio pesa, la nostalgia consume, las chinches y los piojos pican. Yo quería negociar un trueque con las cosas que, sin vivir, no estaban muertas. Quería negociar un intercambio de salvación entre mi cuerpo y la línea del horizonte arriba en el aire, y las carreteras polvorientas abajo, en la tierra. Quería tomar prestado su tesón y existir sin mi cuerpo, y cuando hubiese transcurrido lo más grave, volver a meterme dentro de mi cuerpo y aparecer con el traje de guata. No tenía nada que ver con la muerte, era lo contrario.

El punto cero es lo indecible. El punto cero y yo estamos de acuerdo en que no se puede hablar sobre él mismo, sino a lo sumo divagar. Las fauces abiertas del cero pueden comer, no hablar. El cero te encierra en su asfixiante ternura. El intercambio de salvación no tolera comparaciones. Es coactivo y directo como: 1 palada = 1 gramo de pan.

En la época de *pielyhuesos* el cambio de salvación debió de salirme bien. De vez en cuando tuve que tener la tenacidad de la línea del horizonte y las carreteras polvorientas. Con piel y huesos dentro del traje de guata únicamente, no habría podido mantenerme con vida.

Hasta la fecha, alimentar el cuerpo sigue siendo un misterio para mí. En el interior del cuerpo se derriba y se construye igual que en una obra. Te ves diariamente a ti mismo y a los demás, pero ningún día notas cuánto se derrumba o se yergue dentro de ti. Es un enigma cómo las calorías quitan y ponen todo. Cómo borran todas las huellas dentro de ti cuando quitan, y vuelven a colocarlas cuando ponen. No sabes desde cuándo has ido hacia arriba, pero estás fuerte de nuevo.

En el último año del campo recibimos dinero en metálico por nuestro trabajo. Podíamos comprar en el bazar. Comíamos ciruelas pasas, pescado, creps rusos con queso dulce o salado, tocino y manteca, pastel de maíz con puré de remolacha y aceitosa halvá, una pasta dulce de semillas de girasol, azúcar y miel. En pocas semanas volvimos a alimentarnos con total normalidad. Estábamos gordos y fofos, los rusos dicen *bamsti*. Nos convertimos nuevamente en mujeres y hombres, como si experimentáramos una segunda pubertad.

La nueva vanidad se inició entre las mujeres cuando los hombres todavía arrastraban los pies con su armadura de guata durante el día. Ellos aún se sentían suficientemente guapos, y tan sólo proporcionaban a las mujeres el material de la vanidad. El ángel del hambre aguzó el olfato para la ropa, para la nueva moda del campo de trabajo. Los hombres traían de la fábrica trozos de 1 metro de largo de

cuerda de algodón de un blanco immaculado y del grosor de un brazo. Las mujeres deshacían las cuerdas, anudaban los hilos entre sí y, con agujas de hierro, confeccionaban a ganchillo sujetadores, bragas, blusas y corpiños. El ganchillo dejaba los nudos por dentro, en las prendas terminadas no se veía ni uno solo. Tejían incluso cintas para el pelo y broches. Trudi Pelikan llevaba un broche con un nenúfar como una taza de café colgado del pecho; una de las Siris, un muguete con dedales blancos sujetos a un alambre; Loni Mich, una dalia teñida con polvo de ladrillo rojo. En esta primera fase de la transferencia de algodón, yo también me sentía aún bastante guapo. Pero pronto quise tener un nuevo atuendo. Tras un largo trabajo manual, me hice una gorra de visera con el raído abrigo del ribete de terciopelo. Yo llevaba in mente el plan de ejecución de la obra, una ejecución difícil con muchos refinamientos. Se reviste de tela una pieza de goma de neumático, bastante grande, para que te permita ponerte la gorra ladeada sobre la oreja. En la visera, un cartón alquitranado, la parte superior ovalada, reforzada con papel de saco de cemento, y toda la gorra forrada por dentro con trozos aprovechables de una camiseta rota. El forro interior era importante para mí, era la vieja presunción de antaño de querer estar guapo para mí mismo, incluso en los lugares donde otros no miran. La gorra era una gorra de esperanza, una gorra para tiempos mejores.

Para acompañar a la moda del ganchillo del campo de trabajo, las mujeres tenían en la tienda del pueblo ruso jabón de tocador, polvos y carmín. Todo de la misma marca *Krasnyi Mak*, Amapola Roja. Los cosméticos eran rosados y exhalaban un aroma penetrante y dulzón. El ángel del hambre estaba asombrado.

La última moda eran los zapatos de paseo, las *Balétki*. Llevé medio neumático al zapatero, otros sacaron a escondidas de la fábrica tela engomada de la cinta transportadora. El zapatero confeccionaba zapatos de verano livianos, de suelas flexibles y muy finas, adaptadas con precisión a cada pie. De horma ajustada, eran muy elegantes. Los llevaban tanto hombres como mujeres. El ángel del hambre se volvió ligero de pies. La Paloma estaba despepitada, todos corrían a la plaza y bailaban hasta que sonaba el himno, poco antes de medianoche.

Pero como las mujeres no sólo querían gustarse a sí mismas y a las otras mujeres, sino también a los hombres, éstos tenían que esforzarse para que las mujeres les permitieran acceder detrás de la manta a la ropa interior de ganchillo. Así, después de las *balétki*, la moda masculina superó asimismo la altura de los zapatos: Nueva moda y nuevos amoríos, intercambios desenfrenados, embarazos, legrados en el hospital municipal. Pero en el barracón de los enfermos, detrás de la valla de madera, también se multiplicaban los bebés.

Fui a ver al señor Reusch de Guttenbrunn, del Banato. Sólo lo conocía del recuento. Durante el día retiraba escombros en una fábrica bombardeada. Por la noche arreglaba *fufáikas* rotas a cambio de tabaco. Era sastre de profesión, y desde

que el ángel del hambre correteaba con ligereza de un lado a otro, un profesional muy solicitado. El señor Reusch desenrolló una delgada cinta con rayitas que marcaban los centímetros, y me midió desde el cuello hasta los tobillos. Después dijo: Para el pantalón 1,50 metros de tela, para la chaqueta 3,20. Y además 3 botones grandes y 6 pequeños. Del forro de la chaqueta se encargaba él, anunció. Yo también quería un cinturón con hebilla para la chaqueta. Él me propuso una hebilla formada por dos aros de metal y en la espalda un pliegue que se abría dos veces mediante trabillas. Esos pliegues son ahora la última moda en América, me informó.

Encargué dos aros de metal a Kowatsch Anton y me fui con todo mi dinero en efectivo a la tienda del pueblo ruso. La tela del pantalón era azul mate moteado en gris claro. La de la chaqueta, color arena a cuadros marrones saco de cemento, cada cuadro en relieve. También me compré una corbata de confección, verde musgo con rombos oblicuos. Y 3 metros de reps amarillo-claro para una camisa. Luego, botones para el pantalón y la chaqueta, amén de otros 12 botones muy pequeños para la camisa. Eso sucedía en abril de 1949.

Tres semanas más tarde tenía la camisa y el traje con el pliegue y la hebilla de hierro. Ahora me habría sentado de maravilla la bufanda de seda color burdeos, con sus cuadros mate y brillantes. Hacía mucho que Tur Prikulitsch no se la ponía, seguramente la había tirado. El ángel del hambre había abandonado mi cerebro, pero continuaba estando en el cogote. Y tenía buena memoria. No le hacía ninguna falta, la moda del campo también era una especie de hambre, hambre de los ojos. El ángel del hambre dijo: No derroches todo tu dinero, quién sabe lo que te espera. Todo lo que me espera ya está aquí, pensé. Yo quería ropa de vestir para pasear por el campo, el patio e incluso recorrer el trayecto hasta mi sótano a través de la maleza, la herrumbre y los escombros. Comenzaba el turno cambiándome de ropa en el sótano. El ángel del Hambre me advertía: El orgullo precede a la caída. Y yo replicaba: Se vive. Pero sólo una vez. Tampoco el armuelle se va de aquí, y lleva joyas rojas y se confecciona para cada hoja un guante con un pulgar diferente.

Entretanto, la caja del gramófono contaba con una cerradura nueva, pero ahora, poco a poco, se iba quedando pequeña. Mandé hacer al carpintero otra sólida maleta de madera para las ropas nuevas. Y encargué a Paul Gast en la cerrajería una buena cerradura a rosca para la maleta.

Cuando exhibí por primera vez mis ropas nuevas en la plaza, pensé: Todo lo que me espera ya está aquí. Todo seguirá siempre igual que ahora.

Algún día llegaré al pavimento elegante

En la cuarta paz, el armuelle también creció con su verdor cantarín. No lo recogíamos, ya no sufríamos un hambre atroz. Estábamos seguros de que ahora, después de matarnos de hambre durante cuatro años, nos alimentarían no para regresar a casa, sino para que nos quedáramos aquí a trabajar. Los rusos esperaban siempre el futuro, nosotros lo temíamos. Entre nosotros el tiempo viejo se perjudicaba a sí mismo, y en el gigantesco país un tiempo nuevo fluía para ellos.

Corría el rumor de que durante todos esos años Tur Prikulitsch y Bea Zakel habían acumulado ropa en el almacén y, tras venderla en el bazar, habían repartido el dinero con Schischtvanionov. Por eso murieron de frío muchos que, incluso según el ordenamiento del campo, tenían derecho a ropa interior, *fufáikas* y zapatos. Nosotros dejamos de contarlos. Pero, cuando conté la paz, supe que en el registro del barracón de los enfermos junto a Trudi Pelikan descansaban en paz 334 muertos —de la primera, segunda, tercera y cuarta—. No pensaba en ello durante semanas, después aparecían como una matraca en mi cerebro y me acompañaban toda la jornada.

Cuántas veces pensé que las campanitas repiqueteantes de las baterías de coque tocaban de año en año. Un día, en lugar del banco en el paseo del campo, me gustaría encontrar un banco de parque en el que estuviera sentada una persona libre, una persona que jamás hubiera estado en un campo de trabajo. En la plaza circuló una noche la palabra *suela de crepé*. Nuestra cantante Loni Mich preguntó qué significaba crepé. Y Karli Halmen, mirando de reojo al abogado Paul Gast, contestó que crepé y crespón procedían de la misma familia, y que por tanto en el ciclo de la estepa todos nosotros llevaremos crespones de luto. Loni Mich no cejó. Después de las suelas de crepé se habló también de las *favoritas*, la última moda en América. Loni Mich volvió a preguntar qué eran las favoritas. Y el acordeonista Konrad Fonn dijo que las favoritas eran tocados de plumas de cola de pájaro que se colocan junto a las orejas.

Cada dos semanas, en el cine del pueblo ruso se proyectaban películas y noticiarios semanales para nosotros, los del campo. Películas rusas, pero también americanas e incluso algunas requisadas a la *UFA* de Berlín. En un noticiario americano se veía caer confeti revoloteando como nieve entre los rascacielos y a hombres cantando con sucias de crepé y patillas hasta la barbilla. Y después de la película, el barbero Oswald Enyeter dijo que esas patillas se llamaban favoritas. Ahora estamos completamente rusificados y al mismo tiempo nos volvemos modernos a la americana, dijo.

Tampoco yo sabía qué eran las favoritas. Iba poco al cine. Debido a mi trabajo por turnos, a esa hora me encontraba siempre en el sótano o muy cansado por haber trabajado allí. Pero ese verano tuve *balétki*, *Kobelian* me había regalado medio

neumático. Y podía cerrar mi maleta de gramófono, Paul Gast me había hecho una llave, con tres naricillas finas como dientes de ratón. El carpintero había fabricado para mí una maleta nueva de madera con una cerradura a rosca. Estaba equipado con ropa nueva. Las suelas de crepé no habrían servido para nada en el sótano y las favoritas crecerían por sí mismas, pero habrían sido más apropiadas para Tur Prikulitsch. A mí me parecían completamente ridículas.

A pesar de todo ya iba siendo hora, pensaba, de encontrarme con Bea Zakel o con Tur Prikulitsch en cualquier otro lugar y de igual a igual, en una estación de tren, por ejemplo, con pilastras de hierro fundido y petunias colgantes como en un balneario. Supongamos que subo al tren y Tur Prikulitsch está sentado en el mismo compartimiento. Le saludaría brevemente y me sentaría ladeado enfrente de él, eso es todo. Yo haría como si eso fuera todo, porque vería su anillo de matrimonio pero no preguntaría si se había casado con Bea Zakel. Sacaría mi sándwich y lo depositaría sobre la mesita plegable. Pan blanco con una gruesa capa de mantequilla y jamón cocido de color rosa. No me sabría bien, pero tampoco dejaría traslucir que no me gustaba. O me encontraría con Cítara-Lommer. Vendría con la cantante Loni Mich. Me daría cuenta de que a ella le había crecido más el bocio. Los dos querrían recogerme para ir al concierto del Ateneo. Yo me disculparía disimulando la voz y los dejaría ir. Porque yo sería conserje y acomodador en el Ateneo y recibiría a ambos a la entrada y les ordenaría con el índice estirado: Mostrad vuestras entradas, aquí se funciona con números pares o impares, tenéis el 113 y el 114, de modo que os sentaréis separados. Sólo me reconocerían cuando me echase a reír. Pero a lo mejor no me reía.

También imaginaba que me tropezaba con Tur Prikulitsch por segunda vez en una gran ciudad de América. Él no ostentaría un anillo de casado en el dedo, pero subiría las escaleras con una de las Siris cogida del brazo. Ella no me reconocería, pero él me guiñaría el ojo como mi tío Edwin cuando decía: Ya he vuelto a arriesgar una pestaña. Yo continuaría mi camino, eso es todo. A lo mejor todavía seré hasta cierto punto joven cuando salga del campo, estaré, como suele decirse, en los mejores años de mi vida, como en el aria *yo tenía treinta años*, que Loni Mich canta con el bocio tembloroso. A lo mejor me topo con Tur Prikulitsch por tercera, cuarta vez y aun con mucha frecuencia, en un tercero, cuarto, sexto, incluso octavo futuro. Un día contemplaré la calle por la ventana del segundo piso de un hotel, y estará lloviendo. Y abajo un hombre abrirá su paraguas en ese preciso instante. Necesitará mucho tiempo y se mojará, porque el paraguas se atasca. Me daré cuenta entonces de que sus manos son las de Tur, pero él no lo sabrá. Si lo supiera, pensaré, no se tomaría tanto tiempo para abrir el paraguas o ponerse los guantes o ni siquiera se le ocurriría venir a esta calle. Si él no fuera Tur Prikulitsch, y tan sólo tuviera sus manos, yo le gritaría desde la ventana: Cruza a la otra acera, bajo la marquesina no te mojarás. Si él

levantase la cabeza, a lo mejor diría: Por qué me tutea usted. Y yo contestaría: No le he visto la cara, sólo tuteo a sus manos.

Algún día llegaré al pavimento elegante, donde me encuentre a gusto de una forma distinta que en la pequeña ciudad donde he nacido, pensaba. El pavimento elegante será una avenida junto al Mar Negro. El agua levantará espuma blanca y se balanceará de una manera inédita hasta ahora. En la avenida brillarán luces de neón y sonarán saxofones. Me encontraré con Bea Zakel y la reconoceré, sus ojos mostrarán todavía el giro vacilante y la mirada huidiza. Yo no tendré rostro, porque ella no me reconocerá. Lucirá todavía sus pesados cabellos, pero no trenzados, sino revoloteando alrededor de las sienes, encanecidos, blancos como la harina, igual que alas de gaviota. Tendrá todavía los pómulos altos, con dos sombras duras como las que proyectan a mediodía las dos esquinas de un edificio. Pensaré en el ángulo recto, en una colonia detrás del campo de trabajo.

El otoño pasado se construyó una nueva colonia rusa. Eran casas de madera prefabricadas procedentes de Finlandia, casas finlandesas. Karli Halmen me había contado que las piezas prefabricadas estaban cortadas con precisión e incluían minuciosos planos de montaje. Pero al descargarlo, se revolvió todo hasta que nadie supo dónde iba cada cosa. La construcción fue un desastre, a veces había muy pocas piezas prefabricadas, otras muchas, a veces eran erróneas. Durante todos esos años el aparejador fue el único que consideró a los trabajadores forzosos personas de países civilizados en los que el ángulo recto, tiene 90 grados. Él trataba a los deportados como seres pensantes, por eso lo recuerdo. En una pausa para fumar, pronunció un discurso en la obra sobre las buenas intenciones del socialismo y la incapacidad. Su perorata concluyó: Los rusos saben lo que es un ángulo recto, pero no consiguen hacerlo.

Algún día, pensaba yo, quién sabe en qué paz y en qué futuro, iré al país de las crestas montañosas en el que cabalgo en sueños por el aire a lomos del cerdo blanco y al que la gente considera mi patria.

Una variante del regreso que circulaba aquí, en el campo, decía que cuando retornáramos a casa habrían pasado nuestros mejores años. A nosotros nos ocurriría lo mismo que a los prisioneros de guerra después de la Primera Guerra Mundial, que el regreso duraría décadas. Schischtvanionov nos ordenaría presentarnos al último brevísimo recuento y anunciaría: Dicho esto, disuelvo el campo. Largaos.

Y todos se marcharían por su cuenta cada vez más lejos hacia el este, en dirección contraria, porque hacia el oeste está todo cerrado. Cruzarían los Urales, atravesarían Siberia, Alaska, América y después Gibraltar y el Mediterráneo. Al cabo de veinticinco años llegaríamos a casa desde el este pasando por el oeste, en caso de que para entonces siguiera siendo nuestra casa, es decir, no perteneciese ya a Rusia. O las otras variantes: que no nos marcharemos nunca, porque nos mantendrán aquí hasta

que el campo sea un pueblo sin torretas de vigilancia y nosotros sigamos sin habernos convertido todavía en rusos o en ucranianos, pero sí en habitantes acostumbrados. O que tendremos que quedarnos aquí tanto tiempo que ya no desearemos marcharnos, convencidos de que nadie nos espera en casa, porque allí hace mucho, que viven otros, porque todos han sido deportados, quién sabe adónde, y ellos mismos tampoco tienen hogar. Otra variante dice que finalmente querremos permanecer aquí porque ya no sabremos qué hacer con el hogar ni el hogar sabrá qué hacer con nosotros.

Cuando llevas una eternidad sin saber nada del mundo de casa, te preguntas si deseas siquiera volver y qué esperas encontrar allí. En el campo te arrebataban el deseo. Uno no debía ni quería decidir nada. Querías ir a casa, sí, pero te limitabas a recordar el pasado, no te atrevías a añorar el futuro. Creías que el recuerdo ya era añoranza. Dónde puede estar la diferencia si siempre le das vueltas en la cabeza a lo mismo y tu mundo está tan perdido que ni siquiera lo necesitas.

Qué será de mí en casa. Yo pensaba que como repatriado corretearía por el valle entre las crestas montañosas, que me adelantaría, *chucu-chucu-chu*, como el tren. Caeré en mi propia trampa, en la más espantosa familiaridad. Ésta es mi familia, diré, refiriéndome con ello a la gente del campo de trabajo. Mi madre dirá que debo hacerme bibliotecario, así nunca estarás a la intemperie pasando frío. Y siempre te gustó leer, dirá. Mi abuelo me aconsejará que me lo piense y que me haga viajante de comercio. Porque siempre te ha gustado viajar, argumentará. Mi madre y mi abuelo quizá dirían eso, pero nosotros estábamos aquí en una nueva cuarta paz y, a pesar del hermano sustituto, yo no sabía si ellos seguían con vida. Aquí, en el campo, profesiones como viajante de comercio eran buenas para la felicidad de la mente, tenías algo de qué hablar.

En cierta ocasión hablé del asunto con Albert Gion en el tablón del silencio del sótano e incluso lo arranqué de su mutismo. A lo mejor más adelante me hago viajante de comercio, le comenté, con todo tipo de cachivaches en la maleta, pañuelos de seda y lápices, tizas de colores, ungüentos y quitamanchas. Mi abuelo le trajo una vez a mi abuela una concha de Hawai, del tamaño de la bocina de un gramófono y con el interior de nácar azulado. A lo mejor también me hago maestro de obras, maestro de cianotipos, dije en el tablón del silencio en el sótano, maestro de papel Ozalid. Entonces tendré mi propia oficina. Construiré casas para gente de dinero, una será completamente redonda, como el cestillo de hierro de aquí. Primero dibujaré el plano sobre el papel del bocadillo. En el centro, el árbol de la escalera hasta la cúpula de arriba. Todas las habitaciones serán la cuarta, la sexta y la octava parte de un círculo, igual que porciones de tarta. El papel del bocadillo se coloca en el bastidor sobre el papel Ozalid, y a continuación el bastidor se expone al sol entre cinco y diez minutos. Después enrollas el papel Ozalid en un tubo con vapores amoniacaes y al cabo de poco tiempo sale el plano perfecto. La copia Ozalid está terminada, en rosa,

lila, marrón canela.

Tras escuchar estas palabras, Albert Gion dijo: Copia Ozalid, no; tienes ya bastantes vapores, creo que estás agotado. Estamos aquí, en el sótano, porque no tenemos oficio. Aquí los únicos oficios son barbero, zapatero y sastre. Buenos oficios, desde luego en el campo los mejores. Pero o lo eres desde siempre o no lo serás nunca. Son oficios del destino. Si uno hubiera sabido que algún día iría a parar a un campo de trabajo, se habría hecho barbero, zapatero o sastre. Pero no viajante de comercio o aparejador o maestro de cianotipos.

Albert Gion tenía razón. Acaso es un oficio transportar mortero. Si uno transporta mortero o bloques de escoria durante todos estos años, o palea carbón o desentierra patatas con las manos o limpia sótanos, conoce el sentido de las cosas, pero oficio no tiene. Trabajo durísimo, pero no oficio. A nosotros sólo nos exigían trabajar, nunca un oficio. Éramos siempre peones, y peón no es un oficio.

Ya no teníamos un hambre salvaje, y el armuelle crecía aún verde plateado, pronto se volvería leñoso y de un rojo flameante. Sólo porque conocíamos el hambre, no lo recogíamos y comprábamos comida grasienta en el bazar y comíamos muchísimo y de manera indiscriminada. Ahora la vieja nostalgia era cebada con carne nueva, apresurada y fofa. Y con la nueva carne yo continuaba necesitando persuadirme de lo antiguo: Algún día pisaré un pavimento elegante. También yo.

Profundas como el silencio

Tan pronto como dejé atrás la época de *pielyhuesos* y el cambio de salvación..., en cuanto tuve ante mí unas *balétki*, dinero en metálico, comida, nueva carne bajo la piel y ropas nuevas dentro de la maleta nueva, llegó una inimaginable puesta en libertad. De esos cinco años en el campo puedo decir hoy cinco cosas:

1 palada = 1 gramo de pan.

El punto cero es lo indecible.

El trueque de salvación es un huésped del otro lado.

El nosotros del campo es un singular.

La envergadura tiende a lo absoluto.

Pero estas cinco cosas se resumen en una:

Entre ellas y no ante testigos, son profundas como el silencio.

El paralizado

A principios de enero de 1950 partí del campo hacia casa. Ahora volvía a sentarme en un cuarto de estar, en un profundo cuadrado bajo el techo de estuco blanco como si estuviera debajo de la nieve. Mi padre pintaba los Cárpatos, una nueva acuarela cada pocos días con montañas de dientes grises y abetos desdibujados por la nieve, plasmados casi igual en todas las pinturas. Al pie de la montaña, filas de abetos; en la pendiente, grupos de abetos; en la cresta, parejas de abetos y abetos aislados; entre ellos algún abedul suelto como una cornamenta blanca. Por lo visto, lo más difícil de pintar son las nubes, en todos los cuadros se asemejaban a cojines de sofá grises. Los Cárpatos parecían somnolientos en todas las acuarelas.

El abuelo había muerto. La abuela, sentada en su sillón acolchado, hacía crucigramas. De vez en cuando preguntaba una palabra: canapé en Oriente, parte del zapato con S, raza equina, tejado de lona.

Mi madre tejía un par tras otro de calcetines de lana de oveja para su hijo sustituto Robert. El primer par fue verde, el segundo blanco. Después marrones, jaspeados en rojo y blanco, azules, grises. Con el par blanco había comenzado la confusión: mi madre tejía grumos de piojos. Desde entonces, en todos los calcetines vi nuestros jardines tejidos entre los barracones, picos de jerséis al amanecer. Yo yacía en el sofá, el ovillo de lana en el cuenco de lata junto a la silla de mi madre estaba más vivo que yo. El hilo trepaba, se colgaba y caía. Dos ovillos gordos como un puño constituían un calcetín terminado, imposible calcular la longitud de la lana. Sumada en todos los calcetines, a lo mejor equivalía a la distancia entre el sofá y la estación de tren. Yo evitaba los alrededores de la estación. Ahora tenía los pies calientes, sólo me picaban las manchas de congelación en el empeine, donde primero se helaban los paños de los pies pegados a la piel. En invierno, los días se tornaban grises a eso de las cuatro. La abuela encendía la luz. La pantalla de la lámpara era un embudo azul claro con un ribete de borlas azul marino. El techo recibía poca luz, el estuco permanecía gris y comenzaba a desvanecerse. A la mañana siguiente era blanco de nuevo. Yo me imaginaba que por la noche, cuando nosotros dormíamos en las otras habitaciones, estaba recién helado, como los bordados de hielo en el despoblado detrás del zepelín. Junto al armario, el reloj hacía tictac. El péndulo volaba y paleaba nuestro tiempo entre los muebles del armario a la ventana, de la mesa al sofá, de la estufa al sillón acolchado, del día a la noche. En la pared, el tictac era mi columpio del aliento; en mi pecho, mi pala del corazón. La echaba mucho de menos.

A finales de enero mi tío Edwin vino a recogerme por la mañana temprano para presentarme a su jefe en la fábrica de cajas. Fuera, en la calle de la escuela, en la ventana del señor Carp una casa más allá, divisé una cara. Estaba cortada a la altura

del cuello por el dibujo de la escarcha en las ventanas. Una trenza de cabellos de hielo ceñía su frente, y al lado del arranque de la nariz, un verdoso ojo huidizo: vi a Bea Zakel con una bata de flores blancas y una maciza trenza gris. En la ventana se sentaba, como todos los días, el gato del señor Carp, pero me apenó que Bea hubiera envejecido tan deprisa. Yo sabía que el gato sólo puede ser un gato, que el poste telegráfico no es un centinela, ni el fulgor blanco sobre la nieve el paseo principal del campo, sino la calle de la escuela. Que todo lo que hay aquí, en casa, no puede ser distinto porque se ha mantenido idéntico. Todo menos yo. Entre las personas saciadas de patria, yo me mareaba de libertad. Tenía el ánimo veleidoso, adiestrado para la caída, y un miedo abyecto, mi cerebro obligado a la sumisión. Veía a Bea Zakel esperándome en la ventana; seguro que ella también me había visto pasar. Habría debido saludarla, al menos con una inclinación de cabeza o agitando la mano. Se me había ocurrido demasiado tarde, ahora nos encontrábamos dos casas más allá. Cuando doblamos la esquina al final de la calle de la escuela, mi tío me cogió del brazo. Seguramente advirtió que, a pesar de estar tan cerca de él, yo estaba en otro lugar. Seguramente no me cogió del brazo, sino de su viejo abrigo que yo llevaba puesto. Sus pulmones silbaban. Me dio la impresión de que él no quiso decir lo que dijo después del largo silencio. Que sus dos pulmones le obligaron a ello cuando deseó a dos voces: Ojalá te admitan en la fábrica. Me parece que en vuestra casa hay un malestar permanente. Se refería al paralizado.

En el lugar donde la gorra de piel rozaba su oreja izquierda, los pliegues de su pabellón auricular se separaban tersos como en mis orejas. Tenía que observar también su oreja derecha. Me solté y me cambié de lado. Su oreja derecha era la mía, más aún que la izquierda. El borde terso empezaba más abajo, era más largo y más ancho, como planchado.

Me admitieron en la fábrica de cajas. Yo abandonaba a diario al paralizado y volvía a entrar en él una vez concluida la jornada. Cada vez que llegaba a casa, preguntaba la abuela: has vuelto.

He vuelto, le contestaba.

Cuando salía de casa, ella preguntaba siempre: Te marchas.

Me marcho, le respondía.

Al preguntar, daba siempre un paso hacia mí y se tocaba la frente con un ademán de incredulidad. Sus manos eran transparentes, sólo piel con venas y huesos, dos abanicos de seda. Yo quería abrazar efusivamente a la abuela cuando me preguntaba. El paralizado me lo impedía.

El pequeño Robert oía las preguntas diarias. Cuando le parecía, imitaba a la abuela, daba un paso hacia mí se tocaba la frente y preguntaba en una frase: Has venido, te marchas.

Cada vez que se tocaba la frente veía las mollitas de sus muñecas. Cada vez que

preguntaba, me daban ganas de retorcerle el cuello al hermano sustituto. El paralizado me lo impedía.

Un día, al regresar del trabajo, un pico de encaje blanco asomaba por debajo de la tapa de la máquina de coser. Otro día un paraguas colgaba del picaporte de la puerta de la cocina, y sobre la mesa había un plato rajado, dos fragmentos iguales como cortados por la mitad. Y mi madre se había vendado el pulgar con un pañuelo. Un día los tirantes de mi padre estaban encima de la radio y las gafas de mi abuela dentro de mi zapato. Otro día, Mopi, el perro de peluche de Robert, estaba atado con los cordones de mis zapatos al asa de la tetera. Y dentro de mi gorra había una corteza de pan. A lo mejor se libraban del paralizado cuando yo no estaba en casa. A lo mejor revivían. En casa ocurría lo mismo que con el ángel del hambre en el campo. Nunca se aclaró si teníamos un paralizado para todos o cada uno el suyo propio.

Seguramente ellos se reían cuando yo no estaba. Seguramente me compadecían o me insultaban. Seguramente besaban al pequeño Robert. Seguramente decían que había que tener paciencia conmigo, porque me querían, o sólo lo pensaban en silencio y se dedicaban a sus ocupaciones. Seguramente. A lo mejor yo habría debido llegar a casa sonriente. A lo mejor habría debido compadecerlos o insultarlos. A lo mejor habría debido besar al pequeño Robert. A lo mejor habría debido decir que tengo que tener paciencia con ellos porque los quiero. Mas cómo iba a decir eso si ni siquiera era capaz de pensarlo en silencio.

El primer mes después del regreso dejaba la luz de la habitación encendida toda la noche, porque sin la luz reglamentaria tenía miedo. Creo que sólo se sueña de noche cuando te cansas durante el día. Hasta que no trabajé en la fábrica de cajas no tuve el primer sueño mientras dormía.

La abuela y yo estamos sentados juntos en el sillón acolchado, Robert al lado, en una silla. Yo soy pequeño como Robert y Robert grande como yo. Robert se sube a su silla, por encima del reloj arranca el estuco del techo. Nos lo coloca a mí y a la abuela alrededor del cuello a modo de chal blanco. Mi padre se arrodilla en la alfombra delante de nosotros con su Leica, y mi madre dice: Sonreíd, será la última foto antes de que ella muera. Mis piernas apenas llegan al borde del asiento. Desde esta posición mi padre sólo puede fotografiar mis zapatos desde abajo, con las suelas hacia la puerta. Con esas piernas cortas, a mi padre no le queda otro remedio, aunque no quiere. Me quito el estuco de los hombros. La abuela me abraza, vuelve a apretar el estuco contra mi cuello y lo sujeta con su mano transparente. Mi madre dirige a mi padre con una aguja de punto, hasta que él empieza a contar al revés, tres, dos, y al llegar al uno aprieta el disparador. Luego mi madre se atraviesa el moño con la aguja inclinada y nos quita el estuco de los hombros. Y Robert se sube con él a su silla y vuelve a colocarlo en la pared.

Tienes una niña en Viena

LLevaba meses en casa y nadie sabía lo que yo había visto. Pero tampoco preguntaban. La narración sólo es posible cuando eres capaz de transmitir tus experiencias. Yo me alegraba de que nadie preguntase, pero en mi fuero interno me sentía dolido. El abuelo seguro que habría indagado, pero había muerto dos años antes. Falleció en el verano después de mi tercera paz debido a un fallo renal y, a diferencia de mí, se quedó con los muertos.

Una noche pasó el vecino, el señor Carp, a devolver el nivel que nos había pedido prestado. Al verme, no pudo menos que balbucear. Yo le di las gracias por sus polainas amarillas de cuero y mentí al afirmar que me habían abrigado en el campo. Me habían traído suerte, añadí, pues gracias a ellas había encontrado un día 10 rublos en el bazar. De la emoción, las pupilas del señor Carp resbalaron por sus ojos como huesos de cereza. Cruzándose de brazos, se acarició ambos brazos con los pulgares, se balanceó y dijo: Tu abuelo siempre te esperó. El día de su muerte las montañas subieron a las nubes, numerosas nubes extrañas llegaron a la ciudad desde todas partes como maletas de gente desconocida. Las nubes sabían que tu abuelo era un viajero empedernido. Una nube seguro que era tuya, aunque tú no lo sepas. A las cinco, el entierro había concluido, e inmediatamente después cayó una lluvia mansa durante una hora. Lo recuerdo, era miércoles, y aún tuve que ir a la ciudad a comprar cola. Al regresar divisé delante de la entrada de vuestra casa una rata sin pelo. Estaba arrugada, temblaba y se acurrucaba junto a la puerta de madera. Me asombré de que no tuviera cola o de que estuviera sentada encima. Cuando me acerqué, vi un sapo verrugoso que me miró e infló sus mejillas como dos vejigas blancas, haciendo horribles juegos malabares con ellas. En un primer momento decidí apartarlo con el paraguas, pero no me atreví. Mejor no, pensé, es un sapo, avisa con sus vejigas blancas, eso guarda relación con la muerte de Leo. Porque pensaban que estabas muerto. Al principio tu abuelo te esperó mucho. Al final, menos. Todos creían que habías muerto. No escribiste, por eso vives ahora. Nada tiene que ver una cosa con la otra, aduje.

Mi respiración temblaba, porque el señor Carp se mordía su bigote deshilachado dándome a entender que no me creía. Mi madre miraba de reojo por la ventana de la galería al patio, donde no había nada que ver salvo un pedazo de cielo y el cartón alquitranado encima del cobertizo. Señor Carp, cuidado con lo que dice, advirtió la abuela. Usted me lo contó de otra manera, entonces las vejigas blancas estaban relacionadas con mi marido muerto. Eran un saludo de mi marido muerto, dijo usted entonces. El señor Carp murmuró más para sí mismo: Lo que digo ahora es la verdad. Cuando su marido murió, yo no podía irle encima con la muerte de Leo. El pequeño

Robert arrastraba el nivel por el suelo y hacía *chucu chucu chucu*. Sentó a Mopi encima del techo de su tren, tiró del vestido de mamá y dijo: Viajeros al tren, nos vamos al Wench. En el nivel traqueteaba el ojo verde deslizante. Mopi iba sobre el techo del tren, pero en el interior se sentaba Bea Zakel, que miraba los dedos de los pies del señor Carp a través de la ventanilla del nivel. El señor Carp no había contado nada nuevo, sólo había manifestado inconveniencias. Yo sabía que el susto había sido mayor que la sorpresa, mi regreso fue un alivio que no despertó alegrías en el hogar. Yo había defraudado su luto, porque vivía.

Desde que regresé a casa, todo tenía ojos. Todo veía que mi nostalgia sin dueño no desaparecía. Delante del gran ventanal estaba la máquina de coser con la maldita lanzadera y el hilo blanco debajo de la tapa de madera. El gramófono volvía a estar instalado en mi deteriorada maletita, colocada, como siempre, en la mesa del rincón. Colgaban las mismas cortinas verdes y azules, en las alfombras serpenteaban los mismos estampados de flores, los flecos enredados seguían orlándolas, los armarios y puertas chirriaban al abrirse y cerrarse igual que siempre, los suelos crujían en los mismos puntos, el pasamanos de la escalera de la galería continuaba agrietado en el mismo sitio, todos los peldaños desgastados, en la barandilla se bamboleaba el mismo tiesto en su cesto de alambre. Nada me interesaba. Yo estaba encerrado en mí y expulsado fuera de mí, no les pertenecía y me echaba de menos a mí mismo.

Antes de ser deportado al campo de trabajo habíamos pasado diecisiete años juntos; compartimos objetos grandes como puertas, armarios, mesas, alfombras. Y cosas pequeñas como platos y tazas, salero, jabón, llave. Y la luz de las ventanas y las lámparas. Ahora me habían sustituido. Sabíamos unos de los otros cómo no éramos ni seríamos nunca más. Ser un extraño constituye sin duda una carga, pero sentir miedo de extraños en una cercanía imposible es una sobrecarga. Yo tenía la cabeza dentro de la maleta, respiraba en ruso. No me apetecía irme y olía a distancia. No era capaz de pasar el día entero en casa. Necesitaba un trabajo para abandonar el silencio. Tenía ya veintidós años, pero no había estudiado nada. Sería una profesión claveteador de cajas. Yo era de nuevo un peón.

En agosto, a mi regreso de la fábrica de cajas a última hora de la tarde, vi una carta para mí sobre la mesa de la galería. Era del barbero Oswald Enyeter. Mi padre me contempló mientras leía, como alguien que te mira la boca mientras comes. Leí.

¡Querido Leo! Ojalá estés de nuevo en la patria. En nuestra casa ya no había nadie y seguí mi camino hacia Austria. Ahora vivo en Viena: en Margareten, hay muchos paisanos nuestros aquí. Si vienes alguna vez a Viena, te afeitaré. He encontrado un puesto de peluquero con un compatriota. Tur Prikulitsch ha propalado que en el campo él era el barbero y yo el kapo. Bea Zakel se separó de él, pero a pesar de todo sigue corroborándolo. Bautizó a su hija con el nombre de Lea. ¿Tendrá eso algo que ver con Leopold? Hace dos semanas unos obreros de la construcción

encontraron a Tur Prikulitsch debajo de un puente del Danubio. Le habían amordazado la boca con su corbata y le habían partido la frente por la mitad de un hachazo. El hacha yacía sobre su vientre, ni rastro de los asesinos. Lástima no haber sido yo. Se lo merecía.

Cuando doblé la carta, mi padre preguntó: Tienes una niña en Viena.

Has leído la carta, pero no dice eso, comenté.

No se sabe lo que habéis hecho en el campo, dijo él.

No, no se sabe, corroboré.

Mi madre cogía de la mano a Robert, mi hermano sustituto. Y Robert llevaba en el brazo a Mopi, el perro de peluche relleno de serrín. Mi madre se fue con Robert a la cocina. A la vuelta, llevaba a Robert de una mano y en la otra un plato de sopa. Robert apretaba a Mopi contra su pecho y sostenía en la mano la cuchara para la sopa. Es decir, para mí. Desde que estaba en la fábrica de cajas, después de terminar la jornada me dedicaba a vagar por la ciudad. Las tardes de invierno me protegían porque oscurecía temprano. A la luz amarilla, los escaparates de las tiendas parecían paradas de tranvía. Dentro, engalanados de nuevo, me esperaban dos, tres personas de escayola. Estaban muy juntas, con las etiquetas de los precios ante las puntas de los pies, como si tuvieran que cuidar dónde pisaban. Como si las etiquetas a sus pies fueran rótulos de la policía, como si poco antes de mí llegada se hubieran llevado de allí un muerto. Las vitrinas más pequeñas, a la altura de las ventanas, estaban repletas de cacharros de porcelana y de hojalata. Al pasar, yo los llevaba encima del hombro como si fueran cajones. Bajo una luz triste, esperaban muchas cosas que duran más de lo que viven las personas que las compran. Acaso tanto como la montaña. Desde Grosser Ring me dirigí a las calles residenciales. En las ventanas colgaban cortinas iluminadas. Las rosetas de encaje y los laberintos de hilo más variados tenían el mismo reflejo negro que el ramaje desnudo de los árboles. Y las personas dentro de las habitaciones pasaban por alto que sus cortinas vivían y combinaban su hilo blanco con la madera negra en una mezcla continuamente distinta, porque soplaba el viento. El cielo sólo estaba despejado en los extremos de las calles; yo veía desvanecerse al lucero vespertino y colgaba mi rostro de él. Entonces ya había transcurrido el tiempo suficiente, y tenía la certeza de que todos habrían cenado cuando llegase a casa.

Había olvidado comer con cuchillo y tenedor. No sólo se me contraían las manos, también tenía problemas con la deglución. Yo sabía lo que era pasar hambre, y sabía asimismo cómo se estira o devora la comida cuando por fin se dispone de ella. Ya no sabía cuánto tiempo había que masticar y cuándo tenía que tragar para comer con educación. Mi padre se sentaba frente a mí, y el tablero de la mesa me parecía medio mundo. Él me miraba con los ojos entrecerrados y ocultaba su compasión. En el parpadeo resplandecía entonces todo su espanto, como la piel de cuarzo rosa de su labio interior. La abuela era la que más consideración mostraba conmigo, sin

demasiadas alharacas. Seguramente preparaba las sopas espesas para que yo no me torturase con el cuchillo y el tenedor.

El día de agosto en que llegó la carta había sopa de habas verdes con chuletas de cerdo. Después de leerla había perdido el apetito. Me corté una gruesa rebanada de pan, comí primero las migas de la mesa, después comencé a dar cucharadas. Mi hermano sustituto, arrodillado en el suelo, puso el colador del té en la cabeza de su perro de peluche a modo de gorra y lo sentó a horcajadas sobre el borde del cajón del armarito de la galería. Todo lo que hacía Robert me resultaba inquietante. Era un niño ensamblado: sus ojos eran de mamá, viejos, redondos, azul crepúsculo. Los ojos permanecerán así, pensé. Su labio superior, de la abuela, como un cuello de camisa en punta debajo de la nariz. El labio superior permanecerá así. Sus uñas abombadas eran del abuelo, permanecerán así. Sus orejas, mías y de mi tío Edwin, los pliegues enroscados que se curvan alisándose arriba, en el pabellón auricular. Seis orejas iguales de tres clases de piel, porque las orejas permanecerán así. Su nariz no permanecerá así, pensé, las narices cambian al crecer. Más tarde a lo mejor es la de papá, con la arista huesuda en el arranque de la nariz. De no ser así, Robert no tiene nada de él. En ese caso papá no hizo la menor contribución al niño sustituto.

Robert vino junto a mí a la mesa, sosteniendo a su Mopi con el colador de té en la mano izquierda y agarrándome con la derecha la rodilla, como si mi rodilla fuera el ángulo de una silla. Desde el abrazo del regreso, hacía ya ocho meses, en esa casa nadie más me había tocado. Para ellos yo era inaccesible, para Robert un objeto nuevo más. Me tocaba igual que a los muebles, para agarrarse o depositar algo en mi regazo. Esta vez metió a Mopi en el bolsillo de mi chaqueta, como si yo fuera su cajón. Y yo no me moví, como si lo fuera. Habría querido apartarlo de un empujón, el paralizado me lo impedía. Mi padre me sacó del bolsillo el perro de peluche y el colador de té y dijo: Toma tus tesoros.

Bajó con Robert las escaleras que conducían al patio. Mi madre se sentó a la mesa frente a mí y observó la mosca sobre el cuchillo del pan. Mientras, yo removía mi sopa de habas y me veía con Oswald Enyeter sentado en la barbería frente al espejo. Tur Prikulitsch entraba por la puerta. Le oía decir: Pequeños tesoros son aquellos en los que pone: Aquí estoy.

Más considerables son aquellos en los que pone: Te acuerdas.

Pero los tesoros más bellos son aquellos en los que pondrá: Yo estuve allí.

Estuve allí sonó en su boca igual que Tovarisch. Entonces yo llevaba ya cuatro días sin afeitarme. En el espejo de la ventana de la galería, la mano cubierta de pelos negros de Oswald Enyeter pasaba con la navaja entre la espuma blanca. Y detrás de la navaja, una franja de piel se extendía como una cinta de goma desde la boca hasta la oreja. O era ya entonces la larga ranura de la boca producida por el hambre. Mi padre podía hablar de tesoros con la misma ignorancia que Tur Prikulitsch, porque ninguno

de los dos había tenido jamás una boca de hambre. Y la mosca encima del cuchillo del pan conocía la galería tan bien como yo la barbería. Voló del cuchillo del pan al armario, del armario a mi rebanada de pan, luego al borde del plato, y desde allí retornó al cuchillo del pan. En cada ocasión despegaba recta, daba vueltas zumbando y aterrizaba en silencio. Sobre la tapa de latón finamente agujereada del salero no se posaba nunca. Entonces supe de repente por qué no había utilizado todavía el salero desde mi regreso. En su tapa relampagueaban los ojos de latón de Tur Prikulitsch. Yo sorbía la sopa y mi madre escuchaba, como si relejera la carta de Viena. Sobre el cuchillo del pan brillaba la panza de la mosca, a veces como una gota de rocío, otras, cuando se daba la vuelta, como una gota de alquitrán. Rocío y alquitrán y cómo se alargan los segundos cuando la frente está hendida en diagonal por encima del hocico. *Aymé*, pero cómo se mete una corbata entera en la pequeña boca de Tur.

El bastón

Después de trabajar, desanduve el camino hasta casa desde el otro extremo de las calles residenciales pasando por Grosser Ring. Deseaba comprobar si en la iglesia de la Santísima Trinidad existían todavía el nicho blanco y el santo con la oveja a modo de cuello en la capa.

En Grosser Ring había un chico gordo con calcetines blancos hasta la rodilla, pantalones cortos de pata de gallo y camisa blanca con chorreras, como si se hubiera escapado de una fiesta. Deshojaba un ramo de dalias blancas para alimentar a las palomas. Ocho palomas picoteaban las dalias blancas creyendo que lo que había en el pavimento era pan y las dejaban tiradas. A los pocos segundos lo olvidaban, sacudían las cabezas y comenzaban de nuevo a picotear las mismas flores. Cuánto tiempo creería su hambre que las dalias se convertirían en pan. Qué creía el chico. Era un listo o tan tonto como el hambre de las palomas. Yo no quería pensar en el engaño del hambre. Si el chico hubiera esparcido pan en lugar de dalias deshojadas, no me habría detenido. El reloj de la iglesia marcaba las seis menos diez. Cruce la plaza deprisa, por si la iglesia cerraba a las seis.

Entonces vino a mi encuentro Trudi Pelikan, por primera vez desde el campo. Nos vimos demasiado tarde. Ella se apoyaba en un bastón. Como ya no podía esquivarme, dejó el bastón sobre el pavimento y se agachó hacia su zapato. Pero éste no estaba desabrochado.

Ambos estábamos de nuevo en casa desde hacía más de medio año, en la misma ciudad. No quisimos reconocernos por nuestro propio bien. Es fácil de entender. Aparté deprisa la cabeza. Pero con cuánto gusto la habría abrazado y dicho que estoy de acuerdo con ella. Con cuánto gusto habría dicho: Siento que tengas que agacharte, yo no necesito bastón, la próxima vez lo haré yo por los dos, si me lo permites. Su bastón barnizado llevaba abajo una garra herrumbrosa y una bola blanca en la empuñadura.

En lugar de dirigirme a la iglesia giré de improviso a la izquierda hacia la calle estrecha por la que había venido. El sol me picaba en la espalda, el calor se extendía por debajo de mi pelo como si mi cabeza fuera una chapa a la intemperie. El viento arrastraba una alfombra de polvo, en las copas de los árboles resonaba un canto. Entonces un embudo de polvo se situó sobre la acera y me atravesó tambaleándose hasta que se disolvió. Al caer, dejó el pavimento moteado de negro. El viento rugió y trajo las primeras gotas. Había llegado la tormenta. Crepitaron flecos de cristal y de golpe azotaron las cuerdas del agua. Me refugié en una papelería.

Al entrar me limpié el agua del rostro con la manga. La vendedora salió por una puertecita con cortina. Llevaba en chancleta unas zapatillas de fieltro con borlas,

como sí en cada pie le brotara un pincel del empeine. Se situó detrás del mostrador. Yo permanecí junto al escaparate y durante un rato la miré a ella con un ojo y con el otro al exterior. Ahora su mejilla derecha estaba muy hinchada. Sus manos reposaban sobre el mostrador, su anillo de sello era demasiado pesado para esas manos huesudas, era de caballero. Su mejilla derecha se volvió plana, incluso cóncava, y la izquierda gorda. Oí un chasquido entre sus dientes, chupaba un caramelo. Al momento cerró los ojos, y las tapas de sus ojos eran de papel. El agua de mi té hierve, anunció. Desapareció por la puertecita, y en el mismo momento un gato salió deslizándose bajo la cortina. Vino hacia mí y se frotó contra mi pantalón, como si me conociera. Lo cogí en brazos. No pesaba. No es un gato, me dije, sólo el aburrimiento a rayas grises hecho piel, la paciencia del miedo en una calle estrecha. Olfateó mi chaqueta mojada. Su nariz era coriácea y abombada como un talón. Cuando colocó las patas delanteras sobre mi hombro y examinó mi oreja, no respiraba. Aparté su cabeza y saltó al suelo, donde cayó con el sigilo de un paño, sin producir el menor ruido. Estaba vacío por dentro. También la vendedora salió por la puertecita con las manos vacías. Dónde estaba el té, no podía habérselo bebido tan deprisa. Además, ahora su mejilla derecha había engordado otra vez. Su anillo de sello raspó el mostrador.

Pedí un cuaderno.

Cuadriculado o rayado, inquirió.

Rayado, contesté.

Lleva dinero suelto, no tengo cambio, dijo ella sorbiendo. Y las dos mejillas se tornaron cóncavas. El caramelo resbaló sobre el mostrador. Tenía dibujos diáfanos, y lo introdujo deprisa en su boca. No era un caramelo, ella chupaba el cairel tallado de una araña de cristal.

Cuadernos rayados

Al día siguiente era domingo. Estrené el cuaderno rayado. El primer capítulo se titulaba: *Prólogo*. Empezaba con la frase: Me entenderás, signo de interrogación.

El tuteo iba dirigido al cuaderno. Y en siete páginas trataba de un hombre llamado T. P. Y de otro con el nombre A. G. Y de un K. H. y un O. E. De una mujer con el nombre B. Z. A Trudi Pelikan le di el nombre supuesto de *Cisne*. Escribí el nombre de la planta, Koksokhim Zavod, y de la estación del ferrocarril minero, Jasinovataia. También los nombres *Kobelian* e Imaginaria-Kati. Mencioné asimismo a su hermano pequeño Piold y su momento de lucidez. El capítulo terminaba con una larga frase:

Al amanecer, después de lavarme, se desprendió de mis cabellos una gota que resbaló por la nariz hasta la boca como una gota de tiempo, lo mejor será que me deje crecer una barba trapezoidal, para que nadie más en la ciudad me reconozca.

En las semanas siguientes amplié el *prólogo* con tres cuadernos más.

Omití que, en el viaje de regreso, Trudi Pelikan y yo subimos sin previo acuerdo a diferentes vagones de ganado. Silencié mi vieja maleta de gramófono. Describí con exactitud mi nueva maleta de madera, mis nuevas ropas: las *balétki*, la gorra de visera, la corbata y el traje. Oculté mi llanto convulsivo durante el regreso, al llegar al campo de acogida de Sighetul Marmatiei, la primera estación de ferrocarril rumana. También la cuarentena de una semana en un almacén de mercancías al final de la vía de la estación. Yo me derrumbé por dentro por miedo a mi deportación, a la libertad y a su precipicio más cercano, que cada vez acortaba más el camino a casa. Con mi nueva carne, mis nuevas ropas y las manos levemente hinchadas, permanecía entre la maleta del gramófono y la maleta de madera nueva como si estuviese en un nido. El vagón de ganado no estaba precintado. La puerta se abrió de par en par, el tren entró rodando en la estación de Sighetul Marmatiei. Una nieve fina cubría el andén, caminé sobre azúcar y sal. Los charcos grises estaban helados, el hielo arañado como el rostro de mi hermano cosido.

Cuando el policía rumano nos tendió los salvoconductos para el viaje de regreso, recogí la despedida del campo y sollocé. Hasta casa, con dos transbordos en Baia Mare y Klausenburg, mediaban a lo sumo diez horas. Nuestra cantante Loni Mich se arrió al abogado Paul Gast, dirigió sus ojos hacia mí y creyó susurrar. Pero yo entendí todas y cada una de sus palabras: Mira cómo llora ése, algo lo supera, dijo.

He reflexionado con frecuencia sobre esta frase. Después la escribí en una página en blanco. Al día siguiente la taché. Al otro volví a escribirla debajo. Volví a tacharla, volví a escribirla. Cuando la hoja estuvo llena, la arranqué. Eso es el recuerdo.

En lugar de mencionar la frase de la abuela, *sé que volverás*, el pañuelo blanco de batista y la leche saludable, describí durante páginas, con estilo triunfal, el pan propio

y el pan de mejilla. A continuación, mi tesón en el intercambio de salvación con la línea del horizonte y las carreteras polvorientas. Con el ángel del hambre me entusiasmé, como si en lugar de torturarme me hubiera salvado. Por eso taché *Prólogo* y escribí encima *Epílogo*. Era el gran fiasco interior de estar ahora en libertad irremisiblemente solo y ser un testigo falso para mí mismo.

Escondí mis tres cuadernos rayados en mi nueva maleta de madera, que yacía bajo mi cama y era mi armario ropero desde mi regreso al hogar.

Soy todavía el piano

Pasé un año entero claveteando cajas. Podía apretar entre los labios doce clavitos a la vez y al mismo tiempo sujetar otros doce entre los dedos. Los clavaba al mismo ritmo que respiraba. El jefe decía: Tienes dotes por tener las manos tan planas.

Pero no eran mis manos, sino el aliento plano de la norma rusa. 1 palada = 1 gramo de pan se transformó en 1 cabeza de clavo = 1 gramo de pan. Yo pensaba en la sorda Mitzi, en Peter Schiel, en Irma Pfeifer, en Heidrun Gast, en Corina Marcu, que yacían desnudos bajo tierra. Para el jefe eran cajas de mantequilla y berenjenas. Para mí, pequeños ataúdes de madera de picea. A mí tenían que volarme los clavos entre los dedos para conseguir un resultado favorable. Yo llegaba a 800 clavos por hora, eso no podía igualarlo nadie. Cada clavito tenía su cabeza dura, y en cada claveteo estaba presente la vigilancia del ángel del hambre.

En el segundo año me apunté a un curso de hormigonado en horario nocturno. Durante el día era especialista en hormigón en una obra junto al Utscha. Allí dibujé en papel secante mi primer plano para una casa redonda. Hasta las ventanas eran redondas. Todo lo anguloso se parecía a un vagón de ganado. En cada trazo pensaba en Titi, el hijo del jefe de obra.

A finales de verano, Titi me acompañó una vez al Erlenpark. A la entrada del parque había una vieja campesina con un cesto de fresas silvestres, rojas como el fuego y pequeñas como la puntita de la lengua. Y cada una tenía en su cuello verde un tallo como alambre finísimo, del que colgaban, aquí y allá, hojitas dentadas trilobuladas. Me dio una para probar. Compré dos cucuruchos grandes para Titi y para mí. Paseamos alrededor del templete tallado. Después lo arrastré cada vez más lejos, a lo largo de la corriente de agua, hasta detrás de la colina de hierba. Cuando nos comimos las fresas, Titi arrugó su cucurucho y quiso tirarlo. Dámelo, le dije. Él alargó la mano hacia mí, yo la cogí y ya no la solté. Con una mirada fría, dijo: Eh. Ni las risas ni la conversación pudieron ya borrar eso.

El otoño fue corto y tiñó deprisa su follaje. Yo evitaba el Erlenpark.

En el segundo invierno la nieve había cuajado ya en noviembre. La pequeña ciudad estaba envuelta en un traje de guata. Todos los hombres tenían mujeres; todas las mujeres, niños; y todos los niños, trineo. Todos estaban gordos y saciados de patria. Deambulaban entre la blancura con abrigos ajustados y oscuros. Mi abrigo era claro, demasiado grande, y estaba manchado. También estaba saciado de patria, seguía siendo el abrigo usado de mi tío Edwin. A los transeúntes se les columpiaban fuera de la boca los jirones de aliento, revelando: Todos los saciados de patria hacen aquí su vida, pero a cada uno de ellos se le escapa volando. Todos la siguen con los ojos, a todos les relucen los ojos como broches de ágata, esmeralda o ámbar. También

a ellos les espera algún día, temprano o pronto o tarde, *una gota de suerte además*.

Yo añoraba los inviernos magros. El ángel del hambre me acompañaba a todas partes, y él no piensa. Él me condujo a la calle tortuosa. Por el otro extremo venía un hombre. En lugar de abrigo, se cubría con una manta de cuadros con flecos. No iba con una mujer, sino con un carrito de mano. En el carrito no se sentaba ningún niño, sino un perro negro de cabeza blanca. La cabeza de perro seguía lánguidamente el compás. Al aproximarse la manta a cuadros, vi sobre el pecho derecho del hombre el contorno de una pala del corazón. Cuando el carrito de mano pasó ante mí, la pala del corazón era la mancha de la quemadura de una plancha y el perro un bidón de hojalata con un embudo esmaltado en el cuello. Cuando seguí al hombre con la vista, el bidón con el embudo era nuevamente un perro. Y yo había llegado a los baños Neptuno.

El cisne del emblema en lo alto tenía tres patas de cristal formadas por carámbanos. El viento mecía al cisne, una pata de cristal se rompió. En el suelo, el carámbano hecho trizas era sal gorda que en el campo habría que haber machacado. Lo aplasté con el tacón. Cuando quedó lo bastante fino como para esparcirlo, crucé el portón de hierro abierto y me encontré delante de la puerta de entrada. Sin pensármelo dos veces, trasasé la puerta entrando en el recinto. El suelo oscuro de piedra era un espejo como el del agua mansa. Vi mi abrigo claro debajo de mí nadando hacia la caja. Pedí una entrada.

La cajera preguntó: Una o dos.

Ojalá hablase por su boca sólo la ilusión óptica, no una sospecha. Ojalá sólo viera el abrigo doble y no que yo estaba en camino hacia mi antigua existencia. La cajera era nueva. Pero el recinto me reconoció, el suelo brillante, la columna central, la vidriera emplomada de la taquilla, las paredes de azulejos con nenúfares. La fría decoración tenía su propia memoria, los ornamentos no me habían olvidado. Mi cartera estaba en la chaqueta. Por eso me llevé la mano al bolsillo del abrigo y dije: Me he dejado la cartera en casa, no tengo dinero.

La cajera dijo: No importa. Ya he cortado la entrada, me la pagas la próxima vez. Te apuntaré.

No, de ningún modo, repuse.

Ella sacó el brazo por la taquilla y quiso agarrarme del abrigo. Yo retrocedí, inflé las mejillas, encogí la cabeza y, arrastrando los pies con los talones delante, pasé pegado a la columna central en dirección a la puerta.

Ella me gritó: Me fío de ti, te apunto.

Sólo entonces vi el lápiz verde detrás de su oreja. Mi espalda chocó con el picaporte y abrí bruscamente la puerta. Tuve que tirar, el resorte de metal era voluminoso. Me deslicé por la abertura y la puerta chirrió a mi espalda. Tras cruzar el portón de hierro, salí presuroso a la calle.

Ya había oscurecido. El cisne del emblema dormía blanco, y el aire dormía negro. Bajo el farol situado en la esquina de la calle nevaban plumas grises. A pesar de que no me movía del sitio, mis pasos resonaban en mi cabeza. Entonces eché a andar y ya no los oí. Mi boca olía a cloro y a aceite de lavanda. Recordé la etuba, y de farola en farola hasta llegar a casa, charlé con la nieve que volaba mareada. No era la nieve sobre la que caminaba, sino otra nieve hambrienta, muy lejana, que me conocía de buhonar.

También esa noche mi abuela dio un paso hacia mí y me colocó las manos en la frente. Qué tarde vienes, tienes una chica, preguntó.

Al día siguiente me inscribí en las clases nocturnas del curso de hormigonado. Allí, en el patio del colegio, conocí a Emma. Ella hacía un curso de contabilidad. Tenía los ojos claros, no amarillo latón como Tur Prikulitsch, sino parecidos a la piel del membrillo. Y como todos en la ciudad, tenía un abrigo oscuro saciado de patria. Cuatro meses después me casé con ella. En aquella época el padre de Emma ya estaba enfermo de muerte, no celebramos la boda. Me mudé a casa de los padres de Emma. Todo lo que tenía lo llevé conmigo: mis tres cuadernos rayados y la ropa cupieron en la maleta de madera del campo. Cuatro días después, falleció el padre de Emma. Su madre se trasladó al cuarto de estar y nos cedió el dormitorio con la cama de matrimonio.

Vivimos medio año con la madre de Emma. Después nos trasladamos de Hermannstadt a la capital, a Bucarest. Nuestra casa era el número 68, la misma cantidad de camas que había en el barracón. La vivienda estaba en el cuarto piso, sólo tenía una habitación con una cocina integrada, el baño estaba en el pasillo. Pero cerca de casa, a veinte minutos a pie, había un parque. Cuando el verano llegó a la gran ciudad, yo tomaba el atajo, donde volaba el polvo. El trayecto apenas duraba quince minutos. Cuando esperaba el ascensor en la escalera, por la jaula metálica del hueco subían y bajaban dos cuerdas claras trenzadas, como si fuesen las trenzas de Bea Zakel.

Una noche me encontraba con Emma en el restaurante *La jarra de oro*, en la segunda mesa junto a la orquesta. El camarero, tapándose el oído mientras servía, dijo: Escuche, llevo todo el tiempo asegurándoselo al jefe, el piano desafina. Y qué ha hecho él, echar al pianista.

Emma me dirigió una mirada penetrante. En sus ojos giraban pequeñas ruedas dentadas amarillas. Estaban un poco oxidadas, sus párpados se enganchaban en ellas al pestañear. Después su nariz se contrajo, las ruedecitas dentadas se liberaron, y Emma dijo con ojos claros: Lo ves, siempre culpan al intérprete, no al piano. Por qué esperó a que se hubiera ido el camarero antes de decir esa frase. Confío en que no sepa lo que dice. En el parque me apodaban por entonces *el interprete*. El miedo no conoce perdón. Cambié el parque cercano. Y mi apodo. Para el nuevo parque, lejos

de casa y cerca de la estación, escogí de nombre *el piano*.

Un día lluvioso, Emma volvía a casa con un sombrero de paja. Bajó del autobús. Cerca de la parada del autobús, junto al pequeño hotel *Diplomat*, había un hombre bajo la marquesina. Al pasar Emma, él preguntó si podía cobijarse debajo de su paraguas hasta la esquina de la próxima parada. Él llevaba un sombrero de paja. Le pasaba una cabeza a Emma, y más aún con el sombrero de paja, por lo que ella tuvo que levantar el paraguas. En lugar de sostener el paraguas, él la empujó hacia la lluvia y se metió la mano en el bolsillo. Él dijo: Cuando el agua hace burbujas, llueve durante días. Cuando su mujer falleció también llovía así. Él demoró el entierro dos días, pero la lluvia no cesó. Por la noche sacaba al aire libre las coronas, para que bebieran agua, pero eso no fue bueno para las flores, que se ahogaron y pudrieron. Después su voz se volvió resbaladiza y balbuceó algo que terminó con la frase: Mi mujer se casó con un ataúd.

Cuando Emma dijo que casarse era distinto que morir, él opinó que había que tener miedo de ambas cosas. Cuando Emma preguntó por qué, él le exigió su cartera. Si no tendré que robar una en el autobús, repuso, a una frágil señora de antes de la guerra. Y no habrá nada dentro, salvo una foto de su marido muerto. Cuando se marchó a la carrera, su sombrero de paja voló hasta un charco. Emma le había dado su cartera al hombre. Él había dicho: No grites, o éste salta. Empuñaba un cuchillo.

Cuando Emma terminó la historia, añadió todavía la frase: El miedo no conoce perdón. Yo asentí.

Tales coincidencias eran frecuentes con Emma. No digo más, porque cuando hablo tan sólo me envuelvo en silencio de otra manera, en los secretos de todos los parques y de todas las coincidencias con Emma. Nuestro matrimonio duró once años. Y Emma habría seguido conmigo, eso lo sé. Pero no por qué.

En esa época fueron detenidos en el parque *el cuco y la mesilla de noche*. Yo sabía que en la Policía casi todos hablaban y que ninguna excusa me serviría si los dos mencionaban al *piano*. Presenté una solicitud de visado para Austria. Yo mismo me escribí la invitación de mi tía Fini, para que fuera más rápido. La próxima vez viajas tú, le dije a Emma. Ella estuvo de acuerdo, porque los matrimonios nunca podían viajar juntos al extranjero. Durante mi estancia en el campo, mi tía Fini se había casado trasladándose a Austria. En un viaje en el autocar *saurio* a los baños de sal de Ocna Băi conoció a Alois, un pastelero de Graz. Yo le había hablado a Emma de las tenacillas, las ondas del pelo y los saltamontes bajo el vestido de organza de la tía Fini, y le hice creer que ansiaba volver a ver a mi tía y conocer a su pastelero.

Es mi falta más grave hasta hoy, me disfracé para un viaje corto, subí al tren con una maleta ligera y viajé a Graz. Desde allí escribí una postal del tamaño de una mano:

Querida Emma,

el miedo no conoce perdón.

No volveré.

Emma no conocía la frase de mi abuela. Nunca habíamos hablado del campo. Recurrí a esa frase y añadí en la postal la palabra *no*, para que también ayudase su contrario.

Eso aconteció hace más de treinta años.

Emma volvió a casarse.

Yo no volví a atarme. Sólo practiqué intercambios desenfundados.

La urgencia del deseo y la bajeza de la dicha hace mucho que forman parte del pasado, aunque mi cerebro todavía se deja seducir en cualquier lugar. A veces es cierto balanceo en la calle, otras, dos manos en una tienda. En el tranvía, esa peculiar manera de buscar asiento. En el compartimiento del tren, la pregunta: Queda sitio libre, la vacilación prolongada, e inmediatamente después esa cierta manera de colocar el equipaje, confirman mi intuición. En el restaurante, al margen de la voz, es ese modo especial del camarero de decir: Sí, señor. Hasta hoy, lo que más me seduce es el café. Me siento a la mesa y examino a los clientes. En uno, dos hombres, es su manera particular de dar un sorbo a la taza. Y al depositar ésta, la piel interior de su labio inferior brilla como cuarzo rosa. En uno, dos clientes, en todos los demás no. A causa de uno o dos clientes están en mi cabeza los modelos de la excitación. Aunque sé que están petrificados como las figuritas de una vitrina, se las dan de jóvenes. Aunque saben que ya no me sientan bien, porque estoy saqueado por la edad. Una vez me saqueó el hambre y ya no me sentaba bien mi bufanda de seda. En contra de lo que cabía esperar, fui alimentado con carne nueva. Pero todavía nadie ha inventado carne nueva contra el saqueo de la edad. Antes creía que no me dejaría deportar de noche completamente en vano al sexto, séptimo, incluso octavo campo. A lo mejor me devuelven los cinco años robados como aplazamiento del envejecimiento. No ha sido así; cuando la carne abdica, calcula de otra manera. Por dentro es yerma, y en la cara brilla como hambre de los ojos. Y dice: Todavía eres *el piano*.

Sí, respondo, un piano que ya no suena.

Sobre los tesoros

Pequeños tesoros son aquellos en los que pone: Aquí estoy.

Más considerables son aquellos en los que pone: Te acuerdas.

Pero los tesoros más bellos son aquellos en los que pondrá: Yo estuve allí.

En los tesoros tiene que poner *estuve allí*, decía Tur Prikulitsch. Mi nuez subía y bajaba bajo la barbilla como si me hubiera tragado el codo. El barbero decía: Aún estamos aquí. Lo quinto viene después de lo noveno.

En aquel entonces, en la barbería, yo aún creía que si no me moría allí, eso llegaría más tarde. Estarás fuera del campo, libre, seguramente incluso en casa. Entonces podrás decir: *estuve allí*. Pero el quinto viene después del noveno, tuviste un poco de *balamuk*, es decir de suerte enrevesada, y también tengo que decir dónde y cómo. Y por qué alguien como Tur Prikulitsch dijo más tarde en casa espontáneamente que a él maldita la falta que le hacía la suerte.

A lo mejor por entonces alguien del campo ya se había propuesto matar a Tur Prikulitsch después de abandonar el campo. Alguien con quien iba de un lado a otro el ángel del hambre, mientras Tur Prikulitsch llevaba por el paseo del campo sus zapatos como bolsitas de charol. En la época de *pielyhuesos*, quizá alguien, durante la revista o en el calabozo, ensayó en su mente incontables veces cómo se le podría partir la frente por la mitad a Tur Prikulitsch. O ese alguien estaba entonces cubierto hasta el cuello de nieve en alguna vía de ferrocarril, o en la *yáma* metido hasta el cuello en el carbón, o en la cantera de arena o en la torre del cemento. O yacía insomne en su catre a la luz amarilla reglamentaria del barracón cuando juró venganza. A lo mejor incluso planificó el asesinato el mismo día en que Tur habló con mirada untuosa sobre los tesoros en la barbería. O en el momento en que me preguntó en el espejo: Qué tal os va en el sótano. A lo mejor incluso en el instante en que yo respondí: Tan ricamente, cada turno es una obra de arte. Seguramente, también un asesinato con la corbata en la boca y el hacha encima del vientre es una obra de arte demorada.

Sé entretanto que en mis tesoros pone *ahí sigo*. Que el campo me dejó volver a casa para generar la distancia precisa para agrandarse en mi cabeza. Desde mi regreso ya no pone en mis tesoros *aquí estoy*, pero tampoco *estuve allí*. En mis tesoros pone: *no salgo de allí*. El campo se extiende cada vez más desde el área de la sien izquierda hasta el área de la sien derecha. En consecuencia, he de hablar de mi cráneo como de un terreno, el terreno de un campo de trabajo. Uno no puede protegerse, ni con el silencio ni con el relato. Exageras tanto en una cosa como en la otra, pero en ninguna existe *estuve allí*. Y tampoco existe una medida correcta.

Sin embargo, existen los tesoros, en eso tenía razón Tur Prikulitsch. Mi regreso es

una suerte tullida, continuamente agradecida, una peonza de supervivencia que comienza a girar por cualquier porquería. Me tiene en sus manos como a todos mis tesoros, que no puedo soportar ni soltar. Uso mis tesoros desde hace más de sesenta años. Son débiles y molestos, íntimos y repugnantes, olvidadizos y rencorosos, gastados y nuevos. Son la dote de Tur Prikulitsch y no puedo diferenciarlos. Si los enumero, fallo.

 Mi orgullosa inferioridad.

 Mis angustiosos deseos, que reprimo mascullando entre dientes.

 Mi indignada precipitación, salto inmediatamente del cero al total.

 Mi porfiada condescendencia, en la que doy la razón a todos para poder reprochárselo.

 Mi trastabillado oportunismo.

 Mi educada avaricia.

 Mi débil envidia ansiosa cuando la gente sabe qué quiere de la vida. Una sensación como lana atragantada, fría y crespada.

 Mi rotundo estar vaciado a cucharadas, por estar acosado por fuera y vacío por dentro desde que ya no tengo que pasar hambre.

 Mi previsibilidad lateral de separarme al caminar con las piernas hacia dentro.

 Mis pesadas tardes, el tiempo se desliza despacio conmigo entre los muebles.

 Mi profundo desamparo. Necesito mucha cercanía, pero no me dejo de la mano. Domino la sonrisa sedosa al retroceder. Desde el ángel del hambre no permito a nadie que me posea.

 El más oneroso de mis tesoros es mi obligación de trabajar. Es la inversión del trabajo forzoso y un intercambio de salvación. Mora en mí el domador de la compasión, un pariente del ángel del hambre. Él sabe cómo amaestrar a todos los demás tesoros. Se me sube a la frente, me empuja al embrujo de la coacción porque me asusta ser libre.

 Desde mi habitación se divisa el reloj de la torre sobre la colina Schlossberg de Graz. Junto a mi ventana hay un enorme tablero de dibujo. Sobre mi escritorio está mi último plano, como un mantel desteñido. Está polvoriento como el verano fuera, en las calles. Cuando lo miro, él no se acuerda de mí. Desde la primavera, un hombre con un perro blanco de pelo corto y un bastón negro extremadamente fino, que como empuñadura sólo tiene una curva débil, como una rama de vainilla agrandada, pasea diariamente por delante de mi casa. Si quisiera podría saludar al hombre y decirle que su perro se parece a un cerdo blanco, sobre el que antes podía cabalgar la nostalgia por el cielo. En el fondo me gustaría hablar alguna vez con el perro. Estaría bien que el perro fuera alguna vez de paseo solo o con la rama de vainilla, sin el hombre. A lo mejor un día viene así. De todos modos, seguiré viviendo aquí, y la calle también seguirá donde está, y el verano todavía durará mucho tiempo. Tengo tiempo y espero.

Lo que más me gusta es sentarme ante mi mesita blanca de resopal, un cuadrado de 1 metro de largo y 1 metro de ancho. Cuando el reloj de la torre da las dos y media, el sol entra en la habitación, sobre el suelo, la sombra de mi mesita es una maleta de gramófono. Me toca la canción del torvisco o la Paloma, que se baila plegado. Agarro el cojín del sofá y bailo en mi tarde tediosa.

También hay otras parejas.

He bailado ya con la tetera.

Con el azucarero.

Con la caja de galletas.

Con el teléfono.

Con el despertador.

Con el cenicero.

Con la llave de casa.

Mi pareja más pequeña es un botón arrancado del abrigo.

No es verdad.

Una vez quedó debajo de la mesita blanca de resopal una pasa polvorienta y bailé con ella. Luego me la comí. Entonces surgió una especie de lejanía dentro de mí.

Epílogo

En el verano de 1944, cuando el Ejército Rojo ya se había adentrado bastante en Rumanía, el dictador fascista Antonescu fue detenido y ejecutado. Rumanía capituló, y de manera totalmente sorprendente declaró la guerra a la hasta entonces aliada Alemania nazi. En enero de 1945, el general soviético Vinogradov exigió en nombre de Stalin al gobierno rumano que todos los alemanes que vivían en Rumanía contribuyesen a la «reconstrucción» de la Unión Soviética, destruida durante la guerra. Todos los hombres y mujeres entre 17 y 45 años fueron deportados para realizar trabajos forzosos en campos de trabajo rusos.

También mi madre pasó cinco años en un campo de trabajo.

Como recordaba el pasado fascista de Rumanía, el tema de la deportación era tabú. Sólo en familia y entre personas de mucha confianza, ellas mismas deportadas, se hablaba de los años en el campo de trabajo. Y únicamente a través de alusiones veladas. Esas conversaciones furtivas acompañaron toda mi infancia. No comprendía sus contenidos, pero percibía el miedo.

En 2001 comencé a consignar conversaciones con personas de mi pueblo que en su momento habían sido deportadas. Yo sabía que también Oskar Pastior había estado en un campo, y le conté que me gustaría escribir sobre ello. Él quiso ayudarme con sus recuerdos. Nos reuníamos con regularidad, él contaba y yo anotaba. Pronto surgió el deseo de escribir el libro juntos.

Cuando Oskar Pastior murió repentinamente en 2006, yo tenía cuatro cuadernos llenos de notas manuscritas, además de esbozos para algunos capítulos. Tras su muerte me quedé como paralizada. La cercanía personal derivada de mis anotaciones engrandeció aún más la pérdida.

Sólo después de un año, y tras una larga lucha interior, me decidí a despedirme del «nosotros» para escribir sola una novela. Pero sin los detalles de Oskar Pastior sobre la vida cotidiana en el campo no habría podido hacerlo.

HERTA MÜLLER, Marzo de 2009.



HERTA MÜLLER, (Timisoara, Rumanía, 1953). La concesión del premio Nobel produce sorpresas cada año, y 2009 no fue diferente. Para asombro casi universal, lo recibió Herta Müller desplazando a favoritos como el estadounidense Philip Roth, el italiano Claudio Magris o el coreano Ko Un. Sus novelas, redactadas en alemán, no resultan fáciles de leer, con excepción de la presente, *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, que es una verdadera obra maestra. La riqueza lírica de la prosa empañaba a veces, en anteriores obras, la claridad de la expresión, pero aquí la fortalece, añadiendo un tinte de tristeza y melancolía apropiado al asunto narrado...

El tema procede de la biografía de la propia Müller, quien consiguió escapar de su país natal a Alemania en 1987, cuando sus libros de poemas y novelas llamaron la atención de la Securitate, la temible policía secreta rumana, que acto seguido prohibió su publicación. La escritora relata un episodio histórico olvidado, la vida de miles de rumanos recluidos en los campos de concentración rusos durante la segunda guerra mundial; la brutalidad padecida por los internados; el hambre, el frío, los maltratos, el convivir los prisioneros con los muertos hacinados y congelados. El protagonista sobrevivirá poniendo distancia verbal, imaginativa, ante tamaña miseria humana y moral; el horror sólo se puede aguantar si uno se distancia, renombrando la realidad mediante la lengua (Aldonza Lorenzo: *Dulcinea del Toboso*).

Stalin consiguió en 1944 derrocar al autoritario mariscal Ion Antonescu de Rumanía, fiel aliado de Hitler. A continuación, los soviéticos obligaron a los rumanos de ascendiente alemán, los hombres y mujeres de entre dieciséis y cuarenta y cinco años de edad, a ir a campos de concentración en Ucrania. Así participaban en la

«reconstrucción» de Rusia, reparando los daños ocasionados por las tropas del Führer; la madre de la autora formó parte de la expedición junto con el poeta Oscar Pastior (1927-2006). Traumatizados por el horror vivido regresaron cinco años después a Rumanía. Su progenitora jamás habló de la experiencia, otros testigos tampoco mucho, pero sí Pastior. Herta Müller trabó una estrecha amistad con él, llegaron incluso a visitar juntos el campo de concentración en Ucrania, y mientras, ella escuchaba las historias con tanta fascinación como terror. La idea era la de que juntos redactarían un libro sobre aquel *gulag* olvidado, pero inesperadamente murió Pastior, y Müller emprendió sola la redacción de la novela, valiéndose de las conversaciones y de las detalladas notas de la vida en el campo de concentración tomadas por su amigo.